

Emilio Camps Cazorla
Diario de viaje
II

Normas de transcripción

- Se transcribe únicamente el texto.
- Se han eliminado las reseñas de foliación y numeración de las páginas.
- Se han eliminado las notas de taquigrafía.
- Se eliminan los dibujos y fotografías. Los titulillos y pies de foto se destacan en cuadro. Cuando se repite un mismo pie de foto para varias fotografías, se señala el número de ellas que lleva el mismo pie. La misma regla se sigue para los dibujos.
- Ortográficamente se ha unificado toda la escritura y se han añadido algunos signos de puntuación cuando así se ha creído necesario. La tipología del texto es regular. Se han respetado los subrayados y los titulillos se destacan en negrita.

1 de noviembre 1930

EN ROMA Y NÁPOLES

A las 6 en pie y con la preocupación de nivelarnos en el Diario, que nos pesa como una losa. Yo me arreglo pronto y empiezo enseguida con ello. Además nos bañamos para no llevarnos nada de Roma. Y a cosa de las 10 desayunamos. Navascués se va en busca de su hermana. Taracena a arreglar algunas cosas suyas y yo poniendo otras en orden y siguiendo el Diario. A las 11 vuelve Taracena, que también se pone con sus notas, y a las 12 llamamos por teléfono a Blay, de quien queremos despedirnos. Se excusa por estar muy ocupado y con ello nos damos nosotros por despedidos y nos vamos en busca de Paribeni. Como es día de fiesta, nos dicen que no está y nos hemos de contentar con dejarle tarjeta. Y nos vamos hacia el Corso Umberto en busca de los recambios para el cuaderno que encargué ayer.

Cuando venimos al Albergo, nos encontramos a Navascués, que acaba de llegar y que por fin ha logrado ver a su hermana, quién le ha regalado un crucifijo bendito con indulgencias muy especiales. Comemos, pagamos, damos nuestra propina y nos despedimos con un poquito de emoción del ristorante, de Sign. Professore Gambi, padrone del stabilimento y aun del gatillo que tanto nos divertía. Y nos subimos al cuarto a seguir con el demonio del Diario.

A las 4 a hacer la maleta, que ha aumentado bastante de peso y de complicación y que sale como Dios quiere, pero bien fuerte y maciza. Pago nuestra cuenta de hotel y en dos taxis nos vamos camino de la estación, donde a las 6 salimos en un tren que en dos horas y cuarto, con solo dos paradas, nos pone en Nápoles.

Buena impresión de la ferrovía y las calles adyacentes. Como el Albergo está muy cerca, llevan las maletas (que ya han sido miradas dos veces en el tren con suspicacia por el interventor) en un carrillo y al llegar al hotel, hay el primer cisco, por intentar Taracena, muy enfadado, discutir el precio, y pretender llamar a un "guardia". Pero les doy diez liras y en paz.

El albergo está remozado y tiene bastante buen aspecto. La habitación que nos dan es exterior, con dos camas, agua corriente, armario de luna, etc. Bien. La cena en un tugurio. A las 11, rendidos, nos acostamos.

2 de noviembre 1930

EN NÁPOLES

A las seis me despierta el jaleo de la calle, que es menudo, pero me siento algo cansado y, aunque no me vuelvo a dormir, no me muevo hasta las 7. Me arreglo y me pongo a escribir, mientras Navascués se arregla a su vez. La ciudad es alegre y el día amanece bastante bueno. Mientras terminamos nosotros de arreglarnos, Taracena va a correos, pero le dicen que no le dan más que sus cartas. Así que cuando vuelve y desayunamos, salimos hacia allá, en un tranvía que nos lleva por el Corso

Umberto. La ciudad da la impresión de grande y cómoda, pero algo destartalada. Desde luego, alegre. Y con aire más español: vuelven incluso a aparecer los balcones en las fachadas, y desde el tranvía una cúpula con cubierta de colores. En Correos, nada de casa y una carta de Ricardo. Navascués tampoco tiene nada.

Nos vamos al Gesù Nuovo, donde no encontramos misa. La iglesia es del mismo tipo de todas, en cruz latina con naves laterales, muy rica y decorada, pero tan fría como San Ignacio o el Gesù de Roma. En la plaza, hay una columna barroca, de pedestal muy complicado, con una virgen encima que es absolutamente uno de los Triunfos de Andalucía. Seguimos hacia el Museo y al paso oímos misa en una iglesita; pero ¡qué misa! El cura a noventa por hora, mientras un maganto cobraba las sillas en la mano, sin cepillo ni nada, y el que ayudaba la misa se dedicaba a repartir unas hojillas, cobrando también, de manera que al alzar no hubo nadie que tocara la campanilla. En el museo preguntamos por Maiuri, que no está, y en vista de ello nos presentamos al secretario, a quien exhibimos la carta de Paribeni y nos da la autorización para Pompeya, Paestum y Herculano. Y enseguida nos metemos en el Museo. No hacemos más que dar una vuelta pues en las dos horas que tenemos no es posible más que orientarse. Y de esta primera ojeada saco la impresión de los tiranicidas; el relieve sepulcral arcaico de la misma sala; que el toro Farnesio no me gusta, ni tampoco el Hércules; que la Venus Calipigia no es más que pornográfica; que sí me gustan la Venus y la Psiquis de Capua; que en los bronceos de Pompeya y Herculano hay maravillas; que los legítimos romanos son muy malos; y que no tenía idea de la pintura clásica. Una verdadera delicia: volver a empezar.

A la una nos echan a la calle y tomamos un 7 que nos deja arriba, en San Martino. Nos metemos en un ristorante y vemos de golpe la maravilla del paisaje de la ciudad y el puerto. El ristorante es especial para turistas, con una terraza sobre la pendiente de la colina, que forma como un espléndido balcón natural. A sus pies aparece Nápoles, inmensa, tendida al lado del mar, extendiéndose hasta casi abrazarle. El mar mismo, con su espléndido azul, le sirve de límite por un lado y por el otro, la rodea un cinturón de verdura, entre la que destaca Capodimonte, y una lejanía de montes azules, medio perdidos en la niebla. Y enfrente de nosotros, el Vesubio, que parece chato, por el inmenso cráter, con su enorme penacho de vapores blancos, que tienen un tornasol rosado que le dan un encanto especial, destacándose sobre la masa oscura del monte. El humo tiene una consistencia efectiva a la vista, muy superior a la nube y al vapor de agua, y sus volutas, macizas y lentas, un atractivo enorme y un valor sustancial.

Mientras, comemos regularmente y caro, pagando la primada en plan de turistas. Y nos obsequian con música de violín y guitarra y cánticos celestiales, con poca voz pero afinados y accionados hasta el extremo. ¡Una delicia!

Aún estamos un rato de sobremesa y al acabar nos vamos hacia un mirador que hay en la misma calle, un poco más allá. Muy hermoso. Dicen: "Viedi Napoli e poi muori". No es para tanto, pero sí es cosa excelsa. En busca del funicular de Sta. Chaia, tras de

unos cuantos chalaneos de Taracena con los explotadores de turistas, que acaban en compra de una pitillera. Y el hombre encantado.

El funicular nos deja en Villa Nazionale, donde nos metemos en el Acuario, que es una maravilla, y que nos divierte de lo lindo, salvo que yo me acuerdo de los míos y los amigos y Navascués, con mucha mayor razón, de su chiquillería. La instalación está muy bien combinada y causa verdadero asombro. Sobre todo, anguilas, pulpos, langostas o lo que sean, que yo no sé los nombres y no me importa ello, sino que la cosa es realmente encantadora. Y las porciones donde no hay más que corales, pólipos, etc., que pudiéramos llamar de paisaje submarino, una verdadera monada. Salimos de allá y nos venimos por todo el paseo al lado del mar, hasta que tomamos un tranvía para casa. Siempre con el Vesubio al fondo y el pintoresquísimo Castell del'Ovo, colgando encima de una roca, al lado del puerto.

En casa escribimos un par de horas, hasta salir a cenar, en un saloncillo cursiloto y tal, y en una mesa con pantallas de división. ¡Va bene!

Cenamos en una trattoria de enfrente, la Nuova Bella Napoli, más baratilla y mejor que anoche, por lo menos de aspecto. El plato fuerte son salchichas asadas. Y Navascués como si tal cosa. Lo de su estómago es un verdadero mito.

Al Albergo enseguida. Le escribo a D. Manuel, y durmiendo a las 11½.

3 de noviembre 1930

EN NÁPOLES

A las 6 ya estoy despierto, pero no me da la gana levantarme. Ha amanecido el día un poco entoldado y me presumo lo que después pasa efectivamente.

Me levanto a las 7 y me pongo a escribir a casa y al P. Polavieja, con lo que se van dos horas. Taracena se va un poco antes hacia el museo, para ver a Maiuri. Nosotros bajamos a las 9 a desayunar y enseguida nos vamos a correos, donde me dan dos periódicos, pero ninguna carta, y donde echo todas las que he escrito. Vamos tan guapetes, con nuestros paraguas, pero antes de llegar al museo tenemos que abrirlos.

Allá nos encontramos a Taracena y nos vamos al piso más alto, en busca de las mayólicas, vidrios y bronces de Pompeya, donde nos pasamos casi toda la mañana, tomando notas. Antes habíamos estado en las salas de escultura, viendo unas que ahora están cerradas, pues el terremoto último fastidió el edificio, por lo que ahora están reparándolas. En ellas nos encontramos en muy malas condiciones de luz, pero vamos viendo algunas cosas. Una réplica muy buena del Doríforo, del que no creo que haya nada que decir a estas alturas; un precioso relieve con seis mujeres que marchan, cogidas de la mano, y llevando a una chiquita, con magnífico estudio de plegados; la cabeza de la Juno Farnesio, no comparable a la Juno Ludovisi. En la sala de la Victoria, hay dos réplicas de la Afrodita de Alcámenes, una de ellas en el suelo, que me proporciona una sensación hasta ahora no experimentada con ninguna estatua

griega: la de su tamaño real y su relación con el natural. Es curioso que me resulta mucho más viva y al mismo tiempo mucho más grácil, menos maciza y más cerca del tipo normal que lo que parecen colgadas en sus pedestales. Casi me entra la comezón de ver así todas las estatuas clásicas. Ha descendido un poco de su categoría de diosa, se ha quedado a mi nivel, como mujer, y como tal, juzgo de ella y me parece mucho menos fuera de la realidad que antes.

La Victoria es un trozo verdaderamente de primer orden, con asombrosos plegados y una sensación de ingravidez absoluta. Me recuerda mucho a la Niké de Peonios. La forma como se preparan los pies para posarse y el plegado de la ropa que el aire ciñe al cuerpo son cosas maestras. Y sin embargo, los pliegues sobre las piernas son casi simétricos a un lado y a otro de la rodilla y su estilización nos daría una cosa medieval.

En la sala siguiente, de Locres, hay un hermoso trozo de columna jónica procedente de allá y del jónico típico griego. En la sala siguiente, la Athena Farnesio, hermosa pieza, pero que sigue sin convencerme. Pero el relieve de Orfeo y Eurídice vale por todo lo de la sala y hasta por una gran parte del Museo. Tiene aún algo de arcaísmo en la composición, dispuesta de forma absolutamente rítmica, con una sencillez y una ponderación encantadoras. Y el mismo ritmo delicado sigue la ordenación de los cuerpos y hasta la disposición de los plegados. Un encanto de relieve, envuelto en una atmósfera indefinible. También es hermosa de ver, en su sencillez, la cabeza de mujer que quieren sea la Afrodita de Fidias.

Después de los bronce y antes de comer, pasamos por el gabinete secreto. Cuando salimos a comer está lloviendo si Dios tiene qué, y vamos a un restaurante que está muy cerca del museo, en la vía de su nombre. 8 liras, vino comprendido: nos dan un arroz con tomate, formidable, y después unos escalopes y queso. Navascués tan campante. No tiene estómago.

Volvemos al museo y en él nos dedicamos de lleno a las salas de los mosaicos, mientras Taracena se va al Crédito Italiano. Cuando nos echan del museo, vamos hacia correos, donde no hay nada, y esperamos allá a Taracena, que ha cambiado a 211.

Desde allí, al consulado. No está el cónsul y nos recibe el vicecónsul y canciller, de la familia Betencourt, de Canarias, que charla un gran rato con nosotros y medio nos cuenta su historia, relacionada con la familia Xiquena. Aficionado al arte, aunque de Ciencias Naturales por carrera, el hombre pasa un buen rato hablando de arte y artistas, claro que de su tiempo, pues mantiene vivo el recuerdo de Padilla y Ferrant y los más modernos de quien habla son Benlliure y Sorolla. Taracena resulta que ha sido compañero del cónsul en la Universidad, y el hombre vuelve al albergue con la comezón de llamarle por teléfono, pero no logra comunicar.

Sigue el mal tiempo, entoldado y lloviendo. Como mañana es fiesta nacional y no va a ser posible ir a Pestum, decidimos marcharnos al teatro y la emprendemos con el Politeama, donde ponen una revista, "Las hermanas Siamesas", que nos divierte

a ratos. A las 12 salimos y con el cielo entoldado nos volvemos a casa. A la una, durmiendo.

Sala de las Mayólicas = Todo procedente de Pompeya. En una vitrina pequeña, enfrente de la ventana, una formidable crátera de alabastro, tallada con finura inmensa. Las asas forman un lazo complicado, como una demostración perfecta de técnica absolutamente excepcional.

El resto está lleno de cosas con vidrio verde muy fuerte. Técnica absolutamente semejante a la de las figurillas de divinidades egipcias. El barro es muy blanco y parece deleznable y el vidrio, que es verde claro, queda como una verdadera capa vítrea sobrepuesta. Hay vasos de formas de animales, león echado, ranas, amorcillos, palomas, gallos, etc.

Una taza grande con figura de animal muy graciosa en relieve y vidrio verde. Enfrente de esta cabrica, un grifo. Y entremedias fiera naturalista, muy bonito ejemplar, vitrina 6. Lo más gracioso de todas las cosas de esta sala es que el vidrio ha cogido irisaciones al descomponerse y en su aspecto externo quedan casi como vidrios. Es curiosa la manera con que están hechas las ranas. Todos los detalles de modelado, escamas, ojos, etc., están moldeados en el ejemplar, y después al dar el vidrio, o se les da distinto color o (lo que me parece más probable) al coger más masa de vidrio, cogen un tono más intenso.

Hay un vasito pequeño, blanco, con decoración en negro y azul muy desvaído, en la vitrina de la izquierda enfrente a la ventana. El vidrio es también en él una cosa muy fuerte, formando cuerpo y ha saltado en varios sitios, dejando ver un grueso casi de 1/2 milímetro.

En la otra vitrina, a la derecha, hay un vasito precioso de forma, con unos mamelones en que van unos disquitos, al parecer, de cobre, oxidados, y con unas cabecitas debajo de las asas. El esmalte le ha saltado casi por completo. 19 cm de alto.

En la vitrina siguiente, hay unas lucernas apoteósicas, con un asa enorme, en forma de hoja de parra, cosa así. Y junto a las dos, vasitos verdaderamente extraordinarios con vidrio de plomo, melado, muy fuerte, algo craquelado, y con vidrio verde en su interior, como el de los otros. El barro no alcanzo a verlo bien, pero en algún desconchón me parece rojizo. Las hojas y flores son así, alternando una hoja y una flor. Me parecen moldeados, por lo menos la decoración, y no hecha a barbotina.

Hay también una cabeza de barro moldeado, pequeña, de cosa de 18 cm, con vidrio fuerte melado.

En la sala de los vidrios muchísimo, formas raras.

En medio, frente a la ventana, hay un gran vaso historiado, trabajado en ruleta, procedente de Sepino. Muchos vasos moldeados. Y en medio, una magnífica colección de marfiles. En la segunda sala de los vidrios, una serie buena de ejemplares de pasta. Una vitrina con vidrios azules, entre ellos un cazo y una paloma.

Y en la vitrina frente a la ventana, el vaso de la vendimia, que con ser espléndido, me deja igual, pero realmente es muy fino de trabajo, pero nada más que mediano de arte.

En una vitrina, alguna hasta de 30 cm. de larga, dos en vidrio melado y una en azul muy oscuro. Una cabeza de negro, moldeada en vidrio. Y en vitrinas en medio, los multiflores, que realmente producen sensación, además de una patera de la misma técnica del vaso de la vendimia, grande, pero muy estropeada, y amuletos de cristal de roca, preciosamente tallados.

Sala de las joyas: la inmensa copa Farnesio, con la que me pasa lo mismo que con el vaso de la vendimia. Y una cantidad de joyas, de todas clases que asusta, incluso algunos trozos de tejido de oro, que no logro ver bien.

Sala de los objetos de plata = en una vitrina a la derecha de la puerta del fondo, un como incensario, con tres cadenas, pero sin agujeros ni respiradero alguno. Y otra infinidad de cosas grandes y chicas, las más con la técnica de siempre de la plancha fuertemente repujada, es decir, con montura y emblema.

Antes de comer, vemos el Gabinete Secreto, donde no hay nada que valga la pena, como al fin y al cabo es natural que ocurra.

Las salas de los mosaicos = en la primera son verdaderamente asombrosos dos 858 que son dos figuras, una de hombre y otra de mujer, en cuadrillos de 30x40 cm, hechos en mosaico de relieve, con un modelado exquisito y un dibujo perfecto. Ayuda al maravilloso efecto que produce lo dulcificado de los tonos de las teselas, y aun del mismo fondo negro sobre que se destacan. Las teselas son todas de piedra y de distinto tamaño, según el lugar donde se emplean; las más grandes, en los fondos, y las normales de las figuras no pasan de 2 mm de lado. En general, cuadradas y de piedra, salvo las de oro que figuran en los botones con que se prende el vestido de la mujer.

En la misma sala es muy buena la palmera con otros símbolos báquicos, encima de las figuras citadas y el pugilista que está en la pared frontera, además de las dos columnas. También el de Agamenón y Aquiles. En ninguno de ellos se llega ni al negro ni al blanco absoluto para modelar y aún se prefieren siempre los tonos claros y poco enteros.

En la sala segunda hay dos de las verdaderas joyas del Museo: los mosaicos de Dioscórides Samos, que son verdaderamente asombrosos. El del grupo de los cómicos bailarines, sobre todo es una maravilla del modelado y de perspectiva, con sombras arrojadas sobre el muro, perfectamente resueltas. Lo mismo que siempre, los tonos son más bien suaves, sin negro ni blanco más que en algún detalle de los mantos. En el de las mujeres en el triclinio, el efecto de vida de uno de los divanes, es sencillamente asombroso, las teselas son muy pequeñitas y siempre tendiendo a la forma cuadrada. También hay en la sala dos columnas buenas y sobre todo un

fantástico retrato de mujer, procedente de la Villa Suburbana? de Pompeya, desde luego. Es tan bueno como los demás retratos pintados, pero conserva una preciosa finura de color. Es solamente cabeza y cuello, con collarito y pendientes. Va colocado sobre un pequeño fondo ocre y es maravilloso de modelado, sobre todo en la parte de nariz, boca entreabierta y barbilla, pues ojo y frente dejan algo que desear. De todas formas, una obrilla encantadora. Las columnas de la Villa Suburbana tienen una basa muy especial, quizá impuesta por la materia, cuyo perfil es.

En esta misma sala II hay un buen mosaico de peces y cosas marinas, estupendamente vistos como si estuvieran el acuario y del mismo tipo las hay en la sala III, donde me han llamado sobre todo la atención las máscaras en la guirnalda de flores y frutos y el amorcillo sobre la pantera, personificando el otoño.

En la sala IV, el relieve de la guerra de Alejandro, con el que casi me reconcilio, una vez visto despacio. Hay en él como de dibujo y de perspectiva y azul de colorido, realmente buenas. Por ejemplo, el caballo de espaldas que arquea el cuello volviendo la cabeza y removiendo la cola y la misma figura de Alejandro.

En la sala anterior, hay un león luchando con una pantera, en que la cabeza de este, que es lo mejor conservado, es una cosa formidable de expresión.

En la sala VI tiene una porción de estucos, que me siguen asombrando tanto como todos los que he visto hasta ahora. Y entre ellos unas cuantas cosas insignificantes, pero deliciosas de modelado. Una bailarina y una Venus recostada, sobre todo. También estaban algo policromadas.

En la sala VI, aparte de unas pinturas decorativas muy vivas de color, hay en el hueco de la ventana unas cuantas cosas que maravillan y entre ellas un hombre llevando unas velas que por su finura me recuerdan las pinturas de los lekitos en color carmín ligero y delicado tinte violáceo a lila en sus ropas y una gran pureza de perfil. Con él hace pareja, y buena, una mujer que lleva un cofrecillo en una bandeja.

En la sala VII, aparte de pinturas decorativas, una muy grande con figuras de tamaño natural sobre fondo rojo, mediana, pero importante por el tamaño.

Y en la sala VIII, que es la primera en que se entra, pinturas muy bonitas y de tipo muy griego, sobre fondo blanco, en la tumba del guerrero, con los caballos típicos, además de la serie de mujeres del cortejo fúnebre, muy repetidas y amaneradas, pero bellamente decorativas. También dos pinturas de tipo mucho más primitivo, casi exclusivamente en rojo sobre fondo blanco.

4 de noviembre de 1930

EN NÁPOLES

A las 6½ me despierto, me tiro al suelo y veo que está lloviendo. Total, que hoy no hay Paestum. Me vuelvo a acostar y a dormir. Nos levantamos a las 8 bien dadas y me pongo a trabajar algo. A las 10 salimos. Desayunamos como ayer en el café

de la esquina y nos vamos a correos en un tranvía. Carta de casa del 30 en que me dicen que me han escrito otra el 28. La reclamo y de mal humor la buscan, pero se encuentra. Al salir, llueve si Dios tiene ganas, pero en una clara, intentamos llegar a la Galería Vittorio Emanuele y nos ponemos perdidos. Cuando llegamos, además, no podemos entrar porque está llena de camisas negras que se han congregado para celebrar el aniversario de la Victoria. Esta mañana ya había visto pasar un grupo muy nutrido, con su música y su bandera a la cabeza, marchando muy marciales, unos de uniforme y otros con solo la camisa negra.

En vista de que no se puede aguantar el agua, tomamos un taxi y nos venimos a casa, donde tenemos que mudar hasta de calcetines, y nos ponemos a trabajar. Yo colocando y ordenando en el diario mis fotografías. A la hora de comer nos vamos a otra trattoria de la plaza de Garibaldi, donde comemos bien por muy poco más de once liras. Y después nos metemos otra vez en casa y me paso toda la tarde ordenando más fotografías y las postales.

Por la noche parece que ha aclarado bastante. Cenamos donde mismo hemos comido y nos vamos a correos, donde no hay nada y al salir nos tenemos que esperar porque llueve furiosamente. Quiera Dios que sea la despedida.

Sigo trabajando un rato. He completado y he cosido el primer tomo del Diario. Y he numerado con la fecha correspondiente todas las postales. Cerca de las 12 a la cama.

5 de noviembre de 1930

EN ROMA

Me despierto a las 6½ y veo que hace un buen sol, pero hay algunas nubes y por ello no nos atrevemos a ir a Pestum. Total que empiezo a arreglarme y termino de empaquetar mis postales, perfectamente.

Taracena determina marcharse a Herculano y nosotros preferimos quedarnos en Nápoles, terminando de ver el Museo Nacional.

Salimos poco después de las 9, desayunamos y nos vamos a correos, donde no hay nada, y de allí al Crédito Italiano, que está muy cerca de la plaza del municipio. Allí nos hacen esperar lo suyo, porque ha salido momentáneamente el Sr. encargado de las cartas de crédito. Por fin viene y cambiamos mil pesetas a doscientas diez, lo mismo que Taracena antes de ayer. Después nos vamos por vía Roma adelante hacia el museo.

Al paso hemos entrado en San Giacomo de los Españoles, barroca muy lisa y encalada, con tres naves y bóvedas baídas, sin gran cosa de notable. En el trasaltar hay un gran sepulcro, por Nola, pero no ha sido posible que entremos.

En el museo, la ceremonia de siempre: firma y número de pasaporte. Nos vamos enseguida a las salas del primer piso, de los pequeños bronce, en que hay una infinidad de cosas, que vamos viendo despacio y con el catálogo. Alguna cosilla

me choca y tomo nota de ella, pero de la mayoría no vale la pena, porque están muy estudiados y reproducidos. Curiosa en extremo la serie de los aparatos de calefacciones y los instrumentales de cirugía. Y una porción de lampadarios preciosos, algunos como árboles, y todos como soportes con brazos de que se colgaban las lámparas. También son extraordinariamente curiosos para mí los incensarios, como cajitas redondas con su tapa y las aristas con crestería, donde se echaba el incienso. Además de los coladores, con labor geométrica y los dos grandes "sítula" con sus asas del mismo perfil de la boca muy elegantes en la sencillez de sus formas, y con labor de plata en el asa.

Lo que es impresionante de veras es la sala donde están las cosas de Pompeya. La maqueta nos deja completamente chafados, pues resulta mucho más grande de lo que nos imaginábamos. Y son de una enorme curiosidad, al tiempo que de emoción, la serie de comestibles y aun bebestibles, que se ven en aquellas vitrinas, los colores, los hogares, las tablillas y aun los volúmenes. Espléndida serie.

Faltan unos minutos para la una y entramos a dar una vuelta por la Pinacoteca, donde encuentro más cosas malas de lo que me figuraba. Solo se salvan del naufragio dos cosas o tres, muy buenas, de Ribera; unas cuantas de Ticiano, entre ellas un buen Felipe II y una Dánae, unos borrachos de Velázquez y la parábola de los ciegos de Brueghel. En las salas algunas estatuitas como el Mercurio de Juan de Bolonia.

El museo sigue estando mal instalado aun en esta parte de la pintura. Hay muy malas luces en general, y quizá por ello a los copistas se les pone donde quieren los cuadros. Solo se excede un poco la instalación en la salita de Ticiano, pero nada comparable a Génova ni a nuestro Prado.

Nos vamos a comer al mismo restaurant del otro día cuando estamos terminando aparece Taracena, que viene contento de Herculano, pero que anda malucho, con la lengua blanca. Me va resultando demasiado aprensivo. Mientras él termina de comer, se queda Navascués y yo me vuelvo al museo para elegir postales y fotografías. Cuando estoy terminando, vienen ellos y ya nos vamos a las pinturas de Pompeya, que son una de las mayores sorpresas, ya entrevista el otro día, porque resulta que estos condenados pintaban formidablemente. No dan en absoluto idea alguna de ello las fotografías. En primer lugar, el dibujo es formidable y la ejecución tan rápida y suelta como pueda ser en los frescos de Rafael. En el fresco de Aquiles y Quirón, sobre todo la cabeza de Quirón, está pintada con un enorme desenfado, a pincelada menuda, logrando por colores enteros la disposición del tono, con grandes valores y calidades. Es cosa que no tiene nada que ver con las pinturas de vasos, conforme yo creía, sino que tiene un valor sustancial como tal pintura, dentro de un concepto distinto del que informa la nuestra. La captación del ambiente no es la preocupación principal, ni tampoco la perspectiva. Sí lo son la realidad del colorido, la composición y las proporciones. Otra de las preocupaciones, en general, es la fuerza de la mirada. Los colores usados son más bien claros y transparentes, de una gran luminosidad, azules, rosados, y en los hombres un tono cálido de carne, muy hermoso. El pelo se hace siempre acentuando rizos y detalles. Y los escorzos están perfectamente

estudiados y resueltos. Otra verdadera maravilla son las sanguinas sobre mármol, y de ellas la mejor conservada es la de Niobe y las jugadoras de tabas. Y aun aquí, en que por ser dibujo podríamos recordar más los vasos, tampoco ocurre. Es muy superior este dibujo, con una soltura de trazo, casi alado, enorme y con grandes difuminados en los pelos y parte de los vestidos. Son verdaderas obritas maestras y muy de primera mano, seguramente originales.

En estas salas de pinturas hay en medio unas estatuillas, también procedentes de Pompeya, que conservan una gran parte de su policromía. Son sobre todo rosas en el vestido, azules, tonos amarillos tirando a ocre en el pelo y un ocre muy claro que sombrea y matiza la carne, en ojos, dedos, y en general en todos los pliegues o separaciones de la carne.

Bajamos después hacia las alas de escultura, principalmente las de romano. Hay en ellas bastante metralla, junto a otras cuantas muy de primer orden, sobre todo en retrato. Y en ello destaca de una manera singular el retrato colosal de Julio César y la pseudo Agripina sentada, que es para mí la perla de todo lo de aquí romano. La expresión soñadora de la cabeza está perfectamente lograda, no solo en ella, sino en la actitud misma de todo el cuerpo, mezcla de abandono y de melancolía, y en la suma sencillez con que se cruzan las manos y se dispone toda la figura, con un pie adelantado y los rítmicos pliegues que la envuelven.

Después las maravillas están en los grandes bronce: en el sátiro danzante; en el maravilloso efebo de la Vía dell'Abondanza, una de las cosas que me han dado más pura la sensación de lo griego; en el Narciso; en la Victoria pequeñita; en el Mercurio en reposo; en la serie de danzarinas; en la cabeza de Safo; en las del Doríforo y de Séneca; y aún en la ciervita, que como obra decorativa es una maravilla, con su intensa expresión de timidez y sobresalto. En cambio, las grandes estatuas de bronce romanas, son en general malas y algunas, rematadas.

Hemos visto también una tumba que nos dicen procede de Pestum, y de la que tomo nota aparte. Nos dan la hora andando por las alas de los bronce y no hay más remedio que salir arreando y despedirse del museo. Ha quedado sin anotar gran parte de la escultura, pero tengo las fotografías y viva la impresión de los mejores ejemplares.

Al salir del museo nos vamos hacia correos, donde no hay nada y de allí a buscar la Navigazione, hasta que al fin la encontramos en Vía Roma. Allí nos dan toda clase de detalles. El billete de Sicilia a Nápoles es por tierra a la vuelta y además una paliza fuerte, salvo que lo hagamos en coche cama de segunda, donde la cosa nos cuesta 115 liras y más de veinte horas de viaje, mientras que volviendo en barco solo es la noche y a mediodía podemos estar en Roma, y la diferencia son solo 10 liras más, aparte de la posibilidad de hacer el viaje cómodamente y sellar el billete en Palermo para reembolsarnos del trayecto no empleado. De modo que casi nos decidimos por este plan.

Vamos después a una tienda de la Galería Vittorio Emanuele (que me parece bien, pero no para caerse de espaldas) donde hemos comprado una porción de postales, y de cosas del museo y de Pestum. Y un camafeillo. Al salir, mientras Taracena queda rebuscando fotos, nosotros nos vamos hacia un café donde pedimos una cerveza por la que nos clavan seis liras.

Volvemos hacia casa en tranvía, donde nos ponemos un rato a trabajar. Bajamos a cenar y después seguimos. A las once, próximamente, en la cama.

Taracena está malucho, pero no hay quien le convenza de que se meta en la cama. Por fin logramos hacerle acostar y no baja a cenar con nosotros. Le suben, cuando volvemos, un gran vaso de leche caliente con dos huevos y coñac y con ello parece que se entona un poco. Y así le dejamos. Cuando volvemos a ver cómo anda, antes de acostarnos, nos le encontramos durmiendo muy tranquilo y le dejamos en paz.

Salas de los bronce

En la sala 1ª hay un gran pie de brasero, que el vigilante nos dice que está incrustada en plata. No me lo parece, sino que es cobre. Son incisiones muy profundas, dibujando hojas de yedra, incrustadas después en bronce. En el lado largo unos cuantos. En la vitrina, a la izquierda, mirando a la ventana, hay monotes de bronce, algunos de los cuales se parecen enormemente a lo de Despeñaperros, pero muy grandes. También una estatuilla de guerrero armado, combatiendo, que aún conserva el dorado (nº 9480). Hay otro brasero semejante al que digo antes, aunque más pequeño, con una crestería.

En el patio de la izquierda, entrando hay dos tumbas que dicen proceden de Pestum, una de ellas completa. Es enorme, construida con grandes sillares y cubierta a dos aguas, como indica la figura. Algo como una cista evolucionada con unos entrantes en sus paredes laterales y el esqueleto entero, en posición normal boca arriba.

6 de noviembre de 1930

EN POMPEYA

Me levanto a las 6½ y me encuentro con que el día está bastante entoldado y echado a perder. Me arreglo y me pongo a escribir. No ha acabado de arreglarse Navascués, cuando entra Taracena, que naturalmente se ha levantado. Y está dispuesto a venirse a Pompeya con nosotros. Bajamos todos a desayunar deprisa para coger el tren de las 9, y lo conseguimos. El tiempo está todo lo encapotado que puede, y nos tememos un mal día. El viaje hasta allá es delicioso, rodeando el Vesubio y en muchos trozos a la misma orilla del mar. A un lado y a otro la vegetación es exuberante y ya están casi maduras las naranjas, con lo que los árboles están salpicados de botones de oro. Aún parece que quiere romper el sol en algún momento, pero no acaba de lograrlo.

Llegamos a las excavaciones sin que haya aclarado. La entrada es gratuita, pero hay que formar y poner el número del pasaporte, como de costumbre. Se entra por

la puerta de Nola, antes de la cual hay una especie de plaza, con el enlosado típico poligonal y unos bancos recirculares del tipo que yo había creído toda mi vida que eran invención más o menos erudita del XIX. La puerta es un arco sencillo, y más allá de él sigue la vía, con el mismo enlosado y sus aceras. De vez en cuando, cruzando la calle hay puestas unas grandes piedras para pasar saltando de un lado a otro. Y enseguida empiezan a verse a un lado y a otro las entradas de las casas y las tiendas, con sus mostradores en que están los lugares y las huellas de los cacharros. Los mostradores suelen formar siempre un ángulo recto. Cuando avanzamos un poco en la vía llegamos a la casa del Centenario, muy grande, y que nos da la primera visión completa de la casa romana con todas sus partes perfectamente distintas, visión que completamos con la Casa de la Reina Margarita, situada enfrente y un poco más allá. Llegamos así a la vía Stabia, donde entramos en las termas centrales, enormes, y con la disposición de sus elementos muy clara. El hipocaustum se apoya sobre cilindros huecos de barro, como trozos de cañería y el calidarium sus muros en hoces, con una serie de conductos de sección rectangular en torno a todo el recinto, bajo el fuerte enlucido.

Saliendo de allá seguimos por la vía Nola y entramos a la casa del Fauno, la más bonita hasta ese momento y efectivamente una de las más grandes y espaciosas que hemos de ver en todo el día. También lo es la Casa de los Capiteles figurados, enfrente de ella, donde vemos por primera vez un tipo precioso de fuente, cobijada por un templete como larario y con una serie de escaloncetes de mármol, por los que bajaría, saltando, el agua. Es un tipo que después hemos de ver repetirse.

Con ello llegamos al cruce de la vía de Nola con la de Mercurio, donde están el arco y el templo de la Fortuna, donde la vía adquiere una mayor amplitud y un carácter más señorial. Torcemos por ella hacia el Foro, donde se desemboca por un lado del templo de Júpiter, del que resta gran parte y desde luego todo el podio, que tiene dos escaleras laterales, y un resalto central como tribuna de arengas o cosa por el orden. La cella está perfectamente conservada con sus columnas que dividen el recinto en tres naves muy estrechas las laterales, y con su triple cella a la cabecera, correspondientes a Juno, Júpiter y Minerva. Desde su podio se tiene un espléndido golpe de vista sobre el panorama del foro, que no es sino una gran plaza rectangular, rodeada de pórticos y con los edificios públicos más señalados en torno. Pasamos a la vía del otro lado del templo, que sale también a la vía de la Fortuna, y vamos viendo una serie de edificios públicos y entre ellos una letrina. Es una habitación rectangular, que tiene en torno un gran canal, que desemboca en la cloaca. Para sostener el techo que fuera sobre este canal, hay sobre ella, empotradas en la pared, una serie de ménsulas de piedra y en los ángulos una saliendo del rincón. Y nada de divisiones, ni cosa que lo valga. Pero más allá, dando la vuelta a la plaza del foro, nos encontramos con la famosa mesa de mármol en que están los modelos de las pesas y medidas. También anda por allí el mercado de las legumbres, e inmediatamente el templo de Apolo. A todo esto, el sol hace algo por ir rompiendo y lo consigue en algunos momentos, en los que el foro coge un aspecto fantástico, iluminado sobre el fondo de nubes.

El templo de Apolo está rodeado de unos pórticos jónicos en la forma de siempre, es decir, revistiendo las columnas con enlucido. Las columnas tienen siempre unas estrías marcadísimas y con filete de separación, a que se aplicaba después el enlucido. El templo mismo está sobre un podio, como de costumbre y tiene delante el altar de los sacrificios. Entre él y la basílica corre la vía Marina, hacia la puerta Marina, pavimentada con las losas como de costumbre, pero aquí más cuidadas, y además acuñadas en los intersticios con trozos de mármol blanco, que destacan de gran manera.

La llamada basílica está cerrada y tampoco vale la pena de hacer abrirla, toda vez que de primeras dicen que no se puede ver. Taracena entra y dice que no hay nada de particular, fuera de lo que se ve desde el primer momento. Un gran recinto rectangular, separado en tres naves por columnas estriadas, y mejor que separado en tres naves, está dividido formando un rectángulo dentro de otro.

En el otro lado corto del foro, enfrente del templo de Jove, están los tribunales, ante los cuales, en el mismo foro, hay una serie de pedestales y después de pasar la strada delle Senole, llegamos a la calle de la Abundancia, donde está el recinto que se supone Comicios, y al otro lado la Eumachia, que es uno de los edificios más hermosos e interesantes del foro, con un segundo recinto detrás, donde estaba la estatua de Eumachia, que ahora anda en el museo de Nápoles, de la que se ha dejado aquí una reproducción. Pasando por uno de los pasillos, me encuentro en el espacio libre (menos de un metro) entre dos construcciones, a que los romanos llamaban intervallum, donde veo más acentuado que en otros el sistema constructivo, de que tomo nota. Viene después el Macello, que una especie de edificio con gran patio central descubierto, con galerías en torno y que era una especie de mercado de legumbres. Antes de seguir adelante buscamos la calle del Balcón Pénsil, llamado así por una casa que conserva parte del segundo piso, volado sobre la calle, y bajamos al lupanar, que no pasa de ser cosa curiosa.

A todo esto nos vamos metiendo por una serie de casas vulgares y nos encontramos no sólo con tabernas sino con una cantidad grande de otras tiendas y sobre todo de panaderías, que tienen todas la misma disposición y que al propio tiempo son molino y así juntan los dos negocios. Aquí comienza a llover con alguna fuerza. Taracena se va a la venta de fotografías y nosotros nos asomamos al Macellum. Taracena se quiere ir ya al restaurant y por fin se marcha solo. Está lloviendo de firme. Navascués y yo nos metemos en las termas del foro por el frigidarium. Contiguo está el tepidarium y más adelante el caldarium. Las bóvedas de ambos estaban recubiertas de estucos, de los que se conservan algunos restos. En el tepidarium se ha conservado un gran brasero de bronce, rectangular, y tres bancos de bronce, uno de ellos con inscripción. En el mismo tepidarium, hay una colección de casetones separados por atlantes, de los cuales solo cuatro o cinco están ciegos en el lado del frigidarium: estos casetones me hacen el efecto de estar destinados para guardar la ropa. En las paredes de una y otra habitación hemos visto los tubos de sección rectangular de cerámica, dispuestos para la calefacción del local. En el frigidarium hay una cámara de planta circular, con

una piscina de dos gradas ocupando casi todo el círculo, cubierta la cámara con una cúpula o bóveda cónica con agujero arriba, a lo que ahora parece, según se conserva.

El frigidarium comunica con un peristilo que a su vez pone las termas en comunicación con la vía del foro y con otra vía pública. De modo que estas termas, según parece, tenían tres entradas, una de ellas directa al frigidarium, por donde nosotros hemos entrado y que es un largo pasillo. Salimos de las termas y sigue lloviendo. Un guarda nos acompaña a la casa del Poeta Trágico, frente a las termas, en la vía de Nola. Más arriba y en la misma vía, entramos en la casa de Pansa y luego en la Fullonica de la Vía de Mercurio, donde vemos un departamento de pilar sin notar yo cosa mayor. Contigua está la casa de la Fontana, con la hornacina de mosaico que hay al fondo y en ella me choca de nuevo la salida del agua y unas pequeñas gradas para el salto de la misma. Aproximadamente así

De allí, por el vicolo de Mercurio, vamos al vico de los Vetti. Donde está la entrada a la casa del mismo nombre. En ella se conservan gran cantidad de pinturas. Son muy instructivas las de la llamada sala dipinta, con perspectivas arquitectónicas y pisos, cenefas y zócalos con "amorini" pintados sobre fondo negro. En esta casa hay en el peristilo un pequeño patio con columnas o pilares y con un cubículo y un triclinio. Desde la casa de los Vetti entramos en la de los Amorcillos dorados, donde hay un jardín y un peristilo con templete central frente a la entrada. Del arquitrabe del peristilo cuelgan mascarones. Tanto la casa de los Vetios como la de los Amorcillos han sido muy restauradas. En la casa de los Vetios hay en el fondo de un patio un departamento: el patio parece la cocina, y una salita con pinturas obscenas. A la entrada un Priapo con una balanza en la que se pesa con unos frutos.

Vamos a buscar la strada di Nola y nos vamos a comer al restaurant de la estación del Circumvesuviano, donde nos espera Taracena, que, según dice, se encuentra mal, y se va a ir a Nápoles en el primer tren. Navascués y yo hacemos plan de lo que hemos de ver después de comer, pero a la hora de marcharnos Taracena dice que se encuentra mejor y que se queda con nosotros.

Nos dirigimos a las Nuovi Scavi. Al pasar por el vico di termo vemos un peristilo en el que hay arcos de pequeño aparejo, más bien mampuesto regular, apoyados directamente sobre columnas de ladrillo y piedra, de los que tomo nota. En las Nuovi Scavi vemos una porción de cosas más o menos restauradas, y del tipo de todas. Hay muchos balcones: abundan las pinturas al aire libre en las muestras de las tiendas. Estas pinturas son alguna vez simples inscripciones en color rojo y algún cartel de anfiteatro, según nos dicen están resguardadas de la intemperie con vidrios montados a una distancia conveniente de la pared y resguardados de la luz por teloncillos de lona. Las conducciones y distribuciones de aguas están al descubierto, resguardadas con rejas. De las puertas hacen vaciados en yeso y les colocan los clavos o cerraduras. Restituyen algunos muebles y todo lo dejan en el lugar donde se halla. En una casa que tiene un triclinio de verano, según dicen, hay en el jardín numerosos bustos, semejantes al sátiro de Tarragona y a los de Córdoba. Están colocados sobre

una delgada estípite, en esta forma y a lo largo de los paseos. En otra casa de las Nuovi Scavi, en el jardín, se conservan los pies y el arranque de las raíces de unos árboles, que se han vaciado en yeso. Sobre las tiendas de las calles hay tejadillos reconstruidos en la forma antigua. Una de las reconstrucciones más notables es la de la verja de madera que cierra el local de gladiadores, con pinturas de trofeos. En otra casa se ve el sistema de iluminar las bodegas por medio de tragaluces dispuestos en el arranque de los muros sobre el suelo; tengo fotografía. Por fin, entre las muchas cosas que vemos de interés y que no puedo retener en la memoria, ni tomar nota por falta de tiempo, es una de ellas una tienda con sus calderas de bronce, su balanza y sus vasos de barro de todas formas. El jardín de la Casa de Lorenzo Tiburtini es una reconstrucción del jardín romano, con un estanque estrecho y alargado delante del pórtico; en las orillas, animalillos de mármol, posibles surtidores. En el centro de este estanque, sin su muro de contención, y sobre el desnivel del terreno, hay una fontana ornada con pinturas y de ella parte otro estanquillo o alberca en toda la longitud del jardín. En el centro tiene una estatuilla de mármol de un hermafrodita.

Taracena está impaciente por marcharse a Nápoles y acuerda irse en uno de los trenes del Estado. Nos despedimos de él hasta la estación, si es que se decide por el Circumvesuviano o hasta Nápoles, y nos vamos al anfiteatro. Apenas lo veo reconozco en él el anfiteatro representado en uno de los frescos del Museo de Nápoles y en el cual figura una fiesta de fieras. Por fuera, en una parte, se sube por escaleras o rampas sobre arcos semicirculares progresivamente peraltados hasta salir a la *summa cævea*. El interior es muy hermoso, con una muy bonita elipse y todo el teatro se conserva muy bien. A las dos *cæveas* inferiores se pasa por una galería contigua a las arena; a la media, por escaleras y por debajo de ellas, a la inferior. La última grada de la media *cævea* tiene respaldos y brazos, en la misma piedra, de tal manera que los respaldos vienen a formar como pretil para la fila siguiente. Las gradas tienen en un poco menos de su mitad anterior un resalto para el asiento, como en nuestras plazas de toros, pero más bajo. Varias escalerillas separan los distintos *cunei*. La *summa cavea* estaba totalmente separada de las otras dos. Las *caveas* bajas están separadas a cada uno de los lados en tres *cúneos*, y en el central del lado E tiene menos filas y más anchas, por lo que pienso sea el sitio destinado a magistrados y personas de gran categoría. La galería elíptica tiene tres interrupciones. En cada extremo del eje mayor una: la del sur sale acodada hacia el oeste; la del norte sale derecha al exterior desde la arena. La tercera, que está en medio del lado oeste, se comunica con un pasadizo por debajo de la *summa cavea* desde el exterior con la arena. Otra interrupción hay al este, pero esta no la hemos podido ver por el agua que encharca el pasadizo en más de una cuarta. Contiguos a los costados de las galerías de salida del eje mayor hay junto al podium unos cubícula. Estando en lo alto del anfiteatro, en el extremo N del eje mayor, nos llama un guardián y nos dice que Pompeya se cierra a las cuatro (ya son más) y que por consiguiente nos tenemos que marchar. Además de que Taracena nos espera a la entrada de las Nuovi Scavi. Nos quedamos, pues, sin ver el Museo y una porción de cosas que teníamos que ver: el teatro, los templos, la Villa dei Misteri.

Reunidos con Taracena, que dice se encuentra mejor y que por fin se ha decidido a esperarnos, nos vamos a la estación y a poco llega el tren que nos conduce a Nápoles.

La excursión ha resultado interesantísima y a pesar de la lluvia menuda y tenaz que ha estado cayendo casi durante todo el día, hemos visto cuanto hemos podido y cuanto nos ha permitido el estado y la pelmacería de Taracena.

Llegados a Nápoles a cosa de las 5½ poco más, nos vamos al hotel y luego a las oficinas de Florio, que hallamos cerradas y por tanto no podemos sacar el pasaje para Palermo. Taracena, que había pensado acostarse, nos acompaña también. Nos vamos hacia la catedral. Taracena se mete en una zapatería para comprarse unas botas: nosotros mientras tanto nos acercamos a la iglesia mayor, que está cerrada. La fachada no me gusta. Al albergo, a pie. Frente a Santo Domingo unos "dolci ministeriali" y Taracena un vaso de leche. Entra después en otra zapatería, se prueba más botas y después de mucho averiguar y comprobar y preguntar...no se las compra. Antes de llegar al Albergo pasamos por un medio ristorante en la calle A. Poerio y nos metemos a cenar.

Luego nos vamos a casa y después de trabajar en el Diario, nos acostamos. Mañana hemos de ir a Paestum y por la noche, salir de Nápoles para Palermo. Taracena se marcha ya mañana a Florencia, pero aún lo veremos antes de ir nosotros a la estación.

Templo de Vespasiano = en el Foro = En la puerta, que es adintelada, con dintel dovelado, se da el aparejo mixto de piedra y ladrillo, alternando. En el nº 20 de la Vico di Termo, región IX, sub.VI. En el peristilo, columnas de ladrillo y sillarejo, enlucidas después, pero algunas al descubierto y además en toda un ala, arcos de sillarejo que apoyan directamente sobre las columnas y luego enlucidos también por su intradós. Columna y ábaco son así, pero luego el rejuntado del enlucido le da un poco de ábaco.

7 de noviembre de 1930

EN PAESTUM

Me levanto pronto, pronto, y me encuentro con que el día está de lo más entoldado y asqueroso que pueda darse. Total, pienso, que nos vamos a divertir. El tren hasta Paestum va siguiendo casi constantemente la orilla del mar, de la que se separa el trozo que va cortando la península de Capri. Está muy entoldado y lloviendo de firme a ratos. Pasado Battipaglia, ya en las proximidades de Paestum llueve perfectamente a mantas. El paisaje me recuerda mucho a lo gallego, con montes también blandos como los de allá y con una vegetación exuberante, en que predominan naranjos, con fruto ya en sazón, y viñas o parras, que aquí enlazan de unas a otras, haciendo casi el efecto de que están jugando los árboles al corro, todos agarrados de la mano y puestos muy seriecitos en filas. Más allá son simplemente llanuras, al parecer pantanosas, donde pastan búfalos y bueyes blancos de enorme cornamenta.

Cuando llegamos a Paestum ha dejado de llover y Navascués se emperra en que aún tendremos sol. Me alegraré. Pocos pasos detrás de la estación aparece el recinto

amurallado, de sillares muy bien escuadrados, pero sin regularidad de hiladas, y con una puertecita en arco graciosa. Por dentro, la puerta tiene a la derecha una escalera para subir a la muralla y una pequeñísima habitación en el grueso del muro, que parece algo así como refugio de la guardia o del centinela. Es la que llaman Porta della Sirena. Seguimos adelante y en llegando al cruce, tenemos una primera visión de conjunto sobre los templos, que no puede ser más asombrosa. Vemos el templo de Neptuno, primer templo griego al que saludo, y podemos comprobar que, naturalmente, una cosa son las pinturas y otra muy distinta las realidades. Dórico, sobrio de líneas, equilibrado de masas, proporcionado de dimensiones, es el resultado de una arquitectura sencilla y luminosa, como el pueblo que la creó. La pátina dorada de la piedra le acentúa su belleza y la soledad del paisaje con el fondo del mar, hacen del templo un edificio solemne y majestuoso, imponente y fuerte por su masa, fiero hoy, pero no así sin dudas cuando estuviera rodeado de otros edificios. Subimos al templo, penetramos en la cella con columnatas superpuestas y vemos dos cosas que no conocíamos en el templo griego: un hueco a la izquierda de la entrada y una escalinata al otro lado. De la escalera tomo notas, que van aparte.

El sol ha salido por fin y nos ha saludado varias veces, que he aprovechado para hacer unas cuantas fotografías. Visto el templo por el lado opuesto, con el fondo de montañas, resulta algo inolvidable. Más allá, hacia el mar, hay descubierta una calle, con andenes, pavimentada con losas poligonales, y restos de casas contiguas.

Contiguo hay un templo que llaman basílica, en el que parece reconocerse un tipo anterior, que deja ver más su semejanza con una construcción de madera. Las columnas tienen mucho énfasis y el equino del capitel es muy volado y aplastado. El arquitrabe tiene casi la misma altura que los ábacos. El interior del edificio, contra lo que podría esperarse dada la disposición de los templos, está dividido en dos naves por una columnata de la que solo quedan en pie tres columnas y los capiteles de otras dos. Los templos están defendidos de las tormentas con pararrayos discretamente colocados en las partes altas de dos entablamentos. Hemos cogido unas hojas de acanto.

Vamos a ver las ruinas de la Stoa. Es un edificio rectangular, con pórtico al N y con puertas de ingreso por aquel lado. En el lado del sur hay otro pórtico con pilares en esta forma, construido, con un pequeño aparejo y ladrillo en hiladas alternadas, una de piedra y dos de ladrillo, revestidas con una gruesa capa de enlucido, como de tres dedos. En el centro de este edificio hay los cimientos de una exedra cuyo diámetro corresponde al lado s frente al pórtico de pilares.

Vamos después al templo de Ceres: no llueve y el sol se deja ver con mucha frecuencia. Desde la carretera al templo se pasa por una serie de construcciones en una de cuyas habitaciones hay en un rincón como fondo de una construcción circular, con solería de ladrillos circulares con dos incisiones diametrales cruzadas. ¿Es un horno? En medio hay una gran piedra sostenida sobre otra, modernamente al parecer. Parece la muela inferior de un molino.

Del templo de Ceres sólo quedan en pie las columnas, el arquitrabe y restos de los dos frontones. Las columnas son menos abultadas que en la llamada basílica y los equinos son muy volados, pero más redondeados. Me parece de un tipo intermedio entre la basílica y el templo de Neptuno. De la cella no quedan más que las trazas. Me fijo especialmente en la adaptación del fuste al equino, donde se forma una vuelta hacia fuera que de lejos hace la impresión de un rosario. Nos hacemos una fotografía cada uno aprovechando un momento de sol.

Podemos dar ya la excursión por terminada, pero viendo que el tiempo sigue bueno, nos vamos hacia la puerta de la justicia, donde hago una vista general de la basílica y del Templo de Neptuno, desde la cima actual de la muralla, a la que hemos subido por una rampa interior. Es hora ya de comer y nos quedan unos siete cuartos de hora hasta la salida del tren a las 3 menos cuarto. Nos vamos a comer. Al llegar al arco por donde hemos entrado hemos visto que allí están haciendo excavaciones, pero los trabajos que hay a la vista no ofrecen interés. Solo se ve que hay contigua a la muralla una escalera que está a mitad de descubrir.

Comemos en el ristorante de la estación: el menú, spaghetti con tomate y salchicha con patatas, frutas y agua mineral. Subimos al tren y el sol sin abandonarnos, pero al llegar a Battipaglia, donde hemos de cambiar de tren para Nápoles, comienza a llover bastante fuerte. En el tren de Nápoles volvemos de pie hasta Salerno, donde logramos hacernos asiento. Vamos rendidos de sueño y aun creo que doy algunas cabezadas. En Nápoles alrededor de las 5. Nos vamos al albergo, arreglamos las maletas y nos encontramos con mucho tiempo por delante antes de la salida del barco. Así que pagamos la cuenta y nos vamos a cenar al ristorante donde lo hicimos anoche. Nos dan una hermosísima bistecca con patate. Cenamos pronto y nos vamos al hotel: han bajado ya los bultos. Hay aún tiempo y nos vamos a la estación en busca de periódicos de España. Compramos el ABC y el Blanco y Negro, que es lo único que tienen. Vamos ojeándolos al volver al hotel. Tomamos un taxi, meten el él todos los bultos y nos vamos a la estación del puerto, después de pasar inútilmente por el despacho de los Florio, que está cerrado. En la entrada al puerto nos detienen unos carabineros que nos preguntan si somos pasajeros y tras de decir que sí nos dejan entrar. Mientras Navascués espera los pasajes, yo me voy hacia el barco, con un faquino que transporta las maletas y que las deja en el muelle. El "Citta di Genova" es majo, majo, y está la mar de orgulloso todo encendido. Pero la verdad es que le miro con un cierto respeto. ¡Mira que si nos mareamos!

Después de un largo rato de esperar Navascués, en que al final yo también le acompaño, abren la taquilla y nos encontramos con que Taracena esta mañana nos ha puesto a cada uno en una punta del barco. Por fin nos dan un camarote "a due letti" y al barco. ¡Emoción! El barquito está por el momento, casi más firme que el muelle. Y además es una tontería de palacio, con una elegancia que atufa. Como que no sé de qué lado pisar y a Navascués le pasa lo mismo. No hacemos más que meter las maletas debajo de la cama inferior y nos vamos arriba a no perder detalle.

Estamos en el segundo plano y nos corresponde embarcar en caso de siniestro en la lancha nº 9. Una escalera de madera muy alfombrada, con dorados y pasamano muy historiado, nos lleva arriba. En nuestro piso está el comedor, muy confortable y majo, con sus manteles puestos, invitando a cenar otra vez. Arriba hay un gabinete o salón de estar, con unas ventanas muy cucas y unas puertas muy saladas, muy de bares, que salen a cubierta. Las sillas están cubiertas con cretona de colores muy entonados, vistiendo animadamente la estancia, pero con gran simpatía e intimidad.

Falta una hora todavía para la salida del barco. Recorremos todo lo que podemos y subimos a la cubierta de las lanchas y al puente de popa. Volvemos a bajar; nos llegamos a husmear los departamentos de primera, con gran salón, gran comedor y una despampanantísima escalera, muy fea pero muy de barco.

Por fin nos metemos en el gabinete a leer el ABC y el Blanco y Negro; pero...que si quieres. No estamos para lecturas. Por fin suena la sirena y empiezan los trabajos para desatracar la motonave. Quitan las escaleras y nos subimos al puentecillo de popa, a desatracar con el barco y a esperar el mareo. Hacemos nuestros pinitos de andar por el puente y con el pequeño balanceo hay veces que los pies encuentran el suelo demasiado pronto o demasiado tarde, pero enseguida nos acostumbramos a ello y andamos como viejos lobos marinos, balanceándonos y todo ¡Olé! Se queda el barco suelto, tras de los trabajos del rimorcatore y empiezan a funcionar las hélices. Esperamos el momento de marearnos, creyendo que va a ser muy pronto. El marino que ha estado allí durante las maniobras se va y nos quedamos en el puente un matrimonio alemán (él de mediana edad, bastante bárbaro; ella rubia, grande, espléndida y majestuosa, la “bella Juno”), un muchacho joven y nosotros.

Todo se nos vuelve ir de un lado para otro y mirar las luces de Nápoles, que tardan unas dos horas en desaparecer del horizonte. El mareo no aparece por ninguna parte. Se está muy bien. Van desfilando los alemanes y el muchacho. Nos quedamos solos. Los de cubierta también desaparecen al fin y no hay allí otras personas que un vigilante y nosotros dos, decididos a acostarnos cuando nos cansemos de ver aquello. Pero empezamos a pensar que mañana hay que ver amanecer y como por otra parte llovizna de firme, nos vamos hacia abajo y por último al camarote. Navascués se encarama y yo me quedo en la litera de abajo. Tumbados se nota más que arriba el movimiento del barco, pero el mareo sigue sin aparecer.

Atontado completamente. No recuerdo impresión semejante. Solo un poco como en la sierra, cuando al dar la vuelta a Siete Picos mirábamos hacia Segovia y Valsaín; pero aquí el silencio y la paz eran más densos y aún el aire parecía más puro. ¡Qué lejos España!

Paestum = Templo de Neptuno

En la entrada E de la cella, se marca bien, en medio y con una anchura igual a la de la nave central, un rebajo con pequeño escalón para subir a ésta y a uno y otro lado puertas pequeñas adinteladas, según muestra la de la izquierda, que es la que queda

en pie, hechas con la misma piedra que las columnas. Las habitaciones estas, o lo que sean, en planta hacen una cosa así. Además hay a la derecha, donde marca la cruceta, un gran sillar caído que es resto de una escalera.

8 de noviembre de 1930

EN PALERMO

Cuando me despierto son más de las 6 de la mañana, aunque muy poco y al pronto no me doy cuenta de que estoy en el barco. Pero enseguida me levanto con interés de ver si es de día. Ha amanecido ya, según veo por la ventanilla del retrete. Me vuelvo a la cabina y encuentro a Navascués que ya se ha despertado y está tan contento por lo bien que ha pasado la noche. Yo me arreglo deprisa y me voy arriba, donde solo está el alemán de la bella Juno, que al saludarle yo, me contesta un poco sorprendido dándole al resorte y doblándose. El barco está perfectamente limpio y blanco, como vestido de novia, y además bañado por el aire tan puro del amanecer. Sigue corriendo viento, que entona y refresca, tanto o más que la asombrosa vista del mar, más hermosa aún que de noche. La limpieza del aire y su sutilidad es algo que nunca había sentido en tal grado, ni aún en la sierra. Hay algunas nubes y el sol queda por debajo de ellas como un disco encendido, más amarillo que otra cosa. Bajo en busca de Navascués que ya sube. Empiezan a asomar pasajeros por un lado y otro y aún la bella Juno se atreve a asomar arriba. Pero aquí en lo alto casi somos nosotros los únicos.

El agua del mar es ahora de una limpidez extraordinaria, y la espuma de la estela tiene una seducción encantadora. Durante mucho tiempo viene detrás del barco una gaviota, con rítmico aletear y dejándose caer en planeados de cuando en cuando.

Es admirable la sensación de paz que nos rodea y la serenidad con que el barco avanza. Pero ya nos va quedando poco, porque a lo lejos y entre brumas se ve tierra. De pronto, pasa un hidroplano a nuestra derecha, hacia Nápoles, muy bajo. Es del tipo del Plus Ultra, aunque con motores rotativos. Le seguimos con los gemelos hasta que se pierde, siempre muy bajito.

Cuando ya estamos cerca de tierra el barco describe una curva muy amplia para enfilarse al puerto, y a poco va entrando majestuoso. Son las nueve de la mañana. Antes nos hemos dado el gustazo de desayunar en el barco, en un comedor coquetoncísimo; un desayuno vulgar.

En el muelle hay bastante gente y un chillerío terrible. Se tarda un poco tiempo en todas las maniobras de amarre, y cuando por fin ponen las pasarelas, sube un ejército de mozos, a uno de los cuales le entregamos nuestras maletas. Hay que pasar por la Aduana, donde no las abren y las marcan y luego cogemos un taxi, con el mozo del hotel Victoria, que está muy céntrico, en la vía Bandiera, al lado de la vía Roma y el corso Vittorio Emanuele. El hotel es un antiguo palacio. En cuanto nos acomodamos en la habitación, grande, nos echamos a la calle en busca de la catedral y antes

dejo unos filmpacks a revelar. La catedral, por fuera, tiene un aspecto solemne y en extremo pintoresco, con un encantador tono dorado en la piedra y con sus torres características, con sus torrecillas de ángulo. Por dentro está rehecha y aparte van las notas de interés. Después vamos hacia la Puerta Nueva, terrible, con sus morazos en la parte de afuera. Nos acercamos al Palacio Real, y como nos dicen que está abierto hasta las 4 (y es la 1) nos vamos a Correos, donde Navascués no tiene nada, y a comer.

Enseguida, 2¼, estamos en el Palacio Real. El patio es verdaderamente grandioso, con tres rangos superpuestos en arcadas semicirculares sobre columnas, en forma que me recuerda extraordinariamente al patio del Alcázar de Toledo, aunque mucho menos grande. A uno de sus lados, formando su muro, está la capilla palatina, que ahora están descubriendo en su parte baja. Han levantado todo el enlucido de esta ala del patio, y dejan el muro con su despiezo al descubierto, pero sin quitar las bóvedas posteriores. Así, logran conservarlo todo y hacen visible lo antiguo. Así han dejado visibles una serie de ventanas sencillas con arcos apuntados. Con el costado propiamente tal, en el piso de encima, han hecho lo mismo y puede apreciarse perfectamente su fachada, que formaba por aquí un pequeño pórtico, con arcos apuntados, despiezados en ladrillo muy grueso. Tiene además la capilla un pequeño atrio, en uno de cuyos extremos está la pila bautismal, y por donde, volviendo, han dejado también aislada la capilla, que quizá llevara por aquí otro pequeño pórtico. En este atrio, en la puerta que comunica con el tesoro, hay una reja de hierro de volutas, verdaderamente preciosa.

La entrada ya en la capilla es cosa incomparable y encantadora. Es algo parecido a la sensación que produce la capillita lateral de Santa Práxedes, pero en un tamaño mucho mayor y con una verdadera importancia arquitectónica. Llena totalmente de mosaicos sobre fondo de oro, refulge en tan extraña manera y da de sí una luz tan especial que diríase absolutamente atmósfera de ensueño. Y lo que sorprende del todo es lo perfectamente que riman las dos partes, esta alta, dorada, con la baja en que no dominan más que los mármoles blancos con sus franjas en color, también de mosaico. Y sin embargo, el acuerdo y la armonía son perfectos. Como en el centro tenemos una monografía grande sobre la capilla, renuncio a tomar notas y me dedico a mirar y a contemplar todo detenidamente, gozando con aquella atmósfera irreal. Hasta los capiteles están dorados, cosa que he de ver en otras varias de estas iglesias sicilianas.

Cuando nos saciamos un poco de ver todo esto, pasamos al tesoro, donde hay unas cuantas arquetas árabes de marfil y una, sobre todas, de excepción. Es cosa oriental, tallada y pintada de negro. Además hay otras cuantas del tipo pintado.

Desde allá pasamos a ver el Palacio Real, donde no hay cosas de mayor interés, sino salas y salones, más o menos ricos, y la estancia del rey Roger, correspondiente a la torre Pisana, en que se conservan los mosaicos, también sobre fondo de oro, pero un poco más toscos que los de la capilla.

Desde allí nos vamos a San Giovanni degli Eremiti, donde nos encontramos nada más entrar con una ventanilla gemela encantadora, con una columnilla medial tan fina que parece ha de quebrarse solo con el aire. Me dan ganas de subir a ver si se rompe. La iglesia es la primera que vemos de este tipo siciliano, con sus cúpulas muy peraltadas, destacadas enormemente al exterior, sin más cubierta que su propio cascarón. Tienen una fisonomía especialísima e inconfundible. Las notas van aparte. Pegada al lado de la epístola, y en forma muy poco clara en cuanto a empalme, hay otra construcción que estaba dividida en dos naves por cinco columnas y que tiene aún visibles en los muros los arranques de las bóvedas, al parecer, de aristas. No sé cómo se relacionan una cosa y otra, pues en el cuerpo lateral de la derecha las dos se mezclan bárbaramente cruzándose y por ello me inclino a pensar que sea una cosa posterior a la iglesia, y no anterior, como dice el guía, y por más que haga, no veo nada de mezquita.

El claustro, posterior, es un rincón verdaderamente delicioso. Andamos por el un ratillo y luego salimos hacia detrás del Palacio Real y nos vamos andando hacia abajo, tras de pasar por la famosa Puerta Nueva, hasta llegar a la Piazza della Marina, donde nos encontramos cerrada la Navigazione. Total, que nos hemos de volver a casa cariacontecidos.

Trabajamos un poco y nos vamos a cenar, a otro ristorante de la Vía Roma, junto al cine Biondo y el albergo diurno Cobiانchi, donde me como un plato siciliano, que se reduce a unas lonchitas de carne que envuelve un trocito de queso y todo ello está frito con un emborrizado muy especial y con rajitas de pan. Está bueno. Hay un ejército de camareros, alguno de ellos muy jovencillo, y uno muy viejo, que hace como de maître y es talmente un camarero de los clásicos nuestros de café antiguo.

Al volver a casa estoy un poco machacado y me duele la cabeza. Me pongo a hacer algo, pero renuncio, y poco después de las 9 estoy en la cama, mientras Navascués se queda trabajando.

Tumba de Roger

Las columnas son de mosaico, en esta forma formando fajas. Los fustes con mosaico dorado y rojo, negro y azul, alternando con fajas más estrechas del mármol, de manera que están hechas vaciando en los fustes propiamente tales el sitio para el mosaico. En las columnas de las esquinas el mosaico se dispone en cuadrados sesgados respecto al eje del fuste. Las basas de Roger son basas áticas sencillas, perfil. Aparte de los mosaicos como salchichón o ataujía, tiene la parte de abajo, horizontal, del entablamento de la cubierta, con cintas de oro sobre fondo de salchichón dispuesto en taja, cortando por la mitad los octógonos.

En los pares de la cubierta, por dentro, en cinta de oro, estrellas de seis enfiladas con el fondo lleno, como siempre, de ataujía o mosaico, como quiera decirse. Por dentro del friso, zona de lazo de seis.

Insc. QUIETI ET PACI / RUGERII STRENUI / DUCIS ET PRIMI REGIS SICILIAE / MORTUUS EST PANORMI FEBRUARIS MENSE / ANNO MGLIV.

Tumba de Constanza

Muy semejante a la de Roger. Capiteles corintios clásicos, con rosetas en medio, dos filas de hojas, caulículos desarrollados, etc. Cimacios de mosaico de salchichón. En las costillas del techo, las estrellas de seis enfiladas. Las columnas con dientes de sierra, como las otras. Los collarinos van con los fustes y estos llevan abajo un filete. Las basas de este de Constanza doblan el perfil de la ática. El friso de los dinteles y de los frontones son simplemente cuatro enfilados. En la parte baja de los dinteles una composición, que es y repite de dos en dos indefinidamente. La misma va en el friso por dentro.

Insc. CONSTANTIAM IMPERATRICEM ET REGINAM SICILIAE / REGIAE NORTHMANNORUM STIRPIS ULTIMAM / HOC HABET MONUMENTUM / ELATA EST PANORMI M.NOV.ANNO MCXCVIII.

Las inscripciones me parecen modernas, en una capital algo alargada, en cartelas y talladas en el mármol, rellenándolas después de negro.

Sigue sepulcro de Roger

El sarcófago, que es sencillamente de lajas de pórfido, está sostenido por unos tenantes arrodillados. Están con una rodilla en tierra y con las espaldas y la mano contraria a la rodilla que apoyan, sostienen el sarcófago. Entre medias, un motivo vegetal de este esquema.

Tumba de Federico II

Insc. En el frente, la letra como la de las otras: HIC SITUS EST / ILLE MAGNI NOMINIS IMPERATOR ET REX SICILIAE / FREDERICUS II OBIIT FLORENTINI IN APPULIA / IDIBUS DECEMBRIS ANNO MCCL. Detrás: ILLATUS ETIAM HUIC TUMULO / PETRUS II ARAGONENSIS REX SICILIAE / AB CALATAXIBET TA QUO FATO CESSIT ANNO MCCCXLII / POST ADVECTUS PANORMUM.

Ambas en cartelas como las de las otras. Baldaquino semejante pero más sencillo. Capiteles de hojas lisas y caulículos muy desarrollados. Foto Alinari. Basas muy complicadas. El fuste lleva con el collarino y capitel, fustes de pórfido y cuatro de los capiteles, los dos de atrás y el baldaquino, de mármol blanco. Nada de mosaico. Sarcófago de pórfido sostenido por leones, que tienen entre sus patas o cabezas humanas o animales, una cabrita, y aún una figurilla humana entera, cabeza abajo. En la tapa, a dos aguas, medallones. A un lado Cristo con el libro, entre símbolos San Juan y San Marcos; al otro, Virgen con el Niño en brazos entre San Mateo y San Lucas.

Tumba de Enrique VI

Es de la misma forma que las otras y el sarcófago igual al de Federico II.

Insc. En el frente: MEMORIA HENRICI VI IMPERATORIS ET REGIS SICILIAE DECESSIT MESSANAE MENSE SEPTEMBRI ANNO MDXCVIII

El sarcófago es del mismo tipo del otro, aunque liso en su tapa, y varios de los sostenes, que son simplemente. Las basas son también complicadas y en lo demás las cosas siguen lo mismo, salvo los capiteles.

En el pilar que separa las dos capillas, en su frente, hay una inscripción : Regum et Reginarum Siciliae / urnas fúnebres / inclita a vitae maiestatis monumenta / septa in dote conferit novum sumere / decus cum novi templo/ visum pro dignitate et ex re magis/ quando ab aevo vetusta mano sine tenere/ita statutum et deliberatum habuerunt/ ut in hac urbe quae princeps regni/ quae sola certum regio implicat capiti/sedem et domicilium collocarent/ et ut ne alter preter hunc locus tegetet/ uti longum mos tenuit/ossa regia et cineres/ anno MDCCC.

En la sacristía

Tesoro En la corona de Constanza, con cabujones, piedras sin tallar en ellos y todo filigrana, salvo la parte baja que tiene un borde en tejido de oro y unos grandes colgantes como arracadas. También hay dos bordillos de la veste de la reina, con esmaltes cloisonnés, igual que otros varios de la corona. Uno de los cabujones de esta tiene una pequeña inscripción en árabe.

En el resto del tesoro hay un bote árabe, de los cilíndricos pintados, con herrajes dorados con algunas pinturas en negro.

Cripta

Es la parte alta de una planta de siete ábsides, más saliente el central, como de costumbre. Son arcos apuntados, sin dobladuras, que apoyan bóvedas de arista, todo en piedra. A uno y otro lado de cada ábside hay columnillas entregas. Los ábsides cubren con bóveda de cañón apuntado. En la cripta, varios sepulcros. Uno pagano, grande y muy bueno. Algunos cristianos, además de los medievales, y uno, muy curioso, de imitación decadente o bárbara de un sarcófago clásico, con unos estrígiles, que no son tales, sino de una sola dirección a un lado y a otro, y con medallones en la tapa a dos aguas.

En la capilla de los sepulcros y en el Pórtico de sur, hay dos vírgenes de mosaico sobre fondo de oro, que pueden ser del XII, bonitas.

San Giovanni degli Eremiti

Cúpula que va sobre la capilla mayor, la capilla es rectangular y después se reduce a cuadrado, por medio de dos arcos laterales y ya sobre esta planta se levanta la bóveda, muy capialzada. Toda la construcción es de sillarejo menudo, de unos 3 por 5 cm, aproximadamente un poco más ancha que un ladrillo puesto por tabla. Las cúpulas de la nave arranca de una manera semejante, sin más diferencia que ser tres los arcos que constituyen la trompa y tres los laterales, pero con todo lo demás el

sistema es el mismo. Las cúpulas son también peraltadas y tienen igualmente cuatro ventanas, de arco apuntado, en ellas, además de estar caladas todas las ventanas laterales. En el cuerpo lateral de la izqda. va el campanile, que tiene en lo alto una cúpula semejante. En la parte baja, una bóveda de aristas. En la parte baja de la nave central, saeteras sin derrame.

9 de noviembre de 1930

EN PALERMO

A cosa de las 6 estoy ya despierto, pero sigo en la cama y duermo un rato más, hasta las 7, en que nos levantamos. Nos arreglamos y nos ponemos a hacer diario hasta cosa de las 9 menos minutos, en que salimos hacia Santo Domingo con ánimo de oír misa, pero resulta que no la hay hasta las 10 menos cuarto. Nos vamos a desayunar. Delante de Santo Domingo, en la plaza, hay otra columna con la Inmaculada encima, del tipo de los triunfos andaluces, lo que me da una vez más la medida de nuestras influencias y nuestras semejanzas con estas tierras y con las de Nápoles. Aquí en Palermo vuelve a reinar con todo esplendor el balcón, y de buen porte. Y las calles tienen el mismo aire y ambiente de ciudad andaluza, mediterránea si se quiere, y concretamente de Almería, entre lo que yo conozco. Además ayuda la vegetación, con palmas y chumberas.

Santo Domingo es una gran iglesia barroca, con tres naves separadas por arcos sobre columnas y toda está llena de sepulcros modernos, con algunas cosas fantásticas, entre ellas una que diría era de Querol.

Cuando termina la Misa nos vamos en demanda de la Martorana y San Cataldo, pasando por la monumental fuente de la Piazza Pretoria. La vista de las dos iglesias y el campanile, aún con el postizo portalón barroco, es cosa típica y curiosa. Pero encanto el del campanile y el interior de la Martorana que es lo primero que vemos. Está empalmada a los pies y agrandado, haciéndolo nuevo, todo el ábside de en medio. Lo que queda de lo antiguo está lleno de mosaicos muy ricos sobre fondo de oro, del mismo tipo de la Capella Palatina. En cuanto a construcción y caracteres, tomo unas cuantas notas. Asomando un momento a San Cataldo, pero hay misa en la Martorana y el guarda no quiere dejarnos allá mientras tanto. De modo que aprovechamos el rato, en tomar notas del campanile. Y luego nos metemos otro gran rato en San Cataldo, con alguna otra nota y fotografías de bóvedas.

En lo que he visto hasta ahora de estas iglesias sicilianas es curiosa la uniformidad de disposición de unas a otras: los ábsides poco marcados, no estando más que el central; el abovedamiento, con cúpulas muy peraltadas abiertas con ventanas, las trompas de ángulo en arco agudo doble o triple; los arcos que dividen los tramos sin responsiones en los muros; la decoración interior de mosaicos en paredes y suelos y la exterior de algo como alicatado muy grande y hecho con piedra. Y allí nos estamos hasta la hora de comer, en que salimos pitando hasta el ristorante de Piazza Bologni, donde comemos y salimos enseguida hacia Monreale, en un 8, que nos lleva hasta

Rocca. Hace una tarde todo lo espléndida que se puede pedir. En Rocca hemos de tomar el funicular, que no nos lo parece cuando viene, con lo que nos tiene un rato intrigados. Pero luego resulta que es un funicular la mar de gracioso. Es un tranvía vulgar y al llegar a un cierto punto de su recorrido le empalman a tope, detrás, una vagoneta como una locomotora eléctrica de acumuladores que es la que va sujeta por el cable. Además para que esta locomotora empuje siempre al tranvía y esté dispuesta en todo momento, al terminar el trayecto sigue bajando hasta quedar metida en un pozo, mientras el tranvía, ya libre, anda por sí solo. El sistema es sencillo y gracioso y, claro, a mitad de camino se juntan los dos tranvías y se cruzan.

Conforme vamos subiendo la vista se hace cada vez más preciosa. El funicular va en realidad por la falda de unos montes, en el lado de un ancho valle, limitado por otros en el costado de enfrente, hacia sur, y Palermo queda a orillas del mar, en la parte donde el valle se ensancha considerablemente. La vista es magnífica en dirección a Palermo, a nuestra izquierda, los cortados, y a la derecha, (a veces vamos por terraplén artificial) se hunde el valle, con una vegetación exuberante, salpicada de chumberas, mientras que al fondo Palermo se extiende queriendo abrazar al mar azul, azul, azul. Pero si bello es el paisaje, no es menos hermosa la Catedral de Monreale. Es enorme, en un tamaño a que no pensamos se pudiera llegar con el sistema, claro que con cubierta de techos, salvo en los ábsides. Es algo así, como una capella Palatina mucho más grande, perdiendo algo de encanto por los torrentes de luz blanca que entra por las vidrieras modernas, pero sin perder nada de su finura. Al contrario, parece que al hacerse en mayor tamaño ha perdido algo de la indecisión de líneas que el revestimiento de mosaico daba a las aristas de la capilla y de la Martorana. Las columnas son aprovechadas lo mismo que los capiteles, en los que hay una serie corintios, con cornucopias y bustos humanos en medallones, excepcionales y que recuerdan los semejantes de las termas de Caracalla con el Hércules. El apoyo de los arcos se hace siempre por intermedio de cimacios, llenos también de mosaico.

Todas las cubiertas son de armadura sencilla. Las partes bajas y el pavimento, con mármoles blancos y fajas de mosaico, en el suelo haciendo lazo, son muy semejantes a la de la Capilla Palatina. En las fajas de lazo de los zócalos hay verdaderas maravillas y todos siguen con la misma particularidad de que las cintas estén cortadas solamente en trozos rectos. También son del mismo tipo hasta ahora visto los revestimientos y cierre del coro, con su dos tronos, desiguales en cuanto a tamaño e importancia, pero iguales por riqueza.

Vamos hacia el claustro y nos encontramos con que está cerrado, se lo preguntamos a una mujer que está en la puerta de al lado, y no conseguimos nada. Yo ya casi renunciaba a ello, porque me había puesto de muy mal humor; pero Navascués pregunta dentro, exhibiendo el pase de Paribeni, y llaman al guardián, quien se apresura abrirnos. Es el más grande y el más viejo, al parecer, de todos los que hemos visto hasta ahora, y el primero que tiene alguna emoción comparable a los nuestro. Es sencillamente muy hermoso y tiene una cantidad de detalles extraordinario, con capiteles labrados de manera sapientísima. Casi parece que han tallado la piedra

como si fuera marfil, con la misma finura de detalle y de matices. Hago alguna fotografía. En la parte externa tiene la misma decoración de incrustaciones negras, que parece son lava o piedra volcánica. Empiezo a tomar unas cuantas notas, pero el guardián nos dice que hay que marcharse para coger el tranvía de las cinco para Palermo y tengo que dejarlo. Compramos de paso una serie grande de fotografía y un librito que trata de catedral y claustro.

Al volver ha perdido un poco de su efecto el paisaje, pues la lejanía se pierde en la bruma, pero aún es muy hermoso. Hay gran animación por las calles. Nos metemos en el hotel a trabajar y a eso de las ocho salimos en busca de la cena y por variar de ambiente nos vamos hacia la Plaza Cavour y delante del Teatro Máximo nos encontramos un ristorante en condiciones. Cuando salimos vemos en el cine Excelsior anunciada una compañía folclórica siciliana y nos metemos allá. Un pedazo de película, pues aquí los cines son sesión continua, y un dramón espeluznante en un acto a cargo de la compañía. Luego empieza otra vez el cine y a cosa de las once nos venimos hacia casa. Hoy le he escrito a Mamá y a Don Manuel. En el hotel aún escribimos un poco y cerca de la una nos acostamos.

La Martorana.

La planta es de cruz griega, de brazos cortos, inscrita en un cuadrado. Las cuatro bóvedas de los rincones son de aristas agudas capialzadas y los paños intermedios se cubren con bóveda de cañón aguda. El cuerpo central reduce cuadrado a octógono por las trompas de ángulo normales que aquí llevan encima ventanas caladas y además las de los cuatro lados que hacen juego con las trompas. Los frentes de los arcos de la cabecera apoyan sobre pilastras, encima de unos pequeños cimacios y los capiteles. En planta, así y en alzado. Los arcos que dividen los tramos no tienen respaldos en los muros, sino que arrancan directamente de ellos mediante un pequeño saliente.

Campanile de la Martorana

Cada uno de los cuatro apoyos, en planta, es así. El pilarete intermedio y cada dos columnas apoyan en un solo arco, apuntado, que luego tiene una pequeñísima dobladura y un arquito moldurado que le ciñe, cuyo perfil es este. Con el baquetón a la parte de afuera, como es natural. Los capiteles son de tipo corintio, alargados, con un pequeño cimacio y siempre con las pencas de los acantos muy revueltas. Este primer cuerpo se cubre con una bóveda de aristas aguda, que resulta bastante capialzada, con su plano externo en poliedro paralela al eje de los cañones. Las basas de las columnas son de tipo ático y una de ellas sobre un pedestal. Las proporciones de los moldurajes son las que van puestas al margen.

En otra columna hay este capitel. Los collarinos y los anillos de la base del fuste, van con éste mismo, formando parte integrante de él. Entre el primero y segundo cuerpo de la torre va una zona decorada, muy perdida ahora. Puede ser una cosa así. Lo rayado estaba relleno con piedra oscura, porosa como el tufo.

En los tres cuerpos superiores hay como siempre arcos agudos con parte luz y los grandes que los cobijan están hechos con los abuhardillados de costumbres. Además, en las esquinas y la parte hasta llenar las albanegas propiamente tales hay unas labores de lazos rellenas de piedra negra como es debido, que son simplemente estrellas de ocho con círculos dentro. Unidas de sus puntas formando un recuadro entorno a la parte superior del cuerpo. En torno a los arcos de almohadillados, entre dos zonas de molduras cuyo perfil es éste, en la parte marcada x va otra labor de incrustación en esta forma arriba.

Hacia el intradós del arco, simplemente círculos tangentes blancos, rellenos de negro, en que las cintas y los miembros están en proporción de uno a cuatro. Y llevan crucetas blancas sesgadas dentro ojo. En los dos cuerpos superiores hay también cosa de incrustación que ya no veo.

La rosca de los arcos de las últimas torrecillas es simplemente de cuadrados puestos de punta. Los dos cuerpos altos de la torre tienen techos de madera, sobre vigas pequeñas, aunque en el último (los dos más altos están comunicados) se ven unas trompas de ángulo en semibóveda de aristas sobre arco redondo y con ángulos salientes, como siempre, sobre el que empieza el anillo de la cúpula, hay con un suelo de madera.

San Cataldo

Crestería. Debajo un friso. En el interior es un rectángulo con cruz griega inscrita, como la Martorana a la que es igual en la distribución de tramos y de apoyos. Pero esta tiene en cambio cubiertas con cúpulas los tres tramos centrales, y los tramos laterales se cubren con bóvedas de aristas con diagonales apuntadas. Las trompas son del mismo tipo y las cúpulas, como siempre muy peraltadas. Aquí las trompas reducen, no octógono, sino directamente a círculo, como en San Juan de los Eremitas. Los ábsides son muy poco profundos y por detrás no sobresale del haz del muro más que el mayor, o sea el central. Las puertas van con dinteles de madera. Las ventanas, son siempre con arco apuntado no tiene nunca derrame, ventanas en el fondo de cada uno de los ábsides. Basas de perfil ático, pero dobles. La mesa del altar tiene en su frente una gran losa de mármol, con la cruz, en medio de ella el Agnus Dei y entorno los símbolos de los evangelistas. Y dos orlas de tipo curioso de que tomo calcos. El suelo es de la misma labor de mosaico y mármoles, con círculos enlazados a cuadrados por nudos.

Claustro de Monreale

Las arquerías no corresponden desde luego con las columnas en que apoyan, pues tienen un baquetón central que no tiene correspondencia. Su perfil es. En todo el claustro, en su fachada externa hay decoraciones de vaciado, rellenas de negro, por el mismo procedimiento de lo de Palermo. Así en los frentes de los arcos y el friso que corre por la parte alta. Así mismo, en el ala del claustro que toca con la iglesia hay una fachada de arcos apuntados, descubierta en febrero de 1883 con motivos

semejantes a los de la torre de la Martorana. Con lo rayado rehundido. Orla en torno al Agnus Dei. San Cataldo: Piedra de altar. Recuadro general, compuesto de secciones semejantes a esta. San Cataldo: piedra de altar.

10 de noviembre de 1930

EN PALERMO

Cuando me despierto son poco más de las 5¼. Me pongo arreglarme mientras Navascués ronca como un bendito y a cosa de las siete y cuarto poco más traslado la mesa y me pongo a trabajar. Navascués se levanta y hace lo mismo y seguimos aún con el tinglado armado mientras nos traen el desayuno. A eso de las 9 menos ¼, nos echamos a la calle y de paso para la prefectura entramos un momento en San Giuseppe de los Teatinos, donde, donde nos encontramos a Zeus, o sea, al marido de la bella Juno, que nos saluda muy afectuoso. La iglesia es tremenda, con tres naves, cubierta la central con bóveda de cañón decorada con estucos y frescos y las laterales con cúpulas sobre cada tramo. El cimborio gran cúpula. La separación entre las naves se hace por arcos sobre columnas, que llevan capiteles de guirnaldas entre las volutas. Menos ricas que las de Roma, no les falta, sin embargo, grandiosidad a estas iglesias, aunque sean un poco escenográficas. De allí vamos a la prefectura, donde al saber que somos españoles, incluso nos hacen sentar todo amabilidad y un buen señor de aquellos se pone a darnos conversación y a decirnos que el español es muy semejante al italiano y muy fácil para ellos. Pero el caso es que él no sabe una jota de español y nosotros ni media de italiano. Nos despachan pronto y bien.

Seguimos hacia San Agostino, que no conserva vieja más que la fachada y en ella el rosetón de que tengo foto de Alinari. El interior es una desilusión, pues está todo rehecho, pero en el interior echamos de ver unas cuantas características españolas, que no se dan en Roma y que ya hemos visto en Nápoles y aquí. La devoción por Dolorosas de vestir, como las nuestras, por Cristo y Ecce Homos.

Por una serie de callejuelas estrechas que recuerdan pueblos españoles, vamos al museo. Aparte van las notas. En conjunto, muy desdichado de instalación, con mucho polvo y poca cosa útil en relación a la cantidad de ejemplares. Lo árabe está cerrado, el director en Roma y el conserje no sabe qué hacer. Le largamos la carta de Paribeni y al hombre solo se le ocurre que saltemos un pretil que hay por allá, mientras llega la llave, y así entramos a ver el jarrón y todo lo demás.

Terminamos pronto, compramos unas cuantas fotografías y nos vamos a comer. Terminamos pronto y nos vamos a la estación a coger un tranvía que nos lleve a Zisa que después resulta que va por Vía Roma, deshaciendo todo el camino que nosotros hemos hecho. La Zisa, cerrada: preguntamos a un hombre de gorra, quien manda a una chiquilla por la guardesa, y vuelve diciendo: "ahora viene". El hombre nos explica que en el habla de los sicilianos hay gran cantidad de palabras españolas. Tomamos una serie de notas que van aparte, y nos vamos hacia los Capuchinos, donde vemos las catacumbas, de veras impresionantes. Y después hacia la Cuba. Nos la enseña un

soldado, pero por fuera. Para verla por dentro llamamos al oficial de guardia, muy amable, que consulta con el comandante y vuelve diciéndonos que no puede ser porque la llave está en la Soprintendenza, y allá nos vamos. Segundo golpe en el día al pase de Paribeni, pero el Soprintendente no está y el señor que nos atiende nos dice primero que no se podrá visitar, porque está en restauración, y después que de todas maneras podemos intentarlo y si el soprintendente da permiso no hay nada que decir. Lo que hay que decir es que no hay tiempo.

De allí, corriendo, a la Navigazione, donde nos dan toda serie de datos, y enseguida desde la Plaza de la Marina al despacho de los "Florio" donde nos dicen que no es necesario reservar puestos. Y al hotel, a enterarnos de dónde está el consulado. Su busca es una verdadera tragedia, pues se ha mandado de casa un par de veces y cuando por fin lo encontramos, no hay nadie. Lo menos que podía era haber un portero a quien darle un recado, pero nada. Vamos a buscar al Cónsul al Grand Hotel des Palmes y por fin nos recibe tras de hacernos esperar un poco. Nos convida a té, muy afectuoso. Nos confiesa que no le interesa la arqueología, que lee y admira a Ortega y que conoce a Don Manuel a través de sus conferencias y de la novela de España. Y se mete con Tormo. Total, que mañana nos dejará hechos los certificados.

De allá nos vamos corriendo a recoger las fotos que dejé el otro día para revelar, en que solo hay seis fracasos, de 48, y a comprar postales de la Zisa y de la Cuba. Y aún a Correos, donde no hay nada.

Y después a cenar, a casa, donde nos sentamos a escribir, que ya era hora, y a las 10½ a dormir, que mañana hay que levantarse a las 6 para ir a Cefalú.

Al venir a cenar, en vía Prendiera, un guapo le ha atizado una bofetada a una muchacha, que ha sonado como un tiro. La muchacha, que iba con una mujer vieja, y esta misma han seguido como si tal cosa. Y nosotros también.

Museo de Palermo

En la primera sala un calco de capitel de Selinunte enorme con filete al terminar el ábaco y solución de continuidad entre él y el comienzo de las estrías.

En la sala II dos sarcófagos antropoides griegos, exactamente iguales al de Cádiz en todo su tipo, aún el mejor de ellos, que parece cosa del V.

Dentro de la sala Selinunte, en el rincón, una serie enorme de urnas etruscas, en dos salas, en el más lamentable estado de instalación. En la sala de Selinunte destacan de gran manera las metopas del templo C, del VI, con cuadriga, degüello de Gorgona y Hércules. El entablamento aún conserva características primitivas, como goterones cilíndricos de los triglifos. Las del templo E ya son más avanzadas de arte, aunque en cuanto a arquitectura conserven algunas características de arcaísmo, como las otras. Son muy movidos y bonitos en ellas, sobre todo, los grupos de Diana y Acteón y de Palas con el gigante, en que hay bellos escorzos en fuga. El resto de la sala lo llenan fragmentos arquitectónicos más o menos completos; algunos capiteles dóricos y

unas cuantas cabezas. En una vitrina, retos decorativos con pinturas en negro y rojo oscuro sobre blanco.

Arriba, en las salas de cerámica griega, decentemente puestas, hay una serie de vasos de estilo geométrico, muy característicos, que no añaden gran cosa a la impresión que de ellos tenía por el Catálogo del British.

El Hércules de Lisipo me ha sorprendido por lo extraordinariamente pequeño, pues no tendrá más de 90 cm de alto. En la misma sala hay un buen carnero de tamaño algo mayor que el natural, también en bronce y un efebo o Apolillo arcaico, con la pierna derecha ligeramente adelantada, boniquillo. El Hércules es muy bonito.

En los corredores que forman la sección topográfica siciliota, hay un baño interesante para mí, por ser de forma no vista, como nave o mejor dicho de aspecto de zapato casi, de tal manera que el que se bañaba quedaba metido con los brazos fuera. El tipo de las lucernas griegas difiere un poco del de las romanas, en corte son de tal manera que tienen en medio un pitorro hacia arriba. También unos cuantos vasos, muy grandes, del siglo II, pintados en rosa y azul, con decoración en relieve y toques de oro, que son urnas cinerarias.

Sala árabe = tiene a la entrada una puerta de palitos torneados, cruzados a 90º, como celosía. Sencilla. En una vitrina de la sala grande, entrando a la izquierda donde hay dos platos de tipo manises, uno con figura de león y otro con gran umbo central e inscripción periférica con el "In principio erat verbum", hay unas cuantas jarricas blancas, que varían algo en forma pero que son aproximadamente del tamaño de la de D. Manuel y tienen también colador. Parte de ellas tienen trozos dorados. En la tabla inferior unos cuantos vasos rojos barnizados. Nº 3003/134 un fragmento de puerta, con tres miembros, monótonos y sencillos, aunque con muchos tallos. Lo mismo le pasa al marco de la puerta de la casa de Godofredo di Marturano. El jarrón, es hermoso, pero casi el peor de los que conozco en cuanto a decoración. Por el estilo del de casa Osuna, pero más malo. Una ventanita de yeso, calada, de San Giovanni degli Eremiti, con lazo de seis, doble, como va en el croquis. Otra gran celosía de palitos torneados, en la misma forma y un balcón completo, con sus celosías de palos. Hay también una bonita arca de taracea, nada más que en negro y blanco, de 1x 0,55x 0,55 aproximadamente. Un techo de la Capilla Palatina, cosa de una por dos varas, muy fino, del que tengo foto. Está hecho de la misma forma de entorchado y le queda algún resto de policromía, a base de rojo y azul.

Luego una porción de canes, arcas, vaciados y metralla y muchas cosas del Cairo de una colección de los hermanos Jacovelli.

En las excavaciones de la ciudad y de San Juan de los Eremitas, algún fragmento de cerámica de barro rojizo, con vidrio blanco lechoso y decoración en manganeso, ocre y verde sucio corrido. Todo más sucio del tono de lo de Paterna, pero semejante, uno de los platos tiene un pavo real, silueteado en ocre oscuro y rayado con ello el cuerpo mientras el cuello rellena de ocre algo más claro. Algunas cazoletas con solo

vidrio verde intenso. También hay otros trozos de vidrio verde claro, con decoración en manganeso. Un fragmento de alicatado de piedra. En negro, blanco y rojo con este motivo.

La Zisa = el salón central, cuadrado, tiene en uno de sus lados la entrada y en otros tres, tres nichos rectangulares. En el del fondo una fuente, parecida a las que habíamos visto el otro día en Pompeya. Un nicho de arco semicircular, con un águila imperial en mosaico de oro, de cuyo centro, debajo del águila, brota un caño de agua, que cae sobre un plano inclinado, con estrías en ángulo recto, rodeado por dos escalerillas a los lados. Encima hay tres grandes medallones circulares con mosaico sobre fondo de oro, unidos entre sí por nudos. En los lados, pavos reales a un lado y otro de una palmera, cuyos dátiles pican. Enmediados cazadores afrontados que disparan sus arcos contra las aves que hay en el árbol central. En torno a todo el salón enlazando con la parte baja de esta zona de medallones y recuadrándola por arriba, corre una franja de mosaico sobre fondo de oro, con palmetas y flores enlazadas, y debajo otra franja estrecha de mosaico de mármoles y vidrio con lazo de ocho, como lo de la Capella Palatina. Lo mismo son las bandas verticales que dividen el revestido de las placas de mármol. En las esquinas de las exedras, columnitas con capiteles como los de pájaros del claustro de Monreale. El cuadrado central tiene ahora una bóveda de aristas, enlucida, que no creo antigua y sobre cada uno de los tramos rectangulares van bóvedas de estalactitas grandes; la del fondo tiene en su frente, a los lados visibles bajo el enlucido, y las de los lados, senos de estrella exterior de ocho puntas. En medio de la sala el canal forma dos pilas cuadradas de mármol, que tienen dentro, más hondas, otras octogonales. Toda la fuente, incluso las escalerillas, me parece de mosaico.

Los capiteles de la puerta y del arco de entrada son corintios, del tipo de doble zona de hojas de acanto, otras dos hojas de acanto dobles por cada frente y encima los caulículos, formando las volutas. Sobre ellos, cimacio con hojas y tallos ondulados y encima un contrario. Collarino y filete en la base del fuste. Basas de tipo ático y de incrustación los plintos sobre que van estas. El suelo de toda la sala fuera de la porción central, que es de mármol e incrustación, es de azulejo de esta forma, negro y blanco. En el frente del vestíbulo, sobre los cimacios de las columnas de entrada, va una inscripción cursiva y encima una de hojas largas retalladas, curvadas hacia fuera, todo ello hecho en yeso. En la zona de hojas, los retallados están a base de hojas dobles de forma normal, y en el extremo empieza una zona vertical de lazo de ocho. Los capiteles. Por el exterior es del tipo normal de todas estas cosas normandas con los arquillos doblados y apuntados en tres zonas. A uno y otro de sus lados sobresale un cuerpo central rectangular también.

11 de noviembre de 1930

EN CEFALÚ

Hemos dejado orden de que nos llamen a las 6½ pero antes ya estoy despierto, y a las 8 menos ¼ ya estamos en la estación, donde tomamos nuestro billete de ida y vuelta para Cefalú y compro un ABC. El viaje es precioso. Toda la primera parte se hace entre plantaciones de naranjo, limonero y parras, cultivadas al estilo de Almería, pero sin empalizadas de mimbres, en una tierra muy suelta y muy roja. Todo ello en una faja entre cincuenta y cien metros de ancho, desde la vía al mar. Es lo que llaman la Coma de Oro. Después, pasados algunos túneles, al trasponer el cabo Zaffarano, la vía sigue completamente sobre el mar, en ocasiones suspendida en el borde de un cortado, y los peñascos parecen más negruzcos en su color rojizo, suspendidos y bañados en el azul inmenso del mar, que está tranquilo, apenas sin oleaje. Seguimos así hasta un puertecito, Términi Imerese. Llevamos todas las ventanillas del coche, bastante peor que nuestras terceras, completamente abiertas y vamos a cuerpo, sin pizca de frío. Poco más allá, a la izquierda, se ven las ruinas de un templo griego, que llegan a poco más de la base y algunos tambores de las columnas, dóricas.

A lo lejos se ve Cefalú, cuya situación me sorprende, pues no sé por dónde me lo había figurado sobre un peñasco y lo que está es bajo el, tendido a orillas del mar. La vista es preciosa.

El cielo muy puro hace que se recorte sobre el toda la silueta, con el gran peñasco rojizo, coronado de muros arrimados de forma inverosímil, el pueblecito blanco a sus pies, sobre el que se destacan las torres de la catedral, con su tono caliente, el verde de la vegetación y el azul asombroso del mar.

Entramos por las calles principales del pueblo, todas endomingadas con sus banderitas, por ser hoy el santo del rey, y así llegamos a la catedral, hermosa, que ahora está en vías de reparación. Han descubierto ya totalmente, limpiándolo de enlucidos, el crucero y están haciendo lo mismo con la nave baja del evangelio. La central hasta el crucero también está descubierta. La capilla mayor y las dos laterales están completamente enmascaradas con barroco, de las incrustaciones de mármoles tan normales aquí, salvo el ábside central y el tramo anterior a él, que tienen los mejores mosaicos de este grupo siciliano. Un verdadero encanto de dibujo y de color.

Nos pasamos dos horas largas tomando notas, aquí y en el claustro, muy interesante hasta que después de las doce nos echan. Entonces nos vamos a casa de un fotógrafo la mar de pintoresco, medio de feria, con una porción de telones, que resulta no tiene prueba hecha de los mosaicos. Y al que compramos dos exteriores de la catedral. Y después compramos unas cuantas postales, malas por cierto.

Desandamos parte del camino hasta un ristorante que se llama nada menos que de Europa, donde nos dan unos spaghetti y un bisté con ensalada bien verde, que no sé de qué diablos de yerba será, nos sirve un gran mocetón de pueblo, que no se quita la

gorra, por lo visto, ni para dormir. Comen con nosotros algunos otros señores, entre ellos uno de Palermo que ha estado también en la Catedral. Yo tengo las tripas un poco revueltas y con ello le fastidio un poco el plan a Navascués, que pensaba por lo visto corretear por el pueblo. Al fin nos vamos hacia la estación y nos sentamos un rato en la parte de afuera, viendo el mar, que está cada vez más asombroso de color. Lo malo es que el tren viene con bastante retraso y esto comienza a impacientarnos, aunque bien es verdad que mientras tanto un rato de sol inolvidable. Cuando llega el tren, sale con una mecha que casi nos mata, pero llegamos a Nápoles sin novedad mayor, y sí con veinte minutos de retraso, a las 4½. Hay que correr. Cogemos un taxi y me deja en el hotel, mientras Navascués va al Consulado, a recoger los certificados. Mientras yo cierro la maleta, recojo los anillos de Navascués, que ha guardado la camarera, y arreglo la cuenta. Vuelve Navascués con el taxi y al Florio, que todavía no ha abierto el despacho y tenemos que aguardar veinte minutos. Aún nos sobra tiempo. Por fin, saco los pasajes y entramos. Primera desilusión. El barco no es como el que nos trajo, sino más grande, con tres chimeneas, y más viejo y feo. No tiene aquel puentecillo a popa. Y las cabinas son de cuatro, pero nosotros vamos solos en una. Parece que es más estable; pero cuando cenamos, bien por cierto, resulta que el balanceo es serio y a mí se me pone un poco molestia en la cabeza. Terminamos y determinamos qué hacer. Envidia al militar aquel que cenó enfrente de nosotros, con tal regocijo y tal satisfacción ¡Qué plato de spaghetti se metió! Y de todo repetía y todo le parecía bien. Total, que votamos por acostarnos. Y nos va tan ricamente. Antes de las 10, ya me había dormido.

Cefalú

Claustro. Cuadrado, arcos apuntados, con moldura de recuadro externa, apoyados sobre parejas de columnas con capiteles geminados, entre los que hay algunos semejantes a los de San Cataldo, con enlazados. Pero todo tan destrozado que apenas es posible verlo. Collarino y filete bajo, con el fuste. Basa de tres bocelones con escotas y filetes intermedios y pequeñas garras que no son más que un saliente como aleta en ángulo. Cubierta de techos en todo el claustro. Algunos capiteles de hojas de acanto, tallados a bisel y con trépano, casi como los de nido de avispa, y de tal manera cuidados los puntos de unión y los huecos entre las hojas, que se disponen enfilados y son absolutamente simétricos. Un fuste labrado enteramente, como los de Monreale. En una esquina se agrupan cuatro columnas, con capiteles de enlazados y los dos fustes del tramo contiguo, a un lado y a otro, se enlazan entre sí de manera curiosa. Hago foto de todo ello y Navascués toma notas.

Catedral

El exterior de las naves bajas, aparece dividido en tramos por pilares, y entre cada dos va una ventana de arco semicircular doblado, cobijada por un arco apuntado trasdosado, que une los pilares. En el brazo del Crucero lleva arcos apuntados, con dobladura y trazado de moldura semejante a la 2 corrída en línea de impostas. En lo alto, andén de arquerías enlazadas, cuyos arcos tienen perfil de grueso baquetón,

retallado después en zigzag. Las columnas tienen basa de tipo ático, con ábaco y capiteles sencillos, alguno de tipo semejante al croquis.

En el interior, entrando a la izquierda dos en la parte baja del macizo que debe corresponder a la torre, un arco de descarga semicircular, sobre dintel.

La iglesia es de tres naves, separadas por arcos apuntados sobre columnas, con ligera dobladura. Los arcos tienen peralte y las columnas llevan en sus fustes adheridos collarino y filete. Perfil de los cimacios.

En los capiteles hay algunos corintios. Clara y perfectamente clásicos. Otros se diferencian de lo clásico por la talla de los acantos, más hecha a bisel, y por la desaparición de las volutas, que a veces han sido sustituidas por figuras humanas, cuya cabeza ocupa el sitio de la voluta. Aún hay otros en que por el perfil y la disposición, salvo el no tener volutas, quieren ser perfectamente clásicos y en ellos no faltan las hojas con su interior tallado a bisel. Las basas suelen ser de doble curva ática sobre dado achaflanado.

La iglesia tiene un estrecho crucero, cubierto con techos, como las naves, según se está descubriendo. El arco de separación entre él y la nave central es también apuntado, con pequeñas dobladuras y despiezado en forma semejante a los de los lados de la nave. Apoya sobre grandes columnas con enormes capiteles, muy altos de proporción, con doble fila de hojas de acanto y encima volutas. A sus lados, en los rincones de la nave, hay unas columnitas entregas, interrumpidas a mitad de su altura con nueva basa y capitel. Los dos capiteles bajos son un poco bárbaros, pero de tipo perfectamente corintio, e igual le pasa al alto de la derecha. En cambio el de la izquierda es de los de grandes hojas y bolas. Los cimacios tienen un tipo muy semejante a nuestras cosas. Sobre este cimacio está preparado el arranque de la ojiva y del arco, para formar bóveda, pero la cosa se interrumpe con el techo.

Las ventanas de arco apuntado que dan luz a la nave tienen derrame y despiezo semejante a lo de la nave.

Los capiteles de las columnas que soportan los órganos son de los tipos conocidos, de sola fila de hojas apuntadas o de caulículos formando volutas.

En el crucero por toda la parte alta corre un andén de ventanas semicirculares separadas por columnas gruesas, cuyos capiteles no distingo bien. La parte del cimborio tiene columnas entregas en sus rincones, semejantes a las anotadas en la nave mayor. En el ábside, que es muy profundo, quedan a uno y otro lado los dos tronos normales, con mosaicos de mármoles haciendo lazo. En la parte alta del crucero, en el testero frente al altar mayor hay a un lado y a otro dos repisas sobre cabezas, cuya finalidad no acierto a explicarme.

El primer tramo ante el ábside se cubre con bóveda de aristas, sencillo y tanto uno como otro están llenos de mosaicos sobre fondo de oro, que incluso recubren los capiteles, figurando las hojas y el tallado con el color.

En el fondo del ábside y siempre sobre fondo de oro, Jesucristo. Debajo, María entre los cuatro arcángeles, con sus nombres en griego, y a uno y otro lado de la ventana central que lleva en su intradós roleos de oro sobre fondo verde, los Apóstoles. En la bóveda del tramo anterior, serafines y arcángeles. Lado de la epístola, arriba: el Padre Eterno en orla circular, David a un lado y Salomón al otro; debajo, Teodoro, Gregorio, Demetrio y Néstor, como soldados; debajo Nicolás, Basilio, Jerónimo y otro que no leo.

Al lado del evangelio: arriba, otro Padre Eterno entre Moisés y Osías, Debajo, Pedro, Vicente, Lorenzo y Esteban, como sacerdotes y de blanco; debajo, Gregorio, Agustín, Silvestre y Dionisio, con sus libros. Y todos distintos. Debajo de la ventana, memoria de la restauración en el XIX (1859).

En la parte baja del ábside, la inscripción: Rogerius rex egregius plenis pietatis hoc statuit templum motus zelo deitatis hoc opibus ditat variis varioque decore ornat magnificat in Salvatoris honore ergo structori tanto Salvator adesto ut sibi summis conservet corde modesto. Anno ab incarnatione Domini Millesimo centesimo XLVIII indictione XI anno V regni eius XVIII hoc opus musei factum est.

12 de noviembre de 1930

EN POMPEYA

A las 4½ ya está chapoteando Navascués, que hoy me ha cogido la delantera. Se va hacia arriba y yo me levanto muy bien y sin molestia alguna. Me arreglo y arriba. Estamos ya a la vista del puerto. Va surgiendo la gente y a las 6 menos cuarto en tierra. Un taxis y a la estación, donde dejamos las maletas y los paraguas. El día se presenta muy bueno. Vamos a comprar el ABC y a desayunar. Y luego, en el café de la plaza Garibaldi desayunamos otra vez, por si acaso no se come. Y escribimos, Navascués a su mujer y yo Diario. Con todo esto se han hecho cerca de las ocho y nos vamos a la estación del Circumvesuviano, donde tomamos nuestras consabidas terceras y en el coche motor salimos a las ocho en dirección a Pompeya. A las nueve llegamos allá y somos los primeros que entramos en las ruinas después de los empleados en ellas.

Por la via di Nola y la strada consulare llegamos hasta la puerta Ercolanense, con pasadizos laterales para los peatones. En el recorrido vamos viendo que las tiendas se cerraban con tablas metidas a corredera hasta la puerta, que servía de cierre de ellas. Se conservan muy bien los umbrales en las ranuras. Pasada la puerta Ercolanense nos encontramos con la vía Hercolana, o de los sepulcros, que, según nos refiere un guarda, se dirigía a Erculano y enlazaba con la via Appia para dirigirse a Roma. Contiguos a los sepulcros se ven algunos bancos semicirculares con respaldos, exedras y recintos con poyos para los ágapes. Hemos ido derechos a la Villa de Diomedes que tiene de interesante unas termas privadas y un criptopórtico para la conservación del vino y otros productos agrícolas? Luego volvemos por la via de los sepulcros. A la izquierda hay una construcción para alojamientos, porticada, con arcos hechos con pequeños sillares, casi mampuesto. A cada arco corresponde en la galería una

habitación en cuyo fondo hay otra abovedada: al fin de esta construcción, hacia Pompeya, se complica algo la distribución, en la que no puedo reparar. Entramos después en algunos monumentos funerarios. En todos, la entrada es muy reducida y hay que encogerse mucho para penetrar en el interior. En los que hemos visto tienen todos el aspecto y la estructura de los columbarios: pequeños nichos en las paredes, en algunos divididos en su altura y el inferior, tabicado y con un agujero en la cubierta. Repasamos la puerta Herculana y entramos en las casas de la izquierda, entre ellas la casa llamada de Salustio. Por la vía de los Soprastanti llegamos a la Marina y a la puerta del mismo nombre, con dos huecos, uno para el arroyo y otro para peatones, en rampa y a la derecha de la puerta, saliendo. Enfrente se halla el acceso al Museo de Pompeya. Son dos compartimentos seguidos; el primero cuadrangular y el segundo rectangular muy alargado. En el primero hay una poceta reproducida y la reconstrucción de una ventana con una reja. En la segunda sala hay buenas colecciones por lo completo de los ejemplares, de cerámica, vidrio y bronce. De lo más notable que hallo tomo nota aparte. También vemos la serie de los vaciados de los cadáveres, que impresionan de veras.

Del Museo vamos por la vía della Abondanza a la strada del Teatro, donde entramos en la casa de Olconio. Llegamos luego al foro triangular, que más parece un recinto sagrado anejo al teatro contiguo, en cuyo borde sobre la campiña, subsiste el basamento de un templo dórico, con una sede o banco semicircular con respaldo y algunas otras construcciones anejas. Pasamos al cuartel de los Gladiadores, rectangular, con un pórtico, habitaciones en las galerías, y sobre las puertas volaba a todo lo largo un balconcillo de madera, del que se ha reconstruido una parte. De allí pasamos al teatro cubierto con tres cáveas: a la superior se subía por dos escaleras simétricas, detrás de las gradas, que tienen acceso directo e independiente desde la calle. A la inferior, separada de la media por la correspondiente precintion y un grueso respaldo, se entraba por la orchestra. A la media se subía también desde esta misma. El teatro no ofrece complicaciones. El foro anterior a la escena tiene unos orificios cuadrados que parecen relacionarse con el foro visto en Orange. Vemos después la Palestra, delante o a espaldas del teatro, detrás de la cavea; el depósito de agua para el servicio de los mismos y el templo de Isis que a la izquierda del peristilo tiene una edícula, decorada exteriormente con estucos. En la cella hay un alto poyete de ladrillo con puertecillas o aberturas, por donde hay que encorvarse para entrar.

De aquí paramos a las Termas Stabianas, con un gran patio central porticado, con un reservado a la izquierda para el juego de bolos. Al fondo, a la izquierda, se entra en un corredor que comunica con la calle, a lo largo del cual, en el muro de la derecha, saliendo, se abren una serie de compartimentos con piscinas pequeñas para baños individuales. Al fondo del lado frontero a la entrada se abren las letrinas, con un pequeño foso anterior al foso del fondo; son semejantes en su distribución a las letrinas del foro. Contiguos a las letrinas están los baños públicos de las mujeres; frigidarium con compartimentos para las ropas, sin piscina ni abertura, tepidarium y calidarium, con gran piscina de mármol y fuente circular. En el lado opuesto al del

juego de los bolos están los departamentos de los hombres, con frigidarium con piscina circular, cuatro nichos en los muros y bóveda cónica con abertura circular arriba, tepidarium y calidarium. Las paredes están revestidas con ladrillos en esta forma. Entre los calidaria de mujeres y de hombres se ven los restos de una batería de tres calderas con las bocas de salida del humo o de acometida de la circulación de aire caliente. El calidarium de los hombres tiene también su piscina y su fuente circular, y el frigidarium los huecos para dejar las ropas. Entramos después en la casa de Cornelio Rufo, donde vemos un busto colocado en hermes que tiene a los lados dos salientes de piedra. Navascués piensa si servirían de hombreras para vestir las estatuas y que sería fácil que la familia conservara así los bustos y que los vistiese de ordinario o en alguna solemnidad.

De allí, por la vía della Abbondanza, nos vamos a la Nuovi Scavi. Entramos en la Fullonica con su prensa en la puerta, su cerrojo y cerradura de la puerta, que se ha conservado en su sitio, su pila del atrio y la serie de pilas y tinas en el fondo de la casa. Más adelante entramos en la casa del Criptopórtico, en la cual hay una galería superior con un triclinio al fondo, y bajo ella una galería abovedada, adornada con estucos. En esta galería se conservan algunos vaciados de ciudadanos pompeyanos. Uno, muy patético, es de una mujer reclinada en el seno de un hombre. También es interesante el otro individuo que conserva el calzado, con la suela claveteada con gruesos clavos de bronce. Estas improntas conservan dentro todo el esqueleto, incluido en el vaciado de yeso. Conservan a medias la ropa con que estaban vestidas en el momento de la catástrofe. Por las Novi Scavi nos ha acompañado un guarda muy sabido y leído que nos manda a la Villa dei Misteri. Nosotros teníamos proyecto de no verla, por conocer ya las pinturas, solo de fotografía y haber leído su interpretación. Pero, instados por el guarda, nos vamos al negocio de fotografías que hay contiguo al foro, donde compramos unas postales y nos dan el permiso para ver la Villa. Está más allá de la de Diomedes y en excavación actualmente. Solo podemos ver bien las pinturas sobre fondo rojo. Son encantadoras de realismo, color y composición. El asunto, que está desarrollado en tres paredes, aparece como si estuviera en una sola superficie, siendo las soluciones de continuidad la actitud del Sileno de la izquierda, mirando a la mujer, protagonista del asunto, y la figura de la derecha fustigando a la protagonista, que está ya en la pared inmediata. Hay escorzos y actitudes tan definitivos como la danzadora, o la mujer en actitud violenta de la pared primera. La protagonista se distingue siempre por un manto morado o púrpura, por lo que resulta fácil distinguir las distintas escenas, aunque no entenderlas.

Entramos después, de vuelta a la ciudad en las casas de Apolo, de Meleagro, de Adonio, en el templo de la Fortuna, en la casa del Laberinto y por fin volvemos a la de los Vetios, que recorreremos otra vez y subimos a la terraza. Queríamos haber vuelto en un rápido a Nápoles, pero con todo esto hemos perdido la hora y a las cuatro, hora del cierre de Pompeya, nos vamos a la estación, donde aguardamos el tren que llega a las cuatro y treinta y cinco y a Nápoles a las cinco y pico. Como no hemos comido, ni es hora de hacerlo, buscamos un sitio donde podamos calentar el estómago con

un té con perendengues. De paso vamos a correos, donde no hay nada. Tampoco merendamos. En Corso Umberto yo tomo café. Poco a poco llegamos al ristorante de la calle Poerio y allí cenamos un buen plato de spaghetti y una inmensa bistecca.

Luego nos vamos hacia la estación y a las ocho y pico salimos para Roma, donde llegamos a las 12. En un taxi al albergo Sta. Chiara, donde nos dan en el piso de encima un cuarto con tres camas y donde, sin poder ya más, nos acostamos.

Museo

Nº 1824 y otros semejantes, en negro y rojo, con la zona indicada entre las dos líneas de puntos decorada con puntazos de un instrumento triangular salpicados sin orden. Otros semejantes llevan toda la zona decorada así como con estría, arrancando parte de la pasta. Hay también algunas jarricas de pequeño vidrio melado, no muy fuerte y tres ejemplares semejantes a los del Museo de Palermo, de vidrio verde.

Otras dos lucernas grandes, 1289 y 90, de dos piqueras y asa de hoja, como la del Museo de Nápoles. Unos cacharros grandes, nº 1493, como coladores que pienso si serán para hacer quesos.

13 de noviembre 1930

EN ROMA

No me despierto antes de las 8 y me encuentro con que hace muy buen día. Mientras me afeito, Navascués va a bañarse, con gran emoción, pues la cosa hacía verdadera falta después de tanto ajeteo. Luego hago yo lo mismo. Y bajamos a desayunar al ristorante del Profesor, donde nos saludan casi emocionados. Cuando ya estamos desayunando y muy bien, con la manteca, que según Taracena no alimenta, porque es falsificada, viene el camariere del bigotito, que nos saluda con trémolos en la voz. En cuanto acabamos nos vamos a Correos, donde no hay nada de casa, ni de Ossorio para Navascués o para mí. No nos quieren decir si hay algo para Taracena, por el secreto natural. Vamos buenos.

En un ratito a Santa Sabina, muy interesante y bien restaurada, de que aparte van las notas. De allí a la Domus Aurea Neronis, que nos deja muchísimo más chafados que el Palatino. Es una cosa inmensa en todos los sentidos, son unas bóvedas de cañón aplastantes y decorada por todas partes, aun los rincones más insignificantes. Algunas notas curiosas van aparte.

Cuando salimos es la hora de comer y volvemos al ristorante. Y de allí al Museo de las Termas, donde vamos derechos a las Salas de Cristiano, y de las necrópolis de Nocera Umbra. Las notas de todo ello van aparte. A última hora entro un momento a saludar a la Venus de Cirene y el Efebo de Subiaco. Cuando salgo tocan la campana y el tío melón no me deja entrar a decir adiós al trono Ludovisi.

Y en el corso Vittorio Emanuele ¡¡¡nos pelamos!!! O nos pelan y nos quitan lo de España, que aún teníamos. Yo creo que las campanas repican solas.

Volvemos al albergue y en un taxi a la estación. A las 11 en Florencia. Hotel Metropol, en Vía Condotta. Una buena habitación, con dos camas más amplias que en Roma, agua corriente, etc. Yo tengo un poco revueltas las tripas y no he cenado, por lo que lo hago ahora con la merienda que me correspondía. Navascués se ha cegado comprando merienda en Roma, hasta con una botella de Chianti y ha cenado en el tren como un bendito, con satisfacción enorme. Veremos qué pasa.

Antes de acostarnos aún nos damos una escapada a la Plaza de la Señoría, que está iluminada formidablemente con una porción de proyectores, como en feria permanente. Damos una vuelta, pero mañana será ocasión de hablar de esto. Poco después de las 12 en la cama.

Santa Sabina = basílica del V de tres naves, separadas por arquerías sobre columnas corintias clásicas, muy bellas y aprovechadas. Los arcos y el ábside, en lo que se conserva antiguo, llevan decoración de incrustaciones de mármoles verdes rojos y blancos, muy bella, aunque sencilla. La iglesia ha sido restaurada modernamente por A. Muñoz, con mucha discreción. Está reconstruido todo el coro o schola cantorum, emplazando en su sitio y utilizando los trozos viejos y supliendo lo que falta mediante grafitos en el enlucido, exagerando la prudencia, pues a veces esto se refiere solamente a una faja de 10 cm entre dos trozos completos. En el muro de los pies un mosaico con letras de oro sobre fondo rojo, y dos personificaciones de la iglesia sobre fondo de oro. Cosa del VII. A todo el resto de la iglesia, en los muros donde no se conservaba algo antiguo, se le ha dado un enlucido ocre claro en general.

La puerta es extraordinariamente interesante, con representaciones por el estilo, en cuanto a figuras y proporciones, de las de los sarcófagos, en cuadros separados por peñascos, decorados con roleos de hojas y piñas completamente calados, al aire. Y una representación curiosísima del crucifijo.

Domus Aurea Neronis

En uno de los corredores hay un sistema de iluminación que me recuerda lo de Gabia la Grande. Este corredor da en uno de sus lados, por la parte alta, hacia fuera, y por el otro, hacia una serie de habitaciones. La disposición es así de tal manera que la luz viene de arriba como por pozo, con derrame y en una forma semejante pasa a la otra habitación. Bien entendido que por su tamaño y condiciones, esto más habría de ser para ventilación que para luz.

La habitación de los estucos dorados abre a una gran rotonda, de planta octógona, que se cubre con una bóveda que empieza siendo de ocho paños para acabar en anillo circular. Se ve muy bien en el intradós las marcas de la tabla en la cimbra, y no parece tener costillas, sino ser solamente de vaciado.

En otra habitación, que creo llaman tocador de Popea, la bóveda, de cañón, está sostenida por arcos fajones en ladrillo y mampuesto, si no es que en la parte que ello está a la vista no pase que solamente hayan quedado las costillas de la bóveda.

De aquí dicen que procede la pila de pórfido del Vaticano, el Laocoonte y el Apolo de Belvedere.

Museo de las Termas

En el primer piso en las salas cristianas, sala XXX-IX, nº 67618, un Buen Pastor, muy bonito, con una ovejita a cuestas y otra a los pies detrás de él, que vuelve la cabeza hacia arriba, balando. Cosa de unos 35 cm de alto, no tan fina como el Buen Pastor de Letrán. La que sí es comparable con esta última es el nº 61565, de Cristo imberbe, con cabeza de gran serenidad y nobleza, sentado en silla de tijera con respaldo alto, erguido en actitud de discutir con los doctores y con dos rollos en su mano izquierda. Es estatuita de unos cincuenta centímetros de alta, muy fina de ejecución y ropajes y muy hermosa de actitud. Ha de ser de muy buen tiempo. Cosa del V? El pelo largo cae en rizos sobre la nuca y toda la parte baja parece estar hecha a trépano.

En la sala XL hay otro trozo de pretil del tipo bárbaro tan visto, lo mismo que lo de Santa Sabina. En medio en una vitrina, unas cuantas joyitas de origen visigodo, entre ellas una cruz de oro y cuatro de plata, una gran hebilla de cabujones y filigrana, de oro, con esmeraldas y granates, redonda y con un diámetro de unos seis centímetros. Un zarcillo, también de filigrana y granates, de oro igualmente y una hebilla de chapa de oro.

La sala XLI: Sepulcrito de Nocera Umbra, en que hay dos grandes hebillas de la tumba CLVIII y CIV, esta última, enorme, de bronce. Un vasito de vidrio transparente de la tumba XLIX y grandes umbos de escudo. También crucitas de chapa de oro, como la de antes croquizada, armas, cerámica, collares, hebillas de las pequeñas etc. Hasta unas sillas plegables de hierro, que debían llevar un culo de tela.

Dos grandes cuernos de vidrio, con lactinios y relieves, el vidrio verdoso, de la tumba XVII y dos grandes espadas, de la tumba I y XXXII con empuñadura de oro, con filigrana, formando lazos y nudos como en todo lo de aquí.

Dos botones de oro y otra fíbula inmensa unos 20 cm de larga de las. Varios restos de peines de dos filas de púas, como liendreras, en hueso o marfil.

En la vitrina central de la misma sala hay mucho más del mismo o mayor calibre y entre ello, unas arquetas de marfil la una, redonda y con tapa plana con herrajes, clavos y la otra prismática, con tapa de cuatro paños y herrajes, además de una porción de piezas de oro de la tumba.

En la sala XLII siguen las cosas de Nocera Umbra y además están las de Castel Trósimo (Ascoli-Piceno), muy semejantes. Tarritos de vidrio verdoso en Nocera Umbra También algunos bocados de caballo, en hierro, pero sin incrustaciones.

En lo de Castel Trosimo, botellitas de vidrio soplado casi de la forma y tamaño de un lekyto, pero sin asa. Altura de unos 12 cm. Y otras mucho más grandes de unos 25 a 30 cm de altura, también de vidrio verdoso soplado. En la vitrina central joyas

de oro y collares de pasta de vidrio, con decoración de vetas o hilos arrastrados, y dos cacharritos de vidrio de las tumbas 7 y 12 respectivamente, que me recuerdan de manera indudable el vidrio de la Alhambra que me enseñó D. Pedro por primera vez. Son cosa de unos 10 cm de altura, en rojo y azul muertos, con hilos blancos arrastrados, en la misma forma y espesor de poco más o menos un milímetro.

En la sala XLIII, de Castel Trosimo, hay un cuerno de vidrio azul, muy bueno e intacto, de unos 30 cm de alto, el mejor de toda la serie. También unas cuantas hebillas de ataujía con plata y cobre, y un trozo de cota de malla. Una botella, muy sencilla de forma, pero extraordinariamente larga . Más hebillas y botones dorados y unas tijeras. Muy grandes del tipo de muelle. Un cartón con ejemplares espléndidos de las tumbas A-5, dos buenas fíbulas de ataujía, dos anillos de oro, dos pendientes de oro, un gran botón de oro, y un enorme collar de pasta de vidrio, con hilos arrastrados. De la tumba F un puñal con restos del pomo y de la vaina en oro. Y alguna cosa más.

14 de noviembre 1930

EN FLORENCIA

A eso de las 7 menos cuarto me despierto y empiezo arreglarme y a hacer algo de Diario, mientras Navascués ronca como un bendito, hasta las 8,20, en que por fin amanece. Bien ha ido esta noche el sueño y la cama. No esperaba yo tanto del Profesor Dueño del Albergó, porque este sí es un verdadero Profesor, con su barbita en punta, su sonrisita mefistofélica, su aspecto menudo y afeminado y su minuciosidad anoche para decirme la cuenta.

Cuando Navascués está corriente, pedimos el desayuno, que ilustramos con todos los restos de la merienda de anoche: algo de mortadela, un poco queso y el pastel, que resulta una masa de higos y frutas secas, con almendras, bien bueno. Y además el café con leche de la fonda, con sus ilustraciones de mantequilla y miel. Menos mal, porque después el día ha sido morrocotudo y se ha pasado sin comer. El hotel está tan admirablemente situado, que a no más de 25 metros de su puerta, tenemos la Plaza de la Señoría. En la bocacalle entre ella y via Condotta hay una gran cantidad de hombres, reunidos en corrillo, pero de tal manera y tan espesos que más parece que estuvieran en formación. A lo largo del día sigue la misma animación cuantas veces pasamos por ahí. El efecto de la plaza es maravilloso, toda rodeada de palacios, y avanzando sobre ella el Palacio Vecchio, con su enorme torre, airosa y elegante si las hay. Y en la misma plaza, naturalmente, la fuente de Neptuno, que no me convence, y otra serie de cosas que me convencen algo más, por ejemplo, la Judith del Donatello y la copia del David de Miguel Ángel. En muy poco espacio se agrupan las dos obras, la primera con algo que parece hacer de ella una obra en curso de ejecución; mejor dicho, una idea intermedia en el proceso creador, llevada a la práctica y la segunda con todo su aplomo y su decisión, que la dan por completamente definitiva. Es la expresión perfecta de lo que completamente se pensó; por lo tanto, clásica. Al lado de estas, el Hércules y Caco de Bandinelli no cuenta.

La loggia dei Lauri, otra de las cosas que toda la vida se tiene gana de ver. Sin embargo, la arquitectura no me convence, y de lo que hay dentro, puestos a hacer una escala de valores, tendría que disponerlo así, en orden ascendente de bondad: las estatuas romanas y los leones, el rapto de Polyxenes, bien movido pero frío; Ajax y Patroclo; las dos cosas de Juan de Bolonia, en las que es mejor el rapto de las Sabinas, y el Perseo de Benvenuto. Este último sí es una verdadera maravilla. Y no solo el pedestal como yo creía, sino la estatua. En toda ella se echa desde luego de ver una levísima calidad o matiz que la separa de las esculturas normales. Es quizá un preciosismo que sin detenerse en detalles tanto que llegue a la nimiedad fatigosa, da sin embargo un acento peculiar y especialísimo a la obra. Y esto sobre todo en el pedestal. Los motivos que lo forman son, o por lo menos se quiso que fueran, total y absolutamente clásicos y, sin embargo, tienen algo en contra de ello. Quizá un cierto predominio de la sensación de línea sobre la de masa o volumen, una cierta estilización de los cuerpos en sentido vertical, una cierta arquitectura más nervio y menos músculo, que dan una sensación absolutamente típica. Tras de ello, el rapto de las Sabinas, un grupo maravillosamente resuelto y mejor es en este aspecto que en el de ejecución.

Como quiera que vamos a encerrarnos sin límite en los Uffici, nos vamos primero a correos, que está próximo, por unas calles en que lo que no son palacio lo parecen, con rincones evocadores. Yo tengo una carta de casa en la que me acusan recibo de la del Papa, y dos periódicos. Navascués una tarjeta de su mujer, en que le dice ha escrito certificado a Florencia y otra tarjeta a Bolonia. Total, que aún han de pasar unos cuantos días antes de que las tenga en la mano. Volvemos rápidamente y poco después de las 10, estamos en los Uffici.

Y aquí empieza ya completamente el mareo. Entramos lo primero en la sala donde están una porción de trozos del Ara Pacis, que confirman la impresión producida por los de Roma del Museo de las Termas, aunque aquí hay alguna escena fuera de serie por lo buena, como la tierra, con el agua y el aire. De allí se entra en un enorme corredor o galería que da a la Plaza de los Uffici, en tres de cuyos lados se extiende el Museo. En este corredor alternan tapices, que en general me parecen bastante medianos, con una porción de esculturas y sarcófagos. Entre las primeras hay una enorme serie de retratos de emperadores romanos y mujeres ilustres, entre los cuales destaca uno de César, en bronce y mármol, muy bueno, sencillamente. En el lado corto de la plaza sigue el corredor, aquí abierto a dos luces y con dos perspectivas inolvidables: de una parte toda la plaza de los Uffici, con la Señoría al fondo y de la otra el río, sucio de color y el fantástico Ponte Vecchio, con sus racimos de casas colgando de él y sus arcos destacados en medio. En el Arno, unas barquitas inmóviles y unos hombres en ellas que limpian con cuchara el fondo del río. A lo lejos, una serie de colinas verdes ciñendo la perspectiva. En el corredor sur, o sea, en este mismo, hay una bonita réplica del espinario, un jabalí, dos matronas romanas sentadas, que me dan la sensación de que el tipo de la Agripina de Roma no era único, aunque sí sea el más perfecto por disposición y actitud. En el empalme con el corredor occidental,

dos Marsias colgados esperando el desuelle, buenos. En el corredor occidental sigue la serie de retratos romanos y de tapices, con alguna estatua bonita, una Leda, una ninfa, una copia de Laocoonte, por Bandinelli, etc. Además de que en un caballete se ha dispuesto una gran serie de autorretratos, entre los que está nuestro Velázquez, en un mediano estado de claridad y conservación.

Volvemos atrás, desde el final del corredor, donde hay otra hermosa vista sobre Santa María del Fiore, y entramos en la sala de las Nióbides. Me desencantan bastante y no sé si por cuestión de copia o por qué, se me quedan muy por debajo de la estatua del museo de las Termas. De todas formas, la madre protegiendo a la chica es excepcional, lo mismo que la luna o nodriza, según distintas versiones. Damos la vuelta a todos los corredores y empezamos con las salas de pintura: y aquí sí que la cosa se pone fea. Y como es imposible seguir anotando las cosas, ni recordando concretamente, hay que ir señalando solamente las sorpresas y las cosas que han chocado. El Museo está en general bien instalado, pero de manera desigual, porque mientras hay salas en que las obras están perfectamente destacadas, en otras, de menor importancia, claro está, se disponen dos o tres filas de cuadros. La disposición de las salas es por escuelas y dentro de ellas por orden cronológico, de manera que puedo ir sedimentando algo las ideas sobre cada una de ellas y compulsándolas con la realidad. Pero solo anotaré sorpresas. La primera es la viveza del colorido, en un tono de gran dulzura y claridad en todas estas cosas florentinas entre Giotto y Fra Filippo Lippi. La segunda, la finura inmensa de las cosas de este, su sentimiento de la línea, la transparencia de su colorido y la belleza de los paisajillos de sus fondos, como lo visto en Asís. Y la estupenda Coronación de la Virgen por Ghirlandaio, otro descubierto por mí hoy como astro de primera magnitud.

Pero el descubrimiento sensacional ha sido el de Botticelli, que nunca podría figurarme hasta qué extremos de encanto llega. En primer lugar, el color, de que no tenía ni idea, que siendo el mismo tradicional, adquiere figuras y transparencias exquisitas, junto a un vigor de entonación antes no empleado. Y además el dibujo, con una complacencia inaudita en el trazado y en la vitalidad de la línea por la línea.

Son trazos enteros, decididos, sin un arrepentimiento y con una vida inmensa, dentro de una cierta rigidez que se manifiesta, si se les analiza concretamente. ¡Y qué encantadora poesía, con algo de misteriosa, brota de todos sus cuadros! Así, La Madonna del Magnificat y la de la granada, y así también el Nacimiento de Venus, el Triunfo de la Primavera y la Minerva domando al Centauro, que cada vez me gusta en mayor grado. Pero la sorpresa verdadera ha sido La Calumnia, por su tamaño, absoluta y fundamentalmente distinto del que yo pensaba, y por la limpieza y finura de su colorido. La figura de la verdad es la que no ha hecho sino confirmar el inmenso aprecio en que se la tenía.

Al lado de Botticelli hay otra infinidad de cosas y entre ellas infinidad de Andrea del Sarto, de quien no había visto jamás tal cantidad reunida, La Venus de Lorenzo di Credi, con la que me reconcilio, y unos cuantos Perugino, muy buenos, aunque aburridos por la igualdad de tipo y de expresiones.

En la tribuna de Buontalenti, la Venus de Médicis, inmensa, desde luego, pero que, en fuerza de esperarla me deja ya un poco frío, sobre todo al lado de las cosas de Roma. Y con ella el scita que afila el cuchillo para desollar a Marsias. En cambio, me causan verdadera sensación unos cuantos retratos del Broncino y entre ellos muy especialmente Leonor de Toledo, con su inmensa expresión de esfinge sonriente y la riqueza de su envoltura que no resulta demasiado rígida.

De aquí en adelante la cosa se complica mucho más y las obras maestras se multiplican en tal forma que es imposible seguirlas. Y como hay que abreviar, solo iré poniendo las cosas más destacadas. Sorpresa y grande la de La Sagrada Familia de Miguel Ángel, de una enorme diafanidad de color y de una composición tan sabia que no ha vuelto a repetirse. No me estorban las figuras del fondo. Venía prevenido contra ellas pero no hay por qué, tan desligadas están de la escena principal y además, son, sencillamente bellísimas. Otra, la Anunciación de Leonardo, típica como todas las cosas suyas, pero con una serie de delicadezas de tono y de ejecución que es difícil pensar, si no se vieran. Junto a ella, aún mejor, La Adoración de los Magos, sin acabar, pero con un efecto soberbio.

En el lado opuesto, del otro corredor largo, están las salas venecianas y en ellas se entra de primeras con Ticiano, nada más que con las dos Venus yacentes y la Flora, que es otra de las cosas que han modificado criterio, pues ahora me parece bien, a pesar de su esplendidez de formas. También, y en grado mayor que nada de cuanto suyo había visto hasta ahora, la Epifanía de Mantegna. Y no hay que dejar las cosas del Tintoretto, entre ellas un retrato pequeñito, esbozado, que es un prodigio.

Aún hay más cosas en las salas extranjeras. La sensación de frescura inmensa de color en La Adoración de los Magos de Alberto Durero y la fuerza del retrato de su padre de Holbein, el Southwell, del que no hay nada que decir. Algún Lucas Cranach, bueno, el Van der Goes; dos o tres cosas de Rembrandt y algunas cosas de holandeses.

Es poco más de la una y queda el Palazzo Pitti por ver. Determinamos no comer e irnos allá. Buscamos en el plano donde está, pero nos resulta demasiado lejos para que aquí en los Uffizi ponga paso a la galería palatina. En fin, nos metemos por él y lo que pasa es que vamos por media Florencia por una serie de corredores y galerías que atraviesan el río por el puente viejo, y que al fin nos dejan en el Palacio Pitti. Aquí sigue la serie de cosas. Sólo recordaré la Magdalena Penitente, encantadora de color, aunque poco sana de expresión, y el inglés, del Tiziano, que es uno de los retratos más inmensos que haya visto, con muy poca masa de color y con una simplicidad de medios extraordinaria. También hay dos Murillos, varios Rafael de los de primer orden, entre los que me sorprende, por ser pequeña y por la valentía con que está hecha, La visión de Ezequiel. Lo que abundan aquí por manera inverosímil son los Andrea del Sarto. Y hermoso es el Velázquez, aunque no como los nuestros. Rafael es el que se destaca por aquí con más fuerza, con una enorme serie de muy hermosos retratos, lo mismo que Ticiano. Bueno y muchas cosas más.

El museo está lleno de copistas, en su mayor parte mujeres, que hacen sobre todo miniaturitas y muy bien, por cierto. En la Pitti, los copistas hacen más bien vistas de salas en ángulo. Y hay una inmensa oficina de copias.

Compramos unos cuantos libros y postales y salimos de nuevo a la Plaza de la Señoría, donde sigue la formación de esta mañana, y donde nos damos una nueva y gran ración de Logia dei Lauri. Desde allí, a casa, dejamos cosas y hacia la Catedral, pasando por el Palacio del Podestá y la Badia. La Catedral se nos ofrece a la vista por los ábsides y la cúpula, que es imponente, aunque pienso que debía haberla visto antes que la de San Pedro. Y muy curioso el efecto de policromía de los mármoles, que sigue sin convencerme, aunque aquí la tonalidad del edificio es imponente. También lo es el campanile y aún le damos una vuelta a la fachada del Duomo y también al Baptisterio, nada más que por impresión general. Después bajamos hacia la plaza Vittorio Emanuele donde dejo un filmpack a revelar y compro otro. La ciudad tiene una animación y una vida extraordinarias, dentro de un ambiente monumental que, aunque mucho más en grande nos recuerda a lo de Asís.

Volvemos al hotel y escribo a casa y a Artiñano y trabajo un poco. Luego salimos a cenar, en el ristorante Sport, donde lo hacemos bastante bien, y tenemos larga perorata del camarero sobre si la fruta está o no cara. Antes hemos comprado unas postales y a poco más de las ocho nos metemos en casa a escribir hasta las 11½ en que nos acostamos. Antes hemos tenido un gran rato de arpegio, romanzas y arias a cargo de una vecina del cuarto de al lado, que se ha vuelto loca cantando. De modo que hasta sobre fondo musical.

Lo más grande es que ya hemos pasado la mitad del viaje y que empezamos a volver.

15 de noviembre 1930

EN FLORENCIA

Nos levantamos temprano, antes de las 7 y nos ponemos a escribir, hasta después de las 8, en que desayunamos y antes de las 9 estamos en la calle, camino de la catedral.

Hoy sí que ha sido el no acabar y el no saber dónde está uno. Este demonio de Florencia tiene tantas cosas y por tantos lados, y tan admirables, que se encuentra uno con que todo un curso de historia del arte se lo meten a dosis concentradas y en pocos minutos.

Vamos lo primero al Baptisterio, muy hermoso también en su interior, con una serie enorme de mosaicos sobre fondo de oro, ya del XIII, el pavimento de incrustaciones o recortes en negro y blanco y unas cuantas cosas clásicas, algunos sarcófagos muy buenos, incorporados en él, por dentro y fuera. Además de un San Juan Bautista, muy bueno, del que ya no dice nada la guía, y que me parece copia de un Donatello.

Y luego vamos despacio a las puertas famosas, admirables en muchos casos, y sobre todo en la de Ghiberti del lado que mira al Duomo, no es solo por la composición,

que aquí ya se lanza a todo, segura de sí misma, sino por la sabiduría técnica y de modelado, que es definitiva.

El Duomo tiene una gran fachada moderna, bastante discreta. Entramos inmediatamente y la desilusión es enorme. Todo lo alegre que es al exterior es sombrío y sin gracia en su parte interna. Liso, desnudo y oscuro, sin luz, da una impresión verdaderamente lamentable. Y la cúpula no se echa de ver ni se aprecia en todo su valor, en lo que influye quizá la decoración de fresco que lleva, absolutamente inadecuada, puesto que mata el efecto de perspectiva. Por otra parte, al ser una bóveda de cascos sobre planta octogonal, da casi la sensación de que arranca directamente desde el suelo, y los pilares resultan en proporción mucho más recios que los de San Pedro. Pero la realidad es que la cúpula está alzada sobre cuatro apoyos. Ahora, que Brunelleschi me da la impresión de que se atrevió con la cúpula, dando un paso de gigante; pero un poco asustado. Se debió de encontrar con el punto forzado previo que le daban las naves de los pies, y al plantear la cúpula, no se atreve a lanzarla sobre planta cuadrada, y en realidad lo que hace es un enorme baptisterio octogonal, sin armonía con el resto de la iglesia y lo cubre con una bóveda lombarda. Más en este baptisterio tiene que abrir cuatro de los lados y entonces, deja en uno las naves y todo el resto de la catedral, mientras que los otros tres, como solución al tiempo que contrarresto, echa mano de grandes ábsides poligonales, un poco en forma semejante a lo de Santa Sofía. Muy bello el cierre del coro, con una serie de relieves muy finos. En el trasaltar una Piedad de Miguel Ángel, que no podemos ver por la falta de luz y la dejamos para otra ocasión.

De allí, dando la vuelta a la Catedral, nos vamos al museo de la obra, donde me quedo extasiado con la cantoría. Ahora, que casi me gusta más la de Donatello, por el viento de furia que sacude sus figuras, mientras que la de Lucca bordea el merengue.

Me parece ver que Donatello es el que sacude brutalmente todo el ambiente de su tiempo, salvándolo de la blandenguería y poniendo en guardia algo contra el almíbar, haciendo así posible lo de Miguel Ángel. Y además hay una evidente complacencia del uno en las cosas del otro; tal el Evangelista de Donatello en el Duomo, y el Moisés del Miguel Ángel.

Aún quedan cosas, de otro género, pero extraordinarias, como el altar de plata y la cruz que hay sobre él, que más que como piezas de orfebrería son maravillosos como piezas escultóricas. Y una Magdalena en terracota policromada muy hermosa.

De allí nos vamos hacia el Barguello, sin saber la que nos espera. El Palacio del Podestá es muy semejante en línea y aspecto externos al de la Señoría. Se entra en una sala con armas, y de allí se va al patio, muy típico, con su escalerilla externa, como los catalanes. En este patio aún hay cosas y hasta de Juan de Bolonia; pero no tienen importancia desde que se entra en la Sala de Miguel Ángel. Pongamos aparte al Baco, que me fastidia sobremanera. Y de buenas a primeras el Busto, que causa verdadera sensación, que se ve aumentada con el Apolo o David. Ambas tienen una labra muy semejante y una calidad de modelado que difícilmente se podrán olvidar.

No tienen la superficie alisada, sino que quedan completamente a la vista la serie de puntazos de martillo y cincel. Y todo esto produce una superficie mate, que funde de una manera encantadora, dando una calidad suave y mate al modelado, con sombras delicadas, que dan casi la palpitación de la carne. Esta sabiduría de talla se acentúa lago en el medallón de la Virgen con el Niño, en que los matices y los difuminados contribuyen por enorme manera al efecto de relieve y de perspectiva. Con el David estamos un rato, haciéndole giras para apreciarlo bien por todos lados y para lo natural, que desde todas partes tiene vista. Es decir, que tiene lo que muy pocas obras, entre las clásicas y las modernas y que desde luego tienen las excepcionales, el estar “visto” completamente en bloques, en corporeidad y no desde este o aquel punto de vista. Aún quedan una copia de la Leda y del Moisés, y otra serie de cosas de discípulos, pero todo ello es pecata minuta junto a lo anterior.

Y vamos arriba. Y allí nos encontramos de buenas a primeras el Mercurio de Juan de Bolonia, mucho más grande y mucho mejor de lo que yo pensaba. La silueta sigue siendo tan encantadora como en todas las copias y reproducciones que de él he visto, pero es que además está muy bien de modelado, y tiene (cosa que descubro hoy) una solución graciosa en el apoyo, que es la cabeza de un viento que le sopla para mantenerlo en el aire. Está en el rellano que al final hace la escalera, desde el cual pasamos a la Gran Sala del Consejo General, donde es efectiva la locura, pues nos encontramos en ella con toda una serie de obras maestras. Nada más entrar la Constanza Buonarelli, del Bernini, palpitante de vida, con un modelado de mejillas por el que corre la sangre. Luego, cosas de Benvenuto, tales como el Ganimedes sobre el águila y el David de Verrochio, con un acento enorme de retrato y la serie de cosas de Donatello que comienza con el gracioso David, para culminar con el San Jorge y los dos bustos que hay ante él, el del hijo de Gattamelata, en bronce tan bello, y el enormemente brutal de Nicolo de Uzzano, donde la vida llega a tener su expresión más completa. Los san juanes son formidables, y del San Jorge no hay que decir más que dudo mucho encontrarme nunca con otra obra de tal fuerza y poderío, junto con tal serenidad. Y aún la misma cabeza, con su tipo personal tan acentuado, tiene un valor plástico extraordinario. Quedan en la sala otra porción de cosas, entre ellas una estatua sepulcral por Vechietta, bueno de veras, las muestras de Brunelleschi y Ghiberti para las puertas, una anunciación florentina, etc., etc.

Pasamos a las salas de la colección Carrand, llenas de cosas, donde tomo unas cuantas notas, que van aparte, y subimos a las salas altas, donde vuelve a haber otra serie de cosas de primer orden, empezando por los Della Robbia, los platos de Urbino, las series de medallas, los bronces con el modelito del Perseo y la sala de los ignotos con cosas de primera fila.

Cuando salimos a comer voy verdaderamente machacado. Después nos vamos al Palacio de la Señoría, cuya visita resulta sobremanera interesante, no solo por el ambiente enormemente señorial de su inmenso salón de los quinientos y la riqueza de las otras habitaciones, todas decoradas con techos riquísimos y con tapices y

frescos, sino por lo que nos dicen de vida suntuosa que lleva en sí la miseria de un sobresalto constante. Así, aquel gabinete de trabajo, con su tesorillo y su salida desde el, y así también la ventana de espionaje sobre el gran salón, y las entradas y salidas cuidadosamente celadas. Aún subimos a la torre y vemos un hermoso panorama desde allá, con la Catedral y la Badia hasta Fiesole, y vemos el lado guerrero de la construcción, en los inmensos matacanes, que desde abajo parecen de juguete.

Cuando nos echan de allá, nos vamos por la Plaza Uffici hasta el Arno y desde allí, a lo largo del río, hasta Santa Croce. Entramos en el claustro, grande. Bonito pero frío. Y en la capilla de los Pazzi, donde Brunelleschi se ha planteado la cúpula sobre planta cuadrada, reduciendo por pechinas, y levantando sobre el anillo una bóveda de gallones peraltados, que no acuerdan sobre el plano horizontal, sino que se cortan por planos verticales, dando lugar a las ventanas y resultando todo ello como una bóveda de costillas radiales. Desde luego, con anillo arriba y linterna. No podemos ver el claustro pequeño, que está en reparación, y el Museo no nos da cosas mayores que las que vamos viendo.

Asomamos a la iglesia y se nos acerca un guía que con pretexto de que solo faltan diez minutos para el cierre, nos va explicando. Es la cosa más graciosa que he visto. Lleva su gorrete de sacristán y su abrigo y anda a estilo pato, con los brazos abiertos y señalando los obstáculos. Enorme. Y diciendo una serie de cosas graciosas, de chistes de las cosas, que nos proporcionan un buen rato. Pero hay que volar.

De allí nos vamos a Orsanmichele, cuyo interior me hace pensar en una construcción semejante al Mercado Nuevo, de dos naves, separadas por pilares. Y un inmenso Tabernáculo de Orcagna. Repasamos rápidamente el exterior. En correos, carta de casa y de Taracena, que ya está en Frankfurt.

Al hotel. Escribimos a Taracena y a D. Manuel. A cenar, y nos convidamos con una magnífica bistecca a la florentina, que realmente es cosa superior, con bruselas y regada con Chianti y gorgonzola para postre. Veremos qué pasa con Navascués. A las 8 a casa y a trabajar. Luego charlamos un gran rato de cosas de allá. Y a las 10½ en la cama.

Museo del Barguello = colección Carrand

Nº 980-2, un collar y dos zarcillos árabes de filigrana del tipo normal. En la misma vitrina que ello, y en el mismo cartón y el de la izquierda, una serie de fíbulas y broches francos y longobardos.

En el cuerpo alto nºs 758 y 9 trozos de esmaltes árabes con motivos geométricos, es decir, miembros esmaltados, unos formando una cruz y otros una rueda de ocho.

En la vitrina siguiente una serie de cosas de hierro y marfiles dadas como españolas, que a lo mejor no lo son.

El cofre famoso es el nº 81 y no tiene indicación de español.

Nº 41, fragmento de la muerte de un santo, clasificado como italiano, del XI. Me recuerda mucho las cosas de Silos, aunque bien es verdad que no hay los suelos típicos. En el recuadro hacia arriba, partiendo del hombro del arco, inscripción: UBI ANGELI DEI GAUDENTES AD CELUM. En la rosca del arco De eius obitoy et obsequ.... Es una figura de pie, con las manos hacia el pecho juntas, como en actitud de oración, y la cabecera de una cama, con una alta cruz, en que hay un hombre echado, del que se ve la cabeza. Los ojos negros, desde luego, aún visibles en el ángel, pues en la figura de pie se han caído. El capitel y la jamba.

Nº 22, una gran píxide romana, del V, con una representación de Cristo como Orfeo domando a las fieras, muy interesante. En la sala de las armas, legado Rössmann, una gran espada del mismo tipo de los puñales de orejas, veneciana de fines del XV, con dorados y cincelados en puño y hoja.

Una colección de puñales de orejas, de los que pueden ser árabes los nºs 125, 126, 127 y 128, y copia suya veneciana el nº 129. Pero ninguno tan bueno como el de Osma. En las salas altas, en una vitrina con platos de Urbino, tres de reflejo, del XVI, medianos, de perfil de bacín dos de ellos y el tercero lo mismo, pero más bajo y con umbo. Uno de ellos con flor lis en escudo y hojas de vid, y los otros dos con zona externa de gallones. Una copa de vidrio veneciano azul, esmaltada con figuras, que aquí querría yo ver a Don Pedro.

16 de noviembre 1930

EN FLORENCIA

Despierto pronto y antes de las 7 ya estoy arreglado y haciendo el Diario de ayer. Lo mismo hace Navascués, que está nuevo, a pesar, o como consecuencia, de la bistecca a la Fiorentina, el gorgonzola y el Chianti. Mientras desayunamos, unos redobles marciales, en la forma tan repiqueteada de aquí, y un desfile de “balillas”, por nuestra calle, con una marcialidad enorme. Esta sí es la obra del Duce. Parece mentira desde España. Lo comentamos un rato.

Nos vamos hacia Santa María del Fiore, en busca de misa. Llegamos cuando están en coro. A la tribuna antigua, que no llega más que metro y medio, le han añadido dosel y respaldo, pero de cristal, con lo que se consiguen dos cosas; que se abriguen los canónigos y nos fastidien la visibilidad de la iglesia. No hay misa hasta las 10 y tenemos que esperar un rato, repasando la iglesia. Me sigo confirmando en mi impresión de ayer, en cuanto a la relación entre iglesia y cúpula. En planta resulta un octógono, con cuatro de sus lados macizos, o poco menos, ya que para el efecto arquitectónico no deben tener importancia mayor las entradas de las naves laterales y de las sacristías. Los otros cuatro lados son calados, con enormes arcos. Uno de ellos contrarresta con todo el buque de la iglesia el empuje de la bóveda, y en los otros tres se disponen grandes absidiolas poligonales, cada una con su bóveda de crucería, y aun entremedias van otras construcciones más bajas, capillas, al mismo tiempo que un contrafuerte en cada esquina de estas absidiolas transmite los empujes de la cúpula al muro exterior.

Las condiciones de luz siguen siendo malas, y por ello no es posible ver la Piedad de Miguel Ángel más que en silueta. Oímos misa y después nos vamos hacia la cúpula. Aquí no hay ascensor, como en San Pedro, y hay que empezar a empalmar escaleras. Sobre el cuerpo bajo dispuesto en la forma dicha, viene ya un gran tambor octogonal dispuesto en superficie continua, solo interrumpida por los inmensos óculos que debían iluminar la cúpula, y ya sobre ello se levanta está. La teoría es la misma que en San Pedro: una bóveda doble, la de afuera con más peralte que la dentro, y entre las dos, uniéndolas en su cima, la linterna. Además, según el modelillo del museo de la obra y lo que puede verse en la misma bóveda, cada uno de sus paños está formado por unas cuantas costillas o ramas de arcos que van hasta la cima, formando una armazón completa. La linterna tiene dos cuerpos, uno superior donde van todas las ventanas de iluminación y otro abajo, donde van unos ventanitos, en el espacio que queda entre bóveda y bóveda. El efecto interno de la bóveda es formidable, aunque desde luego menor que el de San Pedro, a lo que contribuye la mucho menor luz que aquí se tiene. Y lo que es inmenso sencillamente es su efecto exterior. En primer lugar se ve perfectamente claro lo accidental del buque de la iglesia, que queda como un apéndice insignificante y ridículo, y además, como con la curvatura no llegan a verse los tres grandes ábsides, resulta como si la cúpula estuviese aislada sobre el suelo, dando mucho más que en San Pedro la sensación de su altura. Además de que desde aquí es preciosa la vista de Florencia. La única cosa que aun quedándose por debajo de la cúpula hace un buen papel es el campanile. Lo demás, nada. La torre de la Señoría, que tan alta nos pareció ayer es una ridiculez. Lástima que el día no está demasiado claro y hay bruma a lo lejos. Como ya tenemos un poco idea de las cosas de Florencia, es una agradable sorpresa irlas reconociendo desde aquí.

Cuando bajamos, primero por unas escaleras en el mismo pavimento de la bóveda, luego por otras que se insertan entre las dos y van dando la vuelta, y por último por un caracol inserto en el muro, nos vamos hacia San Lorenzo, pero antes nos encontramos el Palazzo Riccardi y allí se acabó. Descubrimos a Venozzo Gozzoli, con sus frescos de la Adoración de los Magos, que son un encanto, por el dibujo y por la maravilla del color. Es cosa de primitivo, pero de primitivo muy bueno, que dibuja y construye y compone, que sin caer en demasiada monotonía deja plasmada una serie enorme de retratos, y que complaciéndose en el paisaje, copia lo que ve, en una encantadora disposición escalonada, con visos de Nacimiento para chiquillos. Además, nos encontramos aquí con otro botón de muestra de la tradición. Los frescos están maravillosamente conservados o restaurados ¡Vaya usted a saber! El hombre que explica aquello, va diciendo quienes son los principales personajes, pero un inglés no se conforma y va preguntando por más, y el hombre aquel los conoce sin el más ligero titubeo. Es forzoso que haya existido aquí una atmósfera tal que el pueblo, una vez producida la obra de arte, se ha apoderado de ella, la ha revestido de su cariño y ha conservado todos sus detalles. Así se explica lo del Zuccone, como quien pone un mote pícaro a un viejo amigo. Y en lo que yo conozco no hay cosa semejante más que en el pueblo andaluz con sus imágenes devotas.

En el mismo Palazzo Riccardi una Madonna de Fra Filippo Lippi, conocidísima y maravillosamente fina, en dibujo y en color. Y un enorme techo de Lucas Jordán, asombroso por lo fresco y jugoso de su color, por la valentía de la composición, y por la variedad inmensa de tanta figura.

De allí nos vamos a San Lorenzo, donde asomamos un instante y a la capilla de los Médicis y la sacristía nueva. Más Miguel Ángel y lo más famoso suyo. La Madonna con el niño, inmensa y más aún el Niño, vuelto en un rapidísimo escorzo para el que toda ponderación resulta inútil. En cuanto al Penseroso y al otro, nada queda por decir. Sólo lo que le oí a un guía decir, mirando a la cabeza del penseroso: "¡Guarda, signor, che bellezza! Non c'è en el mondo fotografia ni copia. Fotografia per che manca la luce; copia per che manca il artista". Todo lo exagerado y cursi que se quiera, pero delante del Penseroso está bien y la estatua justifica una cosa tradicional de estupor ante ella. Del Día, la Noche, la Aurora y el Crepúsculo, no sé con cual quedarme, aunque me molesten algo estos desnudos de mujer de Miguel Ángel. Me parece que el concepto que él tenía de la arquitectura humana no cuadra bien con delicadezas femeniles, y me resultan sus mujeres demasiado gigantes, construidas casi como hombres, con pechos muy pequeños, que nacen sobre el pectoral, con una sensación de anormalidad demasiado descarnada. Y aun así, hay que rendirse ante ellas, pero más aún ante el Día y el Crepúsculo, en que hay torsos comparables a lo mejor fidíaco.

Hasta que nos echan, como de costumbre. Nos vamos a comer, después llegamos un momento a casa, y nos vamos hacia la plaza del Duomo, donde cogemos un número 7 que nos ha de llevar a Fiesole. La tarde no está demasiado buena, pues se ha entoldado algo. El camino es muy bonito, subiendo siempre y dando vueltas por colinas y vallecillos, donde hay muchas Villas y casitas de recreo, que me recuerdan la parte de Chamartín, teniendo siempre al fondo Florencia, hasta llegar a la plaza, de un aspecto muy típico. En el momento que nos bajamos del tranvía, todos seminaristas van a la catedral, y así la vemos nosotros con rezo cantado, para que no falte nada en el ambiente. Es sencilla, con altar y coro alzados sobre la nave. En una capilla a la derecha, unos relieves muy bellos de Mino da Fiesole, con un precioso Niño Jesús.

Al Museo, donde nada más entrar, a la derecha hay una puerta de una tumba etrusca de sillarejo, con dintel de una pieza y cerrada con una gran laja apoyada contra ella. Al lado, otra del tipo de cista, con cubierta de piedra, normal. En el museíto, varias inscripciones, un fragmento muy grande, en bronce, de la loba; en la sala de la derecha una tumba bárbara, instalada muy bien en su vitrina, sin gran ajuar, salvo una olla tosca y rota; en las salas de la izquierda, ejemplares de bucheo nero, muy hermosos, con gran variedad de formas y dos clases de barniz, mate y brillante; en la vitrina de en medio, arriba, unos cuantos monotes, alguno con las manos abiertas con actitud de ofrenda y en la parte baja, unos puñales y unos broches grandes, en bronce, como de cinturón, con garfios y anillas muy gruesos. Hay también ajuar de tumbas bárbaras, con copota de vidrio claro muy mona, semejante a otras que ya he visto en lo de Roma del Museo de las Termas.

Afuera, un teatro, excavado en parte en la colina, sin complicaciones mayores. Debajo de él, a la derecha, unas termas, en que se ve clarísimamente la construcción y el sistema. El caldarium tiene el suelo de siempre, de grandes ladrillos sobre pilaretes y las paredes con tubos prismáticos. En uno de sus extremos, una salida de humos, y en el otro, la entrada, cobijada por un arco peraltado, y a una y otra parte de ella, los sitios de dos calderas cilíndricas. Y luego su tepidarium y frigidarium con piscina y sobre ella, un pórtico de tres arcos de medio punto. Aún restos de un andén volado, desde el que se ve todo el paño de muro etrusco.

Luego quedan a la otra parte una serie de restos de construcción, como basamento de templos, o cosa semejante, un ara romana, y otra anterior, revestida de murete de piedra y con solero encima, como si se hubiera enmascarado, semejante a la que hay en uno de los extremos del podio del templo. Y una porción de sepulturas de cista, cubiertas con lajas de pizarra o de otras piedras y orientadas al parecer E.O., con la cabeza a O.

Cuando salimos del Museo, damos la vuelta a ver todo el muro etrusco, que me resulta igual que lo ibérico de Peal y de Montefrío. Grandes sillares, despiezados de manera irregular, buscando una serie de lechos horizontales. Paramento exterior liso y por dentro sin trabajar. Otro segundo paramento adentro y relleno.

Volvemos a nuestro tranvía. En el cine Edison en Plaza Vittorio Emanuele, "El príncipe consorte". Cenamos en otro ristorante, el Aglietti, bien, de la misma plaza. A casa y votamos por acostarnos. Son las 10½.

17 de noviembre 1930

EN FLORENCIA

A las 6½ de pie y Navascués inmediatamente, de manera que a las 7 ya estamos sentados haciendo Diario, y así seguimos hasta cerca de las 9 en que desayunamos y nos largamos a la calle, lo primero hacia correos, donde hay dos periódicos y ninguna carta. Pasamos por casa a dejarlos y de camino para la Anunziata.

De allí, por detrás de la Catedral y por la Vía de los Siervos a la Plaza de la Anunziata, donde nos estamos un rato viendo con los gemelos los encantadores chiquillos del Hospital de los Inocentes, que no desmienten la impresión que traía acerca de ellos. Son verdaderamente una delicia en todos sentidos, color y finura de modelado y gracia. Al mismo tiempo, la plaza es encantadora, con tres de sus lados cubiertos por pórtico muy airoso, todo sobre el patrón de arcos de medio punto y bóvedas baídas.

Desde allí nos vamos a la Academia de Bellas Artes. Nada más entrar, al fondo de un enorme salón, algo oscuro, en una rotonda gris, muy sencilla de líneas y con luz cenital, el David, que me parece una cosa absolutamente nueva. Realmente tiene aquella disposición algo de santuario, y está dispuesta con soberano acierto. Además el mármol del David ha cogido algo de pátina, que le da un tono extraordinariamente simpático y atrayente. Pero sigo sin explicarme la mano derecha. Me resulta como

pieza tallada aparte, con minuciosidad y cariño exagerados, y que engrana mal con el resto de la estatua. Y en esta lo que más me sorprende, aparte del modelado del torso, es la cabeza, de una pureza de líneas que la hacen absolutamente clásica, aunque por manera distinta que lo griego y lo romano.

En el resto de la sala hay dispuesta una serie de las principales obras de Miguel Ángel, unas en original y otras en los vaciados, pero desde luego lo más original y que baste a dar idea de su labor. Hay un espléndido estudio de torso en barro, y los prisioneros del mausoleo de Julio II y el extraño San Mateo. En este último y en los mismos prisioneros es muy curiosa de ver la manera en que va saliendo la estatua del bloque, con una labra muy amplia primero, que deja unos largos surcos de cincel, cruzados a veces, y luego con una labra más apretada, que queda como granatazos en la huella. Y en esta misma labra, cada vez más fina se llega a perfilar y casi acaba el modelado. Tal es la forma en que están hechas las tres estatuas decorativas de los sepulcros mediceos, salvo la Noche. Unas veces la obra quedaba así, y en el caso del Apolo y el Medallón del Barguello, así como los esclavos del Louvre, además de los dichos, y otras, se terminaba y pulía como en el David, la Piedad del Vaticano, el Cristo de la Minerva, etc. Para mi gusto, mejor lo primero, que da una indecisión y suavidad de modelado extraordinarias. En la misma galería de la Academia hay después una infinidad de salas, con una porción de cosas florentinas del XIV y XV, muy buenas en general. Noto de nuevo la frescura de su colorido característico y su dibujo con convencionalismos marcados y persistentes, como en el tipo del Bautista, con la zalea y los pelos revueltos.

De allí nos vamos a la Anunziata. De interior hermoso, con tres naves y ambiente más parecido al de las cosas barrocas de Roma. Tiene a la cabecera una gran rotonda, con una porción de capillas (9) y en ellas y en toda la iglesia, Perugino, Bronzino, etc. En el atrio cuadrado que la precede, muy bello arquitectónicamente, de tipo semejante a los pórticos del exterior, una serie de frescos en torno, con varios de Andrea del Sarto, de las mismas características, pero más luminoso. La capilla del sep(ulcro) de Benvenuto y el apostolado de Montorsoli, distinto que sus cuadros

De allí ya nos vamos hacia el Museo Arqueológico, donde nos encontramos con la desagradable sorpresa de que está en obras y cerrado todo el piso bajo. Empezamos por lo egipcio, que no está mejor instalado que lo nuestro. Tienen unas cuantas cosas de primera fuerza, entre ellas alguna estatuita en madera, un carro, interesante e inverosímil por lo frágil, una porción de cosas de mimbre, una serie grande de vasos de alabastro, como aquellos poquitos de que estamos tan ufanos, momias, telas coptas, uno de los retratos de Antinoo, impresionante y una gran serie de respondientes, aún más amontonados que los nuestros.

En los bronce, griegos y romanos, unas cuantas cosas como el Idolino, la Minerva, el Zeus, que dejan estupefacto. Una preciosa copia de la Amazona de Policeto, y una gran serie de preciosos objetos menudos, además de la Quimera etrusca, pieza de muy primer orden, aunque antipática.

En las salas etruscas me encuentro con lo de siempre: unas cuantas cosas de arte, más o menos tosco, y una serie enorme de otras, que lo mismo pudieran ser griegas. Así una porción de urnas y el formidable sarcófago de alabastro pintado de Tarquinia, con sus combates de amazonas, de dibujo y sentimiento perfectamente griegos. Las urnas llegan incluso a darme la impresión de que pudieran ser una cosa comercial, hechas a molde (hay series de 9 iguales) en que se variaba únicamente la representación del difunto, que suele ser siempre más tosca.

Arriba, una serie de salas de cerámica, que empiezan con reproducciones de las bailarinas de Creta, inolvidables, el vaso de esteatita y la copa de Bafio, y siguen con una serie de ejemplares chipriotas para acabar la serie con buchero nero, en ejemplares fantásticos y vasos griegos y etruscos pintados, en colección enorme. Muy pocos lecytos blancos, de manera que hasta ahora sigue siendo la del Arqueológico la mejor colección.

Bajamos y mostrando al capo de los conserjes la carta de Paribeni, logramos que nos abra el jardín, pues están en obras. Para llegar, cruzamos por una serie de salas cerradas del Museo topográfico, donde hay la mar y sus peces de cosas. Pero no se pueden ver. En el jardín han instalado unas cuantas tumbas etruscas características. La primera, de Vetulonia, tiene cámara cuadrada con corredor de acceso en uno de sus lados, todo en sillar pequeño. A cosa de un metro de altura, o poco más, empiezan a formar en los ángulos de la cámara una especie de pechinas, mediante sillares dispuestos en saliente, de tal manera que pronto reducen el cuadrado a círculos trabajados siempre por hiladas horizontales. Y luego la cúpula había de hacerse por aproximación de hiladas, conforme lo indican las dos que quedan. El corredor se cubría con losas transversalmente dispuestas y enterizas. Otra tumba en túmulo, procedente de Volterra, estaba excavada en el tufo en forma de corredor ancho circular, en torno a un pilar, y todo ello cubierto con una bóveda de cañón rebajado, excavada también en el tufo. En esta tumba estaban alineadas una porción de urnas. Tiene corredor de acceso y puerta del tipo normal. Otra, también procedente de Poggerello, cerca de Bolsenia, de planta rectangular, está cubierta con bóveda por aproximación de hiladas, pero de sillares luego retallados. En la misma forma hay otra, un poco mayor, de Volterra, pero que tiene la particularidad de que el retallo no se ha hecho completamente, sino que hace como una serie de escocias montando unas sobre otras. Siempre cerrada la bóveda con una sola losa.

Hay otra grande, procedente de Casal Marítimo, con largo corredor de entrada y cámara circular con un pilar cuadrado en medio. La parte baja de sus muros es de sillarejo y la bóveda, que en realidad es cónica y muy rebajada, se hace por aproximación de hiladas muy finas.

Otra, espléndida, (reproducción) de "Sette Camini", cerca de Orvieto, excavada en el tufo, tiene dos cámaras con pinturas en las paredes, que representan los preparativos y el banquete fúnebre, y cubierta a dos aguas tallada como si fueran tablas o largos sillares lo que la formara.

Hay, por último, otra de sillería pequeña, cerca y al otro lado de la primera, con cámara rectangular cubierta con bóveda de cañón, ya dovelada normalmente, conserva la puerta, de piedra, con zurroneas de la misma piedra arriba y abajo, y jambas y dintel y umbral enterizos y con retallo. Este es el tipo de siempre de las puertas, cuando no son una simple cosa apoyada. Cuando llegamos al Sport a comer, son ya las dos de la tarde. Después nos vamos hacia la casa Buonarrotti, que me recuerda los apaños de Vega Inclán, y que tiene poco de bueno, salvo unos bocetos y dibujos de Miguel Ángel, que no añaden gran cosa a la impresión que sobre él tenía. Pretende Navascués hojear las fotografías y no le deja el guardián, que es el primero verdaderamente cerril con que nos hemos tropezado en Florencia. De allí, nos vamos a Santa Croce, que confirma la primera impresión del otro día y que es hermosa, con bastante ambiente. Repasamos la serie enorme de mausoleos y frescos que en ella hay, recordando de paso al magnífico explicador de la otra tarde, y cuando salimos, ya al caer la tarde, nos vamos en busca del cónsul a lo largo del Arno, con la impresión todavía de la Anunciación del Donatello metida en la cabeza. Cada vez me sorprende más, si ello es posible, la facilidad de adaptación de esta gente al asunto. Parece mentira que sea el mismo nombre el que hace el San Jorge, el Nicolo de Urzano y la Anunciación. Es la personalidad para mí más interesante del renacimiento italiano.

El cónsul, naturalmente, no vive aquí, sino en la Plaza de la Señoría, y tenemos que desandar todo lo andado. Y además, resulta que recibe de dos a cuatro. Total, que hay que dejarlo para mañana. Nos metemos mientras a comprar fotografías y postales, vamos luego a recoger las mías, que están bien y a cenar.

Se me olvidaba que al volver de buscar al cónsul, nos hemos llegado hasta el Puente Viejo, que es una cosa maravillosa de carácter, no ya solo por estar en sus dos terceras partes lleno de casas colgadas sobre el río, sino porque en él están los comercios de joyas únicamente, en locales muy reducidos, con unas vitrinas que ganan sobre la calle y enormemente lleno de luz y de animación.

Cenamos en otro ristorante, el Comparini, en la vía Calzaiuoli 8, donde nos dan un frito variado de sesos y demás, con patatas fritas a nuestro estilo, en tiras largas, que son acogidas con verdadera emoción, con tanta, que pedimos otra ración de ellas. Después nos volvemos a casa, vemos algo de los trenes para Siena y Pisa y a las 11½ después de trabajar un buen rato, nos vamos a la cama.

18 de noviembre 1930

EN FLORENCIA

A las 6½ ya estamos de pie y a las 7 sentados escribiendo, hasta las 8½ en que desayunamos. A las 9 en la calle; derechos al Palacio de Parte Güelfa, pintoresco, pero que es un camelo como los de Vega Inclán, pero peor hecho. Total, nada. De allí a Correos; no hay nada. Y al banco, donde sacamos 500 pts., a 215, que a poco no nos pagan porque de pronto no encuentran nuestra ficha. Con nuestras 1075 liras en el bolsillo nos vamos hacia Santa María Novella, en una plaza muy bella, rodeada de

pórticos que recuerdan al de los Inocentes. El interior de Santa María es por el estilo, aunque más bello, que el de Santa Croce, con unas enormes vidrieras en el altar mayor. De toda ella, lo inolvidable son los frescos de Ghirlandaio, en el altar mayor, mucho más sombríos de lo que yo me figuraba, no sé si por el tiempo o por serlo así realmente, pero de una belleza de dibujo, de composición y de colorido aún mayor de lo esperado. Todo ello lo dicen mejor las fotografías.

Después de esto, lo más bello de la iglesia son los claustros, en los que hay frescos, que con la policromía de los materiales y de las plantas, componen un muy bello efecto y la Capilla de los Españoles, que es una cosa muy seria, de lo mejor de Florencia. Muy hermosos los frescos, y acometidos sin dividirlos en casetones, con composiciones generales, en forma inverosímil para su tiempo (XIV). Gracioso el de la derecha, con los dominicos representados como perros blancos con manchas negras que luchan y vencen a los lobos liberando de ellos a las ovejas. En el suelo algunos epitafios, entre ellos el de un español que duerme allí hasta que lo llamen, según dice, y en latín por supuesto. Y aún en la sacristía un muy bello lavabo, atribuido a Lucca della Robbia, con la consistencia de composición característica de todos estos.

Marchamos hacia San Marcos, donde he tenido la visión más espléndida de Fra Angélico que pueda imaginarse. Es inolvidable la sala aquella del Ospizio, con cuadros a cual mejor, de una brillantez de colorido que no era lo que yo pensaba de él y sobre todo sorprendentes por la seguridad y la valentía enorme del dibujo, de los escorzos. No recuerdo tampoco nada de mayor dramatismo que la degollación de los inocentes, con la madre aquella que, desesperada, araña bárbaramente la cara al soldado que le mata a su hijo. La composición es formidable y serena dentro del enorme dramatismo. Aún los mismos soldados son bellos, y el pobre Herodes parece triste de la misma orden que ha dado, allá en la altura de su palacio. Y al par con ello, el magnífico Descendimiento y el Juicio Final, con unos diablillos que parece están jugando a ser malos, sin conseguirlo demasiado.

La visión se completa en el piso de las celdas. Es un corredor largo, a que abren simétricamente las puertecitas. Las celdas son, en general, rectangulares, con una ventanita con poyo y las maderas eran de dos hojas desiguales, con un ventanuco en medio, y luego se cerraba todo con una tranca, que dejaba sujetos ventanillo y maderas. Algunas más distinguidas tenían dos habitaciones, o sea, esta normal y otra dentro para la cama. Y en todas ellas el fresco de Fra Angélico o de sus discípulos. Vemos la celda de Savonarola, con sus cosas y una mesa como especie de bureau y la que ocupó Cosme el Viejo, aquí retirado. Y la Biblioteca, muy hermosa, donde hay expuesta una selección de códices con buenas iniciales miniadas.

Comemos en la trattoria Napoleone, en la vía dei Servi, fundada en 1781, según dice una tarjeta que nos dan. ¡La caraba! También la tienda en donde hemos comprado las postales estos días dice que fundada en 1774. No me explico ni como una conoció a Napoleón tan pronto, ni qué postales vendería la otra. Comemos "arista fredda" de la que puede repetirse, por estar bien.

Y nos vamos en busca del palacio Corsini, cuya galería resulta cerrada. Cruzando el Arno y a Santo Spirito. Es iglesia de veras muy hermosa, pero fría. Parece mentira como da este resultado una disposición de naves bajas en torno al crucero, cabecera y pies, como en Santiago, pero así es. La nave central, techos, las laterales series de bóvedas baídas y el cimborrio, una cúpula de doce paños separados por costillas, sobre pechinas y con su linternita. Transformación de lo de la Capilla de Pazzi. Y por la iglesia, infinidad de cuadros, buenos y mejores, pero ya estamos saturados y no vemos nada. En el tránsito a la Sacristía, una muy bella bóveda de cañón de A. Sansovino, y en la sacristía, de Sangallo y de Cronaca, una copia de la cúpula de la Capilla de Pazzi.

Volvemos hacia la plaza de la Señoría, donde vemos al vicecónsul, sevillano y con gorra, que no pasa de ser un mediano ceporro y se ve y se desea para hacer los certificados. Saca tabaco para él solo, y en vista de todo ello la visita se aprovecha hasta las 4¼, en que nos venimos al hotel a escribir para ver si nos ponemos al día, hasta las 7, en que nos vamos al teatro Verdi, a buscar las entradas para Traviata y a cenar. Cuando cogemos las entradas, no hay mucho vendido y nos dan muy buena fila, de "poltroncine", o sea, unas butacas de patio. Nos sentimos contentos, y en vista de ello cenamos en Comparini, de una manera fantástica. Pedimos primero una pasta con "sugo" de liebre, según resulta después, pero que nosotros creíamos una modesta pastina in brodo, y para segundo plato dos "bistecca ai ferri con patatine", cada una de las cuales es medio toro asado, con buena cantidad de patatas. Y para postre fruta. Y también vino. Navascués no hay que decir que cena lo mismo y con gran delectación.

Cuando tiramos hacia la Ópera vamos verdaderamente gloriosos. El teatro Verdi, es por el mismo tipo del Liceo de Barcelona, aunque menos dorado y rico. Butacas de terciopelo rojo, gran palco regio, enfrente al escenario, dos pisos o tres de palcos y tres de las otras localidades. En butacas no hay demasiada gente, pero todo lo barato está completamente lleno. Claro que donde nosotros estamos vale 15 liras, o sea 1,50, por cuyo precio nunca se oye en España una ópera en butaca. Y va la Traviata, que, en resumen, no me gusta. La soprano es buenecilla y formidablemente guapa al lado de las demás, en que hay cada birria, sobre todo en el coro, que asusta. El tenor así, así. El mejor de voz el barítono, que como actor es todo lo malo que puede. El conjunto muy aceptable.

Salimos poco después de las 12. Derechos al albergo, porque mañana hay que madrugar. A las 12½ en la cama, después de encargar que nos llamen, por si acaso, al sereno, un viejecillo que chapurra el castellano como un tonto de circo.

19 de noviembre 1930

EN SIENA

A las 6½, ya medio despierto, llama el hombre del albergo, y nos arreglamos enseguida, de manera que poco después de las 7¼ nos marchamos hacia la estación.

Al salir nos dice el muchacho que ayer han llamado del Crédito Italiano encargando que nos pasemos por allá. Supongo que es que han encontrado la ficha de nuestras firmas y quieren que anulemos el cheque, o les firmemos el duplicado para Madrid. Decimos que telefoneen que marchamos a Siena y que mañana iremos. Pero luego se me mete en la cabeza si será que hayan recibido algún telegrama o carta de Madrid, por parte de Artiñano, dando alguna noticia de allá, y en tal caso, si le pasase algo a D. Manuel o en casa. Y con todo ello me dan la mañana, de tal manera que apenas me entero de que llegamos a Siena.

Siena conserva quizá más ambiente aún que Venecia, pues naturalmente es menor su actividad. Nada más entrar en ella nos encontramos con un formidable cartel, en que se anuncia con muchas hipérboles, la inauguración del curso, que se celebra hoy, con lectura del discurso inaugural a cargo del "chiarissimo Professore X". No puedo menos de pensar la que se armaría en España con una proclama así. Seguimos por la Via Garibaldi y la Via di Citá, muy estrechas, tortuosas y características, llenas de palacios a uno y otro lado y con plazoletas rodeadas de ellos, en forma graciosa. Los interiores que vemos anuncian lo mismo de siempre en Florencia: el patio rodeado de arquerías y con la escalera en un rincón. Así seguimos hasta la Plaza de la Señoría, muy graciosa, en forma de concha y rodeada de típicos edificios, la mayoría de ellos en ladrillo, como en ladrillo es también el pavimento de la plaza, haciendo imbricaciones dentro de las lunas de piedra que separan los gallones de la concha. En el extremo de la plaza opuesto al Palazzo Público, y aislada, hay una fuente muy bonita, dispuesta en pretil que cubre el lado mayor y los dos pequeños de un rectángulo, lleno de bajorrelieves. La guía dice que es cosa rehecha sobre un original del XIV. Un poco duro nos parece, pero como aquí ya no sabe uno siquiera si existe el gótico, y como, además, esta gente labra de manera tan clásica, aún en lo gótico, no nos atrevemos demasiado a dudarlo. Mas hoy mismo hemos tenido la explicación: no hay tal copia, pues no se puede llamar así cuando en el original, que esta tarde hemos visto en el Palazzo Público, en la terraza, hay figuras de las que solo queda la cabeza. O sea, que se han inventado todo lo que han podido y un poco más.

El Palazzo Público tiene un aspecto bastante semejante a la Señoría de Florencia, con una esbeltísima torre cuadrada dispuesta casi en la misma forma que aquella. La apertura de curso se celebra aquí y se oye cantar y armar jaleo a los estudiantes en la misma forma que en todas partes. Navascués me dice, y es verdad, que esto da la impresión de ser el Santiago de Compostela de las ciudades italianas y sus universidades. El patio del Palazzo, con arquerías en torno, desnudo y frío, está dominado inmediatamente por la torre. En el suelo tiene unas rejillas que dan luz y aire, cada una, a dos construcciones subterráneas separadas por una delgada pared; algo así como calabozos.

Como con los estudiantes no se puede entrar, nos vamos hacia el Palacio Piccolomini, del tipo de siempre, enfrente del cual está la Universidad, otro palacio más y de allí a San Francisco, al que han hecho una desgraciadísima fachada moderna. En cambio el

interior se conserva bien y es muy hermoso. Es de una sola nave, muy amplia, con sus muros en zonas blancas y negras, cubierta con armadura a dos aguas al descubierto. El crucero, más bajo, se cubre en la misma forma. Capilla rectangular a la cabecera y otras seis en el mismo lado del crucero. En dos de ellas, hermosas series de frescos, que pensamos si serán de Giotto, aunque nos resultan más sombríos de color, con una gama más fría, y que efectivamente resultan de Ambrogio Lorenzetti, con lo cual no hay que decir que nos hemos tirado un planchazo definitivo. La iglesia tiene muy poca luz, con todas sus ventanas cubiertas con vidrieras y ello y el color de sus muros le dan un ambiente grato y emocionante. Las capillas se cubren con bóveda sencilla de ojivas. Desde el pretil de la plaza hay una bonita vista, con la Porta Ovile, y un paisajillo de primitivos, como siempre. Lástima que estropeen la cosa la niebla y la lluvia.

Volvemos hacia la Plaza Vittorio Emanuele y desde ella nos vamos en busca de la catedral, que encontramos de cabecera, en la fachada, de un gótico muy especial, del baptisterio. En el interior, con poca luz, bóvedas sencillas de ojivas y más fresco y en medio unas espléndidas fuentes bautismales, en que hay relieves bellísimos, algunos de Donatello, como de él son dos de las estatuillas que los separan y la mayor parte del resto de Jacopo della Quercia. El conjunto es extraordinariamente bonito y elegante. Por la escalinata de San Giovanni, a la izquierda, muy típica, se sube hasta lo que había de ser naves de la Catedral, según el primer proyecto, que ahora son en parte pórtico y en parte museo de la obra, y desde allí tenemos ya la primera visión de la Catedral, muy alegre, con sus fajas alternadas blancas y negras, sobre todo en la torre. Es bonita la fachada, con algún arreglo y algún mosaico, y muy curioso el interior. La iglesia actual es en realidad solo uno de los brazos del crucero del proyecto primitivo, que se hubo de interrumpir por una peste famosa y que después se completó como ahora ha quedado.

Es de tres naves, separadas por pilares cuadrados con columnas adosadas, despiezadas en zonas horizontales blancas y negras, y de gracioso efecto. La nave central se cubre con techo y las laterales con bóvedas sencillas de ojivas. Lo más curioso es el cimborrio, sobre planta de hexágono soportado por seis pilares. Seis trompas de ángulo reducen el hexágono a dodecágono irregular, de lados alternativamente largos y cortos, y sobre él se levanta una bóveda de paños desiguales como consecuencia. Todo ello da una sensación muy extraña a la iglesia. Muy curioso, por los trozos que se ven, pues en su mayor parte está tapado con tarima, es el suelo, de mármoles incrustados y con grafitos, diseñando figuras y aun escenas completas. Una que levanta uno de los guardianes da la sensación completa de un tapiz. Y diseminadas por la iglesia, una porción de cosas importantes: una pila de agua bendita, muy bella de Federighi y en la capilla del Bautista la estatua de este, por Donatello, que apenas puede verse sino en silueta, por las malísimas condiciones de luz.

Al lado del evangelio, el púlpito de Nicola Pisano, que me sorprende agradablemente, con sus hermosos relieves y con su curiosa mezcla de elementos renacentistas con

los resabios góticos. Apoya sobre columnas, la central encima de un grupo de figuras y las de la periferia sobre leones que atacan y se comen caballos y otros animales. Claro que el león es siempre mucho mayor que el caballo, como es natural para el efecto deseado de representar al rey de la creación animal. El conjunto del púlpito, que siempre me hacía extraño en las fotografías, en realidad me hace bien. Hay en las escenas una cierta sabiduría de composición, que destaca con nitidez las figuras, aun dentro de su amontonamiento.

En la parte del Evangelio queda la capilla del Bautista, cosa del XVI, cubierta con cúpula y muy ricamente decorada con mármoles de colores, todo lo cual la hace bastante sombría. Aquí es donde está la estatua del Bautista de Donatello, que antes cito, apenas visible.

En el muro del evangelio, ya de la nave lateral, hay dos bellas fachadas renacientes, la una correspondiente a un altar, en que dicen trabajó Miguel Ángel, sin que yo lo acierte a ver, y la otra correspondiente a la Biblioteca Piccolomini, donde se entra por una puertecita. Es un gran salón rectangular con los muros completamente cubiertos de frescos de Pinturicchio, de gran brillantez de color y de una conservación tan extraordinaria que me parece imposible que no estén restaurados.

Antes de entrar en ella, hemos ido al Museo de la obra de la Catedral, donde hay numerosos restos de la fachada antigua de la Catedral, proyectos, planos y diseños de los suelos, y unos cuantos cuadros, no demasiado buenos.

De la catedral nos vamos en busca de la Pinacoteca, nos pasamos media hora llamando sin que acuda nadie, a pesar de nuestro escándalo y de la ayuda de un señor que, al sabernos españoles, se digna citarnos el Prado y hablarnos de Primo de Rivera y de Paulino. Total, que no hay manera de ver los cuadros y como está todo cerrado ya, nos tenemos que marchar en busca de comida al Cannon d'oro, en la vía Cavour, donde lo hacemos bastante bien, con una arista que esta tan buena como la de Firenze. Lo más extraordinario son los frascos del vino, con un cuello muy fino y desmesurado por su tamaño, con relación a la panza. La realidad es que, mientras no esté horizontal, es imposible que se vuelque la botella.

Después de comer nos vamos de nuevo hacia el Palazzo Publico, que conserva con todo su carácter la Capilla y una serie de salones. La capilla, con sus muros llenos de frescos, tiene en el altar mayor una Sagrada Familia, muy bonita, de Sodoma, y unas bellas sillitas de marquetería. La sala del Mapamondo, llena también de frescos, tiene en uno de sus testeros una Virgen de Simone Martini, y en el opuesto, dos bellos santos, frescos de Sodoma, muy brillantes. Aún son típicas otras cuantas salas, y entre ellas la mejor es la de la Pace, de Lorenzetti, con la famosa figura, que realmente es un intento inmenso para su tiempo, de figura semivelada. En el piso alto aún vemos lo que queda del original de la fuente de la plaza, que no es ni el pie para lo que se han inventado.

El tren sale a las 4 ½ y nos vamos hacia la estación. Al paso compramos unas postales para escribir a la gente de allá, y cuando llegamos a Florencia así lo hacemos, después de pasar por correos sin que haya nada. Escribo a casa, a Cabré, a Lafuente y a Felipa. Cenamos en el Sport, donde acabamos de escribir, y luego de pasar por la plaza de la Señoría para echar las cartas, nos metemos en casa y a dormir pronto, que mañana hay que madrugar, para lo que encargamos que nos llamen a las 5 ½. Del Crédito Italiano han dicho que esperarán. Pensamos primero ir por la mañana y marchar a Pisa a las 11, pero así nos resulta por la tarde muy apretado, y en vista de ello, nos vamos a la mañana.

20 de noviembre 1930

EN PISA

A las 5½ estamos en pie y a las 6½ vamos camino a la estación, con un día muy mediano, amenazando continuamente agua. A las 7 sale el tren, con tracción de vapor, cuando nosotros nos las habíamos prometido tan felices con la tracción eléctrica. Hemos desayunado en la estación de Pisa, a la llegada. El tren sigue casi constantemente el camino del Arno, sembrado de viñedos en sus riberas, pues este es el famoso criadero del Chianti. Aún nos ha querido saludar el sol un par de veces antes de llegar a Pisa, y Navascués se las prometía muy felices con un día como el de Pestum, pero no ha sido verdad.

En Pisa cogemos un tranvía que atraviesa toda la ciudad, cruzando el Arno, y que en un cuarto de hora nos pone en la mismísima plaza del Duomo. Gran efecto. Es una plaza enorme, limitada de un lado por una fila de palacios, feos, y del otro, por el camposanto y las murallas. Y en ella, separados y destacados enormemente, Duomo, Campanile a un lado y Baptisterio al otro. Nos llama la atención lo primero, naturalmente, el Campanile, pero vamos siguiendo lo largo de la plaza, apreciando el gran efecto que al exterior hacen el Duomo y su fachada, hasta llegar al Baptisterio, que tiene un aspecto muy característico, con su mole enorme coronada con la cúpula, poco peraltada y con no graciosa linterna. El interior es solemne, con nave anular separada del recinto central por ocho columnas y cuatro pilares. Encima va su deambulatorio y sobre todo ello la cúpula. Vamos viendo esto y las fuentes bautismales, que son de mármol, con tableros de follaje en zonas enormemente decoradas, con sentido tan pronto clásico como medieval. Y además me encuentro con el segundo púlpito de los Pisano, que repite la misma del de ayer en Siena, aunque me parece inferior a él. Este es de un sentido mucho más clásico, pero de imitación de los sepulcros romano-cristianos y decadentes y aun de las cosas etruscas. Tal el nacimiento de Jesús y mucho más sencillo en su disposición arquitectónica.

Tenemos una sesión de resonancia en las bóvedas, con tonalidades de órgano, a cargo del custodio, que da unos cuantos gritos, silbidos y palmetadas. Todo muy divertido y característico.

Es bonita la fachada del Duomo, del mismo tipo, aproximadamente que la del Baptisterio, y en una y otra hay recuerdos clásicos muy abundantes, sobre todo en

los magníficos fustes que flanquean las dos entradas principales, tallados con follajes completamente copiados de lo clásico.

Entramos en la Catedral por la puerta de la cabecera del crucero, al lado de la epístola, que tiene unas hojas en bronce con relieves hechos por figuras sueltas luego armadas, cosa del XII, según rezan las guías, y muy graciosa. El interior es hermoso, con cinco naves separadas por arcos de medio punto sobre columnas. Las naves bajas se cubren con bóvedas de arista y las dos contiguas a la central con bóvedas de arista rampantes, ya que los capiteles de los arcos de un lado están mucho más altos que los del otro. La nave central, con techos. El crucero está interrumpido al cruzar con la nave central por tres arcos, el mayor el de en medio. En el cimborrio, trompas de ángulo sobre arcos semicirculares reducen el cuadrado a octógono, y sobre ello, una bóveda de ocho cascos. En el ábside, un gran mosaico sobre fondo de oro, con Cristo y dos santos, cosa de Cimabúe y una porción de cuadritos, entre ellos alguno muy bonito de Andrea del Sarto. Y el tercer púlpito de la serie de Pisano, quizá el mejor, o por lo menos el de más empeño de todos ellos, con los mismos leones devorando animales y figuras como cariátides sosteniéndolo en tres de sus apoyos. Me parece el más gótico de todos ellos. Y también hasta la famosa lámpara de Galileo, para que no falte evocación alguna.

Salimos y nos vamos hacia el Campanile, como los otros dos, resplandeciente de blancura. Hay que entrar completamente encerrado, por un pasadizo, como con cuentagotas, hasta el cilindro interior, hueco, con el muro liso y una entrada desde cada uno de los pisos de la torre. La subida se hace por una escalera de caracol que se va desarrollando entre los dos muros, al exterior de los cuales se adosan luego las plataformas y columnatas. El efecto de la escalera es muy curioso, pues resulta extraordinariamente suave cuando se va por el lado inclinado de la torre, mientras que al llegar al otro parece que se pone de punta. Y así vamos subiendo y subiendo en cada una de las terrazas, hasta que salimos al anillo más alto. La inclinación es realmente grande, aún en estos últimos pisos, donde se quiso corregir algo. La vista desde arriba es hermosa, aunque falta luz y claridad de día. Volvemos a bajar y le voy dando la vuelta otra vez de nuevo a todas las zonas, contemplando de camino el panorama de Duomo y Baptisterio, que es muy curioso desde aquí.

De aquí al Camposanto. Todo cuanto se diga de su belleza y de su sensación de reposo y de quietud es cierto. No puede darse nunca una cosa más sencilla, ni una mayor proporción y una mayor armonía en todos los componentes de aquel gran claustro rectangular que eso y en resumen es el Camposanto. La belleza crece con el verdor del césped que cubre todo su interior, poco hollado. Los cuatro brazos están completamente llenos de sepulturas en el suelo y de sarcófagos, entre los que no faltan los restos arquitectónicos y decorativos en torno a los muros que a su vez están totalmente cubiertos de frescos en su parte alta. Y entre estos hay que decir que destacan, por manera muy singulares los de Benozzo Gozzoli, con gran empeño de composición y con figuras plenamente logradas, como el tío que mueve la mezcla y el que ata la piedra mientras se le caen las calzas de la torre de Babel, y la tan graciosa

de la Vergonzosa, muy bien resuelta. También destaca el triunfo de la muerte, no solo por el asunto, sino por la manera con que está resuelto y expresado, a pesar de sus imperfecciones, que indudablemente las tiene. No solo el caballo que va delante, sino el perrillo que se cruza de miedo, son un portento de observación.

En la capilla Ammannati, frontera a la puerta de entrada, aunque en la otra ala, me encuentro con un muy bueno capitel califal, cuya inscripción calco y copio y que está metido en un rincón, detrás de una puerta, en unas condiciones tan imposibles de luz que, de no ser con magnesio, no veo la manera de intentar una fotografía. De modo que me tengo que quedar con las ganas. En el rincón de las alas norte y este, el famoso grifo, que, contra lo que me esperaba, me resulta grande y basto. Tiene todo el cuerpo sembrado de círculos dobles tangentes y en la parte alta de las cuatro patas dibujados cuatro animales, dos de ellos aves. Solamente en línea incisa. Las alas, fundidas aparte, van remachadas al cuerpo, y tienen hechas las plumas, igualmente incisas, con el convencionalismo de manera muy esquemática y desgraciada. Me parece muy inferior a lo de Medina Azahara (La cierva), y difícilmente español.

Como quiera que hay que volver a Florencia en el tren de las 3, para ver que tripa se les ha roto a los pelmas del Banco, cogemos un tranvía y nos largamos hacia la estación, después de retratarnos y despedirnos emocionados de Baptisterio, Duomo y Campanile. ¡Quién sabe si volveré!

Pero de lo que no cabe duda es de que, si volvemos, compraremos otra vez la comida en la fonda de la estación. Nos han dado una bolsita por diez liras con una gran porción de mortadela, un cuarto de pollo asado, con mucha pechuga, que ha resultado el mejor y más sabroso que he comido en mi vida y queso y naranja, amén de pan y vino. Con todo ello, entretenemos la primera parte del viaje y comemos muy bien. Navascués goza como un chiquillo.

En el Banco solo les pasa que han encontrado la ficha con nuestras firmas y quieren que les firme un recibo en la forma normal. Y mil saludos y excusas. De allí a Correos, donde no hay nada y a casa a trabajar. Después a cenar al Sport, después de habernos despedido en el hotel y encargar el coche. Cuando terminamos de cenar, volvemos al hotel, dando una vuelta de despedida por la plaza de la Señoría. Pagamos y nos despedimos del profesor. A la estación, donde a las nueve menos cuarto cogemos el tren que a las doce menos cuarto nos deja en Bolonia. Antes he comprado el ABC con los jaleos de España. ¡Bendito sea Dios!

En Bolonia, al Corona d'Italia, en la Vía Indipendenza, más modesto que el de Florencia, pero que parece bien. A las 12½ en la cama. Buen día. Tres viajes y ocho horas en el tren. Y entremedias muchas cosas. Vamos bien. Navascués con estómago de acero inoxidable.

Un capitel árabe español, grande, de unos 45 cm de ancho de cimacio, del tipo de nido de avispa, corintio, con dos pisos de hojas y las volutas formadas por otras terceras enrolladas sobre sí mismas, con florecidas en medio. En el frente, la

inscripción copiada. En la capilla Ammnati, en el Camposanto de Pisa. El primer piso de hojas algo roto. La proporción sería como de III ½. Busco fotografías y me dicen que no hay, porque hace muy poco tiempo que ha entrado en el museo, que estaba arrinconado en un almacén donde estaba arrinconado.

21 de noviembre 1930

EN BOLONIA

Naturalmente nos despertamos muy tarde, no antes de las ocho, nos arreglamos y tras de desayunar nos largamos a la calle. Bolonia tiene un aspecto muy típico, tanto en su parte nueva como en lo viejo que vamos recorriendo, con calles de soportales a uno y otro lado en extensiones enormes. Así, vamos a desembocar en la Plaza de Neptuno, donde está la fuente correspondiente, de Juan de Bolonia, y de allí a la de Vittorio Emanuele, donde vemos la fachada, sin terminar, de San Petronio. Ambas plazas constituyen el centro de Bolonia y en ellas se concentran gran parte de edificios y construcciones antiguas, Palacio del Podestá, etc. Vamos a Correos, donde Navascués tiene otra tarjeta de su mujer, anunciándoles la carta de Venecia, y yo dos cartas de casa y dos periódicos. En la ventanilla hay una más vieja que otra cosa, muy chiquitilla y pizpireta, que se hace la listilla. Volvemos hacia San Petronio, iglesia hermosa, de lo más gótico que aquí se puede hacer, con unas dimensiones enormes. Es de tres naves cubiertas con bóvedas de aristas sencillas. Y tiene unas cuantas cosas bonitas, aunque no de mayor importancia: unos cierres renacentistas en varias capillas, unas rejas de tipo de barrotes cruzados en cuadrícula, pero con pletina retorcida; algunos cuadros bonitos de Francia: un meridiano muy grande y extraordinario, del tipo del de Santa María de los Ángeles de Roma, encajado entre los pilares por manera muy ingeniosa. En el tesoro, guardado en una habitación con puerta de caja de caudales, nos encontramos con unas cuantas cosas interesantes, entre ellas el modelo de la iglesia primitiva, que era una cosa verdaderamente monumental y aplastante, una porción de libros miniados, los primeros que vemos después de los de Siena y Roma; una gran cantidad de relicarios sin valor mayor artístico, entre los que hay una moneda de oro, que dicen de Constante, con el tipo por detrás, que es como está expuesta, de cruz sobre gradas y el Const.; unos ornamentos que entre nosotros no pasarían de ser vulgares, y una cruz procesional,, con un bello Cristo, que se parece a las nuestras renacentistas. De allí nos vamos a la Piazza di Porta Ravegniana, donde vemos las dos famosas torres inclinadas, la una hacia un lado y la otra al contrario, que no tienen más que eso de notable, pues la construcción no puede ser más sencilla y lisa, en ladrillo. Después volvemos y nos encontramos con que cierran a las 12, siendo las 12 menos un par de minutos. No hay más remedio que volver y hacer ahora lo que se pueda. Vamos hacia la Agencia de la Navigazione, que he visto al venir, y que tardamos un poco en encontrar. La animación por las calles es enorme y es el primer sitio de Italia donde vemos muchachas guapas, a veces muy completas, sin tener que buscarlas con lupa. La Navigazione está cerrada. Nos volvemos hacia la Catedral, rehecha completamente en el XVII, donde no queda de lo viejo más que un par de

leones de las basas. Es una iglesia alegre y clara, semejante, aunque mucho más lisa de decoración, a las de Roma, con una inmensa portada interior, que hace muy bien. El barroco de Italia tiene siempre un cierto sentido clásico de proporción y medida.

Antes de ir a comer, por unas cuantas calles bastante típicas, nos vamos al Colegio de España, donde también está el Consulado. Un gran escudo sobre la puerta y una serie de edificios de aspecto más o menos medieval, con almenas del tipo de siempre por aquí. En una esquina, frente a un jardincillo que queda tapiado dentro de ella misma, un pórtico abovedado. Nos abre un portero italiano o que al menos así parece. El Consulado sólo funciona hasta las 12. Total, nada. Y nos vamos a comer al ristorante Chianti, en la calle que va de la Plaza de Vittorio Emanuele a las torres inclinadas. Bien. Spaghetti y mayonesa de pescado, con su vinillo correspondiente. Muy campante Navascués. A las dos en el Museo Cívico. Guía de Ducati, buena. Una porción de inscripciones en la planta baja y en la principal una serie de salas con fondos prehistóricos italianos que me parecen muy interesantes, pero de los que no puedo decir nada. En conjunto muy bien instalado, con gran cantidad de sepulturas reconstruidas, en vitrinas. Esto es lo que me parece el núcleo fundamental del Museo, y sin embargo hay una porción de cosas de gran importancia de lo egipcio, con una estatua de basalto de tamaño natural en primer término. Y en lo griego, como ejemplar excepcional, la supuesta cabeza de la Atenea Lemnia de Fidias, que tiene una encantadora pátina dorada. Produce un gran efecto, pero por tener los ojos vacíos, no hace en la fotografía el mismo efecto que en el natural. Gran cabeza, plena de pensamiento y emoción. En las salas romanas, una colección importante de vidrios de las catacumbas con figuras en pan de oro y unas palomas de vidrio soplado. En la sala de las armas, entre otras cosas me vuelvo a encontrar con una serie de espadas venecianas que repiten el tipo del puñal de orejas, más o menos modificado, en cuanto a su empuñadura, y algunos puñales como los de la casa de Osuna, y por poco más o menos, del mismo tamaño, cosa de una cuarta en total. Como cosa curiosa anoto unas armas mixtas de espada y escopeta:

En uno de los lados de la hoja llevan el cañón de la escopeta y sobre el puño, el gatillo y el aparato de la chispa, de manera que al mismo tiempo de pinchar, se disparaban. Luego hay una porción de marfiles, pero nada nuestro y entre ellos un buen díptico consularis, ya bizantino y sin inscripción. Además una colección algo numerosa de miniaturas: buenos ejemplares de cerámica de Urbino y manufacturas semejantes, con un buen lote de cosas de Manises de que tomo alguna nota y compro fotografía: el modelo del Neptuno de Juan de Bolonia, etc. Al salir, compramos la guía de Ducati, que está muy bien y completa y una porción de fotografías.

Nos vamos hacia la Navigazione, no nos la vayan a cerrar, y en vista de los informes que nos dan en ella, tomamos billete para Ravenna para mañana. Y de allí a San Estefano, donde nos encontramos con un grupo de iglesias muy interesante, cuya disposición es la que indica el croquis. Son todas de ladrillo, en la manera que lo emplean aquí siempre, con llagas muy anchas. Y en las fachadas llevan decoraciones

logradas simplemente con la policromía del ladrillo, rojo y blanco. En sus interiores, la más curiosa de todas me parece la del Santo Sepulcro, de planta octogonal, con dos pisos abovedados en la nave periférica, el más alto de los cuales abre sobre el centro por ventanas dobles. Todo abovedado, con arcos fajones y en el centro una bóveda de paños. Están en reparación en ello y en el Cortile de Pilatos, donde pasamos después. Tiene galerías a un lado y a otro sostenidas por pilares compuestos con columnas embebidas en ellos en su mitad, de ladrillo, y coronadas con capiteles que son como una bóveda de aristas completa, presentando en sus caras los cortes semicirculares de los cañones. En realidad, no resultan tales pilares, sino como he dibujado, y en planta. En medio de este cortile hay una pila, que es la que dicen de Pilatos. Al fondo una iglesia muy curiosa, que no sé si estará recortada, pues la fachada me parece cosa distinta y aún rehecha modernamente. El caso es que está formada por dos naves con arquería de separación sobre columnas, dispuestas de través, y a la cabecera dos capillas cuadradas a un extremo y otro, cubiertas con bóvedas de cañón; después dos ábsides semicirculares por lado, y la capilla central, con una especie de ancho arco toral de medio punto y luego la capilla, con tres ábsides semicirculares, enfrente y en cada uno de los lados, y cubierta con bóveda de aristas. La iglesia de los santos Pedro y Pablo, al lado del Santo Sepulcro y del patio, es de tres naves separadas por pilares alternando y correspondiendo los más fuertes a las dimensiones de tramos de la nave mayor, con arcos transversales que junto con los longitudinales determinan el cuadrado de cada una de las bóvedas, que me parecen de aristas capitalizadas, aunque por las malas condiciones de la luz no puedo asegurarlo. A la cabecera, tres ábsides semicirculares, sobresaliendo el de en medio. Se hace uso de la policromía al disponer alternadas en los arcos dovelas de piedra y de ladrillo y lo mismo en los pilares. Al otro lado del Santo Sepulcro está la iglesia del Crucifijo, de una sola nave con armadura grande y destartada, que tiene a la cabecera una cripta formada por una serie de arquerías perpendiculares sobre columnas diversas, y detrás de ella el claustro de los Benedictini, cuyo piso bajo apoya sobre grupos de cuatro columnas, a veces solamente fustes, sin capitel y el cuerpo alto sobre parejas de fustes, con sus capiteles normales. Las pésimas condiciones en que hemos de ver esto me ponen de mal humor. Salimos hacia San Petronio, donde he visto esta mañana un libro sobre las iglesias de Bolonia, que ahora compro y que dice alguna cosa de Santo Stefano.

Y seguimos hacia el Albergó, donde nos ponemos al diario. Cenamos allí mismo, una bistecca a la Díaz, que es cosa graciosa porque se reduce a colocarle un huevo frito además de la verdura. Y volvemos a hacer algo, pero a las 10 estamos ya pensando en acostarnos y a las 10½ en la cama, porque mañana hay que madrugar de firme.

Museo Cívico Bolognese = En la sala II, vitrina G, 11 cartones con ajuar de la cueva de la Mujer, en Alhama, con una hojita de bronce. En la sala IX, en la vitrina central, unos cuantos vidrios romanos y del tipo de las catacumbas, y dos palominas de vidrio soplado. También trozos de una taza de vidrio tallado. Ejemplares de cerámica morisca. En la sala además de las jarras de dos asas reproducidas hay otra de tamaño (60 cm de altura) y forma semejantes, pero con decoración en oro y en azul. Y dos con

oro, de unos 30 cm de alto. Otro con oro de unos 20 cm de alto. Es un lote bastante bueno. Por el reflejo, muy plateado, lo más antiguo me parecen las dos ánforas, como de fines del XV.

22 de noviembre 1930

EN RAVENNA

Aunque anoche dejamos encargo de que nos llamaran, antes de que lo hagan, a las 5½ ya estamos despierto y a eso de las 6½ salimos camino de la estación, con una mañana nebulosa muy fresca, aún de noche, y con todo el alumbrado público apagado.

Y a las 7 salimos camino de Ravenna, por Faenza, donde nos sorprende la gran cantidad de ladrillo y teja almacenada a un lado y otro de la vía del tren. El paisaje no puede apreciarse bien con la niebla, pero es campo absolutamente llano y de monotonía aplastante. Cuando llegamos a Ravenna el tiempo ha abierto un poco, pero sin sol y con un frío muy regular. Nos vamos derechos al Baptisterio de los arrianos, de acuerdo con lo que hemos ido combinando en el tren. Es de planta octogonal con tres ábsides, uno central más profundo y dos laterales en cuarto de esfera, despiezados todos ellos en la forma indicada, es decir, en hiladas circulares en la parte del cascarón que se hacen normales en el cañón propiamente tal. Los muros son también todos de ladrillo, con llagas muy anchas, pero menos que otro ladrillo. Los arcos igualmente de ladrillo y trasdosados con mezcla en la misma proporción que para cada llaga. En la parte baja de los muros se acusan al exterior arcos de descarga embutidos en el mismo paramento y semicirculares. El tejado da al conjunto la sensación misma que los cimborrios prismáticos moriscos. En el interior liso, va a un lado un pasadizo de entrada rectangular, donde no se ve nada. La bóveda me resulta muy rebajada y tendiendo a la forma cónica, aunque desde abajo y con el mosaico nada de ello se puede asegurar. El mosaico, de teselas regularmente grandes, representa en el centro de la cúpula el Bautismo de Cristo, con Jesús metido hasta medio cuerpo en el agua, que se representa con las acostumbradas líneas blancas y azules, y en un lado el Bautista y en el otro una personificación de río, gran figura sentada con cuernecillos como de langosta en la cabeza. Mosaico formidable, con fondo de oro.

De allí nos vamos hacia San Apolinar Nuovo. Ravenna tiene gran animación y se nos presenta montada en bicicleta. Todo el mundo va así, y no solo las muchachas, sino las mujeres de edad y las criadas que van a la compra, y la señoritinga que lleva su sombrero y sus pieles. Todos van en bicicleta. Lo más curioso son las mujeres, que no por ello prescinden del zapato de tacón, que las hace ir de manera rara, ni de la falda corta. Yo no sé cómo no se mueren de frío.

De San Apolinar Nuovo no quedan más que las arquerías de separación de las naves y los muros que soportan, pero es lo bastante. A la cabecera es nueva completamente la capilla mayor, con frescos. Las arquerías de separación son de medio punto, sobre

columnas con cimacios de base cuadrangular. Las ventanas son de medio punto, sin derrame, con su intradós también en mosaico. Las dos procesiones de santos y santas son algo inolvidable. Van en fila, marchando lentamente, uno en pos de otro, con sus coronas y sus palmas, envueltos en sus magníficas vestiduras y en sus amplias túnicas blancas, sobre un pradito de claro verde esmeralda florecido, con un fondo de oro, riquísimo. No sé por qué me recuerda algo de aquello: “quién la vio, no la pudo ya jamás olvidar”. De la impresión primera paso a querer ver en ellas una serie de figuras iguales, pero no es así. Dentro de una composición tan limitada de recursos, cada figura luce por sí con fuerza independiente y con su personalidad. Así la diferencia indudable, no solo de tipo personales, sino de especies: los bellísimos ángeles son fundamentalmente diferentes de las otras figuras y tienen una maciza hermosura que no cae en blandura femenina por el empaque, y que da una limpidez absoluta en la mirada de los inmensos ojos claros. Al lado de esto, quedan oscurecidos los demás trozos del mosaico, aun siendo tan bellos los santos entre las ventanas y las escenas de arriba, tan brillantes y de interés las representaciones de la ciudad y del Palacio de Teodorico.

De allí pasamos por el Palacio de Teodorico que me reserva la sorpresa de los arcos, hechos en el ladrillo en el mismo tipo que en San Pedro de la Nave. Llego a pensar una cosa: ¿será simplemente para sostener la cimbra?

Y viene después el Baptisterio de los ortodoxos. Su planta es también octogonal con ábsides, pero que aquí resultan por fuerza como de cuarto de círculo y desde luego no ocupan más que el tercio bajo. El interior es de una elevación enorme y de una riqueza extraordinaria. Está totalmente lleno de mosaicos de inmensa riqueza, salvo la serie de relieves colocados a la altura de las ventanas, muy interesantes también y extraordinariamente típicos. Cuatro de los arcos bajos (correspondientes a las absidiolas) llevan inscripciones y anagramas. Copio uno que me recuerda aquel de San Pedro de la Nave. La cúpula arranca aquí directamente del octógono como bóveda baída, y tiene dividida en zonas su decoración. Abajo las cátedras y los pupitres de los evangelistas, con sus libros. En el centro de la cúpula va el Bautismo de Jesús en forma muy semejante a lo del Baptisterio de los arrianos, aunque los fondos no son aquí de oro en general, y las figuras son bastantes, y entre una y otra cosa, en zonas, la Virgen y Santos. Hay unas cuantas cabezas con un enorme acento de personalidad y de vida, sobre todo entre los apóstoles. Parecen retratos efectivos. Y el conjunto es de una riqueza deslumbradora.

Andando, andando y encontrando mujeres en bicicleta, llegamos a San Vital, que nos encontramos en reparación. No nos es posible asomar al pórtico ni a las escaleras, porque están trabajando y prohíben el acceso. Por lo visto, lo van a dejar nuevo. En el pavimento han excavado y han encontrado dos pavimentos por debajo del moderno, ambos de mosaico sencillo y superpuestos. También han dejado al descubierto las basas de las columnas, de las que tomo un croquis. La iglesia, que arquitectónicamente es una maravilla, está despojada de gran parte de los mosaicos y por ello, el efecto

decorativo de la rotonda central se pierde casi completamente. Ahora, que con los mosaicos que quedan hay para colmar al más exigente. Son, en resumen, todos los de la Capilla mayor, y el tramo que le precede; en su mayoría sobre fondo de oro, incluso los de la bóveda y los de las lunetas laterales sobre fondo de paisaje. Y no hay para qué hablar de los dos grandes cuadros de Justiniano y Teodora, ni del San Maximiano, tan brutal y completamente retrato, con su enorme vida y el acento de hombre que, ensimismado al exterior, clava los ojos hacia dentro. Como cabeza, es una de las cosas más impresionantes que recuerdo en toda Italia. Veo detenidamente el resto de la iglesia, los capiteles y las cancelas, y después adquirimos una porción de postales de todo ello. Y de allá nos vamos al Mausoleo de Gala Placidia, que está al lado. Todo él es de ladrillo, pero de un ladrillo enormemente grueso como doble de lo normal, dando el tamaño del sillarejo y estando empleado en la misma forma. La impresión del interior es aplastante. Mármoles ricos de color en la parte baja y mosaicos que recubren totalmente la alta. Estos son todos sobre fondo azul intenso, con riqueza de color extraordinaria. El del Buen Pastor, en la luneta encima de la puerta, me recuerda por su color y disposición de paisaje lo de Santa Pudenciana de Roma. Riquísimo todo lo decorativo. Además aquí se me hace más perceptible una cosa que ya había notado en Palermo: al decorar con mosaico una estructura, para hacer posible la adherencia de las teselas, hay que recubrirlo todo de enlucido, matando aristas y rincones vivos, y dando ello como consecuencia una indecisión de línea que contribuye a aumentar el efecto misterioso del mosaico. Lo de Gala Placidia es una de las cosas más encantadoras que he visto.

Hemos de ir a San Apolinar in Classe y son cinco kilómetros. Son las 12. Nos vamos hacia la plaza de Víctor Manuel y allí intentamos ajustar un taxi, pero no nos convenimos y no nos es simpático. Luego se nos acerca un cochero inenarrable, gordo y grande, con un medio gabán medio pelliza, con su pañuelo de seda al cuello y su hongo. Una verdadera estampa de chulón madrileño de hace años. Y nos ofrece su manuela, en la que nos largamos a San Apolinar a pesar del frío que hace ¡Castizos que somos!

Allá nos acompaña el custodio, un viejecillo reseco, con su gorrito, que saluda siempre que en lo que dice nombra a Jesucristo o a San Apolinar y que echa bien mala fama a Segismundo Malatesta por haberse llevado todos los mármoles que revestían la Basílica. Esta es de un efecto verdaderamente grandioso, con sus tres naves separadas por arcos de medio punto sobre cimacio y columnas. A lo largo de los muros una serie espléndida de sarcófagos de distintos tiempos, todos con las mismas características en cuanto a forma. El mosaico, que solo queda en el arco toral y ábside, es uno de los más ricos y perfectos dentro de este grupo de Ravenna, sin igual en nada de lo que hemos visto. Todo ello está hecho con un cuidado exquisito de dibujo y composición, con una viveza de colorido que lo hace inolvidable, y con un inmenso acento de personalidad en las figuras.

En San Apolinar in Classe, como en San Apolinar Nuovo y en la Catedral, hay campanile cilíndrico, de piedra, con ventanas dobles y triples, regularmente repartidas en pisos.

Estos campaniles están huecos por dentro, aunque llenos de medinales para meter maderos y en esta forma se hacen una serie de pisos semicirculares y de unos a otros se pasa por una escalera de mano. Claro que aquí no he visto repicar nunca volteando las campanas, sino tirando con cuerdas desde abajo.

En la nave del evangelio hay un templete sostenido por cuatro columnas estriadas en espiral, con su altar dentro, todo muy característico y antiguo y en el paso a la torre han conservado las armaduras viejas de las vidrieras y con arreglo a ellas han hecho la reconstrucción. Por toda la iglesia corren dos pavimentos superpuestos de mosaico, por debajo del actual, que han dejado al descubierto en varios sitios. Bajamos también a la cripta, que no tiene cosa mayor, salvo que en la ventana frente a ella, que le da luz, hay una reja de bronce antigua y curiosa. Compramos más postales y nos volvemos al coche, donde nos espera nuestro magnífico cochero, todo hueco y sonriente. Y al mausoleo de Teodorico, desandando otra vez el camino, todo llano, hasta Ravenna, cruzando allí la vía del tren y pasando a lo largo del puerto de Ravenna, muy gracioso. Hemos de ir a buscar al custode y nos lo traemos en el coche, con lo cual, el hombre tan contento.

El mausoleo está ahora completamente excavado y rodeado de un foso que lo protege. Delante le han hecho un gran paseo de acceso, con flores a uno y otro lado. La subida al piso superior se hace por detrás y dando después la vuelta por toda la terraza. El piso bajo tiene la planta indicada y resulta de una robustez excepcional, como puede verse. Todo en silliería perfectamente escuadrada y sentada a hueso, lo mismo en la bóveda de aristas. Es curioso el cierre viejo de la puerta, con tranca cuajada en el lado izquierdo, mirando hacia fuera y resbalando por el otro hasta encajar. En el piso alto todo se reduce a un recinto circular cubierto con una bóveda casi plana, excavada en una sola y enorme piedra. Son así perfectamente visibles las huellas de la labra. En su parte de afuera el casquete lleva unos apéndices raros, que en corte harían casi como si fueran asas para sostener provisionalmente toda la enorme tapadera. Todos los arcos están trasdosados como se ve en las fotos y sus dovelas encajadas en zigzag, pero lo mismo pasa con el dintel de la puerta de arriba, que tiene dos ángulos y un despiezo raro, semejante a lo que croquizo. De modo que resulta todo terriblemente engalabernado. Y de allá a comer. Volvemos a la plaza Vittorio Emanuele y nos metemos a ello en la Casa del Fascio, después de despedir a nuestro inenarrable cochero. Comemos regular con una bistecca que no nos acaba de agradar. Pero se va viviendo.

Como aún queda cosa de una hora nos vamos a la Catedral, lo que hay es el ambón de San Agnello, compuesto de una serie de tableros con representaciones de animales, en un relieve muy rudimentario, separados por zonas de decoración vegetal pobre. En planta es una cosa así, con escalera a uno y otro lado.

Salimos en busca de la silla de Maximiano, y después de un intento en falso, llegamos al Palacio Episcopal, donde nos encontramos con otra serie de mosaicos en la capilla de San Pedro Crysologos, semejantes y comparables a los de Gala Placidia. Y en una

habitación arriba, la silla, que es un asombro y un portento. No puede ser más que una cosa alejandrina o bizantina, como dicen que es, pues no hay foco artístico en la primera mitad de la Edad Media capaz de hacer aquello, fuera de Oriente. Y no son las figuras y los tableros grandes casi lo más admirable, sino la serie de decoraciones de follajes complicadísimos, con animales entre medias, lo que hace de este ejemplar una cosa absolutamente única. Nos quedamos verdaderamente planchados. Lástima grande que la mayoría de los relieves estén ferozmente limpios, y no con agua al parecer, sino con ácido, porque ha llegado a quedar poroso el marfil, y menos mal que han dejado algunos intactos para muestra, con una bella pátina dorada.

Nos vamos hacia la estación. Navascués se empeña en que el tren no va por donde esta mañana, pero el caso es que llegamos a Faenza. Hasta Bolonia unos muchachos jugando a las cartas con una gran juerga. Sobre todo el grande, rubio. Llegamos a Bolonia a las 7 menos veinte. Derechos a la fonda. Cenamos con nuestra cotoleta al prosciuto y todo. Pagamos y en taxis a la estación. Y a las 8,20 salimos camino de Venecia, donde llegamos a las 11½ de la noche. Primera impresión: no hay taxis. La estación está al borde mismo del Gran Canal. Y el hotel, donde nos llevan las maletas en carretilla, muy cerca de ella. Es el Nazionale y tiene muy buen aspecto. Dejamos las cosas y aún salimos a dar un vistazo al Canal grande y a otros más chicos. La Lista de Spagna, donde estamos nosotros, está llena de cosas de comer. Desde ristoranti a tabernas y puestos de castañas. A las 12½, molidos, en la cama.

Baptisterio de los ortodoxos. Basas de las columnas de San Vital.

23 de noviembre 1930

EN VENECIA

Nos levantamos muy tarde, como es natural, y con la sorpresa de que tenemos un día hermoso. El resultado es que no desayunamos antes de las 9½. La habitación de la fonda da a un teatrillo de verano muy gracioso, rodeado de árboles, pero el caso es que ahora no hay espectáculo alguno. Desayunamos en el hotel, con su poquita mermelada y salimos muy jacarandosos en busca de San Marcos. Aquí, aunque parezca mentira, sigue sin haber rastro de taxis, ni de autobuses, ni de tranvías; los únicos con quienes uno se tropieza en la calle son sus semejantes, pues ya he perdido toda idea también de lo que sea burro o caballo. Para danzar por la ciudad no hay más remedio que embarcarse, y así, por el Gran canal, hay sus líneas regulares de "vaporetos", efectivamente de vapor, equivalentes a nuestros tranvías, con sus estaciones, también flotantes y unidas a las calles por medio de una pasarela. De modo que aquí a todas horas se está uno embarcando, además de que permanentemente se está en terreno marítimo.

La primera impresión es que el canal grande es muy grande, casi tan ancho como la anchura del estanque del retiro, con oleaje y todo. Todos los transportes de la ciudad se hacen por góndolas o barcazas. Claro que cuando no son de pasajeros no son tan elegantes, sino que van sencillamente sin proa ni popa decoradas. Las de viajeros

sí, y son grandes dorados que contrastan por manera muy grande con el resto de las góndolas, cuyo cuerpo es todo negro, cosa que me extraña y me desencanta. Yo pensaba encontrármelas más alegres, y me resultan demasiado tristes. Otra cosa que noto es que la popa no es simétrica, es decir, se inclina más al lado donde se apoya el remo y no va el remero, por tanto y el remo va completamente suelto, apoyado solamente en un zoquete de madera que se encaja en la góndola, y en cada uno de los retallos que el mismo tiene, según las necesidades de la marcha y la dirección.

La generalidad de las góndolas se utiliza ahora para atravesar el Gran Canal, pues en él sólo hay dos o tres puentes, uno de los cuales es el Rialto, que veo por vez primera esta mañana, y que me satisface plenamente. Es de una fortaleza desmesurada, pero la encubre perfectamente y resulta de una gracia extraordinaria con las casetitas sobre él. Antes hemos pasado por la Cá d'Oro, que me resulta un poco alfeñizada, aunque indudablemente muy bonita. Está en obra actualmente en toda su fachada cimbrada y rodeada de una fuerte empalizada de maderos, como si estuvieran corrigiendo los cimientos y la hubiesen desecado para ello.

La magnífica vista del canal se renueva y cambia a cada paso. Está rodeado de palacios, grandes, chicos, renacimiento, barrocos. Unos que siguen como casas particulares, otros que están dedicados a las cosas más inverosímiles. Santa M^a della Salute está engalanada, porque celebra su fiesta y aún creo que centenaria, y poco más allá de ella han hecho un terrible puente de barcas, enorme, por en medio del cual pasa el vaporetto como si tal cosa. Y ya muy poco más allá se ensancha el canal, hasta que pierde su orilla derecha cuando ya empezamos a ver la Piazzetta, por delante de la cual pasamos poco después, y que me gusta sobremanera desde aquí. Y aún pasamos el Río de Palacio y nos paramos en la Riva degli Schiavoni, donde desembarcamos. Con toda emoción.

Para ir a la Piazzetta hay que cruzar el Río del Palacio, que corre entre el palacio ducal y las prisiones, unidos ambos por el puente de los suspiros. Sin sol y sin luna, es decir, ningún encanto extraño a su propio ser, la vista es hermosa y el puente tiene una personalidad. El reto de la ribera es una de las fachadas del palacio ducal, que también forma uno de los lados de la Piazzetta, en la que quedan junto al mar las columnas y al fondo la basílica de San Marcos y la torre del reloj. El palacio ducal me ha resultado demasiado blanco y compuestito, a lo que contribuye sin duda la parte alta, rosa y blanco. El campanile resulta también demasiado rosa, y es nuevo, por supuesto.

La que es verdaderamente soberbia, contrastando aún más en este sentido por su proximidad con la Piazzetta, es la Plaza majestuosa y enorme. Creo que es la plaza más bella que he visto. Cuando llegamos a ella están levantando una tribuna junto al Campanile, y una especie de púlpito en medio de los mástiles de las banderas, que están efectivamente puestas. Luego, vemos que por la tarde hay una procesión con motivo de las fiestas de Sta. M^a della Salute.

Nos vamos a correos, que no están aquí cerca de San Marcos como creíamos, sino junto al Rialto, donde yo tengo una carta de casa, sin novedad, y a Navascués no le dan la de su mujer. Un poco chafados por esto nos volvemos hacia San Marcos.

Su fachada es una de las impresiones más extrañas de todo el viaje. En primer lugar, yo la creía sombría y no es tal, sino clara y luminosa. Pero tiene un acento especial, que se despega de todo lo normal nuestro. Es de un orientalismo absoluto, semejante a lo que, por fotografías, deben ser las iglesias eslavas y griegas. Destacan sobre la fachada las cúpulas, que llevan encima unas linternillas agallonadas extraordinariamente características. El pórtico también es de efecto curioso, pero de primeras apenas si lo vemos, porque entramos directamente en busca de misa, que tarda $\frac{1}{4}$ de hora, en cuyo tiempo curioseamos algo el interior. Todo es distinto: la estructura, la luz, la disposición de altares, el iconostasis, las cruces pendientes, etc. El conjunto es de contrastes fuertes de luz y misterio, de las cúpulas iluminadas y los cuerpos bajos en sombra, con una policromía rebajada y un oro en que la luz parece entrar como si fuera un polvillo luminoso. Nada de crudeza ni destacados, sino indecisión y finura de matiz.

Cuando termina la misa salimos al pórtico, que nos vamos recorriendo despacio con la guía, viendo los mosaicos. Son todos sobre fondo de oro, y bastante duros y rígidos de composición, pero el efecto total es asombroso. Además no hay apenas mármol absolutamente blanco.

Cuando salimos vemos un rato las palomas, que hay infinitas y que son las más sociables del mundo. Cuando hemos ido a correos hemos visto una infinidad de restaurantes por la calle dei Frabri, y nos vamos a uno de ellos, donde comemos bien y no caro. Volvemos hacia la Plaza de San Marcos minutos antes de las dos, y a la hora en punto tenemos el gran espectáculo con la comida de las palomas. Andan todas y de todos los lados y rodean al hombre del saco, que va dejando caer el grano en círculo, y allí se queda un reguero inmenso de palomas, apretadas y unas encima de otras, con tal de que tengan un sitio por donde meter el pico.

Damos una vuelta por Piazza y Piazzetta con la guía, comprobando que no sé nada, pues las fechas son gloriosas. Hay que ver las cosas que se han hecho aquí hacia 1450. Y no he de olvidar la loghetta al pie del campanile, que es una preciosidad.

Cuando terminamos con esto nos vamos hacia San Zacarías, iglesia curiosa, de un gótico muy sui generis, pero llena de cuadros hermosos, que no podemos ver bien por la falta de luz. Y pensamos volver hacia la Plaza San Marcos, que nos encontramos ya completamente llena y empezando la procesión, en que no van más que hombres. Lo curioso es que no llevan velas, sino que cada cofradía lleva con su insignia unos cuantos enormes candeleros con su cirio correspondiente, apoyados en tahalí, como los estandartes. Hay cirios de estos de cuatro pabilos. En la tribuna, debajo del Campanile hay un coro infantil que canta. Por último viene la imagen de la Virgen, acompañada de infinidad de canónigos, con sus mitras blancas, de tres o cuatro

obispos y del patriarca, todos de pontifical, que es quien después da la bendición y luego sigue el desfile.

Cuando podemos movernos, nos vamos en busca del Colleoni, pero llegamos allí al caer la luz y ni a él, ni a San Juan y Pablo podemos verlos más allá de silueta. Sin embargo, la impresión es grande, sobre todo por parte del pedestal.

Y determinamos volvernos a pie a casa. Así lo hacemos, empalmando callejitas estrechas, puentecillos y canales, grandes, chicos, rectos, encrucijadas, misteriosos, de todo, en fin. En casa escribimos un momento y nos vamos a cenar al Ristorante Unión, que es de este grupo de hoteles, donde lo hacemos bárbaramente, con riquísimo pescado frito, en que entran hasta cangrejos. En vista de ello, decidimos irnos a la Plaza de San Marcos para lo que cogemos el vaporetto y nos damos nuestro viaje nocturno. Zascandileamos por allá otro rato, y volvemos con una niebla inmensa, lo que hace que al pasar por el puente de barcas le arreemos una embestida, que por poco no lo llevamos. Y bien fresquitos llegamos a casa, donde aún trabajamos algo. Nos acostamos cerca de la una.

24 de noviembre 1930

EN VENECIA

Hoy amanecemos bastante pronto, pero no nos luce, porque es día grande y nos bañamos, con lo cual nos quedamos tan guapotes. Luego, en nuestro vaporetto, a Rialto y a correos, donde por fin rescata Navascués su carta, donde le han escrito todos los chiquillos. Yo tengo un periódico. Y de allí nos vamos al Crédito Italiano. Cambio 150 pts. a 205. Consecuencias de las huelguécitas. Y otra vez hacia Plaza de San Marcos, donde resulta que nos encontramos con el entierro de un canónigo, muy acompañado de gente. La caja va sobre una carretilla y así lo sacan de la iglesia hasta el embarcadero de Río de Palacio, pero antes de embarcarlo, un señor se suelta un discurso con alusiones hasta el divino Leonardo, declamatorio y tal, pero que debe haber estado muy bien por lo mucho que lo felicitan. Después el párroco y demás pasan a una góndola, normal, pues no va ni más ni menos enlutada que de costumbre, salvo que va cerrada, y el muerto lo ponen en otra góndola con tumba en medio.

Volvemos a San Marcos y no se puede ver la Pala d'Óro. Nos tenemos que contentar con ver el interior, a lo cual nos dedicamos y nos dura un enorme rato, y el baptisterio, en el cual hay unos cuantos mosaicos en magnífico estado de conservación, y unas fuentes bautismales llenas de relieves y coronadas por un hermoso Bautista de Sansovino. En la capilla de San Zenón, que está contigua, un hermoso sepulcro en bronce, como también el altar, y enfrente a este, arriba, bajo arquillos, santicos antiguos de escultura y mosaico, buenos. Nos dedicamos a ver el interior de San Marcos, que ha cambiado por completo de aspecto de ayer a hoy, con la distinta luz, pues ayer hacía sol y hoy está entoldado. Los mosaicos me siguen pareciendo riquísimos y de un gran efecto, pero toscos y groseros, al lado de lo que ya hemos

visto. Y se multiplican las maravillas por todos lados: algunos iconos bizantinos; el curiosísimo templete del Cristo; el púlpito del lado del evangelio, tan oriental; las columnas maravillosas del baldaquino del altar mayor, labradas de manera inverosímil.

Cuando salimos, nos gastamos una lira y le damos de comer a las palomas y nos retratamos el uno al otro. ¡Habrà que ver lo que salga! La plaza está llena de puestos de comida para las palomas, y estas se acercan muy rara vez y las espantan sin hacerles daño, pero en cuanto nos ven comprar arremeten con nosotros de una manera despiadada y nos comen. Y nos vamos a comer a otro ristorante próximo: el Edén. Cuando salimos, les echan la comida municipal a las palomas y nosotros nos vamos al Palacio de los Dux. Nos deja completamente aplastados. Nunca he visto tantos Tintoretos juntos, ni de tal calidad. Y entre ellos son inolvidables los cuatro cuadritos mitológicos, especialmente el Baco y Ariadna. Pocas veces rimarán tan perfectamente dibujo, color y composición. Es un verdadero encanto, junto al cual los otros tres, sin serlo, parecen insignificantes. Y no son solo Tintoretos, sino Ticianos, y Veronés y Palmas, y etc., etc. Salones inmensos totalmente decorados con obras de primera fila, que culminan en el inmenso salón del Mayor Consejo, donde ya se pierde toda noción de tamaño. Nos reímos porque ajustamos que dentro de él caben seis casas como la mía, con patios, escaleras, ascensores y vecinos y todo. El disloque. Y junto a esta inmensa riqueza, que parece mentira en un estado en el que a la fin y a la postre no era más que una ciudad, los fundamentos de la terrible organización en que ella reposaba. Así, la Armería, llena de ejemplares, con algunos muy curiosos de ametralladora o fusil revolver, con varios cañones. Así, también la sala de las denuncias secretas. Y así, también, las prisiones, desmesuradamente fuertes, a que pasamos por el famoso Puente de los Suspiros, cuyas ventanas están cerradas con unas celosías enormemente gruesas, y que tiene dos pasadizos que van a dar a dos pisos distintos, por uno de los cuales iban los criminales y por otro los presos políticos, según nos dicen.

Hasta que nos echan pasamos un gran ratejo en la Loggia, contemplando la Piazzeta y la marina. No hay sol y el paisaje tiene una tonalidad apagada, de grises finísimos, con lejanías perfectamente diseñadas. Es la primera vez que me vienen a la memoria y comprendo algo las cosas de Canaletto y compañeros mártires. Así son sus paisajes.

Salimos por la magnífica escalera de los gigantes y nos sentamos un rato al lado de los grupos de pórfido de los reyes que están en la esquina de San Marcos, y que me han parecido mucho mejor de lo que pensaba.

Después de dar una vuelta por la plaza, viendo vidrios y gondolitas de filigrana, al vaporetto, que primero piensa Navascués que nos lleve solo al Rialto y de allí andando, pero que por fin nos trae hasta el albergo, donde nos ponemos a trabajar, pues estamos atrasados. Salimos a cenar al Unión, donde nos atizamos nuestra buena ración de calamares fritos, chiquitines, chiquitines, que están riquísimos. Vuelta a casa y a trabajar. Yo escribo a Mamá y Navascués a su casa. A las 11 en la cama.

25 de noviembre 1930

EN VENECIA

Hoy nos hemos subido al Campanile y por eso va aquí pegado el sellito correspondiente. Pero de ello se hablará a su tiempo.

Nos hemos levantado como de costumbre a las 6½, y nos hemos puesto a trabajar abundantemente, y tras de desayunar, nos hemos ido inmediatamente a San Marcos, donde nos hemos dado un gran paseo por las galerías altas, en todo lo que es posible, pues hay grandes tramos interrumpidos por las restauraciones. Por lo visto están arreglando los mosaicos y aún me parece que el suelo, pues la parte del Evangelio, a los pies, está mucho más lisa que todo el resto, lleno de altibajos por haber cedido el pavimento. Salimos a la balaustrada que da sobre Plaza San Marcos y Piazzetta. La vista sigue siendo admirable desde todas partes y además aquí tenemos los famosos caballos de bronce, muy bellos, en efecto. Muy curioso efecto el de la entrada principal vista desde el lucernario. Por lo demás esta excursión por las partes altas no tiene más interés que comprobar que la iglesia puede recorrerse totalmente por ellas y ver más cerca los mosaicos.

Bajamos a ver la Pala d'Oro y el Tesoro. La Pala d'Oro es, yo creo, el ejemplar más rico y formidable de orfebrería que he visto. No se puede percibir bien por estar colocado algo alto y por tener delante un cristal que refleja la luz eléctrica, por supuesto: pero así y todo, la cosa es inolvidable. Y tienen en ella casi tanta importancia la serie de esmaltes, como las guarniciones y labores que los unen. Nunca pude pensar que el sistema de esmaltado bizantino permitiera labores de tal finura y en tal manera que casi pienso que lo de Limoges no es un perfeccionamiento, sino la imitación bárbara e industrializada de lo otro. Y las decoraciones de los recuadros no solo son ricas con la enorme serie de piedras fabulosas montadas al aire, sino que también tienen una gran finura. La técnica es la sabida de tabiquillos y de filigrana. Algo digno de verse.

Nos estamos un gran rato embobados contemplándola y cuando acabamos vamos hacia el tesoro, con algún cofre gótico de marfil, pero que en su mayor parte está constituido por esmaltes sueltos bizantinos y por la gran serie de vasos de materias duras y de cristal de roca que hay en las dos vitrinas centrales, con piedras extraordinarias, como el enorme topacio. Todos los vasos me parecen orientales, tanto por las inscripciones árabes que llevan como por la labor de los numerosos engarces. Hay también unos cuantos ornamentos y cálices, pero esto ni tantos ni tan ricos como los que tiene cualquier catedral nuestra de alguna importancia, y no digamos Toledo. Lo que sí están fuera absolutamente de toda serie son las tapas bizantinas de evangelario, en las que hay una sobre todo verdaderamente asombrosa con el arcángel, que lleva todo el rostro, repujado, esmaltado en color carne, siguiendo la superficie convexa, y teniendo las labores hechas con tabiquillos, como siempre. Además los fondos son de filigrana haciendo dibujos sobre la plancha, pero de una filigrana inverosímilmente fina, con la que se hacen dibujos florales en

tamaño pequeñísimo, un encanto. Hay también dos frontales de plata repujada y dorada, no excepcionales en cuanto a arte, aunque sí en lo que toca a su maravilloso estado de conservación, y lo mismo le pasa a una estatuilla de San Marcos, de sus 60 cm de altura.

Al salir, vamos hacia una librería que hay en la misma esquina detrás del campanile, donde he visto el libro de arquitectura siciliana que me parece muy interesante. Después de decirnos que no tienen resulta que nos dan un catálogo. También hay una buena monografía del teatro griego de Siracusa.

Nos vamos al Cívico Museo Correr, donde no encuentro cosa mayor, fuera de una buena colección de terciopelos, venecianos, por supuesto. Una porción de telas coptas, cerámica de Urbino, Faenza, etc., junto con la cual hay dos platos de reflejo metálico, pero de poca importancia, uno mediano, del tamaño del tipo de gallones, y otro más pequeñito de reflejo bastante blanquecino. También mucha cosa menuda, maderas, bronces y marfiles, pero todo sin gran relieve. En las salas de armas, algunas curiosas, sobre todo las de fuego, y entre ellas una especie de ametralladora con doce cañoncitos puestos en fila: por cierto que los cañoncitos tienen el mismo perfil que las chimeneas de aquí, ensanchando hacia la boca. Y también una serie de trajes y vestiduras de los dux y de los senadores, con una porción de cuadros y de modelos de galeras. Todo ello da una idea bastante completa de la vida veneciana, y en este aspecto es interesante. De allí nos vamos al Museo Arqueológico, muy pobrecico en comparación de todo esto, pero donde aún hay unas cuantas cosas interesantes, y entre ellas alguna copia de cosa fidiaca; unos cuantos guerreros combatiendo, del grupo famoso alejandrino, la curiosa representación de Leda y el Cisne, de tamaño igual a ella; una Artemisa arcaica muy boniquilla, y el formidable busto de Vitelio, que es una gran pieza de escultura. También una colección numismática romana, buena, y al parecer, con la serie imperial completa. Y otra serie de entalles y camafeos, con ejemplares interesantes.

Claro que acabo de meter la pata, porque resulta que esta visita a los dos museos la hemos hecho mientras podía verse la Pala d'Oro, pues estaban en un funeral, y la visita a ella ha sido después, así como las cosas de la librería.

Al acabar el tesoro hemos salido y nos hemos gastado unas placas en hacer unas visitas de plaza y placeta. Yo tiro dos y entonces me doy cuenta de que tengo el foco sin cambiar de ayer en los retratos, y que por lo tanto lo he echado a perder. Corrijo y repite Navascués.

Nos vamos a comer al ristorante Tre Rose, con muchas lamparitas sobre la mesa, donde comemos medianamente y caro, más que en ninguna otra parte. Pero en cambio, tiene nombre poético y nos usufructuamos un maître que se parece a Levesque. Facilidades al extranjero.

Cuando salimos nos vamos a la Pinacoteca Querini Stampalia, donde somos únicos visitantes y donde no hay cosa mayor. Lo mejor según también se ha instalado con

mayores honores son dos retratos de Palma, uno de hombre, realmente hermoso y uno de mujer que está casi por completo perdido. Poca cosa. Pero está en un bello palacio, en un rincón típico, en encrucijada de canales, y puede darse por bien empleado el haber venido por aquí. Y nos vamos en busca de S Giovanni e Paulo y del Colleoni.

Pues señor, el Colleoni debía ser un animal, sin paliativos de ninguna especie. Y sin paliativos lo ha representado el Verrochio. Es un hombre viejo, jaquetón, cuadrado y musculoso; con móvil cara de ambicioso y sensual. Monta rígido en su enorme caballo, al que empuja hacia delante en una contracción de todo su cuerpo, que gira, haciéndole mirar casi por encima del hombro, mientras con la mano izquierda lleva las riendas y con la derecha empuña el cetro, como podría empuñar la espada, dispuesto a dar porrazos. El caballo,...el caballo es más bárbaro que su dueño: es un caballo ancho, enormemente musculoso, con cuello muy recio, como si su misión fuera embestir, y con un pisar macizo, nada caracoleante, sino aplomado y lleno de resonancias: es un verdadero caballo de armas. La estatua en conjunto es admirable, y aún más cuando se piensa en la fecha y en lo que supone la fundición en bronce de un ejemplar de este calibre. Pero lo más asombroso del Colleoni no es la estatua, ni tampoco el pedestal, que creo sea el más bello pedestal que tenga estatua alguna en el mundo, sino el conjunto, mejor dicho, el ritmo de los dos. Todo cuanto se diga de la serenidad, del aplomo que tiene el pedestal, es poco, y todo ello contribuye por manera excepcional a acentuar el impulso del Colleoni, subrayado por el pie doblado del caballo, que está completamente fuera del pedestal. Tiro una foto.

Después entramos en San Juan y San Pablo, donde nos cobran una lira por entrar. La iglesia es muy hermosa, del gótico mejor, compatible con las cosas de aquí, con sus tres naves separadas por columnas únicas y bóvedas sencillas de ojivas, crucero y cinco capillas a la cabeza, del tipo de siempre. Todos los arcos llevan afianzándolos tirantes de madera, algo decorados con tallos y hojas pintadas. Y toda la iglesia está llena de monumentos sepulcrales que nos permiten ver cómo hacia 1400-1450 están ya aquí las formas renacentistas en pleno desarrollo y florecimiento.

De allí (son las 4 y hay ya poca luz) nos volvemos hacia la plaza de San Marcos y determinamos aprovechar el poco tiempo que nos queda en subir al campanile. El panorama desde allá es muy característico, pues, salvo no verse apenas canales, como esperábamos, se aprecia perfectamente y en torno la topografía de Venecia, o mejor dicho, del grupo de islotes que la forman. Y vemos de lejos Murano y el Lido, y aún la tierra firme y la unión de la ferrovía.

Pero lo que más curioso me resulta de todo es San Marcos visto desde aquí, de tal manera que, a pesar de lo avanzado de la luz, le tiro una fotografía. Es extraordinariamente típico el buque de la iglesia, con la serie de tejados escalonados y las cinco cúpulas que sobre él se levantan. Las cúpulas no tienen más remedio que ser dobles, pues mientras al interior son sencillamente medias esferas sobre las pechinas, por fuera son enormemente peraltadas. Coronadas con cruces, que en

esquema hacen así, de tal manera que se cruz en cuatro direcciones, y lo mismo pasa con unas enormemente complicadas que hay en el interior, colgadas como si fueran lámparas. También el otro día en la procesión vi coronación de algunos estandartes una esfera en esta forma, que también casi resulta cruz por todas partes.

Compramos allá arriba una porción de postales y fotografías, además del sellito que va estampado al principio del día de hoy. Esta vista de Venecia desde las nubes nos ha redondeado completamente la visión de la ciudad. Cada vez admiro más la organización que le permitió ser una potencia mundial.

Y bajamos del Campanile. Nos vamos a Kodak a dar un filmpack a revelar y después a buscar fotografías del Colleone, con lo que recorreremos casi toda la plaza. Donde más encontramos es en un tenducho enfrente a la fachada norte de San Marcos. Y allí compramos también unos cuantos interiores de éste.

De allí nos vamos hacia Correos y antes de llegar estamos dando vueltas buscando en torno a San Lucas unas casas con escalera exterior en torreón, de que hemos visto postal, pero no la encontramos. En correos, nada. Preguntamos a un milite fascista por el Campo San Benedetto, donde está el consulado y muy amablemente nos da toda clase de indicaciones. Llegamos allá y en un viejo palacio vemos el Consulado, al que se entra por una escalera limitada por damascos, como por damascos está limitada la habitación donde nos recibe el vicecónsul, pues el cónsul, que es Mariano Fortuny, hijo del pintor, no está. Le decimos las cosas y tengo que hacer la minuta del certificado, que por fin nos extiende, con toda amabilidad. Alusión a las revoluciones de España. Hay un muchacho que quiere ir allá empleado de un banco y cree que la vida es tan cara como aquí, por lo menos.

Ya con nuestros certificados cogemos el vaporino y nos venimos a casa. Trabajamos algo y enseguida nos vamos a cenar, donde siempre. Después me pongo a trabajar, pero tengo los nervios tan de punta que me tengo que acostar. Llevamos unos días de raciones para reventar. Leo un poco el ABC antes de dormirme. Luego me dice Navascués que me lié a dar vueltas en la cama y demás. Lo creo. A las 10½ estaba durmiendo, mientras Navascués se quedó trabajando y haciendo la maleta hasta la una. Después de cenar hemos recogido un filmpack con cosas de Florencia y Pisa, que había dado el otro día a revelar y que están más que mediobien ¡Qué se le va a hacer!

26 noviembre de 1930

EN VENECIA

Hoy me despierto a cosa de las 5½ y muy despejado, gracias a Dios, en vista de lo cual me siento inmediatamente a trabajar, con la satisfacción de que me cunda bastante el tiempo. Y a eso de las 9 nos vamos hacia el vaporetto, que nos lleva directamente a la Academia. Aquí nos encontramos con otra redada de cosas que asusta. Nada más entrar, tras de un enorme salón donde hay unos primitivos y trecentistas, alguno muy bueno como los de Lorenzo Veneciano, se entra al otro más pequeño, donde no

hay más que el Adán y Eva de Tintoretto y la serie del mismo de los Milagros de San Marcos, más el Descendimiento del Tiziano y la Asunción de la Virgen del Veronés. Cada uno de ellos en su estilo y cada uno con su vida propia y con su color definido también. Quizá el más flojo, de ejecución, es el Tiziano, acabado por Palma el Joven, dentro de que la composición lo salva. Pero maravilla de composición nada como el San Marcos librando al esclavo, del Tintoretto. Hay que fijarse sobre todo en el grupo de figuras que rodean al esclavo caído. Y un verdadero encanto la Madonna con los Santos de Veronés, con unas transparencias de color que asusta.

En esta misma sala II y en la sala III hay una serie imponente de retratos de Tintoretto y uno magnífico de Tiziano. La Sala III cosas de Giovanni Bellini en que hay un cuadro de una Virgen magnífica, aunque destacan dos magníficos retratos, de mujer, que quiere ser la Magdalena, y de muchachita que es Santa Catalina. En esta sala y en la siguiente descubro a Vivarini en unas cuantas cosas tuyas impresionantes por el dibujo y la sequedad de sus personajes. En la Sala VI está nada menos que el San Jorge de Mantegna y no puedo menos de pensar cuántas tonterías ha podido decir D'Ors y me parece que sin motivo alguno. De aquí paso a ver la Cena del Veronés, donde se queda uno asustado. No creo haya cuadro mayor en el mundo entero ¡Qué absurdo pensar sea el mismo artista el que hace el Moisés del Prado! Y lo más asombroso no es el tamaño, sino lo formidable de la composición, que no se hace fatigante en ningún momento, sino todo lo contrario, quizá ayudada por la arquitectura. Y también esta porción de cosas tuyas, son los restos del techo de San Nicolo de Prati y los desposorios de Santa Catalina. Y por si fuera poco otra serie de Tintoretto, entre ellos la hermosísima Virgen de los Tesoreros, uno de los perfiles de mujer más limpios e interesantes que se pueda pensar.

Naturalmente es muy difícil seguir en ese tren. La cosa baja un poco, salvo con Tiépolo, que tiene su serpiente de bronce y otras cuantas cosas de primer orden. Y en el tránsito de una sala a otra el San Juan Bautista del Tiziano, del que no diré más sino que es uno de los mejores de su autor, para mi gusto al menos.

Luego quedan aún las salas de Carpaccio cuya Scuola de Santa Ursula lo diseña con toda personalidad, y la Presentación de Tiziano, acierto máximo de imaginación, y el mejor de tal escena. Verdaderamente asombroso.

Intentamos comprar unas postales, pero no tienen más que bloques y naturalmente con la selección que a ellos les da la gana. Y no nos convencen. Nos llevamos en vista de ello el Tomito de Il Fiore, y luego intentamos buscar postales.

Cruzamos el Canal por el puente de la Academia y callejeando nos vamos hacia la Plaza de San Marcos, y antes de entrar a ella entramos en una tienda donde cargamos con una infinidad de postales de la Academia y de San Marcos sobre todo interiores. En Plaza San Marcos recogemos las fotografías de Kodak, que están bien, salvo la mía dando de comer a las palomas. Y nos vamos a comer al ristorante San Marco, o sea, el del primer día. Cuando salimos, compramos manutención para las palomas y nos

dedicamos a echarles, mientras Navascués me afusila. Y luego tiro yo tres placas de la comida municipal. Veremos si sale algo.

Y pianpianito nos vamos en busca del vaporino y en él a los Frari, iglesia semejante en todo a San Giovanni e Paulo, salvo que tiene el coro en estilo español y nada menos que con tres rangos de sillas. Toda esta llena de mausoleos, desde el de Ticiano al de Canova, que están frente a frente. Hay también un San Juan que dicen del Donatello y otro coronando la pila bautismal, muy bonito, de Sansovino. Pero la joya de la iglesia es la Asunción del Ticiano. Lástima que apenas puede apreciarse. Son las 2½ de la tarde y tiene malísima luz. Nos tenemos que contentar con una visión casi sin color. Pero de todas maneras me quedo extasiado un rato.

Y de allí nos hemos ido andandito hasta el puente de Rialto, tan típico con sus tres calles y sus tiendecitas, y en busca del Salvador, donde hay una Anunciación de Ticiano casi nonagenario, que tampoco podemos casi ver, por falta de luz. Y en vista de ello lo dejamos y nos venimos hacia correos, donde me dan una carta de casa. Cogemos el vaporino y nos vamos a la Galería de arte moderna. Resumen, un Sorolla, (cosiendo la vela); un Zuloaga de los primeros tiempos; unos variados de Meunier y otros de Rodin; dos o tres cosas de Brangwyn y muy poco más; fuera de unas cosas de japoneses. En resumen, poco y nada nuevo.

Hacia casa. Hemos determinado marcharnos a Padua esta tarde a las 7, pero cuando llegamos yo me pongo a escribir y Navascués se sienta a leer en el sofá y se duerme como un bendito. De modo que le dejo estar porque pienso que no vale la pena incomodarse demasiado para un viaje de media hora y que mañana a primera hora podemos hacer. Se despierta las 6½ y mientras arregla un poco las fotos se hace la hora de cenar. Lo hacemos en el Unión, después de comprar tabaco y cerillas aplastadas que son de verdadero éxito. Y a las 8 estamos en casa escribiendo, hasta las 1 y ½, en que nos acostamos.

Se acabó Venezia. Y lo siento. No es nada alegre, sino todo lo contrario. Y tiene sin embargo un encanto difícil de explicar que la hace atrayente, quizá tanto como Granada, y como ella es ciudad de ambiente muy suyo, parado en el tiempo, a pesar de los vaporetos y las canoas menos mal que aún hay góndolas.

17-XII-30

Cambió en Irún 930 pts. (348'75 Ptas.) de las que me corresponden 174,35

Yo tenía 225, /399, 35

17-XII-30

Billete Madrid 72,25

Desayuno 1,75

Tabaco 1.-

Mozo 3,-

27 de noviembre de 1930

EN PADUA

Antes de las 4 y $\frac{1}{2}$ ya está danzando Navascués, y yo ya estoy despierto. De modo que cuando nos llaman, ya es inútil. Nos arreglamos y yo me afeito y a eso de las 5 $\frac{1}{2}$ desayunamos como todos los días. Arreglamos la cuenta y a las 7 menos cuarto estamos en la estación y a las 7 salimos camino de Padua. Efectivamente Venezia no está ligada a tierra más que por la línea de ferrocarril que no va por un puente, sino por un camino hecho, al parecer, rellenando y uniendo entre islotes. Lo más gracioso son las líneas de luz y teléfonos, que tienen postes en el agua dando la misma sensación que si fuéramos por una tierra inundada. Luego, hay un gran tramo en que no se sabe dónde acaba el mar y dónde empieza la tierra firme, pues todo son canales y lagunillas. Y así casi hasta la misma Padua, que, según vemos después, también tiene algunos canales, jugando a ser Venezia.

En Padua dejamos el equipaje en consigna y nos largamos adentro limpios de polvo y paja, Corso del Pópolo adelante, hasta llegar a las ruinas del anfiteatro, del que no queda más que el muro periférico y algunos montoncitos de piedras en el interior, fuera de unos tramos de tubería de piedra, tallados sencillamente en la forma que se indica y de un diámetro exterior de unos 40 cm. A un lado está la iglesia del Giotto, cerrada, pues no son más de las 8. De allí nos vamos a los Eremitani, donde nos encontramos con unos formidables frescos de Mantegna. Son la historia de San Felipe y Santiago, y uno de san Cristóbal, pero sobre todo los primeros, bien conservados, hacen una impresión formidable. Las escenas se disponen con retablos arquitectónicos y dentro de disposiciones y perspectivas arquitectónicas también. Dominan en el colorido verdes y rojos, pero con una transparencia, y con una policromía general algo en tono menor, pero extraordinariamente grata y luminosos. Es muy curioso y ya lo he experimentado en varias ocasiones, pero sobre todo con Andrea del Sarto y con Mantegna, ver cómo su paleta adquiere transparencia y luminosidad en cuanto se encaran con el fresco, quizá por imperativo de la técnica. Desde luego, estos me aparecen los más bellos frescos que he visto, del renacimiento acá. Al lado de ellos el resto de la iglesia no tiene importancia. Está llena de monumentos sepulcrales de regular o peor gusto, y tiene techo de madera en disposición muy curiosa y disparatada, con bovedillas al través sobre los tirantes, y en el frente, dispuesto como cañones longitudinales múltiples que siguen una generatriz en corte de arco lobulado.

Salimos en dirección al Corso, buscando el café Pedrocchi que no encontramos, al menos como café antiguo y de ambiente, según dice la Guía, y seguimos hacia la Piazza dell' Erbe, o mercado de la verdura, donde están el Palacio Municipal y el de la Ragione, o salone, que no es ni más ni menos que una lonja. La Fachada que se ve es cosa del XIV. Antes hemos pasado por la Universidad, que tiene un patio cuadrado con galerías arquiteadas sobre columnas y sus muros llenos de escudetes. No sé si serán la equivalencia de nuestros vítores, aunque desde luego a mí me lo parecen.

De la Piazza delle Erbe, vamos a la Piazza dei Frutti, cruzando por el arco del Palazzo degli Anziani, que tiene unas bonitas ventanas, y en cuya fachada de la plaza hay dos capiteles bizantinos de los que aparte tomo nota.

Desde allí, cruzando el Corso, nos vamos hacia Santa Sofía, iglesia románica de ladrillo, muy rehecha en su interior, donde conserva dos o tres capiteles de tipo bizantino muy marcado, y que en su exterior tiene un ábside bastante bonito, y de ella a San Antonio, que presenta un aspecto muy curioso con las cinco cúpulas semiesféricas peraltadas y la cónica del cimborrio sobresaliendo del buque de la iglesia, a más de la otra, más pequeña, del tesoro. La enorme mole que en realidad es la iglesia se disimula completamente con los juegos de luces y sombras que le producen los innumerables planos de sus fachadas y tejados.

Al exterior, casi en una de las esquinas, está el Gatamelatta, que casi me gusta más que el Colleone. Se ve bien la relación indudable entre ambos. Este es mucho más reposado, lleva al aire al cabeza, que no tiene la inmensa brutalidad del Colleone, y extiende el brazo con el cetro en un ademán noble, que rima además con la línea oblicua del montante. Hay en la estatua entera una evidente preocupación por todo detalle y un modelado extraordinariamente cuidado y sabio. En lo que es inferior al Colleone es en el pedestal, que no tiene la sencillez de líneas y masas, y el aplomo del de aquél. Sin embargo, ambos coinciden en una misma cosa; en la manta envolvente (que podría decirse) del pedestal, en su posición respecto al caballo, y en la altura que la estatua queda colocada. Todo esto es idéntico en ambos.

El interior de San Antonio es solemne, con sus tres naves y girola, y con las cúpulas, todas sobre pechinas, patentes al interior, salvo la de la capilla mayor, que es postrera, sin que se corresponda con la estructura interna. Es emocionante la capilla del Santo, donde está su sepulcro. Puede darse la vuelta al altar y por detrás se ve el sarcófago. Aquí no se besa, sino que todos, hombres y mujeres, grandes y chicos, se acercan y ponen la mano derecha desnuda sobre el sepulcro, mientras rezan. Y hay una cosa de devoción y de fe que pone un ambiente especial en aquella capilla, semejante al que vi en la capilla del Pilar.

También aquí están de obra, por lo visto pintando toda la iglesia. Entramos un momento al coro, y en el Altar Mayor vemos una serie de cosas de Donatello, entre ellas un frontal con Cristo y angelitos músicos en los que hay verdaderas preciosidades. En una de las pilastras del lado del Evangelio, y atribuido a Giotto, un retrato de San Antonio. También unas buenas rejas de bronce, que cierran el coro.

Damos la vuelta a la iglesia por la girola, donde se abre la capilla de las Reliquias, barroca, cubierta con cúpula y ella de planta circular. Al lado del Evangelio, próximos a la Capilla del Santo, están los restos de la iglesia Santa María Mater Domini, donde hay una capillita con bellos frescos del XIV.

Salimos hacia los claustros, de tiempos góticos el más grande y mucho más avanzado el pequeño, desde cada uno de los cuales se tienen hermosas perspectivas sobre

todo el cuerpo de la iglesia. Toda ella es de ladrillo, sobre el que destaca el vivo color blanco de los elementos de piedra en parteluces, ventanas, balaustradas, etc., y la masa gris de todas las cúpulas. Y en todas las coronaciones muchos arquillos lombardos, como siempre.

En el Mensajero de San Antonio compramos unas cuantas postales de la iglesia y dos crucecitas con el Santo, que luego vamos a tocar con su sepulcro y así nos llevamos algún recuerdo para allá.

Cuando salimos está el Gatamelatta lleno de sol y de palomas, que no le dejan vivir. Pero, a pesar de ello, tiramos un par de placas, salga lo que salga. Y nos metemos en el Museo Cívico, donde no hay grandes cosas, pero que está instalado con cuidado y se ve que tratado con un enorme cariño, enormemente limpio y agradable, si hiciera un poco menos frío. Tomo nota de algunas cosas que pueden directamente interesar. Y quedan unos Giorgione, pequeños y largos, que están enormemente negros, algún Ticiano y algún Tintoretto; una preciosa Virgen con el niño, en relieve de Giov. Dalmata; un retablo en blanco y oro, dicen que de Donatello, una vitrina de vidrios venecianos con ejemplares muy bonitos; una preciosa Sala de miniaturas con gran cantidad de monedas y medallas, que no puede verse sin permiso especial de la dirección.

Nos hemos quedado helados, en términos que nos reconfortamos cuando salimos a la plaza, donde hace calor en comparación con el museo. Y por detrás de este nos vamos en busca de Santa Justina, que nos encontramos cerrada, por lo que nos hemos de contentar con ver sus cúpulas y la inmensidad de la construcción, toda de ladrillo sobre un basamento de sillería. Pasando por delante de la graciosa Loggia Amulea gótica, y dando la vuelta a la inconclusa Plaza Vittorio Emanuele II, con su canalito oval, nos vamos por vía Umberto I hasta el Corso del Pópolo, empalmando otra serie de soportales como los que vamos gozando toda esta mañana, todos blanqueados y tan majotes. Por fin llegamos a Correos, donde Navascués tiene una tarjeta de su mujer. Yo pregunto, pero no tengo nada.

Ya a comer. En el ristorante Storione en una bocacalle enfrente a la Universidad. Hay mucha gente y esto tiene muy buen aspecto. Y luego efectivamente corresponde con unos macarrones en torta, al horno, que son una maravilla y una bistecca de maiale que es otra, quizá mayor. Comemos, pues, de manera gloriosa. En la mesa de al lado, detrás de Navascués, hay una parejita comiendo. Ella no vale gran cosa, aunque tiene un óvalo de cara muy bonito y facciones muy finas. Parece un poquitillo bizca: lo cierto es que guiña y arruga los ojos al hablar. Pero charla por siete, ríe, se mueve y tiene movilidad y una expresión de cara que la hacen enormemente simpática. Con observarla aún como distraído, cuando terminamos, nos vamos hacia las ruinas del anfiteatro, a la iglesia de la Madonna dell'Arenna, Capilla Scrovegni, llena de frescos de Giotto, que me han parecido casi mejores que los de Asís. Son un encanto de color, con el vivo azul de sus fondos dominando. Pero lo prodigioso es el dominio y la variedad, no de las actitudes individuales que quizá son más

monótonas, sino de las composiciones, en que no hay dos agrupaciones repetidas. Y todo ello es mucho más admirable si se piensa que antes de Giotto no hay nada semejante, y que todo cuanto se hable de perspectiva en los fondos, de composición, de acoplamiento y distribución de masas es obra exclusivamente suya. Además sus composiciones no son simplemente ordenaciones de sentido narrativo, sino que llevan ya un germen de considerarlas como unidad perfecta en cada caso, y por lo tanto, dejando completamente resuelto el asunto dentro del cuadro, en armonía con las dimensiones de éste y con su forma. Una verdadera composición.

Otra cosa sorprendente es la agudeza de vista y de examen en actitudes individuales: así el acento incruento de ternura del encuentro de San Joaquín y Santa Ana , en la puerta dorada; la Presentación, con la Virgen subiendo la escalera, un tipo que ha de llegar hasta Tiziano; la adoración de los magos, con el graciosísimo camello y los rítmicos plegados de los Reyes; el fantástico borriquillo de la Huida a Egipto; la impresionante resurrección de Lázaro; el dramatismo del beso de Judas; y el descendimiento con la figura de San Juan, que es uno de los aciertos más grandes suyos, de actitud y de expresión, así como el noli me tângere con los ángeles sentados tan contentos en el borde del sepulcro.

A todas estas excelencias de composición hay que añadir el encanto indecible del colorido. Son tonos transparentes, de transparencia unas veces clara, otras intensa: azules, rosas, verdes, verdes amarillentos, todos en una vibración enormemente simpática y decorativa.

Después de cerca de dos horas nos vamos hacia la estación. No hay más tren que a las 6 menos $\frac{1}{4}$ y en vista de ello nos metemos en un cafetín que está enfrente, donde escribo a casa y a Don Ricardo, y hago algo de diario, mientras Navascués escribe a Ossorio.

A las 5 $\frac{1}{2}$ a la estación. Recogemos el equipaje y con un mozo gruñón nos vamos hacia el tren. Este viene completamente lleno y nos tenemos que acomodar con las maletas en un rincón del pasillo. Así hasta Verona, donde llegamos en hora y media. Ya nos van jorobando con las maletas y con su tamaño y peso. Son más flojos estos mozos que pueden.

En Verona, al Albergo Accademia, que tiene coche en la estación y es inmenso. Nos hacen pensión completa y nos dan magnífica habitación, con una mesa de taracea preciosa, y una cena, abajo en el inmenso restaurante, que a poco más reventamos. Fue, tortellini in brodo, huevo con espinacas en flan; bistecca asada de cerdo con patatas y ensalada; flan y naranja. Y Navascués con algo de miedo, pero tan campante. También hay hasta su poquito de música, pero nos subimos a trabajar. Y a las 10 $\frac{1}{2}$ decidimos acostarnos.

Antes vemos que hay que ir a ver el 29, sábado. O sea que mañana noche a Milán, y pasado, a la mañana, a Turín, sin parar. Bendito sea Dios. Si no, nos coge el domingo, que no se puede aprovechar en el Museo Egipcio.

Museo Cívico de Padua = En la sala de cosas orientales, vitrina al lado de la ventana, un plato de Manises de gallones, con algunos toques de azul y reflejo ya tostado. En la vitrina central otros dos. Uno de gallones rectos con filete de separación en relieve, con toques de azul, y decoración de rúbrica. En medio, armas partidas de Sicilia en lado izquierdo y cuatro libes azules en fondo oro en el derecho.

Debajo de él otro con el oro casi completamente perdido, y decoración en azul perfil reverso decorado simplemente con círculos concéntricos, gruesos y finos.

En la sala de al lado, donde hay bronce y hierros, dos inciensarios de bola de tipo muy sencillote, sin nada característico en los calados.

En la Piazza dei Frutti. Restos del Palazzo degli Anziani, donde hay ahora un comercio. Este capitel y su pareja, semejante en todo, ambos en la fachada, tallado de hojas triangulares con nervio central marcado, muy semejante a todo lo que voy viendo.

_____ 45 a 50 cm _____

28 noviembre de 1930

EN VERONA

Son cerca de las 6 menos cuarto cuando me despierto, y a las 6 ya estamos levantados y antes de las 6½ estamos haciendo Diario, yo por lo menos, pues Navascués tarda algo en afeitarse. Así termino lo que había quedado de ayer, que era casi mediodía, y después, le pongo cuatro palabras a Ossorio en la carta que ayer empezó Navascués. Con todo esto bajamos a desayunar poco antes de las nueve, ya esta hora ya estamos en la calle en demanda del anfiteatro.

Es un fiasco y ninguno de los dos que hemos visto me ha dejado tan desencajado como este. De la fachada propiamente tal no le quedan más que algunas arcadas. Todo lo que ahora constituye la parte externa es el muro interior de la galería abovedada. Por dentro da una sensación de nuevo tan absoluta, que es muy difícil distinguir, so pena de dedicarse días y días, pues además como aun ahora se utiliza de vez en cuando para grandes espectáculos, todos los sillares están cuidadosamente rejuntados con cemento. Lo que queda de la fachada es del tipo normal de tres cuerpos sobrepuestos, pero aquí todos del mismo orden que es una especie de toscano. En corte, tenía tres galerías anulares, de altura progresivamente mayor, desde las cuales partían los vomitorios en las dos últimas, y las salidas a la arena, en la interna. Anoto algunos detalles de construcción, sobre todo en arcos, que van aparte. Pero en general todo ello tiene muy escasa novedad.

En torno al anfiteatro, que tiene todas sus arquerías de piedra, la parte más alta algo de ladrillo y en inmensa cantidad vaciado de hormigón con grava y cascote, han hecho una inmensa plaza, en uno de cuyos rincones han hecho el museo lapidario. Lo vemos, pero no encontramos cosa de interés mayor para nosotros, y en vista de ello nos volvemos por Vía Mazzini hasta la Piazza dell'Erbe muy característica,

alargada, y con un chapitel, una fuente y una columna con el león de San Marcos en medio. Está toda llena de puestos, con el mercado. En uno de los lados mayores tiene el Palazzo del Comune, con un hermoso patio y con él una escalera externa muy graciosa. Además tiene una formidable torre, muy alta. Por una de las salidas del patio, la de la izquierda entrando desde la plaza, se pasa a la Plaza de los Señores, extraordinariamente típica y muy hermosa y llena de carácter. En uno de los extremos se juntan el Palazzo del Consiglio, renacimiento y de una pureza de líneas deliciosa, con el Palacio de los Scaligeri, lleno de un encantador ambiente medieval. Este palacio tiene su gran patio, al que se entra por dos pórticos, uno desde la plaza y el otro desde la vía de Santa María Antica, en ángulo recto. Ambos tienen un aspecto muy interesante por la decoración pintada que recubre totalmente sus paredes y techo, imitando azulejos blancos y negros en rombos, y una tracería de cintas blancas en lazo de ocho. Y el segundo de ellos se comunica por una reja con un pórtico exterior, colocado en toda la esquina del Palacio, que había de estar abierto, al parecer. Contra la pared, los versos de Dante que aluden a la hospitalidad de la familia.

Saliendo por el portal de la calle de Santa María Antigua se tiene enfrente la iglesia y el recinto donde están los monumentos sepulcrales de los escaligeros, cerrado por una reja, en parte del XIV, hecha con volutas de pletina engrapadas entre sí y con las que se forman rosetas, que llevan en medio la escalera, símbolo parlante de la familia. Toda la reja queda completamente elástica y se mueve con facilidad con la mano, según nos hace ver el custode. Los monumentos desencantan bastante, pues aunque muy bonito de conjunto, no tienen en cuanto a escultura valor grande y son cosa que deja frío. En cambio es muy bonita de impresión y de ambiente la iglesia, pequeñita, de tres naves y con ábsides a la cabecera. Las naves están separadas por arcos sobre columnas y todo cubierto con bóvedas de aristas entre arcos fajones. A cada tramo de la nave mayor, corresponden dos en las pequeñas.

Seguimos desde allá a Santa Anastasia, sin terminar en su fachada como siempre. En su interior lo que más impresión me produjo fue el muñeco de la pila del agua bendita, que al abrir la puerta y en la semioscuridad, me dio la impresión de un hombre allí sentado. Fue un efecto muy curioso y de absoluta evidencia. Por lo demás es del tipo normal, con tres naves y crucero con capillas en su cabecera. Los pilares de separación son de una piedra rosácea que, mate en las partes altas, se pulimenta abajo enormemente, como mármol.

Y de allí, por el puente de piedra antiguo, desde el que se tienen dos hermosas vistas, vamos al otro lado del río, al teatro romano. Pero nos encontramos con que el mastuerzo del custode no tiene cambio, o no quiere tenerlo, y nos hemos de ir en busca de un estanco. Cuando volvemos el tío nos dice que son las doce menos diez y que a las doce se cierra, y nos tuvimos que volver. Gran rato y mejor humor. En vista de ello, hacia el Duomo a ver si podemos hacer algo. Entramos por una de las puertas laterales, bonita, del tipo de pórtico de arco volado. El interior es de tres naves, separadas por arcos apuntados sobre pilares compuestos, y cubiertas con

bóvedas de ojivas sencillas. La trabe del altar mayor es una cosa renacentista, muy sencilla y bonita. En una capilla a los pies hay un Ticiano medianamente conservado. Por el lado del Evangelio se va un claustro románico, donde han hecho excavaciones que han dejado al descubierto una columna y restos del pavimento de mosaicos de edificios anteriores, y a San Giovanni in Fonte, bonita iglesia románica, muy sencilla, de tres naves, con pilas bautismales en medio, una octogonal y otra de cuatro lóbulos, más pequeña y dentro de la primera, ambas de mármol y de una sola pieza. También algunos restos de frescos del XIII-XIV. La puerta principal del Duomo, por la que salimos, es curiosa, con arquivolta volada cuya última rosca apoya sobre columnas retorcidas que a su vez lo hacen en grifos.

Pasamos otra vez por la Plaza de la Hierba, para ir hacia la puerta Borsari, romana, doble, con dos andenes de ventanas pequeñas obre los arcos, que está ahora empotrada entre casas y ya de allí nos vamos a comer al Albergo, donde nos dan unos medianos spaghetti, tortilla, picadillo envuelto haciendo como salchichón o butifarra, con espinacas y los postres. Aún tomamos Navascués manzanilla y yo, café. Y con toda esta preparación nos vamos al teatro romano, que es un fiasco. No quedan de verdad más que unas cuantas gradas, la orchestra y algunas paredes de la escena. En todo lo demás un lío espantoso, pues hay en su recinto una iglesia y sobre parte de él restos de un convento, donde ahora han instalado el Museo Arqueológico, de manera terrible. Y una serie de reconstrucciones aunque no sé lo que haya de verdad. Lo interesante y que aquí he visto muy bien, es que el teatro está adosado a la colina, pero apoyado en ella mediante unos mogotes horizontales, y en la misma colina se han excavado grandes habitaciones, no sé si como cantera, pero que después han debido de utilizarse.

Volvemos hacia la Piazza dell'Erbe y allí tomamos un tranvía para ir a San Zeno Maggiore. Pasamos por el Castelvecchio, muy pintoresco, con sus puentes levadizos y todo. Además tiene un bonito puente sobre el Adige.

San Zenón es una iglesia muy típica. Tiene tres naves divididas por arcos sobre pilares y columnas alternados y se cubre con armaduras, de tres lóbulos la central. La parte de la cabecera se divide en dos pisos, el normal, en alto, y la cripta, abierta en todo el ancho de la iglesia. Para pasar a uno y otro hay sus correspondientes escaleras. Esta es una disposición que ya he visto en algunas otras partes, Fiesole y Bologna, por ejemplo. La fachada es muy hermosa, más sencilla que mucho de lo que hemos visto hasta ahora, con un portal típico semejante al del Duomo, pero con más y mejor escultura y con un montón de bronce, con escenas muy graciosas e interesantes. La cripta se dispone con un reticulado de arcos de medio punto sobre columnas y bóvedas de aristas capialzadas entre medias, pero aquí resaltan los arcos muy peraltados, con sus claves casi a la misma altura que las de las bóvedas. En toda la parte del ábside se está en restauración.

Volvemos hacia la Plaza Vittorio Emanuele, donde compramos unas cuantas postales y a casa, donde aún tenemos un rato de escribir. A las 6½ en el autobús

del hotel, a la estación, donde hemos de esperar un rato el tren, y nos compramos unos cestini con pollo. En el tren, varias peripecias; la primera que, tras de luchar lo nuestro, nos acomodamos en un vagón que el revisor nos advierte no va a Milán, y en plena marcha hay que cambiarse a otro, donde al fin logramos acomodarnos. Y tenemos que cenar de medio lado, pero de todas maneras el pollo no estaba como el de Padua. Llegamos al fin a Milán, que en la entrada me da la impresión de Barcelona, con una enorme estación, y de allí nos facturan en una manuela al Albergo Firenze, que tiene muy buen aspecto y una padrona con los brazos al aire que quita el hipo. ¡Lástima que no esté Taracena! Y a dormir, que mañana hay que madrugar. Son las 11 de la noche.

Anfiteatro de Verona. Puerta principal Oeste. En uno de los lados del pórtico. En la escalera que sube a la inscripción de Napoleón, en el 2º rellano, subiendo a la izquierda. También hay por todas partes el empleo de dinteles monolíticos.

En los vomitorios del 3º orden empezando por abajo, unos arcos rebajados delgados, con este despiece en lo que se ve al menos. Pues no me parece tengan más misión que para acortar la gradería y los dinteles que la soportan aquí, con la bóveda rampante de la bajada.

Palazzo del Comune

En el patio, los muros están hechos con ladrillo y piedra, alternando tres hiladas de ladrillo por una de piedra. El ladrillo es grueso, muy rojo, y deleznable pues en los que ha caído la capa exterior se va con facilidad. Aparejo del ladrillo a sogá y asta. Alto 5 cm, cabeza 15.

29 de noviembre de 1930

EN TURÍN

A las 6 estamos de pie, y a las 7½ en el directísimo que nos ha de llevar a Turín, donde llegamos a las 10. Enseguida al Museo de Antigüedades, con un tiempo lluvioso por demás y con nada buena luz, por supuesto. El Museo tiene en su planta baja las salas de escultura egipcia, donde hay unas cuantas tonterías, que empiezan con el Ramsés II, para acabar con el Tutmosis III. Total, nada. El modelado de Ramsés, por la piedra y por la clase de labor, me da un poco la impresión de las hachas neolíticas. Está hecho buscando siempre la curva sin solución de continuidad y dejando la superficie completamente pulimentada. Y así resulta muy poco jugosa. Los detalles de relieve se hacen en esta y en las otras estatuas con el rehundido y tallado de la figura, que queda sin pulimentar, mientras que el fondo, más en alto, se pulimenta completamente. Así están hechas en resumen todas ellas, y lo que me asombra más es la persistencia absoluta de tipos y técnica, en forma que no es posible determinar fecha por ninguna de las dos cosas. No se llega nunca a despegar parte alguna de la escultura, y así quedan siempre ligados al cuerpo los brazos, cetros, adornos, etc.

Estas dos salas son algo verdaderamente magnífico, pero...me sigue sin entrar lo egipcio. No le encuentro emoción. En la segunda sala hay también unos cuantos modelitos de templos en madera y un estupendo sarcófago de pórfito o basalto, de un sacerdote Kemeneferbaki, verdaderamente excepcional.

En el primer piso, se entra por la sala de las momias y a la derecha de ella hay otra con objetos de las excavaciones de una tumba violada de antiguo por los fanáticos, llevadas a cabo por una misión italiana con el patronato real, a principios de siglo. Entre ellos, restos de estucos y frescos muy delicados de color, así como una porción de estelas, finísimamente esculpidas en bajorrelieve y coloreadas, que me sorprenden por ello.

En la sala de las momias, lo de siempre, en mayor cantidad. Lo que echo de ver es que no son tan vulgares como yo creía las del Arqueológico, que me parecen de buen arte. Alguno de aquellos vestidos de canutillos, buena colección de vasos canopos, de escarabeos, de respondientes, etc. Todo un poco al por mayor, pero sin gran novedad. Donde sí encuentro alguna es en las salas que hay en el fondo de ésta a la izquierda, donde se han recogido una porción de cosas de los primeros tiempos y de las primeras dinastías. Claro que entre ellas hay bastantes sepulturas pobres, pero de todas maneras creo ver varios tipos de enterramiento. El primero parece ser simplemente el encogido con algo de ajuar. Inmediatamente la actitud se transforma un poco juntándole las manos en actitud de plegaria, y ya se efectúa un embalsamamiento, vendado el cuerpo totalmente, así colocado, y poniéndolo dentro de una cesta, ligado con esteras, etc. Y por último, un tipo del muerto en actitud de reposo, recostado sobre un brazo, y también ligado y embalsamado, que es el que se da en la tumba de la 3ª dinastía allí reconstruida. La conservación, como de costumbre, es admirable, pues hay expuestas hasta hojas y semillas. Luego hay en estas mismas salas una gran cantidad de cerámica, en la que las cosas más primitivas son cuencos y escudillas, y vasos muy sabiamente hechos a mano; vienen después los tipos hechos a torno, siguiendo las mismas formas. Todo de barro rojo. En lo de torno ya, hay una porción de ejemplares de barro rojo, como siempre, que tienen hacia la boca una zona negra, ancha, no sé si como barniz o como consecuencia del procedimiento de cocción, pues desde luego no es una cosa limitada ni de anchura uniforme. También una porción de estatuas de difuntos, algunas muy buenas; de la vida doméstica, como recuento y almacenaje de grano, fabricación de pan, etc., que también están en una serie de frescos extraordinariamente curiosos y de buen arte.

En la sala de las momias, hay unos cuantos ejemplares del Libro de los Muertos, que veo por vez primera. Son largas tiras de papiro, con ilustraciones muy interesantes, asimilables en absoluto a los estucos y los relieves, pero con un mayor carácter de espontaneidad y de soltura. A la izquierda de esta sala y cerca de la entrada hay otra galería, llena de cosas menudas, donde hay también unas cuantas de cerámica chipriota, con vasos de los medio antropomorfos, y una serie de cosas coptas,

con varios papiros entre ellas, pero claro no los entiendo. Lo más importante es la tumba del arquitecto Khàje, de la dinastía XVIII, muy rica y que han reconstruido conservando todos los objetos. Hay lo de siempre y hasta collares y guirnaldas de flores y un último ataúd, dorado al fuego al parecer. Nos ofrecieron después unos folletitos que no compramos.

Paralela a esta galería y por detrás de esta tumba, hay una serie de salas con objetos procedentes de varias excavaciones, entre las que anoto el ajuar de la necrópolis bárbara de Cestona, con fibulas y, además de las cosas normales, como las placas y hebillas, etc. También dos vasos de Ares, uno de ellos firmado, de esta forma. Son de barro rojizo muy fino, sin esmalte y con decoración de relieve; una gran colección de vidrios de necrópolis cerca de Palazzolo Verellese, entre los que hay palomas y barritas torneadas, como los de Artiñano; y vasos de vidriado verde por fuera y plomo por dentro, de la forma normal ya anotada en Nápoles, con o sin asa, procedentes de Candiolo (10 cm altura), Villanova di Casale (dos, uno con escena de caza y otro sólo con guirnaldas, ambos sin asas, de unos 15 cm de alto y clasificados como de los primeros tiempos del Imperio) y otro de Romellina, con asas y decoración de hojas, con unos 12 cm de altura.

El Museo está en general bien instalado, con el sistema de siempre, que me va pareciendo el único posible; vitrinas muy sencillas, muy claras, y bajas. Y desde luego, exentas. Es lo mismo del Palacio Nacional y no hay otra solución. Y no padecer la obsesión de cerradura, pues cuando la cosa está bien vigilada no sirven de nada, y cuando no lo está, tampoco sirven.

Estamos más que helados y son las 2 menos cuarto. En vista de ello nos vamos en demanda de un ristorante, que encontramos en la esquina de enfrente. Cubierto: 9 liras. Comprendido vino y café. Unos maccheroni al burro y para el segundo plato hace su aparición un carrito con el menú viviente. Optamos por un arrosto de vitello. Cuando terminamos y mientras fumamos un cigarrillo, damos una vuelta por la Plaza San Carlo, y nos volvemos al Museo, a ver la Pinacoteca, donde nos encontramos muchas cosas, y entre ellas: una cabeza de viejo, como San Antonio Abad muy buena, que dicen de Murillo; un Ribera, bueno como todos; una cabeza de Felipe IV por Velázquez en un buen estudio; un asombroso viejo dormido, pequeñito, de Rembrandt, enfrente de otro viejo de perfil y medio cuerpo de escuela holandesa también, que merecía ser Rembrandt igualmente; el retrato de los tres chiquillos, con la Enriqueta María, por Van Dyck; unas maravillosas escenas de taberna y juego por Teniers, con un maravilloso viejo que estira la gaita para ver los naipes; y el San Francisco recibiendo los estigmas, de Juan Van Eyck, donde todas las admiraciones son pocas, sobre todo para la inmensa transparencia y limpieza del color. Es una de las sensaciones inolvidables. Y muchas cosas más indudablemente, de primera y de segunda fila.

Salimos machacados y con tan poca gana de hacer nada que ni siquiera nos metemos en un café a escribir. Son las 4 y minutos y el tren no sale hasta las 5 y 10. Nos vamos despacio y damos una vuelta por el Corso Vittorio Emanuele. Turín resulta

una gran ciudad industrial, con mucho movimiento y un poco destartalada. Por fin nos metemos en la estación, muy siglo XIX, con una sala de espera decorada con frescos alusivos a la velocidad y el ferrocarril por lo visto, pues uno de ellos es el Rapto de Proserpina. Sofás y divanes rojos y grandes consolas con espejos. Buen golpe de carabinieri con alta turuta y tras de ellos salimos a curiosear. Nos encontramos el tren formado y una gran alfombra que están poniendo hacia el coche salón que en el mismo han enganchado. Personaje tenemos. Pero lo que más nos emociona es la carroza radiofónica y en ella nos instalamos, con nuestras dudas muy vehementes de que nos dejen. Por fin llegan los príncipes herederos de Italia acompañando a los japoneses, y vemos como tontos, desde el mejor sitio, la salida nada de piquetes ni honores militares, sino la máxima sencillez. Resulta que la carroza radiofónica es cuestión de alquilar un casco a tres liras por barba hasta Milán. Así lo hacemos. Los auriculares vienen, por temor de la higiene, con sus papeles blancos. Muy bien. Y con un programa en que hay novedades como el Vals de las Olas, llegamos distraídos a Milán.

Cenamos muy bien, aunque un poco caro, en el albergó. Saludamos a la Padrona. Arriba, a intentar trabajar y por fin a charlar y a dormir. Es de lo único que tenemos ganas y son las 10 y pico de la noche.

30 de noviembre de 1930

EN MILÁN

Nos hemos dado esta noche una gran ración de sueño, quizá la única de todo el viaje, pues hasta las 8 no nos hemos levantado. Yo me desperté a las 6, pero miré el reloj y di media vuelta. Nos arreglamos y a eso de las 10 nos vamos en un tranvía en busca de la Catedral, que me sorprende porque es completamente norteña en todo su aspecto exterior. Es gótico avanzado, con enormes vidrieras y toda erizada de pináculos; todo completamente trasalpino. Llena completamente por fuera de chambranas con estatuas, en las que hay muy poco gótico, y en la portada con tres portales renacentistas o barrocos, metidos dentro de la organización normal.

No está el día nada claro y el interior, que ya de por sí debe ser oscuro, lo está en enorme grado. Pero confirma absolutamente la impresión externa. Tiene, como es normal, unas naves a los pies y tres en el crucero y girola, y como particularidades el llevar los pilares coronados con estatuas bajo doseletes, y ser las bóvedas de ojivas sencillas, llenas después en los plementos de labor de claraboyas. El cimborrio reduce la planta cuadrangular a octogonal por trompas y encima pone una bóveda de lóbulos semejante a aquellas de Brunelleschi en la Capilla de Pazzi, con la única diferencia de ser los lóbulos agudos y en medio la linterna. Por todo esto me parece ya cosa muy avanzada, lo menos del XV. Y toda con enormes vidrieras, modernas, pero que no hacen demasiado mal.

Oímos Misa allí y luego damos una vuelta por el interior. Al salir vemos la gran puerta de bronce, completamente moderna, pero bonita y entonada, y graciosa de

composición. De allí nos vamos a correos, donde tenemos una tarjeta de Taracena desde Bruselas y yo una carta de casa. Intentamos entrar en la Ambrosiana, pero nos la encontramos cerrada, y solo logramos ver la iglesia del Santo Sepulcro, de ladrillo y aspecto lombardo en su exterior, pero por dentro completamente rehecha. Y de allí nos vamos a la Pinacoteca Brera, confiado yo en que había visto que se cerraba a la una, y llegamos a ella a las doce, en el momento de cerrar. Total, que nos encontramos con que no podemos hacer nada y en vista de ello determinamos irnos hacia la estación para ver la manera de marchar hacia la Cartuja de Pavía, aunque hace un día muy feo y no llevamos ningún entusiasmo. Cogemos frente a la Scala un tranvía que nos pasa al lado de la Fuente de San Francisco, que es extraordinariamente bonita, y que nos lleva un poco más allá del tren. Volvemos y al pasar por el túnel debajo de la vía, descubre Navascués que esta tarde, a las 2½, hay una gran función en el Lírico, con Payasos y el Barbero. Nos vamos corriendo a comer al Albergo y de allí, en un taxis, al teatro, donde en nuestra poltronina nos cargamos los cinco actos y cuatro horas de ópera sin pestañear. Muy bien las dos funciones, sobre todo el tenor de los Payasos a pesar de su desmelenado y de la insensibilidad de la tiple, y el Figaro y el Don Bartolo del Barbero. Sobre todo el Don Bartolo, viejo y muy buen actor. El tenor, ¡ay mamá!, es una monería, con una boca como un garbanzo y unos pasitos saltarines que no hay más que ver.

Salimos a las 6½ dadas y después de voltejear por la Galería Vittorio Emanuele, en tranvía a casa. Cenamos, trabajamos un buen rato, y a las 11 a dormir.

Hoy, día de asueto.

1 de diciembre de 1930

EN MILÁN

Nos despertamos temprano, nos arreglamos rápidamente y enseguida nos ponemos a trabajar hasta cosa de las 8½, que desayunamos y a las 9 nos vamos a la calle, en busca de la Navigazione y del Crédito Italiano, después de habernos informado de dónde está el consulado y las horas en que puede irse. La primera hazaña del día consiste en tener que buscar la Navigazione, que se ha mudado. Cuando la encontramos nos dicen que hay coche directo a París y que el viaje no tiene dificultad. De allí nos vamos al Crédito italiano, donde sacamos 500 pesetas, por las que nos dan 1.100 Francos y 228 liras, o sea 400 y 100! Dicen que no son precisos francos suizos. Y enseguida a la Ambrosiana, donde se nos van casi dos horas.

La Ambrosiana da una impresión extraordinaria de limpieza y de cuidado hasta en el menor detalle de instalación. No son demasiado buenas las luces. Hay pocas cosas en general, pero la selección es verdaderamente extraordinaria. La primera sala está llena de grabados, en que hay muchos más de los que yo pensaba que Durero había hecho en toda su vida. Y a renglón seguido viene el gabinete con las cosas de Leonardo, que es para perder la cabeza. Y supongo que no está todo expuesto. Luego sigue la galería en que están expuestos una serie de grabados sobre todo cosas de Tiépolo, de

un individuo cuyo nombre no recuerdo en este momento y que hice la gran sandez de no apuntarlo. Después, la mar y sus peces, y como es imposible detallar, diré que en una vitrina hay tres puñales de orejas, pro venecianos, y que entre los cuadros hay uno, atribuido a Tiziano, del Santo Entierro (nº 29), con la Magdalena descotada, como el de España, pero más sombrío de color. Lo demás es solamente: dos retratos que atribuyen a Leonardo, el del Músico y el de la Beatrice d'Este, y que no sabría con cuál de ellos quedarme; un Botticelli que no se queda atrás con los de Florencia; un par de luinis, encantadores, sobre todo la Sagrada Familia; un formidable Tiépolo y un bocetito suyo de las Tentaciones de San Antonio que es una maravilla de color jugoso; un gran retrato de Moroni, el dibujo de Rafael para la Escuela de Atenas, en su tamaño; un precioso nacimiento de Barocci, y otra porción de cosas a cual más encantadora y de las que ya no me acuerdo. Total, que salimos de allí un poco marcados, que compramos unas colecciones de postales, que le preguntamos a un guardia, y que cogemos el tranvía para Santa María delle Grazie, donde llegamos con la emoción que es de suponer.

Pues la Cena hay que verla durante diez minutos y entonces empieza a vivir el color, porque la verdad es que la entrada no puede ser más aplastante: se abre una puerta y de golpe en el Cenáculo. El fresco es una desdicha en cuanto a conservación y por ello cuesta un poco más trabajo el aprendérselo. Confieso que iba equivocado, esperando encontrarme con algo de un valor emocional inmenso, y lo que me encuentro fue una obra demasiado trabajada, de una maestría técnica inconcebible, pero demasiado intelectual. No es cosa de comprensión fácil ni mucho menos, suspendemos un momento de contemplación y damos una vuelta por la iglesia, mejor dicho por sus claustros y antes de salir volvemos a pasar por el Cenáculo. Entonces sí, casi me convence. Es una de las pocas cosas en el viaje a las que le ha hecho daño la literatura. Si no pensara encontrar tanto, me hubiera hecho más efecto, como me pasó con las cosas de Leonardo en los Uffizi, y con las de esta mañana en la Ambrosiana.

Al salir, intentamos localizar el consulado, aunque ya son más de las doce, para no tenernos que volver locos esta tarde buscándolo. Y cuando nos volvemos es por la mañana, pues después de media hora muy larga y de preguntar a media humanidad es cuando logramos averiguarlo. No está lejos de San Ambrosio y allá nos vamos.

San Ambrosio tiene un extraordinario poder evocativo, con su planta de basílica de tres naves, perfecta, y su pórtico, o atrio a los pies, completamente cubierto con bóvedas de aristas capialzadas perfectamente claras. La fachada además es extraordinariamente típica con sus cinco cuerpos de los que tres corresponden a la nave mayor. El alzado general de la iglesia me sorprende por su proporción, sesquiáltera si no me engaño, lo que me da una persistencia de clasicismo muy clara y notable. Y por todo el exterior las borduras de arquillos tan típicos. El material es ladrillo, del tipo grueso que hemos venido viendo repetirse en todas las cosas de por esta tierra, sobre todo en Verona y desde luego me parece que, salvo accidentalmente, colocado siempre a soga y tizón. La piedra se emplea únicamente en fustes y capiteles, y en

todos los trozos decorativos de la parte baja de la fachada, tallados con lacerías rudimentarias, de cintas triples hechas a bisel, como de costumbre. El interior es de tres naves, la central doble que las laterales y dividida por lo tanto en tramos cuadrados, cada uno de los cuales abarca dos de los pequeños, que también son cuadrados, y por lo tanto los pilares alternan en su disposición y su valor, pues los que sostienen las bóvedas de la nave central tienen columna entera en el ángulo para sostener las bóvedas de ojivas sencillas sobre aristas capialzadas con que ésta se cubre, mientras que los laterales lo hacen sencillamente con bóvedas de aristas capialzadas también, pero sin ojivas. El cimborrio reduce cuadrado a octógono mediante trompas de ángulo semicirculares y luego levanta bóveda de ocho cascos, que en su parte baja lleva unas ventanitas de formas diversas, enmarcadas encima del arco toral. El baldaquino está rehecho en el XII, según dicen, de cuya fecha parece que son también los mosaicos el ábside, sobre fondo de oro. Toda esta parte del ábside y altar mayor está en alto sobre la cripta, hecha en la forma normal, con arcos en cuadrícula y bóvedas, abierta hacia el altar y a la que ahora se entra por los ábsides laterales.

Intentamos ver la basílica de Santa Fausta, con un medio sacristán que bastante estúpido nos dice que hay que pagar. Total, un altar muy curioso totalmente tallado con entrelazos y unos mosaicos en la bóveda sobre fondo de oro, cosa sencilla. Le preguntamos entonces por el "palliotto", y nos vuelve a decir que "tarifa". Nos mostramos conformes y mientras vemos el coro y los mosaicos del ábside, el hombre va por las llaves. Realmente la cosa es faena de romanos. Todo el altar no es más que una caja fuerte, dentro de la cual está el altar verdadero, pieza que tira de espaldas. Son todo placas de oro o de plata repujadas y colocadas en una riquísima armazón de oro, con infinidad de piedras y algunos camafeos. Las borduras son de esmaltes bizantinos de tabiquillos, con piezas de filigrana retorcida entre medias, en las cuales se sujetan los camafeos y piedras. El tono general de los esmaltes es verde, y la pieza tiene una fuerza de vibración y de color extraordinaria. Con decir que me gusta más que la Pala d'Oro está todo. La parte interna de los casetones es también de planchas repujadas. Y esto no es un frontal, sino en los cuatro lados. No he visto nunca una cosa más rica ni más sorprendente. En la parte de atrás se abren varias portezuelas, pues parece que esto en su origen no fue más que caja destinada a contener los cuerpos de Ambrosio, Gervasio y Protasio, que ahora están en la cripta. Y en estas portezuelas los retratos o relieves alusivos, al prelado donador y al artífice. Además de una serie de cabecitas en las cruces de los recuadros, que el hombre aquel dice están en mosaico y que yo dudo si son esmaltes tabicados, pero no puedo verlo bien porque no deja acercarse, como si con el aliento se lo fuera uno a comer.

En un taxi a la Pinacoteca Brera, donde acabamos de entregarla. Empiezo por encontrarme con un Luini del que no tenía la menor idea, el de los frescos de la Villa donde está el cuerpo de Santa Catalina llevado por los ángeles, y seguimos con toda la inmensidad de cosas que allí hay, entre las que hago el descubrimiento de Paris Bordone, de quien apenas tenía idea y que tiene un par de retratos y algunas cosas formidables; para seguir con otros dos retratos inmensos del Lorenzo Lotto; con dos

Mantegna, la Virgen y el Político, que nunca hubiera pensado que fueran suyos; con todos los leonardescos, de los que hay cosas tan encantadoras; con Bramante; con Benozzo Gozzoli; con un inmenso Ribera y con otra infinidad de cosas más, entre las que no hay que olvidar la cabeza del Salvador, que dicen de Leonardo, el hallazgo del cuerpo de San Marcos, del Tintoretto, ni alguna cosa de Ticiano y de Veronés. ¡Ah! Y la Boda de la Virgen, Rafael. Total, que nos vamos a las cuatro, cuando nos echan, y que hoy no se ha comido. Resumen, glorioso, como puede verse. En la galería Vittorio Emanuele completamos nuestras series de postales y nos venimos andando hacia casa, pero antes de llegar nos metemos a tomar un té, en una pastelería muy cuca, donde hay unas niñas, una morena y una rubia, que se rien de manera tan escandalosa que casi nos avergüenzan. ¡Pobrecitos de nosotros!

En casa trabajamos algo, cenamos, a las 11 estamos en la cama, rendidos, y aún nos dedicamos a charlar un rato. ¡Espantoso!

Hoy tuve carta de casa.

2 de diciembre de 1930

EN MILÁN

Me levanto a las 7 y me arreglo enseguida para ponerme a escribir. A las 8½ desayunamos y poco después de las 9 nos echamos a la calle, en busca el Museo Poldi-Pezzoli, que encontramos cerrado hasta las 10, y en vista de ello nos vamos a buscar al cónsul, hombre joven, casado con una griega, que ha dado tres veces y media la vuelta al mundo, simpático y agradable, que nos tiene allá hasta después de las 11, tras de darnos nuestros certificados, que él mismo escribe en una corona. Y naturalmente que se habla de España y de política. ¡Qué se le va a hacer!

De allí nos vamos al Museo Sforzesco, donde llegamos a las 12 menos 10 y nos dicen que se cierra a las 12. Lo abandonamos y nos vamos en tranvía a Poldi-Pezzoli, deliciosamente instalado. Es una casa particular soberbiamente alhajada. Muy parecido a Osma y Cerralbo, aunque fundamentalmente distinto de los dos. Mas casa que Osma, con aspecto de sitio vivido y donde se puede vivir, e inmensamente superior a Cerralbo, con las cosas dispuestas clara y luminosamente, con gran gusto. Verdaderamente atrayente. Y con unas cuantas cosas de muy primer orden, de que compramos fotos. Además, aparte va una porción de notas.

Salimos un poco después de la una y nos vamos a comer al Ristorante Piemontese, detrás de la Galería, en la Piazza del Municipio, muy concurrido, y donde nos resulta caro. Y nada más terminar cogemos el tranvía y nos largamos al Castillo Sforzesco, imponente como arquitectura y mucho más como Museo. Me hincho a tomar notas, y todo corriendo y de mala manera, pues parece que las salas crecen. Y así hasta que nos cierran a las cuatro.

Entonces nos vamos a comprar un film-pack y desde la plaza del Duomo nos venimos en tranvía a casa, donde nos hartamos de escribir hasta la hora de la cena, en que

hasta nos dan jamón, y después me pongo a escribir a Don Manuel y Navascués, a Don Elías. Esta mañana escribí yo a casa y a Tito Paco. Y enseguida arriba a terminar con esto y a arreglar algo la maleta. Y mañana, a madrugár y a París.

¡Y se acabó Italia!

Laus Deo

Museo Poldi Pezzoli

Sala de entrada: Magnífica alfombra persa, de fondo azul con motivo central rojo, con decoración de cacería sobre atauriques, mayor que la de Osma. nº 154. Mide 8 x 13 pasos. En la sala siguiente, ante la escalera, un mosaico romano pequeño, de Hércules con el león y telas coptas, e italianas y un buen Ribera (nº 70).

Arriba, nº 99, un buen retrato de Ribera, firmado en 1578, de un clérigo con la mano izquierda en el ceñidor y la derecha en un león, de cuerpo entero, valiente, y unos Tiépolos bonitos. Una gran colección de vidrios de Murano de todas clases, tamaños y tipos. Una colección de cosas de porcelana, parecer muchas de Sajonia, en vitrinas del muro entre dos salas. Una gran rubia de Palma el Viejo, hermosa, muy descotada.

Unas cuantas cosas orientales de cobre, entre ellas un aguamanil preciosos, con esmaltes azules, celeste y marino, en gallones y rellenando entre los atauriques repujados. Unas cuantas cosas de Luini, entre ellas una preciosa boda de Santa Catalina, muy leonardesca.

En la armería un par de dagas de mano izquierda y cinco espadas de cazoleta. Unas cuantas cosas, malas, de Limoges, en el lado de un balcón, en una salita comunicada por dos puertas y reja con la de los vidrios. Dos vitrinas con joyas, una de ellas, muchas romanas, en la misma sala que el magnífico retrato de mujer de Piero della Francesca, ahora atribuido al Pollaiuolo. En la vitrina central de esta sala, varios esmaltes, regulares, y en otra vitrina de la misma, cosas de cerámica, griegas y romanas, entre ellas otro vasito de la misma forma, de los vidriados en verde y plomos de altura de unos 10 cm, y algunos vidrios y bronces. En esta misma, otra alfombra persa, roja y azul, con tigres y aves sobre atauriques, de unos 6x2 metros.

Museo Arqueológico, en el Castello Sforzesco

En la sala de entrada una vitrina con colección de vidrios, algunos de pasta normales y la mayor parte soplados, sin novedad grande, salvo el tamaño de algunas urnas. Un capitel dórico, con estrías rellenas y gran curva superior, que tiene entre las volutas una gruesa guirnalda, como en los de Miguel Ángel. No va sobre fuste, sino que toda la parte baja del capitel es como un trozo de fuste. No tiene número ni nada y no sé si es antiguo, porque otros fragmentos de la misma sala tienen fechas de 1800, que deben ser las del hallazgo.

En la vitrina de la necrópolis de Golasecca hay un vaso negro, con decoración rellena de pasta blanca, de unos treinta cm de alto, entre otros muchos semejantes,

pero sin pasta. También fíbulas de este tipo. Corresponden al primer periodo de los dos que tiene la necrópolis, esto es, a la Edad del bronce. En el segundo periodo ya hay cosas negras, pero pulimentadas, y rojas (Edad del hierro). En la sala siguiente, hay una serie de fragmentos de la iglesia de S.M. Aurona, de Milán, todos de carácter lombardo o bárbaro muy marcado, con las cruces de siempre. También dos restos de ambón con entrelazados, de la forma y dibujo de siempre.

Una pilastra nº 1910, o 1010 con sus hojas talladas a bisel y con borde de cuerda y luego hojitas de laurel, dispuestas en imbricación. En un capitel con dos palomas, nº 682, en el cimacio, decoración tallada también en biseles, como siempre. Y desde luego por todas partes los roleos y las cosas semejantes.

En el piso superior, en la gran sala de cerámica, la vitrina AA solo tiene cosas de reflejo de Manises. Son un lote de 24 platos, de tipo normal y a juzgar por el reflejo de tiempo hasta el XVII. Uno de los platos, nº 3005 con solo dos líneas en azul a cada lado, tiene una sigla en medio que resulta cosa parecida a esto. Además hay una copita de unos 15 cm de diámetro, con decoración de ocho cascocs, cuatro azules y cuatro dorados, y en la bordura en torno, distribuida también en cuatro zonas, letras árabes que no me parecen llegar a ser el alafia. También una jarrita muy mona con inscripción en la panza. Es el número 3006. Además dos barricas de las normales, de asa redonda y reflejo muy rojo, una orza grande de cuatro asas, un jarro con un pitorro. Y otra jarra de dos asas con un pájaro del tipo normal en la panza. La jarrica tiene unos 20 centímetros de altura. En la vitrina BB tres cuadros de azulejos con decoración geométrica, uno de las ruedas de 16 con las de 8, de siempre. Otro de ruedas de 16 carpadas con ocho en los secundarios y otro de ruedas de 16 con ocho en los secundarios, directas pero prolongado. Dicen que son del XVIII. Pero en realidad, no me parecen muy antiguos por el color. También buena colección de Murano.

En el salón rojo que hay después a la derecha, en la vitrina L, unas cuantas cruces funerarias de lámina de oro, con entrelazos, procedentes de las excavaciones de Fornevos de Bérgamo y una hebilla de oro, con esmaltes grandes de tabiquillos, con doble cabeza de ave en uno de sus lados y en el otro la hebilla propiamente tal.

En la misma sala, en la vitrina material procedente de Nocera Umbra, con cruces de oro y las fíbulas de cabeza en abanico, además de algún collar y cosas de cristal y marfil.

3 de diciembre de 1930

DE MILÁN A PARÍS, PASANDO POR SUIZA

La jornada comienza, tras de una noche no muy tranquila, con un madrugón a las 5 de la mañana, unos últimos toques a la maleta, arreglar la cuenta del hotel, despedirnos de la padrona, y estar en la estación a las 6½, rompiéndole un cristal al taxis con las maletas. A las 5 y cinco sale por fin el tren, pues ya no puedo materialmente con

Italia, y ello, unido al asunto de las postales, me hace no ver el momento de estar en Francia y aún de empezar con París.

El principio del viaje es de campo, llano, lluvioso terriblemente y sin emoción. Se anima algo conforme vamos avanzando y llegamos al lago Mayor, que bordeamos un buen rato, y que poco más o menos me produce la misma impresión que las rías gallegas, salvo la diferencia enorme de tiempo.

El paso por la frontera italiana, después de haber comido en el coche restaurant, se hace a cosa de las 10½ con absoluta comodidad, pues, sin bajar del mismo tren, nos sellan el pasaporte y nos recogen la hoja del soggiorno. El aduanero suizo lleva a efecto una revisión sencillísima, limitada a preguntarnos adónde vamos, sin señalar las maletas. Y a poco de entrar en Suiza, sin haber dejado de llover, por supuesto, comenzamos con el Simplón. El coche en que viajamos es francés, del P.L.M., y nada más pasar a Suiza se instala en él una madame gruesa y cuarentona, con su gran bata y su brazaletes, de servicio, y un casticísimo canotier.

Se dedica a barrer concienzudamente el pasillo y a colgar en él unas revistitas muy monas de propaganda de Suiza.

Cuando acaba el Simplón tenemos al otro lado el deslumbramiento de un sol espléndido, que me hace echarme enseguida en busca de la máquina, y aún, en el tiempo que el sol dura, tengo lugar de hacer tres fotos con un poquito de nieve, para que no falte la necesaria decoración. Luego seguimos alternativamente con sol o con niebla, que nace del mismo Danubio, a cuyo lado vamos, y que se queda pegada completamente a él. El mismo paisaje nos acompaña durante toda nuestra comida en el coche restaurant, hasta que al terminar de comer empezamos a ver el lago de Ginebra, verdadera ensenada o golfo en su aspecto, son pueblecitos que juegan a tener hasta paseos marítimos, y con el aspecto de ciudad moderna y rica de Lausanne. A todo esto ya hemos disfrutado de la vista de una porción de torrentillos, que bajan por las laderas rocosas, y de las casitas con sus tejados en pendiente, y en algunas otras negras, en que refulgen los cristales, que se han quedado allá, colgadas en la montaña.

Pero, sin embargo, Suiza me ha desencantado. No tiene, en la parte que yo he visto, la bravura de nuestro Guadarrama, ni mucho menos de nuestro Despeñaperros. Claro que la línea férrea va siguiendo en su mayoría el trazado de un río, y que es sandez, por lo tanto, esperar en ella precipicios inmensos ni obstáculos naturales extraordinarios. Las montañas son negras y cubiertas en gran parte de un musgo amarillento, llenas de torrentillos. Y lo más curioso es que al pie mismo de las rocas empieza la llanura, perfectamente horizontal, y lisa como la palma de la mano, sin solución alguna de continuidad. Da la impresión de que el espacio entre montañas está lleno por un enorme depósito de sedimentación que ha quedado naturalmente en las condiciones antes dichas. Todo ello da como consecuencia la ausencia de sensación de país escabroso, por lo menos. Sólo varía el panorama y el terreno se

hace abrupto y francamente con fisonomía de sierra algo más allá de Lausanne, en la entrada a Francia, donde toda la parte del Jura está cubierta de pinos, en gran densidad, y de tipo más semejante al abeto. Pero pronto recobramos la llanura francesa y su paisaje monótono.

En la frontera de Francia nuevo sellado de pasaporte y nueva visita aduanera, esta vez bastante minuciosa. Y cenamos luego en el coche restaurant, pasado Dijon, en una mesa donde va un venezolano que viaja con cuatro señoritas que hay en la mesa de al lado. Vienen con intención de parar en España, como hace cinco años, pero pasan de largo por la revolución. España está muy mal. ¡Qué asco y qué pena! Y de todo esto, allí no se enteran. Y el Ateneo haciendo el animal. La señora que completa nuestra mesa resulta americana, del norte, por lo visto, y resulta que habla español perfectamente. Con todo ello nos animamos un poco; pero la última parte del viaje es reventante. Hemos cambiado el reloj de hora. A las 10'10 llegamos a París.

Cogemos un taxis y nos vamos al Hotel du Bon Pasteur, donde efectivamente no está Taracena y sí una carta un poco estúpida suya donde nos dice que no le gusta y que él se va al Hotel Malherbe, en Rue Vaugyrard, donde debemos nosotros irnos. Total, que allí os pudráis y una monada de niño, que no ve más que lo suyo y puesto a hacer guarraditas las empalma que da gloria. Comentamos algo la carta, pues mucho no lo merece, y determinamos no movernos, después de haber dado las señas a todo el mundo, como hemos hecho. Y así nos acostamos a las 11 y pico, molidos y con una cantidad de kilómetros en el cuerpo que asusta.

La entrada en París y la primera impresión han sido gratas. El hotel me resulta una cosa muy parisina, cursilota y tal, pero la habitación es grande y capaz. Tenemos agua corriente y calefacción. Veremos mañana, que hay que bañarse.

4 de diciembre de 1930

EN PARÍS

Son más de las nueve de la mañana cuando empezamos a abrir los ojos y aún remoloneo todo cuanto puedo. Luego un baño y me dan una carta de casa, y entre unas cosas y otras se nos hace terriblemente tarde. El hotel es un poquito de quiero y no puedo, pero Madame es amable y nos trata bien.

Cuando después de todos los arreglos y toilettes salimos a la calle, ya no hay necesidad de desayunar sino de comer. Dejo un filmpack a revelar en Kodak y nos vamos hacia la Plaza del Palais Royal, en busca del restaurant León Royal, que efectivamente encontramos con cubiertos a 9 Fr. Vino o cerveza comprendidos y donde comemos muy bien, aunque como sardinas en banasta y entre un gentío inmenso. El menú consiste en hors d'oeuvres, dos platos y dos postres; elegidos entre una gran lista.

Cuando terminamos de comer nos echamos hacia la orilla del Sena y vamos recorriendo toda aquella parte del Louvre, hasta las Tullerías por donde seguimos la

Rue de Rivoli y a la inmensa Plaza de la Concordia. Todo ello con un movimiento de autos de todas clases y tamaños que se parece al mismo nuestro de la Cibeles, pongo por caso, aunque algo más grande y en mucha mayor extensión. Y enfocamos después la Avenida de los Campos Elíseos, inmensa, hacia el Arco de la Estrella, más inmenso aún. Pasamos por debajo de él y al lado de la tumba del soldado desconocido, con su lámpara constantemente encendida. Y de allí, por la Avenida Kleber, al Trocadero, muy de estilo de pabellón siglo XIX para exposiciones o cosa semejante, como los Palais, Grand y Petit, que en los campos Elíseos hemos pasado.

Pero desde el Trocadero, nada más pasar, bajo su pórtico, se nos echa ya encima la torre Eiffel, que es mucho más airosa y elegante de lo que se piensa y que produce una sensación rara, más diría de fragilidad que de fuerza. Cierto que hay vigas de enormes dimensiones, sobre todo las que forman los arcos y la base de los pilotes, pero en su totalidad la torre está hecha no con ellas, sino con múltiples entramados de vigas compuestas de tal manera que llega a dar la impresión de cosa tejida, como hecha con hilos de araña.

No hace tiempo nada agradable, sino más bien muy frío. Seguimos por debajo de la torre y campo de Marte adelante hasta el enorme edificio de la Escuela militar y luego por el lado de ésta hasta los Inválidos, en cuyo jardín se han instalado una porción de cañones viejos, algunos que parecen de la guerra, y volvemos hacia el Sena, viendo la silueta del edificio, con su cúpula tan destacada. Volvemos a cruzar la Plaza de la Concordia y por la Rue Royal le damos un vistazo a la Madeleine. De allí a la Plaza Vendôme, que resulta parque de automóviles, y a la Rue de la Paix, un poco más ancha, pero con el mismo aspecto inconfundible de nuestra Carrera de San Jerónimo.

Con todo esto, cuando desembocamos en la Plaza de la Ópera es casi la hora de cenar. Y nos vamos despacito hacia el Palais Royal, en busca del Père Léon.

En esta rápida vuelta, lo que más me ha asombrado de París es la abundancia de terreno y de perspectivas monumentales que por todos lados se encuentra. Lo primero ha sido reconciliarme con el Louvre. Este tipo de edificio dieciochesco seudoclásico, con sus grandes tejados de pizarra y de plomo, que tan mal hace en España en un edificio suelto, tiene aquí, en conjunto, una verdadera grandeza y majestad. Y lo mismo le pasa, con menos pretensiones, a toda la edificación de la Rue de Rivoli. Las plazas son después algo que no se ve en otra parte, dispuestas con una sensación del espacio y de la perspectiva exquisitas, con un sentido de la medida imponderable. En tal aspecto la Plaza de la Concordia es una obra maestra y todo el trayecto hasta el Arco de la Estrella, este mismo y su plaza forman una extraordinaria vía triunfal, como pensada para paradas y desfiles de inmensas muchedumbres y ejércitos.

Pero lo más grandioso es que, a pesar de todo esto, París no me resulta una ciudad colosal ni colosalista. Tiene un aire un poco íntimo y recogido, sin la sensación de

vida hacia afuera y de aparato que he visto en la misma Roma en cuanto uno se enfrentaba con la ciudad moderna. Y además, un aire muy siglo XIX, con sus faroles clásicos, sus autobuses, sus tranvías, todos sus servicios públicos, la profusión del empleo del gas, etc. En cuanto a fisonomía, dentro de la aceleración del ritmo de la vida, un poco más vivo que el de Madrid, le encuentro mucho más parecido con ésta que con Barcelona. Y un atractivo y una gracia muy semejantes.

Toda la parte del Palais Royal al Louvre está llena por los inmensos almacenes del Louvre y otros. Son el mismo estilo y la misma cosa de Madrid París, que nada tienen que envidiarles, salvo que aquí son tres o cuatro, o más, manzanas iguales seguidas. Y en una de sus fachadas han puesto un inmenso anuncio luminoso, con todo el firmamento y un cañón que cargan y dispara a la luna, la cual devuelve juguetes. En el restaurant, por la noche, hay mucha menos gente. Por lo visto el tipo normal de su clientela son empleados que comen aquí, pero que la cena la hacen en sus casas.

Cuando regresamos al hotel no son las nueve, y me encuentro con unos cuantos periódicos. La verdad es que tenemos más sueño que nunca. Le habíamos dejado recado a Taracena, pero no telefoneó. Intenta hacerlo Navascués, pero no consigue comunicación y hay que dejarlo. Y allá a las 11 nos acostamos. Por cierto que aquí hacen las camas con toda la ropa remetida. Lo que me molesta un poco es el sistema del rollo y el cuadrante para la cabeza.

5 de diciembre de 1930

EN PARÍS

Nos levantamos a poco más de las 7 y salimos, después de trabajar un ratillo, a cosa de las 8½, pues queremos agarrar a Taracena antes de que salga. Vamos hacia el Louvre y a la Isla de la Cité, pasando por delante del Palacio de Justicia y dejando un poco de lado las torres de Notre Dâme. El Sena sigue hasta el arranque de los arcos de los puentes y con las pasarelas de los puertos de amarre bajadas, y eso que dicen que ya va bajando en serio. Todo el río va canalizado y en esta parte hacia el puente St. Michel, en los pretiles, hay infinidad de puestos de librerías de viejo, los famosos que hemos visto en tantos cuadros. El Boulevard St. Michel tiene una fisonomía un poco distinta, con gran número de tiendas de menos trapío que las de nuestro barrio y una inmensidad de puestos de periódicos.

Taracena está en el Hotel Malherbe, en la Rue Vaugirard, que tiene mejor aspecto y mejor presentación que el nuestro, con ascensor además. Nos le encontramos tomando un chocolate y dispuesto a marchar hacia St. Germain, adonde está yendo hace unos cuantos días. No ha tenido noticias de Ossorio, como era de esperar, y aún no le han contestado tampoco de Roma acerca de la carta perdida. Pasó rápidamente por Alemania, Frankfurt, Bonn y Colonia, y fue a Bruselas, donde Capart le dijo las condiciones que ellos desearían para la cesión de la colección Siret. Dice que ya las escribió a Osorio y a Don Manuel. Ha tenido después a su mujer aquí, donde lleva ya más de doce días. Y acá se ha encontrado con Lantier y Viñas, y con el primero anda

en el Museo de St. Germain, donde nosotros nos vamos también con él. De modo que a cosa de las 10 cogemos un autobús que nos lleva a Gare St Lazare y allí al tren eléctrico a St. Germain, muy parecido a nuestros vagones del Metropolitano. Nada más subir a él nos encontramos con Lantier, a quien nos presenta. Hombre joven, con aspecto muy francés y más bien gordo. Bastante amable.

El trayecto hasta St. Germain se hace atravesando parte de París y una serie de pueblecitos, tan próximos, que casi no da la sensación de que se acabe la ciudad, sino de que vamos empalmando barrios distintos. Y en St. Germain el Museo, con todo su aspecto de castillo ya casi del XVI y XVII. Tiene su entrada al lado mismo de la estación. Allí nos deja Lantier, después de encargarnos que el jefe de subalternos enseñe el tesoro cuando venga. Son poco más o menos las doce. Taracena tiene llave del Museo, que le ha proporcionado Lantier para que pueda trabajar con independencia.

El Museo, sin ser una maravilla de modernidad, está bien instalado y limpio, con muchas vitrinas aisladas, y con todo el material montado al aire, lo mismo que las tarjetillas, pues todo absolutamente está rotulado. Empezamos por ver las salas de prehistoria, donde está todo el arte cuaternario, pues lo que no hay en original está en vaciado. Los caballitos y las cosas de Mas d'Azil me han hecho recordar las prevenciones de Don Manuel, que creo justificadas. Sobre todo respecto algún caballito y a la cabeza relinchando. En todas estas colecciones no usan fondos más que de dos especies, o el rojo tradicional, cuando el material expuesto deriva más bien hacia el blanco, o una arpillera muy gruesa de tejido, con su tono crudo, por supuesto, cuando el material es más bien oscuro, broches, hachas, etc.

A la una viene el conserje, con el que vamos a ver el tesoro, donde no hay muchas cosas que digamos. Lo más gordo son tres o cuatro espadas francas, con empuñaduras ricas de incrustaciones de oro y plata; una copa romana de plata repujada, bonita; algún colador, pero más pequeños que los del Arqueológico; fíbulas de tipo merovingio, con granates y esmaltes, entre las que abundan también los vaciados y una colección de monedas, con algunas de oro.

Después, en la sala de comparación, que abre Taracena con su llave, hay unas cuantas cosas españolas, entre ellas un brazaletes, como aquel de oro que yo he visto por casa de Osuna, o no sé dónde, de esta forma con su zonas de púas intermedias; y una gran colección de cosas y de reproducciones cretenses.

Además forman el núcleo del Museo una gran colección de antigüedades galas, algo etrusco y las cosas romanas, entre las cuales son casi las más importantes las correspondientes a lo del sitio de Alesia, a pesar de todas las reconstrucciones y de todas las tonterías. Es muy importante y curiosa la sepultura del jefe galo, enterrado con su carro y con todo el ajuar. En la vitrina de los broncez asomo un momento, a última hora, pero ya no hay luz, y eso mismo me impide ver la colección de terracotas y cerámica de la sala XIV, que me ha parecido, de mucho interés. Bajamos corriendo, y aún compramos algunas postales. A renglón seguido cogemos el tren para París.

Son las cuatro y minutos y casi es ya de noche. Una verdadera desdicha. Cuando llegamos a París nos vamos andando por los bulevares de los Capuchinos y de los italianos en busca de la Ópera Cómica, donde hemos visto ayer que hoy ponen Tristán e Isolda, y al paso compramos el ABC en un quiosco de unas fulanas que hablan perfectamente español. Todo este trozo es de una animación extraordinaria. En el teatro nos encontramos cerrada la taquilla, pero en una reventa nos proporcionamos las entradas. Empieza a las 8. Total que nos vamos hacia el Palais Royal, donde llegamos a las 6 y $\frac{1}{2}$ o 7 menos $\frac{1}{4}$ y cenando tranquilamente.

Después, Taracena se va a casa y nosotros a la Ópera. El teatro es bonito, en el tipo de todos, con sala corta y cuatro pisos, dos de ellos de palcos. Nosotros tenemos delanteras en el tercero, y se está muy bien. De Tristán no hay que decir nada: confirmo el recuerdo que yo tenía y a Navascués le gustó enormemente. La orquesta regular, peor que las nuestras y los cantantes bien, aunque demasiado gordo el tenor y demasiado vampiresa y revolcante y flotante ella, que además ponía un gesto muy raro para cantar. La presentación tradicional y buena.

El teatro tiene, en la planta baja un fumadero y en el primer piso un gran salón, muy decorado, con galerías en torno, donde se pasean los escotes y las pecheras. Y todas con cuatro pingos puestos con gracia.

En filas, buena cantidad. Donde quiera que no cabe una localidad normal, han metido un asientillo, que ocupan uno o una que hojean concienzudamente su partitura o su libreto. La cosa es simpática.

A las 12 en la calle. Comentamos un poco y antes de la una, durmiendo.

Hoy ni que decir tiene que no se ha comido. Y van ya no sé cuántos días que pasa lo mismo.

6 de diciembre de 1930

EN PARÍS

Seguimos atrasados. Yo con el diario en el primer día de París y sin poder nivelarme. Además, desde que estamos aquí se me pegan las sábanas de manera prodigiosa, y hoy me he despertado a las ocho, con lo que apenas nos ha quedado tiempo de arreglarnos y de salir a la calle minutos antes de las 9. Y lo más grande es que hoy ha habido espectáculo gratis, pues a esa hora aún no había acabado de amanecer, en tal manera que estaba todo el alumbrado encendido. Las calles resultaban con una claridad muy especial entre la luz del día y la artificial. Y había, como es natural, una niebla espantosa.

Nos hemos ido andando hacia la Ópera y desde allí lo mismo, en vista de la hora, hasta Gare St. Lazare, donde aún nos sobran más de 15 minutos para el tren de las 9.35. Y casi justo ha llegado Taracena, que ha tenido que venir en taxis y todo. ¡Los hombres caros! En el tren charlamos un rato y me da el primer disgusto pues,

como yo temía, ha sido la mar de listo y anoche ha escrito a Ossorio y a Don Manuel dándole sus señas. Total que se armarán un lío y que milagro sea que Don Manuel no piense si nos habremos peleado, que es lo que a mí me importa. Y de todas maneras la cosa tiene muy mala sombra. Pero él se queda tan tranquilo, yo no tengo razón ninguna, él no tiene ninguna obligación de darnos cuenta de sus actos y lleva catorce años de vida independiente, etc., etc. En fin, que cada cual es de su manera.

Llegamos a San Germain y yo me meto con las terracottas galas y unos cuantos vasillos vidriados que con ellas me encuentro. De todo ello van las notas aparte. En un claro, antes de irse Taracena con Champion (a quien, por cierto, ayer saludamos en su taller, lo que se me olvidó consignar) determinamos salir a comer a un restaurant Fronters, donde con mucha amabilidad y muchas sonrisas nos dan de comer peor que en el León y por 17 fr., precio fijo. Hay un guisote de cerdo con gran cantidad de grasa, que es una delicia. Volvemos al museo mientras Taracena se va a ver a Champion. Gran persona este viejecillo que habla con velocidad vertiginosa, con su boina encasquetada y su vivacidad. En taller no tiene consignación y todo ello es poco menos que obra suya. Ayer estuvimos allá y vimos el bronce aquel ibérico de la caza del jabalí que publicó Cabré y que han comprado éstos a un coleccionista de Estrasburgo por 5.000 duros. Ahora lo están restaurando. El despacho de Champion está lleno de chismes y en él hay unos enormes armarios de gran número de cajones, cada uno de los cuales está lleno de instrumental fabricado por él mismo, como consecuencia lógica de su actitud de que cada caso hay que considerarlo como único y tratarlo de manera especial, sin tener en cuenta más principios generales que los criterios esenciales que deben presidir toda restauración honrada. En una palabra, que la receta general no existe. Nos reconoció con gusto y estuvo extraordinariamente amable. Además el hombre gozaba de veras mostrándonos todo aquello, que al fin y al cabo, es la obra de su vida.

Como hemos de ver a Viñas a las 4, a cosa de las 3 menos $\frac{1}{4}$, tras de comprar unas cuantas fotografías, nos vamos a la estación, camino de París, y al llegar cogemos un autobús que nos deja en Boulevard St Michel, a pocos pasos del Institut Hispanique, de que Viñas es secretario.

Tiene allá un despacho muy majete, con pocos y sencillos muebles y lo poco que vemos del Instituto da una sensación muy agradable. Allí se nos presenta solo el redactor de ABC, que nos amenaza con una interviú. Mejor dicho, amenaza a Navascués y a Taracena, pues yo estaba a otro lado. Salimos con Viñas, que no hace quince días ha estado en Madrid, donde dice que todos han preguntado por nosotros. Proponen que nos vayamos (junto con un muchacho Careaga, diplomático y que anda por aquí estudiando, a quien nos presenta) a tomar algo y a mí se me ocurre recordar la "mezquita", con lo que hay bastante para que Viñas nos lleve a una autentica que hay en París. Tardamos algún rato en encontrarla, pero al fin lo logramos. Por fuera es absolutamente típica, con su alminar cuadrado y su gran portada lobulada. Ya no es hora de entrar y nos vamos hacia el café, pues aquí, por lo visto, todo es juerga y

atracción de forasteros. El café es un café típico moro, puesto con gracia y con mucho carácter, donde unos cuantos majalamús sirven té y café y cantan una especie de tonada melancólica e interminable, sobre un monótono ritmo de pandero, timbal y violín, manejado a estilo contrabajo, que no deja de tener su encanto exótico.

El café, sin colar, tiene un gustillo especial que resulta agradable. Y es, desde luego, bueno. El decorado son mesitas centrales bajas, de azófar, divanes con telas de colorines y poco más. Lo que es verdaderamente bonito es todo el chisme de fabricación del café y el té, puesto en uno de los lados. Después entramos por allá hacia el restaurant, muy majamente puesto, y un bazarete que tienen con chucherías para la venta y nos asomamos un momento a los baños, nada más que al frigidario, y que son sencillamente de tipo normal. Ya en la calle nos vamos dando vueltas hasta llegar al Sena y a la isla de San Luis, por una serie de calles de un ambiente provinciano enorme, en torno al mercado central de vinos y hacia la judería, pasando por una réplica indudable de la calle del León o de la calle de las Huertas, tan iguales son a ellas en todos los aspectos. Y como final del paseo vamos a dar a la Plaza de la Bastilla, en uno de cuyos cafés paramos un rato para tomar una buena cerveza. Hay gran animación y gran serie de parejas que, como si tal cosa, se dedican a acariciarse y a besarse. En nuestro corrillo, como de costumbre, empiezan a decirse tonterías y salen a relucir la pobreza y el campesino andaluz, y el Malthusianismo, etc., etc. A Navascués y a mí nos molesta bastante la conversación y casi no intervenimos. Luego salimos con Viñas, pues Careaga se despide, y tomamos el metro hasta Palais Royal, donde dejamos a Viñas y nos vamos a cenar nosotros, cuando lo hacemos nos vamos a casa, trabajamos algo y no más tarde de las 11 estamos en la cama.

Museo Saint Germain

nº 13599: Arlés- sur- Rhône. Sala XIV. Collection Charnet. Vidriado exterior verde oliva intenso y sucio, muy oscuro por tanto, que ha saltado en bastantes sitios, donde aparece el barro rojizo. nº 13535: Dijon. Côte d'Or: Sala XIV: Collection Charnet. Vidriado exterior verde oliva más claro que 13599, pero sucio también. Interior melado. Decoración de relieve. En los desconchones, barro rojizo.

nº 25532: Vichy: Allier. Barniz exterior casi perdido, verde. Barniz interior también verde, al parecer barro ocre rojizo claro. Sala XIV.

nº 25922: Collection Aymé-Rambert: Barnizado de plomo con un tono entre ocre y siena. Una primera zona alta de líneas inclinadas de izquierda a derecha bajando sobre circulitos, después dos zonas de contrarios y entre ellas una de hojitas como de vid y debajo, galloncitos hasta unir con los dos rebordes de base. Grueso del vaso poco más de medio centímetro.

En la misma sala, vitrina A, en la tabla baja, hay unos cuantos fragmentos de barro, con barniz verde unos y plomo otros, procedentes de Orange (Vaucluse) y de Vichy (Allier), con pequeñas decoraciones de relieve, semejantes a las de los vasos antes citados y organizados, en su mayoría, con mameloncillos y hojas en relieve.

En la vitrina B de la misma sala, tabla alta, copita de unos 4 cm de altura, procedente de Vichy, nº 23530, con decoración de gallones en su panza y restos de vidrio de plomo, aunque está muy descascarillada; y nº 25746, procedente de Vichy, parte baja de otra copa del mismo tipo, con gallones hechos con su borde en relieve, y pajaricos dentro, trozo de unos 6 cm de altura que podría corresponder a un ejemplar de 12 o 13.

nº 30364: París: Cuello roto. Botella vidriada melado. Decoración de gallonados con filete en relieve y rosetas dentro.

nº 49728: Allier: Legado Rambert: Vidriado melado Fuerte pero no oscuro. Decoración de rosetas entre contrarios.

nº 25527: Vichy. Vidrio melado verde muy claro. Decoración de figuras cabeza abajo.

En la misma vitrina B, en su parte baja, una serie de fragmentos de barro, en general en general melado verde o verde hoja, decorados en relieve, procedentes en su mayor parte de Vichy y Clermont Ferrand (Puy de Dôme). En algunos de ellos el vidrio, como consecuencia de ser en todos de mucho espesor, ha llegado, por especiales condiciones, a descomponerse y arruinarse completamente. Así, un trozo con asa, gollete y panza de un cacharro de regular tamaño que hay allí mismo. También hay alguna cabecita con vidrio verdoso fuerte y de espesor.

En el resto de las vitrinas de la misma sala XIV, una gran colección de terracotas blancas, de fábricas galas, con gran serie de moldes. Los tipos principales de las terracotas son caballos. Vasitos en forma de animales, conejos, ciervos, etc. muchos gallos y gallinas y palomas, con las alas plegadas, de alturas que oscilan entre cuatro y ocho centímetros, huevos, en tierra blanca; una manzana; perros sentados; cabezas humanas, Mercurios; Minervas; etc.

Entre los vasos de figuras de animal hay algunos con barniz verde hoja, como el nº 17.404, león; el 23503, ciervo procedente de Vichy (Allier); los 28175 y 6895; el 12481, procedente de Vaison; el 1661 (Fragmento) de Clermont Ferrand también.

Luego los tipos más curiosos son el de la Diosa madre, por lo regular sentada, que tiene sobre sus rodillas y amamanta a uno o dos chiquillos. Cuando estos lleguen a ser tres, la diosa suele estar de pie, y los chiquillos se disponen en triángulo, dos más grandes abajo y uno más chiquitín arriba. El tipo de Venus es de pie, con los brazos caídos a lo largo del cuerpo y el pelo suelto, totalmente desnuda. También gran serie de cabezas femeninas, edículas, brazos y piernas sueltos, con su agujero que bien puede ser para colgar o para muñecas. Hay otro tipo de Venus saliendo del baño que con la mano derecha se recoge el pelo, y aun un par de Venus (una rota) en edículas con las manos en disposición parecida a las de la Capitolina, lo mismo que el pelo, con dos moñetes.

El tipo más original y gracioso de toda esta serie es el busto de niño pelón, riéndose, de que hay buen número de ejemplares en la vitrina F.

Además hay una enorme serie de moldes, la mayoría también en tierra blanca, y firmados o contraseñados por detrás, no solo de figuras completas, sino de emblemas y de medallones, algunos de 12 a 15 cm de diámetro. Esta fabricación parece tener su florecimiento entre 50 y 200 d. c.

Vidrio melado fuerte, amarillo Proc. Vichy nº 25519-25520 Recompuesto Zona de decoración de relieve con hojas y florecitas Encima de la vitrina D.

Dechelette: vases ornés: I-149, II-323.

Revue Archeologique: 1899-II-58.

7 de diciembre de 1930

EN PARÍS

En cuanto nos desayunamos, nos vamos hacia Nôtre Dame, en un París desconocido en que a las 9 de la mañana no hay apenas nadie por la calle. Vamos andando y así entramos por la Ile de la Cité, llena de monumentos, con el Palacio de Justicia, que rodeamos, para salir a la Catedral. Pero toda la piedra de estos cochinos monumentos de París está tan sucia y tan negra que es una verdadera desdicha. No puedo menos de acordarme, no ya de Salamanca, sino de Toledo, de Alcalá, de cualquiera de nuestros pueblos monumentales.

Nôtre Dame..., pues señor, Nôtre Dame me ha dejado muy descuajado y me ha resultado una cosa mucho más fría de lo que pensaba. No sé si habrá que verla más veces, pero el caso es que la primera impresión es ésa. Y además no llego a darme perfecta cuenta de donde llega lo viejo y dónde empieza lo nuevo, pues toda la piedra está igualmente patinada. La oscuridad es también muy grande como resulta que están en la Misa Mayor y no hay otra hasta las 11 y media, decidimos largarnos a otro sitio en busca de ella. Y así nos venimos a St. Germain l'Auxerrois mientras Taracena se va al Louvre. St. Germain es perfectamente gótica, con algunos arreglos que la desfiguran en parte, como las horrendas columnas acanaladas de la girola, y con una serie de reconstrucciones y añadidos del XIV y del XV dentro de lo antiguo. Tiene el crucero muy bajo, lo mismo que en Nôtre Dame. También están en la Misa Mayor, pero llegamos a tiempo y resolvemos quedarnos a ella, pues es la única manera de resolver la cosa de una vez. Es misa cantada, con canto llano únicamente y muy seria y devotamente llevada. Al terminar el evangelio, hay plática tras de leer los anuncios de los cultos de la semana, que tiene el párroco, con roquete y sobrepelliz. El púlpito está centrado en los pies de las naves y hacia él se vuelven tanto el pueblo como el propio celebrante, que deja el altar y viene a sentarse aquí. Además, al ofertorio un sacerdote hace la colecta por toda la iglesia.

Cuando salimos de Misa nos vamos al Louvre y empezamos una visita general por todo él, que interrumpimos a las 12 para ir a comer con Taracena al León Royal, y que después seguimos hasta que nos echan. El Louvre es una verdadera inmensidad y un Museo disparatado para nuestro criterio de ahora, aunque asombroso para el de

hace cuarenta años. Hay de todo y de todas las clases, pero muchísimo muy bueno. La pintura está como estaba en nuestro viejo Prado, produciendo pobre impresión, y en ese aspecto, aún la misma tribuna de la Gioconda es una desdicha. Pero hay tantas cosas buenas que, aun después de las borracheras de Italia, causan impresión. Entre ellas una serie muy bonita de cosas holandesas con Rembrandt al frente, una buena serie flamenca y española y hasta italiana. En las cosas del XIX me encuentro, por ejemplo, con el Ángelus y las Espigadoras de Millet, y ambas son muy bonitas de color. Pero hay toda una sala en reparación y allí deben haberse quedado la Olimpia y otras cuantas cosas que no encuentro. En la escultura, otro mundo, que bastará centrar en la Venus de Milo y la Victoria de Samotracia, como cosas más gordas, pero en el que no pueden olvidarse ni mucho menos la serie de la sala de virginales griegos, que deja verdaderamente asombrado. Pero la verdad es que hay tantísima gente en el museo y tan malas condiciones de luz, que es imposible ver nada. Y así nos hemos de reducir a dar a matabalho un paseo general para hacernos un poco idea de las cosas que allí hay. Y así descubrimos y vemos un momento la Dama de Elche, y el friso de los arqueros, y una porción de cosas egipcias encantadoras, y vasos griegos, y marfiles, y joyas, y la locura. Todo ello junto con una inmensa sala de venta de fotografía, vaciados, copias, reproducciones, libros, etc., que están acabando de poner en la planta baja. Con todo ello, cuando salimos a la calle voy verdaderamente mareado, y lo mismo creo que les pasa a Navascués y a Taracena. Además está empezando a llover y hace un día bien desagradable.

Nos venimos hacia el hotel, donde vemos un periódico y nos vamos hacia el Boulevard de los italianos en busca de un cine o cosa parecida, pero que si quiere. No hay manera de entrar en ninguna parte y acabamos tomando una cerveza y charlando en un café de la Plaza de la Ópera, esquina a la Rue de la Paix. De allí nos vamos a cenar, lloviendo, por supuesto, y de cenar al hotel, a escribir algo y a dormir a las 11.

8 de diciembre de 1930

EN PARÍS

Y día de la Purísima. Como no he vuelto a tener carta de casa me pongo a escribirles y cuando termino recibo una suya, en la que me dicen que Don Manuel anda muy mediano del estómago ¡Maldita Dirección y malditas imbecilidades oficiales! Es la peor faena que le han podido hacer.

Hoy la gente trabaja como otro día cualquiera y resulta que a las 9 ya no hay Misa en St. Germain l'Auxerrois, donde creímos que seguirían los horarios de domingo, ni en ninguna otra parte. Nos reunimos con Taracena y nos vamos hacia el Palacio de la Bolsa, en cuya plaza está el banco, pues él ha de sacar dinero, lo que hace mientras nosotros desayunamos en un café de por allá. Y luego nos vamos todos a St. Germain, donde Lantier le ha dicho que, a pesar de ser lunes podremos trabajar. Efectivamente, allí nos largan una llave y con ella recorreremos todo el Museo por todas partes, incluso la capilla, donde hay unos cuantos vaciados de cosas ya vistas, sobre

todo de Arlés. Y en vista de que no nos queda nada por allí, nos volvemos Navascués y yo, comemos en León Royal, venimos un momento al hotel por la máquina y los gemelos y nos vamos en el metro, que hoy hemos descubierto, a la torre Eiffel, para aprovechar un poco el día, que está bastante claro y con sol. Allí nos dicen que no se sube más que hasta el segundo piso y a patita, con lo cual nos tenemos que tirar al cuerpo una de escalones muy superior. Pero ello nos permite en cambio ver paso a paso la construcción, que es sobremanera interesante, sobre todo por cómo se hurta constantemente la idea de robustez y todo está hecho con vigas compuestas finísimas, produciendo un verdadero y constante enrejado. La vista desde arriba deja bastante que desear, pues a pesar del día no se ve nada con la bruma, más allá del Arco de la Estrella. De todas maneras tiro unas cuantas placas, complementarias de las que he hecho de la Torre al venir, y hasta nos retratamos. Y después de un rato por allí danzando, cuando ya empieza a oscurecer, nos metemos en el metro y nos vamos al Gran Palais, donde está el salón de la Aeronáutica. Vemos allí una porción de bichos impresionantes y apenas otra cosa que motores Hispano-Suiza. La exposición es muy interesante y lo que dominan casi por completo son los aparatos de pasajeros y turismos. También vemos el autogiro y una infinidad de fabricaciones auxiliares, especialmente de aparatos fotográficos muy curiosos para avión.

Y de allí, en metro, al restaurant, donde nos volvemos a encontrar con Taracena, que ha seguido en St. Germain, cenamos y nos vamos a casa, a trabajar algo con las postales de ayer del Louvre y a dormir, a cosa de las 11.

9 de diciembre de 1930

EN PARÍS

Hoy la vida ha sido la de todos los días, solo los tres únicos acontecimientos, que son: la lavandera, el Museo de Cluny y el Príncipe Igor.

Y la lavandera ha tenido caracteres de acontecimiento porque desde Roma no había dado ropa a lavar, así que hoy ha sido un montón asustante.

Después, nos hemos ido en el Metro al Museo de Cluny, donde estábamos a poco más de las 10 y de donde hemos salido a las 3½. Es decir, otro día que se ha pasado sin comer y que por lo que parece no será el último. Es un mundo entero y hay una porción de cosas de primera fuerza que me interesan sobremanera. En vista de ello determinamos verlo todo, y despacio, para orientarnos y desmenuzarlo en días sucesivos, pues ésta va a ser la única manera. Así lo hacemos y a cosa de las 3 nos bajamos, compramos una serie entera de 150 postales, que aún desmenuzamos y completamos un poco con otras cuantas, y en un metro nos vamos al teatro de los Campos Elíseos en busca de localidades para el Príncipe Igor.

Cuando volvemos, nos tomamos un café y nos metemos en casa a trabajar un rato, hasta las 6½ en que nos vamos al restaurant en busca de la cena. Allí nos reunimos con Don Blas y nos vamos todos tan jacarandosos al teatro, donde tenemos una

delanterita de último piso. Y resulta que de Príncipe Igor no son sólo las danzas, sino una porción de cosas bellas de melodía, y sobre todo los coros, que tienen un valor extraordinario. En este concepto es una verdadera maravilla el cuadro de la borrachera, o de la orgía, como se quiera llamarle, con una infinidad de detalles bien vistos y mejor expresados musicalmente, incluso con los trozos humorísticos en que interviene la pareja de actores cómicos. También es impresionante el dúo de la protagonista con el mayordomo (o lo que sea) borracho, de una gran fuerza musical, y el final de este cuadro entre terrores y fulgores de incendio, musicalmente traducidos con acierto inolvidable. Pero, por encima de todo ello y aun de la maravilla de vida y color que son las danzas, es impresionante el coro aquel de los emigrados del último cuadro., cantado además de manera tan maestra que la gente se queda sobrecogida y no se atreve siquiera a aplaudir.

La presentación me ha gustado de veras; rica y apropiada, a pesar de algunos reparos de Taracena, que siempre ha de estar descontento. Y además estas gentes son maestros en la caracterización. Nos venimos en el Metro hasta el Palacio Royal y allí se marcha Taracena, por no querer seguir en el metro y resulta que tiene que irse a su casa en un taxis.

El teatro, moderno, tiene en la bóveda una serie de frescos muy agradables, con entonaciones claras, que me traen al recuerdo cosas de Puvis de Chavannes.

Aún nos vamos a tomar una cerveza y comentando la jornada nos acostamos a la una, bien dada.

10 de diciembre de 1930

EN PARÍS

Mejor y más exacto sería poner en Cluny porque la verdad es que no hemos hecho otra cosa. Hemos ido hacia allá en el Metro, hemos desayunado en un tugurio en Boulevard San Michel y nos hemos metido en el Museo a las 10 hasta que nos han echado a las 4.

Me he metido con el lote de marfiles al que no le falta más que tener alguna cosa española para ser del todo completo y casi me ha llevado todo el tiempo, anotando en las mismas fotografías y también en el diario. Hemos comprado alguna fotografía más, completando las series en todo lo posible.

Cuando salimos, nos hemos ido a una café de la esquina del Boulevard y la Plaza St, Michel y allí hemos merendado, al tiempo que leíamos algo el ABC. No hay que decir que hoy tampoco hemos comido. Y ya van no sé cuántos. Lo que más me asombra es que Navascués como si nada.

En casa nos hemos dedicado a cambiar las notas y mientras Navascués transcribe lo de los marfiles, yo he transcrito en las fotos sus notas de orfebrería y escultura. Hoy a última hora, comencé yo con el tesoro de Guarrazar, pero he tenido que dejar la

corona grande para mañana.

Cenamos donde siempre con Taracena, quien nos dice que le han dado un aviso de Viñas para mañana a las 11½ y no sabemos si es para él solo o para los tres. En vista de lo cual, determinamos que nos iremos a Cluny y allí nos buscarán, si es ese el caso.

A casa, a trabajar, y a la cama a las 11.

Museo de Cluny:

Sala H = En una de las vitrinas centrales: “Coffret a décoration d’étain: Espagne; XIV^e siècle”: Cofrecillo prismático, de unos 18 x 8 o 7, en madera, recubierto de chapa de hierro y sobre ella clavadas una serie de plaquitas de estaño con figurillas en relieve y clavadas. Dispuestas en círculos grandes, dentro de los cuales se disponen otros seis pequeños y una cabeza central como Gorgona o máscara trágica. Todas las placas circulares son iguales y las escenas parecen referirse a los trabajos de la tierra, veo claros los tres de arriba, que son de izquierda a derecha, la siega con hoz, la trilla con biello, la siembra a voleo; después parece un hombre podando un árbol; otro llevando un animalito, como cerdito o jabalí muy pequeño; y otro hombre con capuchón y un palo o arma en las manos y delante de él algo que puede ser un animalejo. Los círculos, grandes y chicos son con una línea de bolitas entre dos filetes y en medio una florecita de tres hojas en esta forma. En los espacios entre los círculos grandes, estrellas recortadas en la chapita y botonadas con seis puntazos. En la tapa, a un lado y otro de los largos, un listón de recuadros con una simple cuadrícula sesgada. El asa simplemente prismática y puesta en ángulo. En los costados pequeños, una especie de abrazaderas que son así y a razón de tres por lado y cinco en la parte de atrás. Estas abrazaderas se continúan por abajo y forman el sujetador de la chapa de base. La cerradura no me parece que corresponde demasiado con todo lo demás: es cuadrada muy sencilla, sujeta con cuatro clavos y el enganche es así. De todas maneras todo ello me hace un poco raro para español, pero va bien con el XIV.

En esta misma sala 4, en la otra vitrina central y en una de las de las ventanas, hay una porción de moldes de piedra para la fusión de piezas en plomo y estaño, como las placas de esta cajita, santicos e insignias de peregrinación. Todos estos moldes no tienen contramolde, sino que sencillamente las cosas no debían tener más revés que la posición misma que adoptase el metal al enfriarse. Alguno, redondo y muy grande (40 cm Ø) parece por su decoración, con una serie de figuras dispuestas radialmente bajo arcos, ser apropiado para piezas que decoren fuentes o platos.

En esta sala IV hay una serie de exvotos e insignias de peregrinación encontradas en el Sena y hechas por el mismo procedimiento, pues incluso hay un molde de ampollita, que no sé si se dejaría aplastada o después se hincharía, ya que siendo en plomo es cosa fácil.

SALA 24: marfiles

Díptico Montier-en-Der.

Aerobindus

Placa de San Pablo

Véanse las postales

Apóstol 1039.

Placa Otón II y Teophano

Placas de encuadernación

En la misma vitrina que todo esto, quedan otras cosas más. Un peine de marfil, estrecho y de largas púas, bautizado como de arte romano en Egipto, de los siglos III o IV, con dos figuras, una de las cuales es un desnudo femenino, y como la otra es un hombre y se alcanza a ver parte de un perro (hay un gran roto), pienso si serán Diana y Acteón. Será esta en total de 7x15 y de marfil en dos trozos, diversamente patinadas.

También una placa de encuadernación, nº 1050, simplemente con atauriques, sobre esquema de roleos enlazados, con tallo de nervio central, clasificada como del siglo XII. Muy bonita. Mide unos 6x15 cm.

Aún quedan en la misma vitrina dos preciosas placas bizantinas del IX, nºs 1048 orante, y 1049, la Muerte de la Virgen, verdaderamente preciosas, ambas de muy buen plegado y con los ojos punteados en negro. La 1048 medirá 8x9 cm y la 1049 unos 10x10. Ambas de marfil blanco cremoso.

En una de las cuatro vitrinas centrales.

Cofre bizantino de los beluarios.

Olifante alemán. Véanse fotos.

En esta misma vitrina y también en la parte baja, hay un altar portátil, cosas alemanas del XV, en la forma de siempre, con el ara engarzada, en un marco de orfebrería damasquinado, pero además dispuesto en forma de arqueta prismática, con una serie de escenas en placas de marfil en sus costados: un cofre relicario de tapa cuadrada y poca altura, con Cristo bendiciendo en aureola almendrada y los cuatro símbolos de los evangelistas cosa que puede ser muy bien del XIII, con el báculo propiamente tal muy liso, en marfil, con figuras dentro del círculo, y el asta en varios pedazos que entran a rosca los unos con los otros, de boj y finamente tallados con una serie de escenas superpuestas por pisos. Regatón de hierro. En esta misma vitrina, pero en la parte alta nº 1037, Virgen con el niño: véase foto. Además: una estatuilla clásica de Juno, sentada y un trozo de relieve con Cibeles, ambas cosas pequeñas: las figuras llevan agujereadas las pupilas; y una gran arqueta, con tapa de cuatro paños y santos, apóstoles y patriarcas bajo arcos semicirculares, sobre columnas, en forma que no me parece española, aunque los herrajes, dorados, son del tipo terminado en bellota, normal. También un báculo y una tau, cosas del XII, bonitas.

Tríptico del XIV. Estuches de espejos. Véanse fotos. En esta misma vitrina hay una

porción de hojas de dípticos franceses muy finas y otros cuantos estuches de espejos más. Luego, en medio de la habitación, en vitrina aislada Virgen de comienzos del XIV: véase foto.

En la vitrina al lado derecho de la gran Virgen, hay una serie de dípticos y de placas y paces de arte francés desde mediados del siglo XIV hasta la ½ del XVI, no excepcionales y de los tipos y formas consagrados con algún políptico que lleva doradas, y varias placas totalmente caladas con las figuras de lado a lado.

Otra de las vitrinas centrales está en su totalidad dedicada a marfiles franceses y entre ellos los hay de muy primer orden; así un gran cofre con tapa tumbada hecho con placas de marfil policromadas y doradas (nº 1060); una preciosa Santa Catalina sentada en su trono con el Rey a los pies y la rueda, nº 1106, cosa de hasta 15 cm de alta y encantadora: un báculo con la crucifixión (1067) y tres o cuatro Vírgenes sentadas con el niño, algunas con toques de oro.

Otra de ellas está dedicada a cosas del XVI y XVII, alguna muy bonita, pero sin importancia, y en la que queda se juntan cosas en su mayoría italianas, entre las que son graciosos unos cuantos cofres de boda, y un par de cofres orientales; uno prismático del tipo normal, liso con figuras pintadas dentro de círculos, que son caballeros que van de caza con el halcón, e inscripción árabe cursiva (nº 1059) con sus herrajes normales de terminación en bellota, y otro, también prismático y muy claro (nº 1374) de incrustación, con grifos, y con la cerradura en uno de los testeros pequeños.

Frente por frente a la Virgen de pie con el niño hay una formidable pieza alejandrina, una mujer con báculo en una mano y cuenco en la otra, con dos figurillas a los pies y a la que coronan dos angelillos, pieza fantástica, de bastante buena escultura, y de unos 35 cm de altura.

Además, entre las dos ventanas, hay una gran vitrina cuya tabla de en medio está llena de unas cuantas cosas que dice ser españolas y portuguesas. Entre ellas hay un Santiago de azabache, de los medianamente toscos, dice del XVI y de 20 a 22 cm de altura, bueno. Además un enorme santo, un poco ladeado, con barba, bigote y melena y cara muy fuerte y expresiva, que puede ser una cosa nuestra del XVI, como allí dice. También hay una buena higa con figura sentada en el puño, de unos 8 cm de alta en total. Dan allí como español, pero la verdad es que no me lo parece, un San Antonio de Padua muy gracioso, como de unos 15 cm de altura, con restos de dorado y de policromía, y un San Pedrito, compañero de él en labra y tamaño, ambos como del XVII. Ambos valen poco.

11 de diciembre de 1930

EN PARÍS

Suma y sigue de Cluny, pero hoy hemos comido y también hemos trabajado bastante menos. Estábamos allí a la hora de abrir, pero por un camino bastante largo, puesto

que a las nueve y minutos estábamos en la Banque Belge pour l'Étranger, en la Plaza de la Bolsa, donde hemos sacado 750 ptas. a 273, con lo que confiamos terminar París y aterrizar en España. Ha bajado un poco respecto al último cambio que tuvo Taracena y parece que hay algo de tensión. Ya va siendo la pesadilla de España.

En Cluny me he metido con lo de Guarrazar, abundantemente, mientras llovía y nevaba de lo lindo, pero allá a cosa de las 12 han venido Taracena y Viñas y hemos dejado aquello para ir a comer, lo que hemos hecho en un restaurant austriaco que está por allí cerca, y bastante bien por cierto. Nosotros hemos pedido lo mismo que Viñas y nos ha ido bien. Taracena ha querido ser original y le ha pasado lo que siempre, que medio se ha quedado sin comer. Y de allí, a tomar café en el "jardín d'hiver", o sea en el sótano, de un bar cercano. Luego hemos ido en un taxis a la Rue de Rivoli, casa del fotógrafo que ha de arreglarle las diapositivas a Taracena. Nos recibe la madame. Una casa oscura, de tipo barrios viejos nuestros, con una habitación pequeñita de tipo modesto y roñoso y con su alumbrado de gas. Y todo ello en una calle perfecta y absolutamente céntrica. Después ha venido Monsieur, con su barbita en punta, tipo absolutamente francés. La verdad es que el nivel medio de vida de esta gente no es mejor que el nuestro.

Volvemos a coger otro taxis y nos vamos con Viñas al Instituto Hispánico, que recorreremos, viendo de camino los frescos de Mateos que, a pesar de todo, no me hacen del todo mal, y charlamos un gran rato de cosas científicas, de la tradición universitaria francesa, de la rigidez de sus exámenes, etc.

Volvemos a salir y pasamos por una librería española, que es de Vicens, un aragonés que formaba pareja con Buñuel y que está casado con una hermana de Ernestina, pero no está y así continuamos nuestro paseo. Vamos a Cluny, un café al lado de Cluny, donde nos dice Viñas que suele ser punto de reunión de arqueólogos, profesores y demás, y ya desde allí nos despedimos y nos vamos cada mochuelo a su olivo, pues Taracena dice que no va a cenar. Él ya ha terminado con St. Germain y mañana va a ir al Louvre, así que nos citamos para por la tarde.

Nosotros nos vamos hacia León, cenamos y a casa, donde no paramos de hacer que trabajar, y nos acostamos antes de las 11.

Museo de Cluny: Sala 26

Tesoro de Guarrazar. Corona 4979. Cruz pendiente. Toda la parte de atrás de la cruz es de chapa repujada y calada, formando circulitos cóncavos, dentro de los cuales se han calado rosetas, salvo en los de los extremos de la cruz. Y además me parece indudable que la cruz no se hizo para la corona, sino que es una cruz de pectoral, pues en los brazos tiene a la izquierda un enganche de chapa y a la derecha algo así como el resto del clavo de un imperdible entre dos bolas y todo ello me hace creer, sin duda de ninguna clase, una cruz de pectoral, que se sujetaba con imperdible. Así resulta también justificada la técnica de su frente, exagerada para ser una cruz que se pensase para colgar desde el primer momento. En los extremos de unos cabujones que ya son verdaderos cilindros más altos que anchos, y las piedras que van en

medio, azules y de distinta calidad y colorido, sin tallar por supuesto, van montadas completamente al aire, con unas coronas de patitas pequeñas que las sujetan y con cuatro patas mayores que las unen a la cruz propiamente tal. Lo que de lejos no puedo ver bien pero no creo que altere en sustancia la cosa, es si los colgantes de la cruz se le han hecho después o si los tenía desde el primer momento. Estos colgantes son del mismo tipo de los que van debajo de las letras. Toda la corona lleva arriba un grueso enganche de alambre de oro de unos 5 cm de grueso, y una cebolla de cristal de roca sumariamente tallada.

En la misma vitrina donde está el “Fermail”, alemán del XVI, hay una “Diadème-Europa oriental-XVII siècle”, hecha en chapa, con perlas, vidrio y gruesos cabujones que da absolutamente la misma impresión de una cosa medieval, N° 20842. También hay unas espléndidas tapas de evangeliarios que llevan incorporadas en ellas dos muy buenas piezas de marfil: una de ellas una Virgen con el Niño entre seis apóstoles, cuyos bustos van dispuestos a uno y otro lado de tres en tres, en marfil blanco cremoso, y una crucifixión de tipo carolingio, con San Juan y la Virgen, dos sajones con esponja y lanza, dos ángeles y el sol y la luna arriba, en marfil cremoso fuerte, con una bordura de hojas de acanto. Las guarniciones son de filigrana dorada sobre chapa también dorada. La filigrana es de hilo de dos tipos, liso y torcido y cada uno de sus tallitos termina en una bolita, salvo otros cuantos que terminan en algo como un fruto hecho con el mismo hilo.

Los motivos son roleos de tallos múltiples. Sobre todo ello grandes cabujones, unos de piedras y otros de cristal de roca, pero siempre sin tallar. La papeleta da la fecha del siglo XIII y lo da como de orfebrería francesa. N° 1040

En la misma vitrina de las tres cruces hay dos cabezas muy bárbaras de león, en cristal de roca, que dice pertenecieron a un sitial romano del siglo IV. Son de un grueso poco mayor que el de un puño. N° 5296 y 97.

También una rosa de oro papal, de comienzos del XIV, con otras rositas, sobre largo vástago, n° 5005; un precioso cofrecillo alemán del XIII, de filigranas con perlas y piedras y dos “filacterias”, de chapa dorada y cincelada, con enormes cabujones, “Art Mosan: Comt. XIIIe siècle”.

12 de diciembre de 1930

EN PARÍS

Como la juergcita de ayer no debe ni puede frecuentarse, hoy hemos vuelto al plan austero, que ha consistido en trabajar un poco por la mañana en casa, en marcharnos a Cluny, donde estábamos a la hora de abrir, y en meternos allá a ver esmaltes, a todo trapo, además de la sala de orfebrería alemana, hasta que a las 4 nos han echado. En resumen, otro día sin comer y van ya no sé cuántos.

Cuando hemos salido, nos hemos venido derechos a casa, donde nos hemos puesto a trabajar hasta que ha asomado Taracena, que había quedado en venir a recogerlos.

Viñas nos dijo ayer que hoy se reunirían unos cuantos españoles en Le Napolitain y que debíamos hacer lo posible por ir. Así que quedamos citados con Taracena para ir todos juntos. Y allá nos hemos encontrado con Viñas, con Careaga y con un Lahiguera, navarro, vicedónsul de España en París, con todos los males hemos pasado un agradable rato de charla, salvo los momentos en que ¡cómo no! Se ha hablado de política. Pero lo cierto es que esto no ha sido el mayor tiempo.

Lahiguera nos ha contado unos cuantos casos curiosos de los que le han ocurrido con nuestros emigrantes que pasan por el consulado, como el de aquel muchacho vasco que, embarcado en un buque que va hacia el norte, se pelea, se da de golpes y desembarca en Amberes, desde donde, ganándose la vida como puede llegar hasta París. Aquí se presenta al Consulado y le dicen que no pueden hacer más que repatriarle. El muchacho, que tenía 18 años, se niega a ello, porque se había fugado de su casa y él no volvía así. De modo que aguantaría y en último caso, si las cosas se ponían muy mal, se repatriaría. Pero lo enorme es que este hombre que esperaba a que las cosas se pusieran muy mal, llevaba tres días sin comer y durmiendo en la calle.

Con todo esto, nos despedimos muy tarde y corriendo, llegamos a León cerca de las 9 menos cuarto, con lo que por poco nos dejan sin cenar. En cambio de ello nos sirve una camarera que tiene cara un poco de pepona, pero que está deseando conversación, con lo que Taracena está en sus glorias. Pero la deja vivir.

Y nos despedimos, nos venimos a casa, trabajamos un poco y a las 11 en la cama.

Museo Cluny

Sala 25 = En las 4 vitrinas centrales de cada sala hay una representación bastante completa de orfebrerías alemanas, sobre todo nuremburguesa, desde los fines del XV hasta el XVIII. Empieza con ejemplares de tipo gótico, como los dos relicarios anotados de Bale, hechos en chapa cincelada y con pequeñas partes fundidas y reparadas. Las cosas ya del XVI; que ocupan la vitrina donde está la Dafne con las ramificaciones de coral y las de la vitrina del Coupe de Tubinga, donde hay otros cuantos semejantes y jarros de cerveza, tienen un predominio absoluto del repujado, y una predilección mareadísima por los grandes bullones semiesféricos en todos los sitios donde pueden meterlos. Y por fin, ya en el XVII la afición deriva hacia los engarces en joyas de grandes copas o piezas de cristal de roca, en general preciosamente talladas, caracolas, etc. y se emplean abundantemente los esmaltes en los pies y demás.

Hay también en la misma tabla, en las vitrinas de las ventanas, una colección de estuches con miniaturas, otra de retratos en cera en sus cuadritos, otra de retratos en miniatura, otra de útiles de labor y de costura, de útiles de mesa y de matrices de sellos del XVII y del XVIII.

Sala 24 = En la vitrina misma donde apunté el otro día unas cosas españolas y entre ellas unos azabaches, hay otros dos, un Santiago pequeñito (5 cm) y malejo,

sin peregrino al pie, y una rara pieccecita, calada, de unos 2x1,7 cm, que en conjunto resulta, pero que está muy lejos o muy mal visible.

Sala 16 = Esmaltes. En un rincón hay una vitrina pequeña, de mesa, donde está el magnífico bocado dorado francés, y en la misma hay unas cuantas cosas españolas. Una de ellas una cadena que dicen "Chaine de suspensión de lampe. Art espagnol XIV e siecle". Cada uno de sus eslabones está constituido por una placa de esmalte excavado con escudo de armas y cincelada en torno, metida en un marco formado por una medalla de ocho lóbulos que mediante charnela se une al siguiente. Casi como una serie de pinjantes empalmados. Las armas son de dos tipos: cinco ramitas verdes alternadas en campo de oro; o tres barras rojas sobre fondo cuadrulado en diagonal dorado. Las placas se unen al marco por remaches puestos en cada uno de los ángulos que forman los lóbulos al cortarse.

En un cartón de la misma vitrina hay unos cuantos pinjantes de claro tipo español. Uno circular, con medallón de seis lóbulos cincelado dentro y círculo inscrito, donde van unas letras, al parecer árabes, otro con una cara de frente dentro de una corona de hojas, otro con esmalte blanco y bajo corona una divisa o inscripción y otro calado, con un grifo alado inscrito dentro de un círculo, que vuelve cabeza para picarse el ala y que pudiera ser una cosa árabe.

Hay otros cuantos más, pero éstos son los que pudieran creerse más claramente españoles.

Esta inscripción queda en reserva y rayada a buril en su interior, rodeada del esmalte blanco, que le hace de fondo.

En la misma vitrina donde está el Cristo y los símbolos de los evangelistas del XIII, de que hay foto anotada, hay también dos aras portátiles, menos ricas pero semejantes en su forma a la de San Isidoro de León. La más sencilla es de jaspe rojizo, cuadrado con chapa de cobre con grafitos y dicen son de arte anglo-sajón de la 1ª ½ del XI, y la mayor de jaspe verde, va cuadrada con chapa de cobre con grafitos de Majestad entre San Blas y Nicolás, a los lados Melchisedech y Aarón y abajo Abraham. Alemán del XII.

En la curiosa vitrina de evolución del crucifijo, hay uno bueno de Limoges, de esmalte excavado con fondo en reserva, de principios del XIII, con una altura y anchura de cruz de 30x20, que tiene todo el dibujo y silueteado de músculos de aquel mismo tono rojizo que me chocó en algunos ejemplares de Barcelona, en lugar de en el tono negro normal. Las carnes las tiene esmaltadas en un blanco vinoso o purpúreo, la cruz del nimbo en rojo almagra, el paño de pureza en azul ultramar, ceñido con un grueso cordón o banda, verde y pajizo, y esos mismos colores, con el cobalto, son los que andan por todo el ejemplar. Barba y cabellos rizados, cabeza inclinada hacia el hombro derecho; con cuatro clavos y los pies en posición normal sin cruzar las piernas, como es frecuente en otros del mismo tiempo que hay en la misma vitrina.

13 de diciembre de 1930

EN PARÍS

Me levanto a las 7 y me pongo a escribir un rato, con la preocupación del maldito Diario. Pongo también una tarjeta a casa, y nos vamos hacia el desayuno de Palais Royal y de allí a Cluny, donde entramos a las 10 y minutos, me voy al lote de Manises, tras completar alguna cosa de los esmaltes, y no levanto cabeza hasta que nos echan a las 4. Total, otro día sin comer.

A la salida hemos quedado citados con Taracena debajo de Père León, y allí nos lo encontramos un poco machacado y malucho otra vez. Nos vamos en Metro, haciendo una porción de correspondencias, al consulado, que está en un hotel propio, por lo visto, en el Boulevard Malesherbes, muy bien instalado por cierto. Nos presentamos allí a Lahiguera, que nos dice que el Cónsul quiere recibirnos. El Sr. Cubas, grande e incansable hablador, nos recibe muy afectuoso y naturalmente, charla de política. Parece que en Jaca se han sublevado tropas y que la cosa está cada vez más imbécil y más liada. Una verdadera delicia. El Cónsul habla por él y por nosotros, en forma muy amena e inteligente, pero no sé por qué me recuerda los buenos tiempos de Don Javier; nos extienden nuestros certificados, pasamos también la revista Navascués y yo, y nos vamos todos a la calle un poco disgustados y molestos con todas las cosas de España. ¡Qué pena tan grande y qué vergüenza!

Al salir compramos el Tempo, donde vemos confirmadas las noticias, y con esta preciosa impresión nos vamos a cenar. Taracena, además, está efectivamente malo, preocupado con la conferencia, y empieza otra vez con los sudores, como en Roma y Nápoles y con la falta de apetito y las imbecilidades de siempre. Yo no sé lo que le pasa; pero la verdad es que me preocupa. Logramos, al parecer, convencerle de que mañana no salga hasta mediodía, en que iremos a buscarle, y se marcha en un taxis a casa.

Venimos preocupados con las cosas de España y yo pensando en que como esto siga así, llamaré a Don Manuel por teléfono para preguntarle cómo están las cosas y si es preciso largarnos allá.

En el hotel, carta de casa del 11. Sin novedad. Nos ponemos a hacer balance de las cosas que nos quedan que hacer en París, salimos a tomar una cerveza y luego seguimos trabajando, hasta las 12, en que nos vamos a la cama.

Sala 17 = Lote de cerámica árabe y en su mayor parte de loza dorada. Enfrente al paso desde la otra galería, en un trípode, hay una enorme tinaja del mismo barro vulgar de las del Arqueológico, con labores a cuchillo y algo estampado. Es de barro vulgar rojo oscuro, sin barnizado de ninguna clase y con el grueso acostumbrado en la pieza de tres a cuatro centímetros. Ya de tipo completamente gótico, tiene en su parte superior la labor a cuchillo, con hojas de castaño de indias entre cenefas onduladas con hojitas y la parte baja es de estampillas cuadradas unas junto a otras y con sus juntas encontradas como sillería. Debió tener dos asas, rotas ahora, cuya

huella queda. En el rincón de la izquierda, entrando, de la misma sala, hay un brocal de pozo, de barro vulgar estampado y esmaltado de verde, con una serie de zonas paralelas dispuestas horizontalmente, como en todos los normales nuestros. Alt. 90 cm. Grueso de las paredes, 3 o 4 cm. Buen ejemplar. Encima de él, una placa de las de techo, sobre fondo blanco, con ciervo en manganeso, muy gracioso, con la panza rayada, y relleno de decoraciones florales en rojo. Todo en los mismos tonos sucios de siempre y en el tamaño acostumbrado. Aquí empieza el lote de cerámica de Manises, que ocupa totalmente dos vitrinas pequeñas y una enorme. En la primera vitrina predominan las cosas ya del XVI, con reflejo bastante rojizo. Así el nº 2717, con escudo episcopal en el umbo, hombre con casaca y mujer de falda acampanada, a uno y otro lado, entre decoraciones de follaje.

El bote dibujado está completamente azul, probablemente por un defecto de cochura, aunque, fijándose se ve perfectamente todo el oro en una decoración de florecitas poco más o menos la dibujada.

En la tabla alta un puchero de cuatro asas, nº 2735, con reflejo muy rojizo y decoración en zonas horizontales, con grandes hojas en blanco empalmadas. En la tabla siguiente, dos cacharritos como tinteros, que se reducen a un cuenquito colocada sobre tres perrillos sentados que están juntos por las grupas también con reflejo rojizo y con tosca decoración dorada. Tienen unos 7 centímetros de altura, nº 16892. Los platos con representaciones de aves forman un lote de cuatro, de distintos tamaños. El 2771, de unos 12 cm de Ø. Tiene una paloma mirando a la izquierda, con las alas abiertas, reflejo rojizo y tono de barniz blanco cremoso. El 2779, del mismo tono de barniz, es un poco más grande, hasta de unos 20 cm Ø y tiene una paloma muy semejante, con reflejo rojizo. Los 2777 y 2778 tienen el mismo tamaño, unos 40 cm, y reflejo francamente rojo, igual en los dos, e idéntico al del puchero 2735.

Los ejemplares con gallones forman otro lote. El 2693, de unos 35 cm Ø, de reflejo bastante dorado, lleva gallones exteriores, un emblema en el umbo que no entiendo, y una serie de zonas concéntricas, todo ello en decoración de relleno de oro. El 2712, de 43 cm de Ø lleva en el umbo escudo con dos soles y banda sobre campo de oro. Las zonas acostumbradas de relleno y los gallones macizos alternativamente de oro, y los blancos con tres rosetillas. El reflejo es bastante pajizo. El 2741, de reflejo más plateado que todos ellos, con labor secundaria de caligrafía y de florecitas, lleva en el umbo un escudo con águila explayada y el campo entre este y los gallones dividido en dos sectores por la misma decoración. Por fin el nº 2702, moldeado en gallones, tiene decoración general de flores y aspás sin hacer caso de ello y el umbo con una roseta de gallones.

El nº 2770, muy grande, de unos 60 cm Ø, es de reflejo muy rojizo y asimilable por sus características al grupo de los que llevan decoración de aves. En el umbo lleva una cruz de Malta y en el campo un escudo episcopal con barras doradas. El resto de la decoración grande son palomas y flores, con la decoración menuda normal entre medias.

Quedan además otros cuantos ejemplares que no se pueden agrupar en serie: nº 2722, de unos 30 cm Ø, con grandes tallos ondulados y hojas múltiples en blanco sobre oro; nº 2723, del mismo tamaño, con zona de hojas múltiples en relieve y silueteadas en azul; nº 2713 con hojas en relieve y reflejo muy violáceo; nº 2709, de 35 cm Ø, con cigüeñita en el umbo y decoración; nº 2691, con dos bolas orlas de letrero ilegible, decoración fina de tallos ondulados que hacen pabellones encerrando florecillas; nº 2697 con reflejo claro, Ø 45 cm, y hojitas en relieve imbricadas; y nº 2729, con grandes piñas contorneadas de azul y rellenas de cuadrícula con oro, diámetro 30 cm, reflejo claro. En la misma vitrina diez azulejos de cuerda seca y arista, corrientes y dos trozos de alicer, de cuerda seca, normales. Arriba, un cuadro de azulejos de lazo, de cuerda seca, normales.

La vitrina siguiente, de cuatro paños, es la que guarda el grueso de la colección. Encima de ella un gran letrero en azulejos sobre fondo blanco, con la inscripción "Fábrica de azulejos" en azul, pintado, en que los palos gruesos de las letras son hombres en diversas actitudes. Parecen ser lo menos del XVIII y del momento del azul en Talavera o más bien de Alcora, si no son de una Fábrica cualquiera vulgar.

El lote está compuesto por una serie de cacharros y de platos. En los cacharros, así el más importante es la anforita reproducida en la postal, nº 2732. Formando lote con él y con la misma decoración de hojicas va un tarrico de botica, nº 2757, y su compañero, de unos 30 cm de altura. A este mismo grupo puede asimilarse el plato 2738, con hojas idénticas, pero solo doradas, en círculos concéntricos, que en el centro lleva sobre azul 5 estrellas y tres animalillos como puercoespines, en oro. También con hojas iguales y solamente en oro, está el cuenco 2730, de unos 15 cm, muy sencillo de forma. Compañera de ésta la 2731.

Luego hay otro lote en que el tipo de las hojas varía un poco respecto de éste, y en éstos platos predomina mucho el azul, siendo el reflejo muy amarillento. Las hojas tienen este tipo y siempre son en azul, así como sus tallos principales, mientras que toda la decoración complementaria se hace con tallos en oro. Forman este lote el 2753 y el 2752, con IHS en medio, en letras góticas; el 2751, con escudo con tres lises de oro sobre fondo azul y peñas y flores azuladas sobre blanco; el 2752, con las mismas hojas y escudo azul, lo relleno y oro lo blanco; otro, sin número, al lado de éste y con IHS gótico también, y otro, también sin número, con escudo los peces, blancos, sobre fondo azul, y las barras en manganeso, además de una gran copa, de forma de unos 25 cm de altura, que lleva el IHS gótico en el centro del plato y toda ella con las mismas hojas azules ordenadas un poco como en gallones rectos.

Al mismo grupo de los cuenquitos 2730 y 2731 hay que añadir la jarrita del croquis, de 30 cm de altura, que lleva un escudo con un león en su frente, y en el borde superior una cenefa cuadrículada, estrechita, y con el borde dorado en su parte interior.

Semejantes al gran puchero de cuatro asas 9634 en cuanto a sus decoraciones complementarias, son dos copas, 22694 y 2692, con algo de gallones o de salientes, y todas rellenas de las mismas decoraciones, pero sin nada de oro.

Grupo perfectamente aparte, por su reflejo, que es el más claro y amarillento de toda la serie, forma el puchero de cuatro asas, nº 2734, solamente dorado, con una decoración que se reduce a repetido simétricamente y en la base un pequeño trozo de labor de acicate.

El lote correspondiente al 2684 y sus dos platos gemelos, queda reseñado en la postal, así como los platos 2739 y 2740, que no forman serie y de los que hay fotografía.

Otro lote forman dos platos del "alafia" números 2689 y 2690, con reflejo muy claro y amarillento ambos. El 2690, de unos 50 cm 0 tiene en el umbo un águila explayada, de una sola cabeza, en oro y luego dos zonas concéntricas de alafia en azul oscuro, de a cuatro sectores cada una, separadas por piñas o frutos, también en azul. El perfil del plato es El 2689 tiene una disposición absolutamente semejante, salvo que lleva gran flor de lis blanca y cuatro rosetas blancas, en los ángulos, todo sobre oro, en el escudo y que la zona exterior nos es de alafia, sino de grandes hojas azules en esta forma , con los almendrados que quedan rellenos con una decoración de oro en esta forma Con estos dos platos del alafia pueden agruparse dos grandes tarros de botica, de la misma calidad en cuanto a cobalto y a dorado: los nº 2687 y 2688. El más claramente relacionable es el 2687, cuya decoración se reduce sencillamente a bandas de alafia horizontal y verticalmente dispuestas, separadas por zonas de oro y por piñas de las empleadas normalmente con el alafia, en azul. En cambio el 2688, salvo en su parte inferior, tiene el motivo más descompuesto y menos claro, haciendo en su parte media una cuadrícula alternada, azul y dorada. Alt. 40 cm

Sin compañero, queda el plato 2750, con decoración de zonas concéntricas de clavellinas de oro dentro de círculos azules. Reflejo rojizo vino. Diámetro 40 cm.

Otro grupo se forma con dos platos de muy poco azul. El 2061, de 40 cm de diámetro, con un león rampante en el escudo, y el 2744, con águila explayada de una sola cabeza en el escudo también, y próximamente del mismo tamaño. Lo que les relaciona es la forma de las hojas de la decoración, en oro, completamente macizas, sin matizado ninguno, unida por tallos con nudos donde quiera que se encuentran.

Hay también dos buenos platos con decoración de acicate, el 2746 que lleva el escudo cuartelado de Castilla y León, y el 2747, con el escudo de Sicilia, ambos nada más que con oro, de buen reflejo.

El grupo de gallones rectos son nervios de separación marcados en relieve, tiene tres representaciones: el nº 2759, solo con oro, con labor de caligrafía, con águila de perfil, y con las alas extendidas, de unos 4 cm de diámetro; el 2749, con los nervios

de los gallones marcados a tonos azul y oro, con rellenos distintos entre ellos de caligrafía y con un escudo raro, bastante perdido, dividido verticalmente en tres zonas; y el 2758, con botoncillos, labor de caligrafía y el IHS gótico en medio. Los tres del mismo tamaño y de muy buen reflejo.

Quizá pudiera considerarse como un tipo intermedio entre este grupo y los de gallones curvos, el ejemplar 2711, del mismo tono de reflejo y solamente de oro en trazados de los de caligrafía. Tiene en la zona exterior 8 cuadrados en relieve y dentro una serie de gallones curvos embrionarios, marcados por un nervio en relieve, y el mismo umbo otros pequeños gallones. El escudo central va contorneado en azul y es todo de oro, salvo los cinco discos, que son violados.

Y ya viene el grupo de los francamente de gallones: el 2698, todo de oro, con águila de perfil con las alas extendidas, en el umbo y perfil; y el 2727, más pequeño, todo de oro y con reflejo rojizo, perfecta y absolutamente del tipo normal de gallones, con el que habría que asimilar la gran copa nº 2733, de unos 30 centímetros de alto, también toda de oro, sin azul alguno, con gallones alternados, macizos y blancos. Y también de gallones, pero azules y oro alternados en las dos series de la zona externa y de la concavidad, el nº 2714, igualmente de unos 30 cm.

Al lado de estos de gallones se forma un grupo interesante con los platos en que la decoración va marcada en relieve; por ejemplo, nº 2723, sólo oro; nº 26... (el resto tapado con un sujetadero) en que luego la decoración no ha hecho caso mayor del relieve; el 2720 con reflejo muy rojo y azul muy fuerte y relieves en la zona externa; el 2728, con oro y azul y : el 2730 con oro y azul y . Quedan aparte de todos estos y sin serie, otros tres ejemplares. Todos 30 cm de diámetro.

El nº 2748 tiene un gran león rampante que cubre toda la superficie del plato, con sus patas azules y una decoración complementaria en oro, así, aunque muy grande.

Otro es el nº_ al lado de éste, comenzando con león rampante en medio y fuerte decoración en azul con hojas en azul, silueteadas en blanco y en oro. Perfil y el mismo tamaño. Otro es el nº 2724, de perfil que tiene una decoración grande en azul y oro, formando como unos grandes cuadrados concéntricos.

Además de todo esto quedan en la vitrina cuatro azulejos de cuerda seca con un patrón completo de lazo de doce en rueda arpada con cuatro en estrella de ocho en los secundarios, con sólo verde, ocre y manganeso, que puede ser muy viejo, y otros de arista, menos notables, incluso uno renacimiento.

Junto a la vitrina entre ella y el paso a la sala 18 hay otros dos platos de reflejo, pequeños y malitos, uno con sólo oro y otro con dos círculos azules además, y ambos con reflejo muy clarillo.

En el fondo de la sala, al lado del pasaje a la 18, hay otra vitrina de dos cuerpos con el resto de Manises, ya correspondiente a cosas del XVI y del XVII, como las de la vitrina primera. Como pieza cumbre tienen un aguamanil de caballere a caballo,

como los candeleros de Osma, nº 2778, con reflejo fuerte y rojo, como lo natural. La pieza está perfectamente intacta, y tendrá unos 25 cm de altura. Además tienen dos candeleros de unos 10 cm de altura y de las mismas características, nºs 2774 y 2725, y dos platejos pequeños, que no llegan a los 15 cm de diámetro, con decoración muy basta. Un poco mejor que ellos, el 2765, con mucho punteado grueso en el fondo, y próximamente del mismo tamaño. También dos tarritos de los vulgares, pero bonitos. Fuera de esto y de los platos, no quedan más que cuatro azulejos vulgares, de arista y una rajola valenciana en azul y verde con banderola e inscripción, de la forma croquizada.

En los platos hay de todo: el 2699 de gallones embrionarios y decoración caligráfica, todo en oro no muy rojo, bastante bonito; el 2246, de decoración en relieve con hojas y todo en oro de reflejo dorado; y los demás son todos de tipo del XVII o por lo menos de plena decadencia, barbarotes y con un gran abuso de la decoración más brutal de punteado, salvo dos muy grandes, de 60 cm, nºs 2766 y 2769, con reflejo muy rojo y labor muy bárbara, con una gran serie de bichos y de palomas, que llegan a recordar las de Cabré en las cosas de Azaila, en las orlas circulares.

Encima de la vitrina, un plato muy cóncavo y rojizo de tipo de los de Muel.

En la vitrina primera descrita hay un plato pequeñito (15 cm) de Paterna, con roleos y una piña en negro, y bandas circulares en verde, nada más que mediano, "Don El Bôte", en la misma tabla que el gran puchero o tarro azul.

14 de diciembre de 1930

EN PARÍS

Hoy, naturalmente, no hemos dormido, y mientras despertamos nos dan las ocho. Mientras Navascués se afeita yo me pongo a escribir un poco y con todo ello tengo que correr de lo firme para poder llegar a St. Germain l'Auxerrois a la Misa de 9. Y no logramos más que cogerla por los pelos; pero al fin logramos oír Misa.

De camino hacia Cluny nos compramos un periódico, que no nos da muy buenas noticias de España, pero seguiremos aguantando. En Cluny nos dedicamos fundamentalmente a ir completando lagunas de los días anteriores mientras nos abren las salas de los tejidos, que por de pronto están cerradas. Así recorremos toda la parte de la cerámica italiana y doy un vistazo a la francesa para completar de prisa las notas que ayer ha tomado Navascués. Y en un momento de tregua, antes de subir a los tejidos, compro el librito de "La historia de Francia en el Museo de Cluny" de Haraucourt, que me parece muy útil.

De las cosas no anotadas son muy importantes unos cuantos lotes. El de "gres" o barros alemanes es extraordinariamente curioso. En todos ellos hay una tendencia rectilínea muy marcada en las formas, que casi tienden siempre a dos tipos, el jarro cilíndrico alto o bock de cerveza y un jarro grande con tapa y asa, muy panzudo con decoraciones en múltiples zonas horizontales, que a veces llegan a ser rectas, de

modo que la silueta general se produce por escalonamiento de ellas mismas. Las decoraciones se hacen casi exclusivamente en moldeado, con figuras y escenas. Todos los ejemplares están barnizados, por lo general en un blanco sucio de color huesoso, aunque no faltan en ocre ni en verdes pero siempre con barniz grueso. Una de las jarras panzudas a que antes me refiero, figura un jaque, con grandes bigotes y sombrero, y enorme panza, bebiendo cerveza, esmaltado en policromía.

Otro lote muy importante es el de los vidrios, que no me da novedad alguna, fuera del gran número de ejemplares de los Países Bajos, en ejemplares absolutamente transparentes, entre los que abundan las copas estrechas y largas, tantas veces vistas en los cuadros de género holandeses, y del número también muy crecido de ejemplares con escenas grabadas a la rueda.

En las salas de tejidos no hay manera de tomar nota de todo lo que veo, de no dedicarme a ello una serie de días. Pero... aún me acuerdo de algunas cosas. Hay una serie grande de telas, todas las que no son de gran tamaño, que están dispuestas en cuadros giratorios en forma semejante a la de exposición de los grabados y dibujos. Así está un buen lote de cosas coptas y otro muy abundante de terciopelos. Los ejemplares grandes están instalados en vitrinas. La primera a la izquierda, entrando, tiene una porción de tejidos españoles, alguno como el de Cardeñosa, mejor dicho, no exactamente igual, pero de la misma serie. Hay también tres ejemplares de tiraz o almaizal, uno de ellos, salvo el color, muy semejante, si mal no recuerdo, al últimamente adquirido en Valencia de Don Juan. La más impresionante es la vitrina de más allá, próxima a ésta, donde además de un buen ejemplar de damasco verdoso con decoración de grifos, hay un motivo casi completo del tejido bizantino de las cuadrigas, inmenso, casi de cuarenta centímetros en cuadro, que no llega a abarcar todo un elemento. Los tonos dominantes son un azul grisáceo, pero cobalto y un amarillo desvaído, de tono marfileño. En el paso de esta sala a la siguiente de la izquierda, y en la jamba de la izquierda, también, hay colgadas en el muro dos tablas para el planchado de terciopelos españoles. Son de madera dorada, al parecer de roble, de unos treinta por veinte centímetros y llevan tallado a bisel, muy profundo, dejando en saliente muy fuerte, las líneas que forma el motivo, que es de los lanceolados bastante menudos, en ambos casos. Supongo que para emplearlos había que planchar el terciopelo con el haz sobre ellos, o bien se haría estampando el molde a presión, de todas formas, ninguna de las dos maneras de eso me satisface en cuanto a la facilidad de su empleo.

En las salas de los encajes, donde hay unos cuantos ejemplares muy característicos, sobre todo uno pequeño, de punto de rosas, de Venecia y unos cuantos modelos, muy buenos, de deshilados. Además, en estas salas hay unas cuantas alfombras, rotuladas como de Asia menor, con motivos muy sencillos y en colores muy enteros, de entonaciones y arquerías que recuerdan altamente al ejemplar de cerámica que tenemos en una postal en color.

En los bordados una fuerte colección, proporcionalmente a las demás, de ejemplares españoles, aunque no sea demasiado numerosa ni demasiado buena.

Como no hay más remedio que acabar de alguna manera, lo dejamos y nos despedimos por ahora de Cluny. Y nos vamos a buscar a Taracena. Nos le encontramos abajo y un poco más animado que ayer. No ha salido; menos mal que una vez lo ha hecho bien. Como no hay necesidad ninguna de echarse a la calle, y desde luego bastante más caro que en el Padre León. Pero lo esencial es que se come. Hacemos después un rato de sobremesa, charlando con la preocupación de siempre de las cosas de España. Y por fin nos vamos Navascués y yo hacia el Jaquemart André, calle de Vaugirard adelante, pasando de largo por el Luxemburgo, hasta el Boulevard Raspail, majestuoso, donde tomamos el Metro, que nos deja al lado de la Gare St. Lazare y desde allí, por la Rue de la Pepinière, nos vamos al Boulevard Hausmann, muy de aristocracia siglo XIX, donde está el Museo Jaquemart André, en un hotel también muy XIX y muy característico, con una gran entrada hasta un trozo de jardín, con su espacio cubierto muy amplio, para espera de coches. La colección, a despecho de todas las cosas que me han dicho por todas partes, no tiene nada que ver en ningún sentido con casa de Osma, como que en ella ha presidido un concepto totalmente distinto. Aquí no se ha querido hacer tal museo ni tal colección seriada y de estudio, sino simplemente una casa particular, muy bien instalada, que se enorgullece de una porción de verdaderos tesoros. Yo ya tenía idea de ella por un número almanaque de *L'illustration*, y la verdad es que allí habían cogido la casi totalidad de las obras maestras. Y claro, me llevo las consabidas sorpresas; una de ellas que los Peregrinos de Emaús, de Rembrandt, es muy pequeño, y desde luego totalmente distinto, por ello de lo que yo me había figurado. Y no sólo esto, sino que tiene una transparencia y una finura enorme en las sombras, de manera que puede verse total y perfectamente el discípulo arrodillado ante Cristo. Otra, es el retrato de hombre por Franz Hals, de un vigor inverosímil en cuanto a construcción y modelado, de manera que llega a recordarme a Velázquez, si no fuera por la técnica, totalmente distinta. La de Hals es muy trabajosa, de pincelada muy menuda, con toques multiplicados. Sólo se ve algo de pincelada amplia y puesta de primera intención en la mano pendiente, hecha, según eso, con menos empeño, pero con un enorme valor plástico a pesar de todo. El que es absolutamente nuevo para mí y desde luego, muy hermoso, el retrato de Franciscano por Murillo, de una sobriedad y de un carácter verdaderamente impresionantes, tanto en dibujo como en técnica. Y siempre con la especialidad de nuestros retratos: el estar cargados de vida interior, más apreciable aquí por estar en la misma sala que el Hals y el Rembrandt y aún el Van Dyck del gordo, tan hermoso también. En esta misma sala, en una vitrina de la pared frente a las ventanas, entre el Hals y un Rembrandt, hay dos lámparas persas de vidrio esmaltado, con inscripción, muy grandes, como que tienen unos 30 cm de alto, hermosas, y dos platos de Manises, relativamente grandes, uno del "alafía" y otro del "Ave María" con animalito, y en una

vitrinta solas en esta misma pared, una encantadora Virgen Francesa del XIV. Pero es toda la casa la que está llena de obras maestras, y no solo en cuadros, como el Greuze, el Fragonard, el Boucher, ni de esculturas, como la preciosa serie del piso alto, en las salas del renacimiento italiano, con el busto tan hermosos de san Jorge, y donde también hay entre los cuadros una copia o réplica de los Mantegna de Padua, sino en una porción de cosas menudas y chucherías, hasta tabaqueras y relojes, y joyas, en que hay verdaderas preciosidades.

Lo único que me molesta fundamentalmente en la casa es la serie de tíos con el sombrero de dos picos, a cual más innoble, y la escalera, disparatada en unas proporciones inverosímiles. Fuera de esto, y de que no se parece a Casa de Osma, todo lo demás que se cuente de ella habrá de ser maravilloso.

Pensábamos haber ido al Museo Gustave Moreau, pero ya son las 3½, y optamos por marcharnos andando hacia casa, y a ver si de camino hay periódicos de España. Salimos comentando lo visto y dando un paseo hacia St. Lazare y la Opera, y luego, el Boulevard de Capuchinos y siguientes, buscamos en vano periódicos de España. Hay una enorme animación por todas partes, de gente burguesa por su tipo y sus maneras, con gran cantidad de matrimonios con chicos y con enorme cantidad también de muchachitas, muy graciosamente vestidas, pero modestas y de aspecto de muchachas decentes. En los bulevares tres o cuatro charlatanes con sus enormes corros de curiosos. Es decir, que la gente es lo mismo en todas partes y que el afán de novedad hace decir muchas tonterías a los que vuelven, por lo regular tan hinchaditos y despreciando lo nuestro. En las Galerías Lafayette hay gran exposición de juguetes, y una inmensa cola que espera pacientemente el momento de entrar, y en esto sí que se diferencian de los nuestros, pues no podemos menos de pensar en la juerga con que esta gente se entretendría en España.

En casa no hay nada nuevo y seguimos hacia la Plaza del Palais Royal, donde hay más gente que nunca viendo el anuncio del Louvre, de manera que apenas podemos llegar al Metro, y allí hemos de esperar casi media hora para tomar los billetes. Y por fin, a cosa de las 5½ llegamos a casa de Taracena. Nos le encontramos un poco más animado y nos enseña las diapositivas de su conferencia y charlamos un rato mientras tomamos una cerveza.

Cenamos en casa del Père Leon, donde la camarera nos pregunta por el otro señor. Ya hasta nos conocen. Y nos metemos en casa a trabajar algo después de hacer plan para el lunes.

15 de diciembre de 1930

EN PARÍS

Nos levantamos un poco más temprano que de costumbre y aunque trabajamos un rato, salimos con tiempo suficiente para estar poco después de las 9 en la Magdalena, que es uno de los grandes fiascos, porque por dentro no tiene nada que ver con el

exterior. Dentro han metido sencillamente una iglesia dieciochesca, barroca o más bien neoclásica, porque este demonio de gente tiene un sentido de la medida que yo creo no llega nunca a las exageraciones barrocas, pero me resulta todo esto tan frío por dentro como por fuera. Compra Navascués un par de postales y cuando salimos vemos que los domingos hay misa con órgano y nos prometemos venir a ella. Además, es la primera iglesia donde vemos que los días de fiesta hay Misa de media en media hora. Volvemos en Metro hacia Palais Royal y aún tenemos que esperar un rato a que nos abran en el Museo de Artes decorativas, donde nos pasamos toda la mañana nada más que en recorrerlo. Vamos de abajo hacia arriba, y empezamos por tanto por lo más moderno y francés, por supuesto, aunque en las salas del XX nos encontramos con cosas de todas partes, incluso de nuestros Clará y Mateo Hernández; un busto de mujer del primero y un dibujo de ciervo del segundo que, por sus colores y su manera de estar hecho, podría decirse que era una imitación consciente de los animales de Altamira. De todas las cosas del tránsito del XIX al XX con lo que más transijo es con una serie de vidrios de irisaciones metálicas muy bonitas y formas de botellas de cuello muy largo y estrecho, panzudas y de vasos atonelados. Pero la verdad es que marea tal cantidad de cosas y sobre todo de joyas. Es posible hacer una reconstrucción perfecta de cualquier interior o de cualquier momento de la vida del XIX. En el 2º piso retrocedemos un poco en el tiempo y nos encontramos en el XVIII, no tan rico como yo podía esperar, no sé si por menor cantidad de ejemplares o porque no me acaban de entrar las cosas de los Luises. Hay, sin embargo, unas cuantas habitaciones perfecta y absolutamente reconstruidas en la parte que da a las Tullerías. Y por todas partes la misma infinidad de chuchería y cachivaches. En este mismo piso y en parte del siguiente es donde está instalada la colección de pinturas modernas que constituyen el Legado Moreau, donde de momento nada menos que con casi toda la historia de la pintura francesa del XIX, empezando con algo de Prud'hon, francamente feo, por duro y seco de color. Es cosa inexplicable el hombre que tiene dibujos y academias tan bellos. En cambio las obras de Delacroix, del que hay unas cuantas acuarelas, siempre de asunto oriental, son encantadoras por el desenfado y la libertad con que están hechas, aunque su construcción y su orientalismo no me convencen del todo. En estos aspectos, Fortuny, cuyo nombre acude enseguida a la memoria, es mucho más convincente. El que me sorprende y en su contra, es Decamps. Su salida de los chiquillos de una escuela turca, tan clara en fotografía, es aquí lamentablemente oscura, hasta el extremo de que pienso en si el tiempo habrá oscurecido el cuadro y las fotos sean de clichés viejos.

Pero la sorpresa principal es el prolífico Corot, además perfecta y absolutamente moderno, con una técnica de grises y gama fría muy definida. La muchacha es cosa que fácilmente se pondría entre los mismos impresionistas. Y ya que hablo de ellos, sorpresa enorme la del "Dejeneur sur l'herbe" que, perdido el escándalo, queda como un buen cuadro,... muy bien pintado, y muy seguro de dibujo. La construcción de las cabezas es sencillamente formidable y casi estoy por decir que velazqueña. Ahora bien, lo que no es el cuadro es luminoso, sino casi todo lo contrario. Me

admira pensar que de aquí haya salido la pintura al aire libre, claro que mirando atrás, sí se comprende. Después de ello, lo sabido: Monet, Pissarro, Sisley y Whistler, fundamentalmente. En todos ellos encantador el color y las armonías de grises. Todo ello claro que lo da de sí el paisaje que tienen por modelo, en el que son muy raros los golpes fuertes de sol. Lo que son muy bonitos, y además tenía poca idea de ellos, son los cuadritos de Díaz de la Peña, casi todos ellos de figuras. Casi todos ellos, salvo diferencias no muy esenciales de color, me recuerdan a Goya y sobre todo a Lucas. También hay cosas de Renoir, con un encanto de color que bordea muchas veces el cromo, pero con este exquisito sentido de todo lo francés no llega a caer nunca en él; y otras de Carrière, que resultan encantadoras, pues la indecisión no es solo de dibujo, sino también de color, aunque sin querer no puedo menos de acordarme de Rembrandt y comprobar la enorme distancia que media entre uno y otro: inútil buscar aquí nada de la enorme vibración y vida de las sombras del holandés. No sé si queda algo más. Compramos una serie de postales, no muy buenas. Me da la impresión de que por vez primera me he asomado a la pintura moderna francesa, lo que casi equivale a decir a la mundial.

Seguimos hacia arriba, y en el último piso ya puede decirse que es el delirio. Nos encontramos por de pronto con las secciones orientales, persas fundamentalmente, donde hay maravillas de color, no sólo en los platos de Rodas, en los vidrios y lámparas de mezquita, que no ceden a lo visto ayer en Jacquemart André, en los azulejos y decoraciones murales y en los tapices. ¡Lástima de tiempo! Todo esto hay que dejarlo para otra vez. Volviendo hacia el cuerpo del Museo, en el tránsito entre la sala de la derecha y la central, está la puertecilla famosa, cuyo rótulo aparece corregido por Don Manuel en lápiz, con la atribución a España.

Todo el resto de este piso está lleno fundamentalmente de cerámica y porcelanas, en su parte del Carrousel, y en el extremo de esta ala, la sala española, con un muy buen lote de cerámica dorada, otro muy hermoso de vidrio con algunos catalanes, y una porción de cosas de mayor o menor importancia, pero imposible ver despacio ni anotar nada. En el ala correspondiente a la calle de Rívoli, está toda la colección de tejidos y encajes, por la que no hacemos más que pasar, pues ya vamos cansados hasta más no poder, y yo, por lo menos, ni me entero de lo que veo. Sólo noto que en los terciopelos han adoptado la manera más expedita para no errar, poniendo en las cartelas "Italia o España", y quedándose con ello tan tranquilos. Este mismo lado del salón central, al que desembocan con sus balaustradas los anillos de las cúpulas de abajo, tiene infinidad de porcelanas y cerámicas chinas y japonesas, además de bastantes lacas y una porción de jarros y botellas de esmalte tabicado, que en su conjunto resultan mates y admirables. Son los mejores ejemplares que de ello he visto.

A la calle, no sin comprar todo lo que encuentro útil en la colección de postales, bastante medianas por cierto, y que fundamentalmente se reduce a la colección de encajes y de porcelanas de Sèvres. Comemos en casa del Padre León y después nos

vamos en el Metro en busca del hotel Byron donde está el Museo Rodin, cerca de los Inválidos. Toda la casa es de un gusto muy francés. Transpuesta la entrada de la tapia se encuentra uno en un jardincito, de setos bajos muy recortados. A la izquierda un bronce del "Penseur"; a la derecha una capillita, muy gótica. Donde hay vaciados de cosas del mismo Rodin, y al fondo el Museo propiamente tal. Hace un día plomizo, muy parisiense, con el cielo completamente bajo, como si se nos cayera encima. Las obras de Rodin hacen una impresión verdaderamente brutal. Me vuelvo a encontrar otra vez con estatuas sin punto de vista, pensadas en bloque y visibles por ello desde todas partes en todo su valor, y a sentir un aliento, distinto, pero equivalente en su magnitud al de Miguel Ángel escultor. Sin embargo, hay una gran diferencia. Es muy apreciable, pero difícil de explicar. Parece como si Miguel Ángel hubiera escogido la animalidad grandiosa del cuerpo humano y sobre ello hubiera construido su ideal con un íntimo sentido arquitectónico mientras que Rodin pensó más en la animalidad sensual. Las esculturas de Miguel Ángel no parecen talladas, sino construidas: las de Rodin tampoco parecen talladas, sino furiosamente, sensualmente, acariciadas.

Si hubiese de buscarle un equivalente literario creo que no se lo encontraría más que en Zola. Tiene cosas extraordinarias Rodin de valor y de sentimiento, dentro de un asqueroso prurito de talla naturalista; por ejemplo el Beso, la Primavera, la Edad del Bronce, el San Juan Bautista, etc. La más emocionante quizá es Ídolo eterno, realmente grandiosa. Pero lo más de su obra, fuera de estos aspectos monumentales, y lo más complacidamente tallado son una serie de grupos pequeños, de un erotismo inmenso, que culminan en la "Mano de Dios", aunque la verdad es que en ellos se llega a calidades de talla en el mármol verdaderamente insuperables. En cambio los dibujos no me convencen: son sencillamente apuntes rápidos, manchones, pero tan mal construidos que no me cabe en la cabeza sean suyos más que en el caso de hacerlos así deliberadamente o en el de que no dibujara él en realidad más que para pasar el rato.

Rodin nos ha trastornado a los dos, a Navascués y a mí. La verdad es que la impresión que saco es la del caso de un pobre desequilibrado, neurótico y sensual, que hubo de tener una vida trágica en su carrera tras el sentido hecho materia permanente, aunque alguna vez llegase casi a plasmarlo, para mayor desesperación suya.

Hemos salido del Museo Rodin, nos hemos metido en el Metro y hemos ido hacia el Instituto de Estudios Hispánicos, donde Taracena tiene a las cuatro una conferencia. Llegamos poco antes y saludamos a Lantier y a su señora, que encontramos a la entrada. Taracena no llega todavía. Pensamos si seguirá malo. Al cabo de un rato llega con Viñas, bastante animado. Y nos encontramos, ya al empezar la conferencia, con el petardo de costumbre: las diapositivas están mal cortadas y no entran en los chasis. Total, que con la navaja y por percusión, he de arreglarlas. Y la verdad es que me sale bastante mejor de lo que yo creía. La salita es simpática. Viñas ha presentado a Taracena y éste, ante sus setenta personas, se ha soltado su conferencia con proyecciones, en cincuenta minutos, y con sus ribetes de cursilería. Un desencanto para mí.

Después con Taracena, Viñas y un simpático muchacho, profesor de castellano y que lo habla formidablemente, nos hemos ido a la librería de Vicens, donde hemos estado un rato de tertulia y luego nos hemos ido dando una vuelta a tomar una cerveza en un café de la Bastida, donde hemos tenido ocasión de ver al natural unas cuantas parejitas que se acarician en público como pueden y más de lo que pueden. Antes hemos dado unas vueltas por el barrio judío y demás, donde nos hemos encontrado calles típicamente nuestras, semejantes en todo a la de las Huertas y del León.

Viñas me ha invitado a una conferencia para el viernes. Mal viene la cosa, porque no tengo elementos. Me procuraré unas "Cartillas" y en paz, porque la verdad es que la idea me gusta. Del café nos hemos ido ya derechos, en el Metro, al Père Leon y luego a casa, donde hemos estado trabajando y comentando la conferencia de Taracena y la mía. A las 12 a la cama.

16 de diciembre de 1930

EN PARÍS

Estamos citados con Taracena a las 10¼ en el salón de las Cariátides del Louvre, para ir a ver la colección ibérica. A las nueve menos veinte minutos se despierta Navascués y me llama. Aprisa y corriendo nos hemos vestido y salimos del hotel. Al salir se encuentra Navascués con una tarjeta de su mujer en que dice que no hagamos caso de los periódicos y que hay absoluta tranquilidad. La postal es del 13, desde Zaragoza, de modo que esto va bien. Nos vamos a desayunar y luego al Louvre. En los Almacenes del Louvre hay gran batida. Han puesto tres escaparates, uno con una playa, otro con una población marroquí con sus soldados franceses, y otro con una caza de osos por hombres o de hombres por osos, pues la cosa no está muy clara, y todos con movimiento y gran regocijo.

En las Cariátides, efectivamente, no está Taracena. Cuando ya nos disponíamos a ver con detenimiento la sala, ha llegado, nos hemos ido buscando lo ibérico y nos lo encontramos cerrado. Parece que puede verse por la tarde. En consecuencia nos hemos quedado viendo las cosas de Khorsabad y de Bello mientras Taracena se iba por otro lado. En los relieves es muy curioso cómo, siendo el relieve muy bajo, tiene tan formidable valor de modelado, llegando en ocasiones a estilizaciones inverosímiles que, sin embargo, tienen un gran valor de realismo. El caso es que, al parecer, el relieve deja de lado toda inspiración directa en los valores estrictamente naturales y se organiza como una serie de superficies convexas, unas en contacto con otras, que, teniendo todas casi próximamente el mismo saliente, marcan las sombras y la división entre ellas de una manera brutalmente destacada. Entre las esculturas de Bello es formidable la cabeza del bonetillo. Además hay unos grandes leones, casi de tamaño natural de arcilla amarilla tirando a blanca, como la de los respondientes, con restos de esmaltado verde malaquita claro, en gruesa capa. También la columna con el famoso código de Hammurabi y una bailarina de bronce, al parecer maciza, que recuerda las famosas terracottas de Micenas. Luego, ya con Taracena, hemos

dado una vuelta por parte de la colección egipcia y hemos pasado por las salas de esculturas medievales hasta ver los esclavos de Miguel Ángel, de los que no hay que hablar. También hemos visto aquí un famoso bronce del Mercurio de Juan de Bolonia en que el soplo de Eolo tiene cuatro caños, probablemente utilizados para surtidor.

Nos vamos a comer al Père León, con intenciones de volver al Louvre, donde nos citamos con Taracena que, por andar malucho, se va a comer a otro sitio. Pero no habíamos hecho más que sentarnos cuando llega Taracena con la noticia de que en Madrid había estallado otra revolución. El disgusto es de órdago. Apenas si comemos y decidimos salir esta misma noche para España, con Taracena, que tenía pensado hacerlo. Le echan del restaurant por pelma, eso sí, con muy buenos modos. Lo dejamos comiendo en un restaurant muy elegante el Palais Royal y nos vamos a casa, a arreglar algunas cosas. Allí tengo carta de casa: sin novedad, pero ya no nos tranquiliza. Volvemos a buscar a Taracena que no ha terminado de comer y hemos aún de aguantarle. Vamos al consulado: el cónsul no sabe decirnos nada concreto, salvo que le parece bien que nos volvamos. A la Navigazione para consultar sobre billetes; allí nos mandan a la CIT; no nos resuelven la situación, y de allí al Turismo español, donde tampoco sirven de nada. Navascués y yo a casa a arreglar las maletas y Taracena al PLM y a la suya, a lo mismo, no sin antes se le ocurra que podíamos ir a ver la Dama de Elche y los guerreros de Osuna ¡definitivo! A las cinco menos cuarto tenemos el equipaje arreglado y la fonda pagada. Recogemos unos clichés que tenía a revelar en Kodak, y nos vamos al hotel de Taracena, donde éste nos dijo que acudiría Viñas, quien no lo hace, y como llegan las seis, nos decidimos a escribirle y cuando terminamos telefonea diciendo que bajará a la estación. En vista de ello nos vamos al hotel, recogemos las maletas y nos largamos al Quai d'Orsay, donde ya está Taracena esperándonos. Llega Viñas extrañado de que nos volvamos. ¡Adiós mi conferencia! A las 7'35 salimos de la estación y empezamos a correr a gran media. Al ir a cenar al restaurant, me encuentro con un antiguo compañero de los Escolapios, a quien al pronto no reconozco, que hace dos días ha venido de España y nos da buenas noticias de allá.

17 de diciembre de 1930

FRANCIA-MADRID

Después de la una he cabeceado un poco, mientras Navascués ha hecho lo propio y Taracena tumbado en uno de los lados del departamento duerme como un bendito. Al amanecer nos encontramos con un tiempo plomizo, lluvioso y un paisaje de suaves colinas verdes, muy parecido a lo asturiano. A las ocho y pico llegamos a Irún, donde no apreciamos precauciones algunas y donde se hace la visita de Aduana sin inconveniente alguno. En el paso de la frontera no hay más formalidad que la ordinaria. Cambiamos lo que nos queda de francos y cogemos cada uno nuestro billete. Acomodados en el tren nos encontramos con dos franceses que charlan con nosotros, sobre todo con Taracena, asombradísimos de que no se vea la revolución y la sangre por parte alguna. También lo estamos nosotros. El País Vasco sigue lo

mismo que al otro lado de la frontera. Luego empezamos a encontrar nieve y ríos desbordados.

Antes de llegar a Miranda hay cuestión, pues allí se llega a la una y yo quisiera que comiéramos todos juntos en la primera serie del restaurant; pero Taracena se pone bruto y no hay manera. En Miranda baja Navascués y poco después comemos nosotros. Y de pronto, Castilla, con un sol y una luz que ya casi se me había olvidado. En Burgos, Taracena se encuentra con su mujer que ha salido a esperarle creyendo que venía enfermo.

Cuando llego a Madrid, a las 8 de la noche, absoluta tranquilidad. A casa en un taxis y me encuentro con que Mamá y María se han ido casa de Don Manuel. Cuando cenamos llamo a casa de Don Manuel y me contesta M^a Elena, con gran sorpresa.